



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN

CONSEJO DE ESTUDIOS DE POSTGRADO

DOCTORADO EN CIENCIAS HUMANAS

www.bdigital.ula.ve

***UN ENFOQUE GEOHISTÓRICO-RELACIONAL DE LA CONFIGURACIÓN
TERRITORIAL: EL BLOQUE REGIONAL DE LOS ANDES VENEZOLANOS***

Tesis para optar al grado de Doctor en Ciencias Humanas

José J. Rojas López. M. A. -- Tutora: Dra. Nubis Pulido

Mérida, Julio 2023

C.C. Reconocimiento

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	10
CAPÍTULO PRIMERO. EL CONCEPTO REGIONAL: ENTRE TRADICIONES Y RENOVACIONES GEOGRÁFICAS	
I.1. TRADICIONES GEOGRÁFICAS.....	20
- Bosquejo de una larga historia	
- Dificultades metodológicas	
- Buscando acuerdos conceptuales	
I.2. REFORMAS Y RENOVACIONES.....	24
- Sintaxis geométrica del “espacialismo”	
- Escenario de contradicciones sociales	
- Lugar de arraigo y pertenencia	
- La perspectiva territorial	
I.3. LOS ANDES VENEZOLANOS: VISIONES CLÁSICAS.....	29
- La región-cordillera, imagen geográfica duradera	
- Demarcaciones político-territoriales, litigios históricos	
- El bloque geográfico regional, territorialidad extendida	
NOTAS.....	39
CAPÍTULO SEGUNDO. EL ENFOQUE GEOHISTÓRICO-RELACIONAL	
II.1. LA REGIÓN EN ESTUDIO: UN BLOQUE HETEROGÉNEO.....	43
II.2. LOS OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN	45
II.3. EL CONTEXTO GENERAL DEL ENFOQUE.....	46

II.4.	LA TRAMA METODOLÓGICA: ACTORES-PROCESOS-ESCALAS.....	48
	- Actores y escalas	
	- Procesos territoriales	
II.5.	EL MARCO TEÓRICO	52
	- Hacia la dimensión social del espacio	
	- El espacio y los territorios	
	- Lecturas de la territorialidad	
	- La geofilosofía rizomática	
	-Teoremas territoriales	
	-Espacios lisos y estriados	
II. 6.	UNA DISCUSIÓN ABIERTA.....	60
NOTAS.....		62

www.bdigital.ula.ve

CAPÍTULO TERCERO. TERRITORIALIZACIÓN INDÍGENA Y DES-RE-TERRITORIALIZACIÓN COLONIAL

III.1.	LA GEOECOLOGÍA DEL BLOQUE REGIONAL	65
III.2.	TERRITORIALIZACIÓN DE LOS PRIMEROS POBLADORES	68
	- Configuraciones territoriales de tierras altas	
	- Contrastes territoriales de tierras bajas	
	- Manejo de recursos ambientales	
III.3.	DESTERRITORIALIZACIÓN INDÍGENA-RETERRORIZACIÓN COLONIAL.....	76
	- “Reordenación” territorial de la cordillera	
	- Reterritorialización del llano alto	
	- Reterritorialización surlacustre	

III.4. SÍNTESIS DE LA RETERRITORIZACIÓN COLONIAL.....	84
NOTAS.....	86

CAPÍTULO CUARTO. TIEMPO DE VIOLENCIA: IMPACTOS TERRITORIALES DE LA GUERRA FEDERAL (1859-1863)

IV.1. CAUDILLOS REGIONALES: ACTORES DE LA GUERRA.....	88
IV.2. LECTURAS DE LA GUERRA FEDERAL.....	90
IV.3. LLANOS ALTOS: DERRUMBE Y FUGA MIGRATORIA	91
- La imagen del llanero	
- El retroceso subregional	
IV.4. LA CORDILLERA: TERRITORIO DE ACOGIDA	97
- El impulso cafetalero	
- La recepción migratoria	
IV.5. SUR DEL LAGO: PUERTA ABIERTA A OTRA TERRITORIALIDAD.....	99
IV.6. SÍNTESIS TERRITORIAL DEL BLOQUE REGIONAL.....	99
NOTAS.....	102

CAPÍTULO QUINTO. RETERRITORIZACIÓN DE LA CORDILLERA (1873-1926)

V.1. EL CAFÉ, RUBRO ESTELAR DEL PERÍODO.....	106
V.2. CAMINOS DE HIERRO, SALIDAS AL MAR.....	108
V.3. LA RETERRITORIZACIÓN CAFETALERA.....	111
V.4. EL MODELO DENDRÍTICO DE CONFIGURACIÓN TERRITORIAL.....	114
- El circuito andino-zuliano	
- La red de comercialización dendrítica	
V.5. EL VALLE DE MOCOTÍES: ACTORES DE LA RED DENDRÍTICA.....	120

- Pequeños productores (“finqueros”)	
- Casas comerciales locales	
- Movilizadores de cargas	
- Casas comerciales extranjeras	
V.6. DESARTICULACIÓN DEL MODELO AGROEXPORTADOR	126
NOTAS.....	128

CAPÍTULO SEXTO. RENTA PETROLERA Y RETERRITORIALIZACIÓN DEL BLOQUE REGIONAL

VI.1. PRIMEROS IMPACTOS SOCIOTERRITORIALES.....	131
- Drama migratorio y concentración urbana	
- Distribución territorial de la renta	
- Fugas y repoblamientos regionales	
VI.2. RETERRORIZACIÓN DE LAS TIERRAS BAJAS.....	136
- LLANOS OCCIDENTALES: LOS ACTORES AGROINDUSTRIALES	
Modernización rural del territorio	
Socopó: de aldea a polo urbano	
- SUR DEL LAGO: LA EMERGENCIA DE UN TERRITORIO	
Conformación de una subregión agropecuaria	
El Vigía: surgimiento de un centro subregional	
VI.3. RETERRORIZACIÓN DE LAS TIERRAS ALTAS.....	145
- UNA MODERNIZACIÓN RURAL TARDÍA	
Limitados alcances espaciales	
El valle de Mocotíes: un caso local	

VI.4. LUCES Y SOMBRAS DE LA RETERRITORIZACIÓN REGIONAL	150
NOTAS.....	152
CONCLUSIONES	155
BIBLIOGRAFÍA.....	163

FIGURAS

1. Síntesis de interrelaciones en la región paisaje.....	22
2. Matriz geográfica de Berry.....	25
3. La Cordillera de Mérida.....	30
4. Estados federales de la región andina.....	33
5. Morfología del bloque regional	36
6. Imagen plana de las fajas de relieve del bloque regional.....	36
7. Llanos altos occidentales, sabana piemontana de Barinas.....	37
8. Sur del lago de Maracaibo, selva pantanosa.....	38
9. Interconexiones subregionales del bloque regional.....	44
10. Esquema del sistema territorial de una región funcional.....	45
11. Trama del enfoque geohistórico-relacional.....	48
12. El diseño mixto de la investigación.....	49
13. Imagen de un modelo de vivienda indígena altoandina.....	70
14. Complejo arqueológico Gaván, Barinas. Llanos altos occidentales.....	73
15. Modelo de palafitos prehispánicos. Lago de Maracaibo.....	74
16. Espacios indígenas: tejidos estriados y lisos.....	75
17. Tejido reticular de los Andes merideños, mediados del siglo XVIII.....	79
18. Llanos altos occidentales: poblados y rutas comerciales, finales siglo XVIII.....	81
19. Palacio del Marqués Del Pumar. Barinas. Segunda mitad del siglo XVIII (Restaurado).....	82
20. Personajes del Gobierno Federal Provisorio. 1864.....	89
21. Llanos altos occidentales. Caminos y poblaciones. Finales del siglo XIX.....	94
22. Calle Real de la ciudad de Barinas. 1926.....	96
23. Procesos migratorios: desterritorialización-reterritorialización en el bloque regional. Finales siglo XIX-comienzos siglo XX.....	96
24. Paisajes territoriales del bloque regional. Transición siglo XIX-siglo XX.....	100
25. Áreas principales de café y cacao del arco costero-montañoso. Finales siglo XIX.....	107
26. Tramos ferrocarrileros de Venezuela. 1930.....	109
27. Ferrocarril del Táchira. Estación La Fría. Sur del lago de Maracaibo.....	110
28. Las “ciudades del café”. 1926.....	112
29. Cafetal tradicional mejorado, montañas de Boconó, Trujillo.....	113
30. Principales patrones territoriales de Venezuela. Finales del siglo XIX.....	114
31. Esquema de los sistemas dendríticos. Segunda mitad del siglo XIX.....	115
32. Vapor Uribante. Transporte de café. Ruta Encontrados-Maracaibo.....	116

33. Red dendrítica de mercados tradicionales.....	117
34. Red cafetalera del estado Trujillo.....	118
35. Transbordo, ferrocarril Motatán-Puerto de La Ceiba.....	119
36. Red cafetalera del valle de Mocotíes.1930.....	120
37. Finca cafetalera. Al frente patio de secado del grano.....	121
38. Casa Burguera. 1928. Sección de telas importadas.....	122
39. Caravana de arriero. Camino Rubio-San Cristóbal, siglo XIX.....	125
40. Casa comercial alemana de Maracaibo. Breuer Moller Co.....	126
41. Campo de arroz, municipio Páez, Portuguesa.....	138
42. Paisaje agroindustrial de Portuguesa.....	139
43. Llanos altos occidentales, usos del territorio, finales del siglo XX.....	140
44. Trama vial del sur del lago de Maracaibo. 1980.....	143
45. El Vigía. Estación terminal del ferrocarril Santa Bárbara-El Vigía.....	144
46. El Vigía. Instalaciones del frigorífico industrial. 1969.....	145
47. El Vigía. Industria láctea en el sur del lago. 1998.....	145
48. Siembra intensiva de papa y hortalizas en terrazas.....	146
49. Cafetales a cielo abierto en montañas de Mérida.....	147
50. Esquema de las áreas de modernización agrícola de la cordillera.	148
51. Paisaje hortícola del valle de Mocotíes.....	149
52. Procesos territoriales del bloque regional. Finales del siglo XX.....	15

CUADROS

1. Regionalización de Los Andes, entidades federales 1969-1980.....	33
2. Pisos bioclimáticos del bloque regional.....	68
3. Configuración territorial indígena de tierras altas.....	71
4. Reterritorialización colonial de tierras altas, siglo XVIII.....	79
5. Síntesis de las primeras configuraciones territoriales del bloque regional.....	85
6. Poblaciones de estados andinos y llaneros, porcentajes nacionales.....	98
7. Procesos territoriales del bloque regional. 1860-1930.....	101
8. Venezuela. Exportaciones de café y cacao (ton). 1830-1890.....	106
9. Principales líneas férreas de Venezuela. 1930.....	108
10. Redistribución geográfica de la población venezolana (%). 1873-1926.....	110
11. Poblaciones de las principales “ciudades del café”, 1873-1926.....	111
12. Venezuela. Caminos carreteros y carreteras. 1958.....	134
13. Emigrantes de estados andinos-inmigrantes en estados llaneros (%). 1941-1961.....	135
14. Llanos altos occidentales. Población y superficie cultivada.1950-1971.....	138
15. Sur del lago. Población y superficie cultivada. 1950-1971.....	142
16. Población urbana del valle de Mocotíes. 1990-2001.....	149

INTRODUCCIÓN

... el espacio es producto de interrelaciones... es la esfera en la que coexisten distintas trayectorias... Sin espacio, no hay multiplicidad; sin multiplicidad, no hay espacio... siempre está en proceso de formación, en devenir, nunca acabado, nunca cerrado.

Doreen Massey, 2005, p. 104-105

Haciendo un recorrido por el sur del lago de Maracaibo, una planicie aluvial entre la cordillera de Mérida y las costas del gran lago, al occidente de Venezuela, nos planteamos algunas interrogantes geográficas: dónde están los límites que la separan de espacios vecinos, cuál es su amplitud espacial y cómo se formaron sus actuales características económicas y culturales. Los criterios de límites, extensión, evolución y ocupación del territorio la diferenciarían de su contigua cordillera; ésta, a su vez, conocida como región de los Andes y tipificada según los mismos criterios. Las respuestas tratarían de esclarecer la diferenciación de ambos territorios, empleando el aceptado y tradicional enfoque regional. No obstante, la región andina también es identificada por las entidades federales que la integran -- estados Mérida, Táchira, y Trujillo -- mayoritariamente cordilleranos, pero que comparten una importante porción de la planicie surlacustre, no solo político-administrativa, sino de reconocidos intercambios históricos.

Si en lugar de privilegiar los criterios regionales diferenciadores, exploráramos sus relaciones geohistóricas desde una visión territorial, cambiarían las respuestas buscadas, pues el interés se pondría en las articulaciones de los territorios mencionados, entre sí y con el resto del país, al paso del tiempo. Es otro enfoque del estudio regional, a tono con una concepción dinámica del espacio geográfico, esto es, una entidad en permanente construcción y deconstrucción social a ritmos sincrónicos y diacrónicos, discontinuos y sinuosos. Dicho de otro modo, un espacio histórico pleno de cambiantes interrelaciones materiales e inmateriales.

La diferenciación regional, sin embargo, ha ocupado una posición predominante en la geografía. Así, las regiones, como unidades ecológica y socioeconómicamente organizadas y delimitadas tienen una extensa historia, enfocada hacia la determinación del carácter variable de la superficie terrestre como morada del hombre (Hartshorne, 1939). Este concepto prevaleció durante un poco más de setenta años, entre 1870 y finales de la Segunda Guerra Mundial, como soporte del proyecto institucional de la disciplina. La base

metodológica consistió en delimitar la repartición sobre la superficie terrestre de conjuntos de fenómenos físico-naturales, biológicos y socioeconómicos, las causas de esa distribución y las relaciones locales y regionales de esos fenómenos (De Martonne, 1950). Las diferencias regionales podían ser “geografizadas”, entonces, por su localización, correlación y evolución, es decir, según los datos de situación, corología y cronología (Nicolas-Obadia, 1999). La diferenciación regional y la relación sociedad-ambiente se instauraron como tradiciones, sin excluir los permanentes debates (Ortega Valcárcel, 2000).

A partir de la segunda mitad del siglo XX, con el desarrollo de las ciencias sociales y las teorías sobre la historicidad y temporalidad, comenzó el desafío de periodizar el tiempo y regionalizar el espacio como dimensiones conjuntas. En el espacio-tiempo se entrecruzaban múltiples acciones sociales, distintas relaciones y combinaciones, con desigual intensidad y extensión: culturas, decisiones, poblamientos, producciones, flujos, sistemas técnicos y redes de interacción de cada presente, cargado de huellas del pasado, pues algunos elementos perduraban, otros desaparecían y otros se reconvertían. Progresivamente se aceptó que los agentes sociales eran los responsables de territorializar porciones de espacio a través de acciones de apropiación política, económica o cultural a distintas escalas. En consecuencia, todo territorio suponía un acto de apropiación --nexo fundamental de la relación sociedad-espacio-- en sus distintas formas: propiedad, ocupación, uso, arraigo, imaginario, ya desde barrios urbanos y regiones, hasta todo un país.

En el estudio de las regiones, criterios de definición y límites espaciales originaban diferentes lecturas según las trayectorias económicas o intereses sociales y políticos. La profusa conceptualización había llevado a preguntarse “... si hay una tendencia clara de hacia dónde va el pensamiento regional en los albores del siglo XXI. La respuesta no es clara, pero puede estar delineada por la búsqueda que han tenido los interesados en el tema en diferentes momentos y contextos de su evolución” (Ramírez, 2007, p. 129). La polémica no ha cesado en discusiones positivistas, neopositivistas, neomarxistas, culturalistas y posmodernistas (Agnew, 2018). En la geografía, disciplina que profesa el autor de este trabajo, nos interesa explorar el “resbaloso” tema de las fuerzas estructuradoras y desestructuradoras de los territorios regionales, desde una perspectiva geohistórica-relacional, apoyada en la geofilosofía rizomática (Deleuze y Guattari, 2002). Entendiendo que territorios y regiones son, en sí mismos, procesos dinámicos, con sus propios potenciales de cambio, la presente tesis doctoral se inscribe en esos rumbos, concretamente en las dinámicas geohistóricas del territorio de los Andes de Venezuela, como caso de estudio.

La investigación: interrogante y justificación

Las fuentes bibliográficas muestran que los Andes venezolanos generalmente quedan identificados con la cordillera de Mérida como región natural (Vivas, 1992; Schubert y Vivas, 1993) o región cultural o histórica (Cardozo, 1965; Wagner, 1967; Clarac, 1982; Reig, 2009). Igualmente, describen los aspectos geográficos de las entidades federales, estados andinos, y las relaciones históricas entre “tierras altas” de la cordillera y “tierras bajas” de las planicies que la circundan (Venturini, 1983; Vila 1950, 1966, 1967). Sin embargo, están ausentes las articulaciones de las configuraciones territoriales del conjunto regional: la cordillera de Mérida y las planicies aledañas, el sur del lago de Maracaibo y los llanos altos occidentales. Se cree, entonces, necesaria una visión geohistórica de la región como bloque territorial de conexiones enraizadas, fluidas y funcionales, entre subregiones adyacentes y con otros espacios internos y externos.

En términos concretos la investigación está orientada a responder la siguiente interrogante: ¿cómo se articulan las configuraciones territoriales de las subregiones del bloque regional desde una perspectiva geohistórica? Definimos las configuraciones territoriales como patrones espaciales de sistemas de producción, poblamiento y circulación, generados por actores sociales internos y externos, que les confieren determinadas texturas o rugosidades a las subregiones en cada fase histórica. Las entendemos según una relación de fuerzas históricas, socioeconómicas y culturales de los espacios a los cuales se adscriben. Por ello, no son formaciones estables o fijas, sino cruzadas por distintos y desiguales movimientos.

La búsqueda de respuesta a la interrogante planteada sigue un enfoque, que denominamos geohistórico-relacional, para interpretar las articulaciones subregionales como procesos de desterritorialización y reterritorialización, impulsados por distintos actores sociales, a desiguales escalas espaciales en diferentes tiempos históricos. Conocer cómo la configuración territorial del bloque regional ha llegado a ser lo que es hoy, desde sus primeros pobladores hasta tiempos recientes, es el desafío metodológico de la investigación. Entre los motivos del porqué de la selección de este tema señalamos los siguientes a manera de justificación:

Primero. Porque la bibliografía consultada –histórica, geográfica, antropológica, económica– no ofrece respuesta a la interrogante de la investigación, quizás por los definidos temas disciplinarios abordados, el interés solo en determinados períodos

históricos o la escasa inclinación teórica hacia el concepto de territorio. En efecto, la cordillera perdura como región natural por su masividad montañosa, o región cultural por los rasgos socio-históricos de sus “pisos altos” y, desde el punto de vista político-administrativo, la región es circunscrita a los estados Táchira, Mérida y Trujillo. Pero pocas veces es vista como un bloque geográfico integrado e interrelacionado por “tierras altas” y “tierras bajas”, algunas veces llamado “complejo andino-surlacustre-llanero occidental” (Chaves, 1979), definición que acogemos en este trabajo.

Segundo. Otro estímulo para la escogencia del tema fue la necesidad de un marco teórico-metodológico que contribuyera a la comprensión de los procesos de articulación territorial en la dimensión geohistórica del espacio regional. En ese sentido, la geofilosofía rizomática de Deleuze y Guattari (1976, 2002) y los aportes territoriales de Santos (1996 a, 2000 a), Haesbaert (2011, 2013, 2014) y Saquet (2007, 2015), permiten explorar dinámicas temporales –mutabilidad al paso de la historia– y espaciales –heterogeneidad, rupturas, conexiones– en tanto constituyen conspicuos atributos de la construcción y deconstrucción de los territorios (Rojas López y Pulido, 2013). Metafóricamente, el cuerpo del territorio lo asemejamos a un rizoma, cuyas raíces experimentan entrecruces, rupturas y recomposiciones en distintos tiempos y bajo las fuerzas de otros cuerpos.

Tercero. Porque el trabajo prosigue el curso de investigación del autor en el Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales de la Universidad de Los Andes. *La construcción geohistórica de los llanos altos occidentales de Venezuela* (2013), *Sustentabilidad de los paisajes andinos de Venezuela: actores y factores movilizados de la deforestación* (2014), *Del agrarismo histórico a los desafíos del desarrollo territorial en Venezuela* (2016), *Geohistoria y organización agraria del territorio andino de Venezuela* (2018), *Revaluando la ruralidad en América Latina: perspectivas territoriales y ambientales desde el desarrollo local* (2020), son experiencias cumplidas en ese rumbo. La idea es mantener ese camino, siguiendo una perspectiva renovadora, para ampliar el potencial comprensivo y explicativo de las categorías territoriales y sus posibilidades probatorias en casos empíricos.

Hilo disciplinario del estudio

El trabajo remite a los debates en torno a la estructura conceptual de la disciplina geográfica, particularmente sobre espacio, territorios, regiones y lugares (Ramírez y López, 2015). En la discusión espacio-territorio se comparte la afirmación de que el espacio deviene territorio a partir de relaciones de apropiación jurídico-políticas, económicas-

funcionales y simbólicas-culturales, que posibilitan aproximarnos, no sin dificultades, a regiones administrativas, económicas y culturales, respectivamente, inseparables de sus contextos socioeconómicos, políticos e históricos de adscripción. En tal sentido, si bien algunos autores diferencian región y territorio de acuerdo con criterios previos de delimitación o modos de apropiación del espacio, respectivamente, ambos conceptos se confunden pues, de hecho, son fragmentos de espacio apropiados y espacialmente diferenciados.

En todo caso, categorías, conceptos y nociones no son inmutables, tanto por los cambios de paradigmas y presupuestos teóricos, como por su carácter polisémico, alineados con los repensamientos de ideas establecidas o plataformas teóricas renovadores. Presupuestos rizomáticos y glocales ejemplifican posiciones innovadoras en estos campos. Entender el territorio como una entidad de entrecruces y multiplicidades, similares a las que caracterizan el cuerpo de un rizoma, y analizar sus interrelaciones locales y globales, han puesto la longeva tradición regional en primer plano discursivo. Reconstrucción o formulación de una nueva geografía regional, o relectura de los clásicos, forman parte sustantiva de las discusiones. El valor de la diversidad, la importancia local y regional, o en sentido más amplio, de lo territorial, propician nuevos abordajes que reinterpretan la vieja tradición. Así, los cauces teóricos y metodológicos se orientan a territorialidades, glocales, multiescalaridad, dinámicas territoriales e identidades geoculturales (Rojas López y Gómez Acosta, 2010). Estos caminos son transitados directa o indirectamente en el curso de la investigación.

En busca de respuestas: los objetivos

El propósito general de la investigación, de acuerdo con la interrogante planteada, está dirigido a comprender y describir las articulaciones de los patrones de poblamiento, producción y circulación –configuraciones territoriales– de las subregiones que integran el bloque regional, desde los comienzos del siglo XVI hasta los finales del siglo XX. En ese largo período, evadimos cortes históricos fijos y cerrados y optamos por escenarios territoriales abiertos. El «escenario base» lo situamos en la territorialidad indígena, al momento de la irrupción europea, junto con los procesos des-re-territorializadores del régimen colonial. El segundo escenario corresponde a la violencia rural del siglo XIX, especialmente a los efectos territoriales de la Guerra Federal. El tercero, comprende los impactos territoriales del auge agro-exportador del último cuarto del siglo XIX hasta la tercera década del siglo XX. Finalmente, un cuarto escenario, desde mediados del siglo XX, signado por los acelerados

cambios territoriales de la renta petrolera. De este modo, la dinámica geohistórica regional se desagrega en cuatro objetivos espacio-temporales específicos:

Primero. Articular los procesos de territorialización indígena y los de desterritorialización-reterritorialización impuestos por el régimen colonial;

Segundo. Relacionar la violencia de la Guerra Federal con la desigual configuración territorial del bloque regional, durante la segunda mitad del siglo XIX;

Tercero. Articular la expansión cafetalera de la cordillera –finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX– con los procesos regionales de reterritorialización y desterritorialización;

Cuarto. Revelar los impactos de la renta petrolera en los procesos de reterritorialización del bloque regional durante la segunda mitad del siglo XX.

La desigual duración de los escenarios intenta reflejar, por una parte, la mayor celeridad de los cambios sociales respecto a las transformaciones territoriales y, por otra, rupturas y recomposiciones superpuestas en tiempos distintos. La periodización, por tanto, no obedece a cortes cronológicos definidos, sino a tiempos de transición o coexistencia diferentes e imbricados. Las subregiones mantienen elementos del pasado y del presente en cada período, porque son espacios históricos, cuyos entramados permiten reconocer la heterogeneidad y el dinamismo de las configuraciones regionales, lejos de imágenes ilusorias de sistemas territoriales “equilibrados” (Carrera Damas, 1980). Historicidad, heterogeneidad y conectividad son, así, dimensiones a considerar en el estudio de las dinámicas territoriales.

Marco de referencia teórico metodológico

El enfoque geohistórico-relacional se apoya fundamentalmente en una interpretación rizomática de las articulaciones subregionales de acuerdo con la trilogía: actores sociales-procesos territoriales-escalas témporoespaciales. Concebir el territorio como rizoma es asimilarlo a una trama de múltiples líneas entrelazadas de “fugas, flujos y recomposiciones” que direccionan procesos de desterritorialización y reterritorialización (deconstrucciones y reconstrucciones), que lo convierten en un sistema complejo, abierto y relacional: multiplicidad, procesos, heterogeneidad y conectividad son sus características resaltantes (Deleuze y Guattari, 2002). En este sentido, procesos migratorios y flujos espaciales inter y extraregionales son del mayor interés en el estudio regional.

Postulamos, desde esa perspectiva, que la trama de actores, procesos y escalas crea determinadas configuraciones territoriales, cuyas mutaciones históricas pueden ser interpretadas en términos des-re-territorializadores, a su vez, bases interpretativas de las articulaciones territoriales subregionales. Un espacio subregional, por ejemplo, se desterritorializa cuando el grupo social que lo habita abandona su habitual trayectoria material o simbólica (“fugas”), al mismo tiempo que reterritorializa el espacio de llegada (acogida), mientras otro grupo ocupa el espacio anteriormente desterritorializado. Las migraciones humanas ilustran esos procesos.

El eje articulador del estudio es, de esta manera, el territorio y sus cambios durante un largo trecho temporal. Por eso, la apreciación actual de la región difiere de alguna anterior, porque cambia su posición y configuración en el tiempo-espacio. Reconocemos, sin embargo, que abordar los encadenamientos territoriales no está libre de dificultades, porque son procesos alejados de cohesiones regionales debilitadas, cada más vez más, por avances del poblamiento, las producciones y las comunicaciones. Por ello, el conocer cómo se ha articulado la región en sus trances y altibajos geohistóricos, también justifica una visión alternativa del territorio.

Territorialización, desterritorialización y reterritorialización no pueden abordarse, entonces, con métodos rígidos o lineales, sino con diseños mixtos. Acudimos a un diseño empírico-interpretativo y cualitativo-cuantitativo, en el que los conceptos son deductivos, producto de la revisión teórica, e inductivos, derivados del caso regional. Igualmente, las fuentes de investigación son combinadas: bibliográficas y hemerográficas, censales, cartográficas, vocerías representativas y narrativas literarias. Los registros estadísticos constituyen un necesario apoyo de referencia, pero el cuerpo del estudio no descansa sólo en los datos, sino en las descripciones interpretativas de los procesos territoriales.

Estructura expositiva de la tesis

Los esfuerzos por articular dimensiones teóricas y empíricas constituyen un reto, sobre todo de síntesis expositiva, para evitar incurrir en extensas teorizaciones o casos de estudio muy detallados sin explícitos anclajes regionales. Esa directriz de síntesis orienta la organización de la tesis en seis capítulos y unas conclusiones. El primero expone la tradición regional, su historia y dificultades, para arribar a las recientes reformas y renovaciones conceptuales neopositivistas, radicales, humanistas y territoriales. El marco conceptual es indispensable para situar las lecturas más conocidas de la región: cordillera, político-territorial y bloque regional. El capítulo proyecta las tierras bajas como “alas de la cordillera”, pone en discusión

la pretendida homogeneidad del bloque regional y destaca la perspectiva territorial en el caso de estudio.

El segundo capítulo aborda el cuerpo teórico-metodológico del enfoque geohistórico-relacional: los objetivos, la trama relacional (actores, procesos, escalas), la matriz teórica-territorial y el diseño metodológico. Incorpora la teorización rizomática, poco explorada en la geografía latinoamericana, posiblemente por su distanciamiento de la coherente organización conferida a los territorios o el difícil entretejido conceptual de la construcción filosófica del rizoma. La discusión del capítulo pretende una visión comprensiva de la región mediante los procesos des-re-territorializadores acaecidos en su dimensión geohistórica.

El tercer capítulo trata la territorialización indígena sedentaria de la cordillera y los llanos altos – “espacios estriados”– y la territorialización nómada surlacustre –“espacios lisos”– ambas configuraciones progresivamente desarticuladas –“líneas de fugas”– e imbricadas con improntas coloniales (recomposiciones), que interpretamos mediante la geofilosofía rizomática. Los procesos de desterritorialización indígena y reterritorialización colonial se discuten en términos de conflictos e hibridación socioterritorial. La consolidación colonial y la mundialización agroexportadora se exponen en sus relaciones con la circulación fluvial-portuaria de la región, posteriormente dislocada por los conflictos bélicos del siglo XIX.

Los capítulos cuarto y quinto pueden combinarse en una misma lectura, pues el cuarto discute las implicaciones de la Guerra Federal en la desterritorialización de los llanos altos occidentales por fuga migratoria y el quinto la reinserción de llaneros y capitales emigrados en ámbitos de la cordillera, una subregión menos afectada por violencia y epidemias, y bajo la influencia reterritorializadora del circuito dendrítico cafetalero liderado por Maracaibo. Fuga llanera y acogida cordillerana son vistos como fuerzas contrapuestas y articuladas de desterritorialización y reterritorialización. La crisis agroexportadora y la llegada petrolera coinciden durante la segunda y tercera décadas del siglo XX, cuando comienzan a revertirse los movimientos territoriales: desterritorialización cordillerana y reterritorialización de las tierras bajas.

El capítulo sexto, por tanto, examina los impactos territoriales de la renta petrolera en la región. Estado, mercado y grupos empresariales actúan como los principales agentes dinamizadores de las tierras bajas. Allí confluyen inversiones de capitales en habilitación de tierras, reforma agraria, infraestructura y actividades agroindustriales (fuerzas de reterritorialización), mientras la cordillera ve disminuida sus activos tanto por la emigración rural, como por los menores beneficios de la nueva renta. Reterritorialización de los llanos

altos y del sur del lago, junto a la desterritorialización de la cordillera, se interpretan como dos caras de una misma moneda. Al cierre del siglo, el capítulo argumenta sobre la conversión de las tierras bajas en los territorios rururbanos más dinámicos del país, frente a los bajos impactos de la modernización agrícola en la población rural de la cordillera.

El enfoque geohistórico-relacional procura mostrar cómo dinámicas de relaciones cruzadas e invertidas, y espacialmente conectadas con el mundo exterior, se articularon mediante flujos socioeconómicos impulsados por diferentes actores sociales en distintas fases históricas. Son procesos que ni cierran, ni fijan el territorio en el espacio-tiempo, sino que extienden la territorialidad más allá de límites convencionales o tradicionales; de ahí el interés de la multiescalaridad, expresada en flujos locales, regionales, nacionales y mundiales. Se espera, de este modo, que la investigación contribuya a una más amplia comprensión de las relaciones entre geohistoria, territorio y ruralidad de los Andes venezolanos.

Finalmente, las conclusiones del estudio probablemente permitan algunas reflexiones sobre las perspectivas de la ordenación territorial del bloque regional en el contexto de la nueva política territorial del Estado. En efecto, el país entró al siglo XXI con un nuevo gobierno y una nueva constitución –*Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*– que derogó el recién aprobado Plan Nacional de Ordenación del Territorio (1998). El gobierno promovió lineamientos estratégicos orientados a revertir el modelo actual de configuración del territorio con propuestas de equilibrio regional (Barrios, 2000; Cordero, 2001, Salazar, 2008), sin asideros en la historia territorial de la nación y sin evaluación de experiencias económicas-territoriales previas.

Ensayos, programas de desarrollo endógeno y tesis de equilibrios territoriales, después de reiterados tropiezos y experiencias fallidas, fueron desestimados o reorientados (Rojas López y Pulido, 2009). No obstante, ocurrieron notorios impactos negativos, especialmente en los llanos altos occidentales y el sur del lago de Maracaibo (expropiaciones, invasiones, confiscaciones) derivados de reiteradas acciones ejecutivas y colectivas amparadas por un controvertido armazón legislativo de contenido agrario y agroindustrial (Salas-Bourgoin, Cadena, Trinca y Pulido, 2014). Ese período (2000-2020) amerita un nuevo estudio que despeje los desatinos y las necesarias recomposiciones socioterritoriales de esa difícil época del bloque regional.

CAPÍTULO PRIMERO

EL CONCEPTO REGIONAL: ENTRE TRADICIONES Y RENOVACIONES GEOGRÁFICAS

Venimos de un pasado social de certezas en conflicto, relacionadas con la ciencia, la ética, o los sistemas sociales, a un presente de cuestionamiento considerable, incluyendo el cuestionamiento sobre la posibilidad intrínseca de la certeza. Es posible que estemos presenciando el fin de un tipo de racionalidad que ya no es apropiado para nuestro tiempo. Pedimos que se ponga el acento en lo complejo, lo temporal y lo inestable, que corresponde hoy a un movimiento transdisciplinario que adquiere cada vez mayor vigor. Esto de ninguna manera significa que pidamos el abandono del concepto de racionalidad sustantiva.

Immanuel Wallerstein, 2006, p. 85-86

El epígrafe lo consideramos entrada hacia nuevos caminos de las ciencias sociales, especialmente de la geografía, cuyas principales tradiciones, relación sociedad-ambiente y diferenciación regional, no dejan de experimentar continuas renovaciones teóricas y metodológicas. La región, un concepto central, tiene una larga historia discursiva, a diferencia de territorio, cuya teorización es relativamente reciente. Empíricamente, sin embargo, ambos se emplean en la literatura con el mismo sentido. Las tradiciones son pensamientos que pueden estar presentes en cualquier sociedad, no exentas de polémicas, pues muchas veces son calificadas de opuestas a los cambios (1): “La tradición no es totalmente estática ya que ha de ser reinventada por cada nueva generación al hacerse de su herencia cultural de manos de la que le precede (Giddens, 2001, p. 45), ... revisables, pero también son “revisadas”, en un sentido práctico, mientras circulan dentro y fuera del entorno que ellas mismas describen” (*Idem*, p. 164)”.

Creemos, por tanto, que deben ser valoradas ya que significan ideas y prácticas arraigadas durante mucho tiempo en la conciencia y el desempeño de una ciencia o cultura, resignificadas y enriquecidas en cada presente, como lo demuestra el caso de la historia geográfica (Pattison, 1967; Livingstone, 1992). Revisar la tradición regional en la disciplina,

aunque sea en gruesas pinceladas, nos ayuda a entender y situar las diferentes aproximaciones conferidas al caso de estudio, la región andina venezolana.

I.1. TRADICIONES GEOGRÁFICAS

El estudio de las regiones es un tema de amplia y múltiples lecturas en ciencias naturales y sociales. Regiones políticas, naturales, culturales, urbanas, económicas, administrativas, muestran esa diversidad. La diferenciación regional fue una corriente dominante en los estudios geográficos hasta mediados del siglo XX, probablemente la más importante tradición, pese a los disensos y ambigüedades en sus numerosos cultores (Agnew, 2018).

Bosquejo de una larga historia

Poder, frontera y defensa fueron los criterios de las primeras divisiones territoriales: polis griegas, fortalezas amuralladas, reinos, antiguos imperios, feudos medievales, se conocieron como prácticas de control territorial. Posteriormente, el desarrollo del conocimiento científico y la expansión de los centros imperiales del mundo, afianzaron los estudios de la naturaleza. Fue una importante influencia en la geografía, pues durante su institucionalización académica, último tercio del siglo XIX, la superficie terrestre se estableció como el objeto de estudio, la franja de contacto litósfera-hidrosfera-atmósfera (“epidermis de la Tierra”) y escenario de la vida (biósfera). En ese momento histórico, las regiones naturales pasaron a desempeñar un papel determinante en las evoluciones civilizatorias. Si bien las influencias naturales sobre salud, emociones y trabajo humano hundían sus raíces en la Antigüedad, la antropogeografía alemana las despojó de significados mitológicos y cosmológicos (Glacken, 1996).

La naturalización de las relaciones sociales le dio cariz científico a la disciplina y, de esta manera, se llegó incluso hasta el límite de lo tolerable cuando, por ejemplo, la rigurosidad del clima y la pobreza edáfica de las regiones tropicales explicaban el atraso social de sus sociedades. Las ideas ratzelianas, bases del determinismo ambiental, se diseminaron rápidamente en las academias anglosajonas, dadas las relaciones de cientificidad involucradas en la causalidad de los fenómenos. Siguiendo esa tendencia, el espacio terrestre fue diferenciado en regiones naturales, sobre todo en las ciencias naturales, por su aceptación académica, carácter permanente y atribuida causalidad.

El determinismo ambiental encontró críticas en el posibilismo geográfico francés, que postulaba opciones de la naturaleza según los arsenales técnicos y sistemas culturales de los grupos sociales. Esta contraposición, sin embargo, no significó una ruptura definitiva con

el ambientalismo, pero le otorgó mayor contenido geográfico a través del proceso de transformación social de la naturaleza: en ámbitos locales se forjaban históricamente “géneros de vida” que acondicionaban los cuadros naturales (Ortega Valcárcel, 2000). La Blache (1922), su máximo exponente, acuñó la conocida expresión “*geografía, ciencia de los lugares*” de gran influencia en la geografía regional latinoamericana.

El posibilismo no propuso una reflexión teórica, sino una actuación empírica. La doctrina no aclaraba cómo se escogía una determinada opción natural o porqué unos lugares tenían más opciones de adecuación social que otros. No obstante, fundamentó dos nociones básicas: a) un espacio preexistente sobre una base natural fija, llenado por cosas, una especie de contenedor de objetos y procesos y, b) la separación de espacio y tiempo, corografía y cronología respectivamente. Región y región geográfica se tornaron sinónimos: combinación de fenómenos físicos y humanos interrelacionados, síntesis y singularidad de un área determinada, reflejo de su “personalidad regional”:

... solo existe región propiamente geográfica cuando la porción de espacio considerada se presenta en el mayor número posible de sus particularidades como un conjunto sintético. Es natural que encontremos, en la búsqueda de definiciones de la región como realidad geográfica, todos los problemas epistemológicos de la geografía, puesto que la región es precisamente el tema de representación geográfica del espacio y, por tanto, el tema fundamental de la misma geografía (George, 1976, p. 169).

El estudio regional contemplaba una secuencia de cuatro apartados: medio físico, evolución histórica, tamaño de la población y actividades económicas (Vilá Valentí, 1983). El “inventario y síntesis de los factores,” culminaba en un paisaje que denotaba la fisonomía propia de la región; por eso, región y paisaje se confundieron. Ackerman (1958) señaló que la secuencia corográfica seguía seis pasos: a) descripción de la matriz físico-natural, b) los contenidos específicos, c) determinación de las relaciones genéricas, d) determinación de las relaciones genéticas, e) identificación de covarianzas y, f) la integración de factores en el patrón regional.

Hartshorne (1939, 1958), revisando trabajos de Kant, Humboldt y Hettner, sistematizó el alcance corográfico, una descripción ordenada y racional del carácter variable de la superficie terrestre: la región, el objeto de estudio; la diferenciación regional, el método y unidad en la diversidad, el postulado. Siguiendo la visión kantiana, así como las ciencias cronológicas agrupaban cosas por sucesión en el tiempo, las ciencias corológicas o corográficas los agrupaba por su ocurrencia en el espacio. A partir del principio corológico,

la geografía fue caracterizada como ciencia idiográfica, encargada del estudio de la región-paisaje (Figura N° 1).

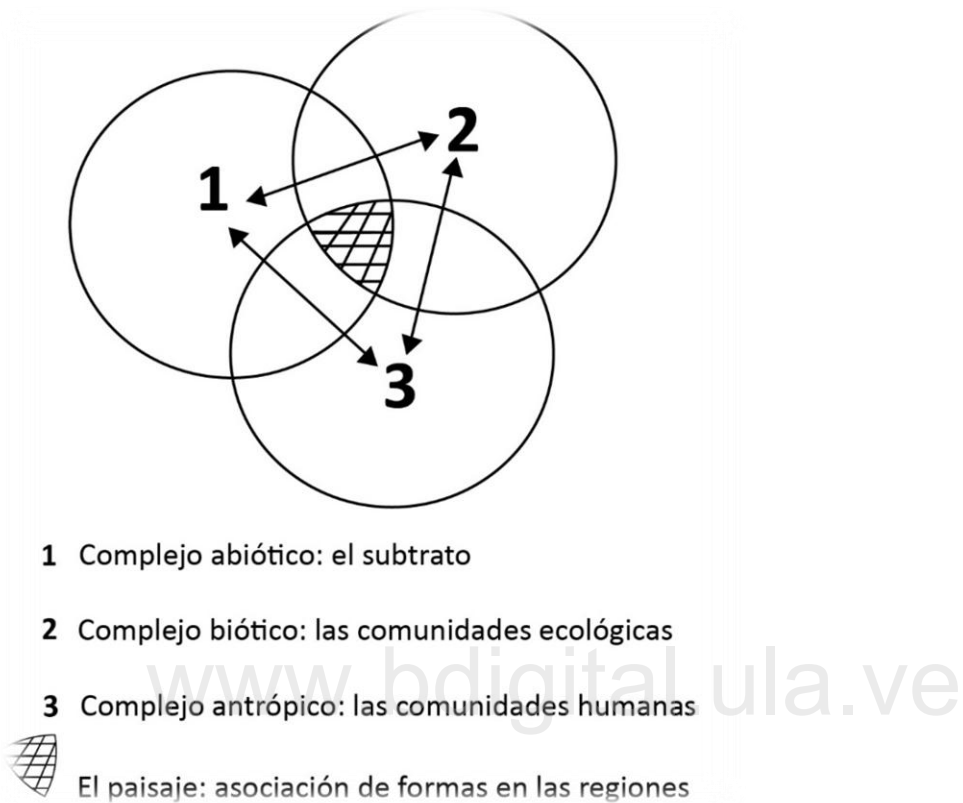


Figura N° 1. Síntesis de interrelaciones en la región-paisaje

Fuente: elaboración del autor

Unicidad e individualidad eran ideas consistentes con un espacio lleno de contenidos heterogéneos, cuya complejidad exigía un análisis fraccionado en unidades coherentes o, dicho de otro modo, la necesidad de regionalizarlo. Esas unidades se configuraban mentalmente, es decir, como construcciones pensadas para organizar la información de cada área. La construcción mental de la región, sin embargo, fue rechazada por los cultores del trabajo de campo (“la geografía entra por los pies”) y por los marxistas, defensores de la existencia objetiva de los territorios (Pokshishevski, *et al*, 1966). El debate subjetivo-objetivo perdió intensidad, al margen de su filosofía, a medida que la “región-contenedor” recibía gran atención para conocer las particularidades (recursos, localización, historia, población) de los diferentes lugares del mundo.

Dificultades metodológicas

La geografía regional no podía generalizar, formular leyes espaciales, dada su propia especificidad o unicidad, a diferencia de la geografía general o sistemática, cuyas regiones se repetían en la superficie terrestre, definidas por muy pocos factores en áreas muy extensas, por ejemplo, clima-vegetación característicos de regiones mediterráneas, sabanas tropicales o praderas templadas. Además de limitar las generalizaciones, la unicidad regional enfrentaba otras debilidades: la síntesis no pasaba de ser un resumen sistematizado y razonado, sin claras precisiones metodológicas (Reynaud, 1976) y todos los fenómenos se representaban a la misma escala regional, independientemente de su propia espacialidad.

La síntesis no quedaba resuelta por narrativas, cuadros estadísticos o superposición cartográfica; la escala regional no facilitaba el estudio de la dimensión multiescalar de los fenómenos y la unicidad impedía generalizar patrones espaciales. Pero las regiones específicas y la geografía regional, fueron las mejor aceptadas en el mundo académico, sobre todo europeo, por varias razones: exigían un esfuerzo más acabado de la disciplina; fuente de identidad en la conformación de los estados nacionales; unidad ante el riesgo de la desintegración por ramas especializadas e información para conocer y explotar recursos de las colonias. El dominio corológico, sin embargo, fue puesto en cuestión por Schaefer (1953), porque su carácter idiográfico-descriptivo frenaba la necesidad de formular leyes, tal como se hacía en las ciencias nomotéticas.

Buscando acuerdos conceptuales

En tiempos de la postguerra, las persistentes divergencias llevaron a Wittlessey (1954, citado en Guevara Díaz, 1977) a recoger y analizar las opiniones emitidas por un grupo de geógrafos estadounidenses acerca del tema regional. Aparentemente se aclaraba el concepto, al menos en el ámbito angloamericano: un área delimitada con cierta homogeneidad espacial, producto de correlaciones de los fenómenos seleccionados, y dotada de cierta cohesión proporcionada por esas interrelaciones. Número y relaciones de los fenómenos denotaban la creciente complejidad conceptual: regiones simples, múltiples y totales. La región simple, menos compleja y generalmente agrícola, difería de la región total (*compage*) más compleja, que además requería la presencia de un factor o problema central, que cohesionara la región, definiera su carácter y sus límites funcionales: por ejemplo, un centro urbano y su área de influencia o la presencia de un complejo industrial o turístico. En torno al mismo punto, se instituyó que:

... la geografía se impone un total inventario cualificativo de las unidades de espacio a las que se aplican sus investigaciones. Así pues, sus problemas son problemas de definición de “espacios homogéneos” y de “límites”, básicos en toda cartografía (George, 1973, p. 11) ... Si sustituimos la idea de investigación de un espacio finito por la determinación de un complejo de fuerzas de acción, la región ya no podrá expresarse en términos de superficie delimitada, sino en términos de flujo y de tensiones. Estos flujos y estas tensiones se ordenan basándose en unos puntos fuertes, que son lugares de convergencia y de influencia, y centros de impulso y de mando (Idem, p. 109).

Los inventarios regionales --ecológicos, históricos y socioeconómicos-- concernían a regiones homogéneas, mientras los flujos urbanos delimitaban regiones funcionales. Estas apreciaciones de alto significado empírico, no daban respuestas convincentes a las interrogantes de qué era una región y cómo se delimitaba. La primera respuesta continuó asentada en un espacio diferenciado de otros, por atributos escogidos para ese cometido y, la segunda, por unas líneas delimitadoras entre interior-exterior o cercanía-lejanía. Poco después, los proyectos de desarrollo regional pusieron en boga métodos de programación económica en tres tipos de regiones: homogéneas de inspiración agrícola; funcionales, básicamente urbano-industriales y regiones de planificación, delimitadas por instituciones oficiales (Boudeville, 1965; Guevara Díaz, 1977). Las discusiones no cesaron y la región no pudo librarse de su sinuoso y enredado recorrido. Muchos abogaban por una renovación, pues sostenían que la “vieja” geografía regional no se adecuaba a los cambios y avances de las ciencias sociales y ambientales.

I.2. REFORMAS Y RENOVACIONES

Reafirmación hegemónica de EE UU en el mundo capitalista, expansión del socialismo, crisis europea y Plan Marshall, movimientos libertarios africanos, creación de la OTAN, aportes de intelectuales latinoamericanos, desarrollo de las comunicaciones y mundialización de las fuerzas del capital, influyeron en el pensamiento de las ciencias sociales. Unos académicos de la geografía descartaron de plano los presupuestos tradicionales, pero la mayoría insistió en posiciones renovadoras. Se inició, desde entonces, un repensar de categorías y conceptos establecidos, unido a un fuerte desplazamiento hacia teorías y métodos de las ciencias sociales. La región geográfica recibió críticas por su carácter inductivo, debilidad metodológica y poca adaptación a las nuevas redes espaciales, incluso para algunos recordaba cierto determinismo ambiental. Ackerman (1958) sugirió acentuar los estudios sobre procesos naturales, socioeconómicos y tecnológicos, pues eran las fuerzas que

afectaban el contenido y las relaciones espaciales. Los principios regionales clásicos se discutieron por su naturaleza “acientífica” –desde una mirada epistemológica– y el inventario monográfico cayó bajo crítica por su carácter enciclopédico y poca adecuación a las transformaciones espaciales.

Berry (1964) propuso una transición metodológica basada en una matriz que sistematizaba asociaciones de muchos hechos en un mismo lugar o de pocos hechos en muchos lugares. El análisis temporal permitía comparar cambios en la distribución regional o de cualquier fenómeno en particular. En el primer caso el estudio conduciría a la geografía regional y en el segundo a la geografía sistemática (Figura N° 2).

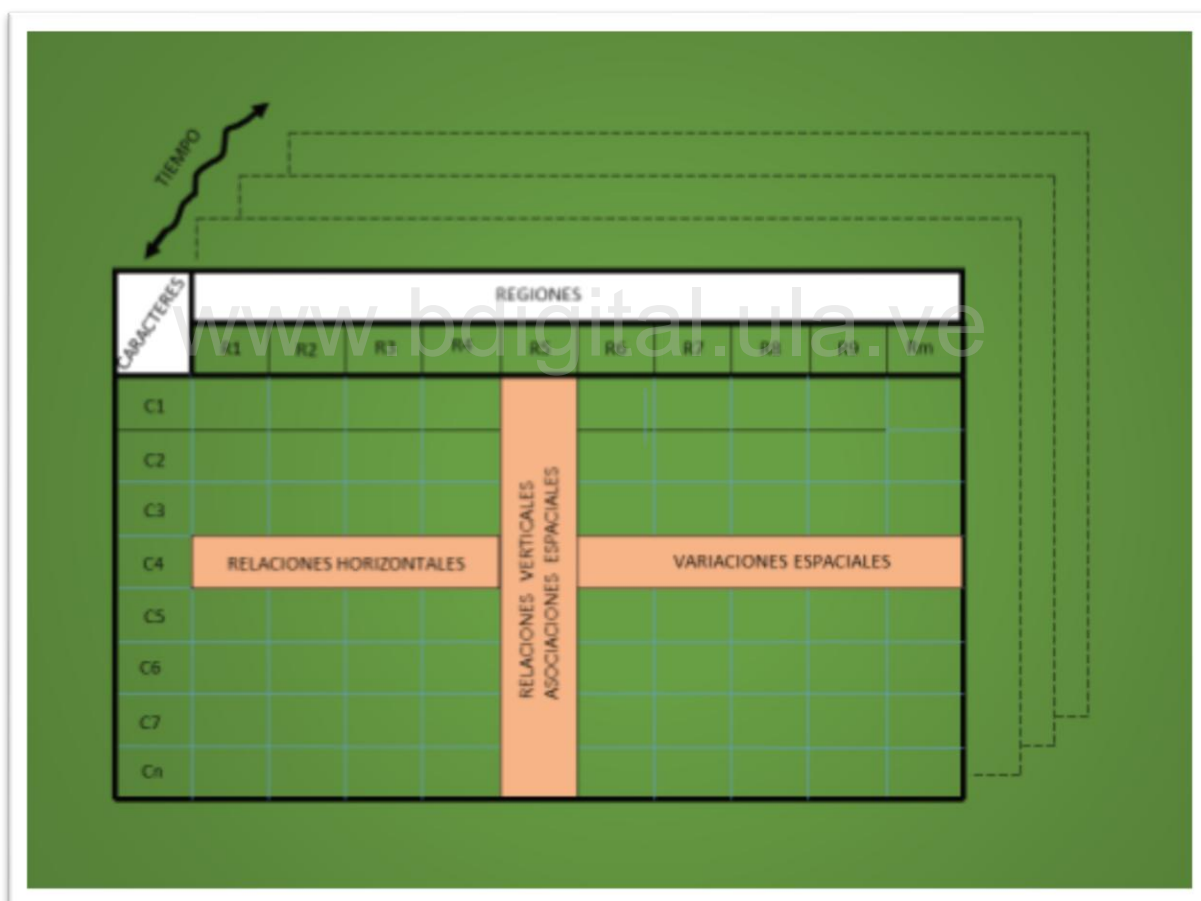


Figura N° 2. Matriz geográfica de Berry
Fuente: modificado de Berry, 1964, p.8

La matriz geográfica fue una de las primeras pistas para organizar y analizar la información geográfica con métodos estadísticos multifactoriales, después de muy amplio uso en la

“nueva geografía” teórica-locacional. Se abrían las puertas a la expansión del positivismo lógico, corriente que podemos llamar “neopositivismo geográfico” o “espacialismo”, primera ruptura del pensamiento tradicional animada por el propósito de hacer una disciplina “más científica”.

Sintaxis geométrica del “espacialismo”

Bunge (1966) y Harvey (1969) están entre los primeros exponentes de la “geografía teórica” y la “explicación geográfica” respectivamente (4). Presuponiendo una conducta humana racional y universal maximizadora de beneficios, entre ellos tiempo y distancia, la “nueva geografía” actualizó viejos modelos de optimización locacional. Von Thunen (modelo-renta-distancia) y Christaller (teoría de los lugares centrales) fueron muy citados en los años sesenta y setenta. Se replanteó la categoría de espacio como superficie abstracta y homogénea con la idea de descubrir patrones generales de localización y distribución de fenómenos. La “organización del espacio” y la región urbana (Morrill, 1970; Abler, Adams y Gould, 1971) se instituyeron como temas centrales. Las teorías de lugares centrales y la teoría de sistemas tuvieron un poderoso impacto en la geografía urbana y los programas de planificación regional.

La disciplina encontró bases metodológicas en formulaciones económicas, matemáticas y estadísticas multifactoriales, sellos de calidad tácitamente exigidos para optar a la categoría de ciencia espacial. Rápidamente se alió con los modelos económicos de una “ciencia regional”, que daba sus primeros pasos (Boudeville, 1965). Redes, nodos, superficies, jerarquías, distancia-tiempo, accesibilidad, difusión de innovaciones, superficies de demanda y economías de escala, pasaron a ser lenguaje común en la literatura geográfica. Se argumentaba que las desigualdades regionales podían ser superadas con polos desarrollo y regiones polarizadas, que garantizaban la difusión espacial de innovaciones y los equilibrios regionales. No obstante, los modelos espaciales lucieron reduccionistas, pues ignoraban poder, deseos, emociones e intencionalidades de los actores sociales.

Escenario de contradicciones sociales

Una geografía regional-inductiva, corológica, sin contenido teórico, y una geografía teórica-locacional, deductiva, socialmente irrelevante, sufrieron serias objeciones de otra nueva geografía, de naturaleza radical, apoyada en teorías marxistas y estructuralistas. La prestigiosa geografía teórica-locacional enfrentó una oleada de críticas ancladas en las reacciones contra la guerra de Vietnam, aportes de intelectuales marxistas y los fracasos

socioambientales de tecnologías masivas. El espacialismo carecía de perspectiva histórica, servía de expansión ideológica al capitalismo, escondía contradicciones sociales y hacía un uso excesivo del formalismo matemático y de teorías económicas neoclásicas.

Las críticas eclosionaron en una corriente de activismo social: una segunda ruptura estimulada, paradójicamente, por los otrora propulsores de la geografía teórica-cuantitativa. Uno de sus primeros exponentes, (Harvey, 1973), concibió el espacio como producto social y, desde entonces, se arguyó la imposibilidad de pensarlo en términos autónomos, pues resultaba de un determinado modo de producción históricamente determinado (Peet, 1997). Esa concepción se ligó con la espacialidad del poder, la mayoría de las veces al poder del Estado. El eje central fue el capital, factor que valorizaba ventajas comparativas y competitivas de algunas regiones en desmedro de otras que se empobrecían. Las regiones se entendieron como escenarios de relaciones de producción y fuerzas productivas, donde clases sociales antagónicas se enfrentaban por la propiedad y uso del espacio (5).

Las leyes del capital (reproducción, extensión, acumulación), sin embargo, oscurecían las relaciones entre dinámica espacial (localización, difusión, distribución, circulación) y dinámica social (relaciones económicas, políticas, culturales, institucionales). No bastaba el espacio como reflejo de la sociedad que, por lo demás, le restaba importancia a la constitución de las propias regiones. Hubo necesidad de repensar el espacio en términos sociales y la sociedad en términos espaciales. Aunque espacio, tiempo y sociedad pasaron a combinarse en un tejido híbrido modelado territorialmente por la producción, las instituciones y el trabajo social (Santos, 2000 a), quedaron pendientes algunos problemas, entre ellos: coevolución sociedad-espacio a escalas locales, desigualdades regionales en sistemas no capitalistas, relaciones multiescalares y territorialidad cultural, algunos rescatados por el giro posmodernista de los últimos tiempos.

Lugar de arraigo y pertenencia

El giro posmodernista de las ciencias sociales cuestionó homogeneidad espacial y societal, mega-discursos sociales, económicos, culturales y valoró experiencias de vida, identidades, imágenes y diálogos de saberes. La geografía se acercó a la región con una visión humanista que se interrogaba "... acerca de la naturaleza, los paisajes, la ciudad o el campo, tal como son vividos por los que lo habitan o frecuentan" (Claval, 2002, p.27). Topofilia, denominó Tuan (1974) a ese conjunto de relaciones, vocablo que denotaba territorio, experiencia y

sentimiento. Entre la región-contenedor positivista, la sintaxis geométrica del empirismo lógico y el espacio regional neomarxista, floreció el lugar del sujeto.

La renovación regional abandonó los enfoques analíticos del positivismo y radicales del marxismo y reposicionó la participación del sujeto, el género narrativo y las miradas hermenéuticas y fenomenológicas. El campo de estudio se desplazó hacia regiones y lugares cargados de significados, simbologías e imaginarios (Tuan, 1977; Lindón, 2007). Fremont (1976) equiparó el lugar con el espacio de vida cotidiana del individuo, centro de su reflexión y orientación, y la región con los gentilicios, escenarios geográficos e identidades regionales (6). De cierta manera, se reactualizaban regiones y “géneros de vida” de la clásica geografía francesa, ahora en perspectiva fenomenológica. La geografía humana, se volvió humanista al mirar el lugar y la región con sentido de identidad, pertenencia, vivencia y significado de y para sus pobladores, a diferencia de los polémicos “no lugares”, término exitoso de la antropología de Augé (2001).

La perspectiva territorial

La perspectiva territorial ganó protagonismo en los discursos de la globalización contemporánea. Unos argumentaban extinción de fronteras, territorios y regiones debido a los crecientes e intensos flujos financieros, culturales, técnicos y espaciales, que interconectan el mundo; otros defendían resignificaciones y especificidades locales y regionales en el mundo global. Emergió, casi súbitamente, una revaloración de la relación global-local, reconociéndose el papel de diferentes actores y escalas en geocalidades o glocales (Roberston, 2000; Painter, 2010). Ésta, una posición también compartida por Gibson-Graham (citado por Herod, 2021), que resumimos en los siguientes términos: a) ni lo global es siempre planetario, ni lo local es siempre puntual; son referentes uno del otro, b) son dos caras del complejo de redes, en ocasiones flujos dominantes y otras veces complementarios y, c) no son extremos de una escala, sino procesos, cuyas interacciones producen “glocales” rehaciéndose entre sí.

La territorialidad, que parecía difuminarse entre redes globales, al mismo tiempo se reafirmaba en regiones y lugares bajo el ropaje de movimientos glocales. Entender esa interacción en tiempo y espacio, cambió el propósito de la geografía regional. El objetivo no sólo era el recorte territorial de la propia región, sino como constructo social –político, material o simbólico– expresado en diferentes territorialidades o concebida como un espacio situado en el juego multiescalar de actores que lo configuraban a través de procesos

socio-territoriales. El mayor interés se desplazó hacia procesos de construcción y deconstrucción de territorios y regiones, el papel de las redes en las interconexiones locales, las disputas por el poder territorial y los territorios culturales. Es, desde estas nuevas perspectivas, que la presente investigación aborda la dinámica territorial generada por los procesos de producción, poblamiento y circulación, movilizadas por diversos actores sociales en diferentes épocas y desiguales escalas espaciales.

I.3. LOS ANDES VENEZOLANOS: VISIONES CLÁSICAS

Dos lecturas de los Andes venezolanos pueden calificarse plenamente de tradicionales o clásicas, proyectadas sobre diferentes delimitaciones espaciales: la masa montañosa o cordillera de Mérida y las demarcaciones político-territoriales. La cordillera, prolongación de la gran cordillera suramericana, es generalmente identificada con la región. A las entidades federales –Táchira, Mérida y Trujillo– que incorporan gran parte de la cordillera, también se les conoce como región andina. Es menos reconocida la región como bloque territorial, integrado por la cordillera y sus planicies circundantes –sur del lago de Maracaibo y llanos altos occidentales– a pesar de sus importantes interrelaciones geohistóricas. Esas visiones, sin embargo, no hacen alusión al concepto de territorio como apropiación social del espacio geográfico, salvo la de controles territoriales implícitos en las divisiones político-administrativas.

La región-cordillera, imagen geográfica duradera

Uno de los primeros trabajos corográficos fue realizado por un equipo multidisciplinario de la Universidad de Wisconsin (EEUU) y el Consejo de Bienestar Rural de Venezuela (CBR), liderado por H. Sterling, profesor de geografía de la universidad norteamericana. El estudio fue conducido en dos niveles. Uno, correspondiente a los estados andinos, basado en las estadísticas del censo agropecuario de 1950. El otro apoyado en observaciones y descripciones de la cordillera. El objetivo general consistió en ofrecer “... una visión de conjunto –la configuración, el clima, la densidad, distribución y movilidad de la población, las comunicaciones, las divisiones político-administrativas y su significación, el uso de la tierra– para situar en una perspectiva más clara, los datos y análisis, que sobre las características agrícolas y económicas se presentan en los capítulos siguientes” (CBR, 1954, TI, p. 27). La investigación remarcó la identidad montaña-región, cuyas características físico-naturales y rasgos culturales la diferenciaban en el conjunto nacional. La cordillera la especificaba como región natural, la de mayor altitud en el país (4.980 msnm), continuación de la cordillera oriental de Colombia que, en Venezuela, se divide en las cordilleras de

Mérida y Perijá, separadas por la cuenca del lago de Maracaibo. La primera localizada en Venezuela y la segunda compartida con Colombia, pero la cordillera de Mérida es la que se conoce como Andes venezolanos.

La Cordillera de Mérida constituye, sin lugar a dudas, una auténtica e indivisible región homogénea, tanto desde el punto de vista natural, como desde el punto de vista de sus más resaltantes rasgos humanos.... Las diferencias geográficas que se hallan en su interior, de ninguna manera rompen esa unidad natural y humana, aunque debemos señalar que, debido a las limitantes que tiene en cuanto a las comunicaciones terrestres, la unidad regional no puede darse en relación al funcionamiento económico y, en este caso, se presentan varios polos o nodos económicos.... Esa homogeneidad territorial y la unidad interna de la región débese, lo reafirmamos, a la historia geológica común de su evolución, a la similar localización geográfica de los procesos y a la asociación espacial de sus elementos físico-geográficos constituyentes (Vivas, 1992, p. 242).

El estudio de Vivas muestra la triple relación cordillera-unidad regional-región natural. Las variaciones en altitud permiten diferenciar cuatro pisos bioclimáticos: a) tropical, localizado en la faja de piedemontes y planicies sedimentarias, b) subtropical, en los valles medios y bolsones secos, c) templado, fundamentalmente en los valles altos y, d) el piso frío de páramos y cumbres rocosas. La figura No. 3 es una imagen del piso frío con su típica vegetación de frailejones.



Figura N° 3. La Cordillera de Mérida

Fuente: <https://ecosistemasamenazados.org/unidades>

La trayectoria de vida montana de sus pobladores ha forjado una imagen de identidad regional en la nación: los andinos. La cordillera expresa una cierta unidad "...determinada por la herencia prehispánica y la proyección de sus vocaciones productivas, así como por la contigüidad y relación entre sus pobladores" (Reig, 2009, p. 90). A su vez, un geosímbolo de la andinidad, particularmente por los rasgos culturales de la ruralidad en sus tierras altas (gastronomía, música, religión, agricultura), que se han recontextualizado en el mundo actual. El campesino que hoy ara su parcela con una yunta de bueyes y porta en el cinturón un dispositivo de comunicación digital, ilustra la hibridez agro-cultural.

La geodiversidad natural (valles, depresiones secas, páramos, sierras) y los diversos poblamientos, agriculturas y rutas de circulación, evidencian la heterogeneidad geográfica de la montaña. Sin olvidar que los estados andinos, aunque abarcan 60 por ciento de la cordillera, disponen de importantes territorios en el sur del lago de Maracaibo; adicionalmente el estado Táchira incluye tierras de los llanos altos occidentales. Esta conformación no es ajena al funcionamiento espacial actual de la región: cinco áreas polarizadas por las ciudades de San Cristóbal, Mérida, Valera-Trujillo, Barinas y El Vigía, las dos últimas en las tierras llanas o bajas. En los términos descritos, si bien la masa montañosa puede captarse como unitaria a pequeña escala cartográfica, predomina la diversidad subregional y local del conjunto regional a otras escalas.

Demarcaciones político- territoriales, litigios históricos

La historia política-territorial es muy engorrosa y discontinua. Las fronteras occidentales de Venezuela fueron muy complejas, pues chocaron intereses de las provincias de Venezuela y del Nuevo Reino de Granada. En el siglo XVI se adscribieron las villas de Mérida y San Cristóbal al Corregimiento de Tunja y después se creó la Gobernación Autónoma de La Grita. Hacia 1607 la Audiencia de Santa Fe dispuso la creación del Corregimiento de Mérida, integrado por las poblaciones de Mérida, La Grita, San Cristóbal, Barinas y el puerto de Gibraltar, los dos últimos ubicados en los llanos altos y el sur del lago, respectivamente. En 1622 se modificó esa estructura al crearse la Gobernación de Mérida y La Grita. La provincia de Barinas, por su parte, formaba parte de la gobernación de La Grita a finales del siglo XVI y, a principios del siguiente siglo, se unificó con la provincia de Mérida y La Grita, y luego con la provincia de Maracaibo.

En 1777, al crearse la Capitanía General de Venezuela, Mérida y La Grita pasaron a formar parte de la provincia de Maracaibo. Es, precisamente, con la Capitanía General de Venezuela cuando se impone una unidad jurídica y militar, bajo una sola autoridad y subordinada a una sola Audiencia (González Oropeza y Donis Ríos, 1989). Así:

... lo que hoy llamamos el “territorio venezolano” no fue un todo integrado sino en fecha muy tardía del período hispano y que esa integración tuvo que asimilarse y cristalizarse durante el período republicano. El largo camino de la integración territorial de Venezuela se cumplió por un proceso, aún inacabado en el que actuaron condicionantes aglutinadores al lado de fuertes agentes de dispersión (Idem, p. 6-7).

Similares enredos sucedieron en otras provincias de la actual Venezuela. En 1881, después de otros avatares, se decreta el Gran Estado de los Andes con los estados Guzmán (Barinas), Trujillo y Táchira, ensayo disuelto en 1899. Es decisivo señalar que en diversas instancias y épocas, gobernantes y grupos sociales de las entidades andinas siempre aspiraron ampliar sus jurisdicciones con extensiones hacia las planicies circundantes, entre otras razones, para consolidar el antiguo legado comercial, agregar nuevas tierras agrícolas y asegurar el acceso a los puertos surlacustres. Ya desde el siglo XVIII, “... los habitantes de San Cristóbal, sintiendo que la villa era escasa en tierras para la cría de ganado, ya pedían les fueran otorgadas “tierras realengas” en los llanos entre los ríos Apure, Caparo y Suripá” (Velásquez, 2009, p. 238). La solicitud materializaba la continuidad del tráfico de ganado desde los llanos del Arauca hasta los potreros de ceiba del Táchira, atravesando la riesgosa selva de San Camilo.

La escasez de tierras agrícolas y el sobre poblamiento de los valles justificaban la inclusión de las planicies aluviales de Barinas y Apure en la estructura geográfica de la cordillera (Venturini, 1983). Incluso la vieja discusión de Mérida por el derecho a la costa sur del lago de Maracaibo es todavía un reclamo vigente (Castillo y Briceño Monzón, 2004). En síntesis, la historia político-territorial ha sido de querellas, reclamos y resoluciones jurídicas, políticas y legislativas (Febres Cordero, 2007; Montoya Salas, 1993; Briceño Monzón, 2009 b), hasta llegar a los actuales estados de Táchira, Trujillo y Mérida (Figura N° 4).



Figura N° 4. Estados federales de la región andina
 Fuente: Redalyc.org/journal/200/20057342005/html/

El decreto de regionalización de 1969 agrupó en la región de los Andes las siguientes entidades: los tradicionales estados andinos; el estado Barinas; el municipio Guanare y el distrito Sucre del estado Portuguesa y el distrito Páez del estado Apure. Luego el estado Portuguesa salió de la ordenación andina para integrar la región Centro-Occidental (Cuadro N° 1).

1969	1972	1975	1980
Barinas	Barinas	Barinas, menos distrito Arismendi	Barinas
Mérida	Mérida	Mérida	Mérida
Táchira	Táchira	Táchira	Táchira
Trujillo	Trujillo	Trujillo	Trujillo
Apure: distrito Páez	Apure: distrito Páez	Apure: distrito Páez	Apure: distrito Páez
Portuguesa: municipio Guanare, distrito Sucre			

Cuadro N° 1. Regionalización de Los Andes, entidades federales. 1969-1980
 Fuente: Manduca, 2008, p. 58

Finalmente, en 1988, se decretó la región Suroeste impulsada por actores sociales e institucionales locales, integrada por el estado Táchira y el municipio Páez (otrora distrito) del estado Apure. Actualmente la región de los Andes está formada por los estados Mérida, Trujillo y Barinas, bajo “directrices” de planificación de la Corporación de Los Andes. Al lado, la región Suroeste, opera bajo “lineamientos” de la Corporación del Suroeste. Ambas instituciones de planificación regional comparten tierras cordilleranas, surlacustres y llaneras. No obstante, las corporaciones dejaron de tener rectorías, luego de la Reforma del Estado en 1989, cuando estados y municipios obtuvieron autonomías de planificación y ejecución en sus propios territorios.

Pioneras monografías geográficas de los estados Táchira, Trujillo y Mérida fueron elaboradas por Vila (1950, 1966, 1967, respectivamente) y actualizadas por Valero (2009), González (2009) y Valbuena (2009), en el mismo orden citado, como parte del Proyecto GeoVenezuela (Cunill Graü, Coord. 2007-2009). Igualmente, la organización del espacio de los estados Trujillo y Mérida (1971-2011) fue documentada por Moreno (2014). Reconociendo la importancia de estos trabajos como fuentes de información y análisis, sin embargo, quedan circunscritos en sus jurisdicciones políticas y poco priorizan las conexiones geohistóricas con otros territorios. Aunque destacan interconexiones viales, descuidan las articulaciones territoriales subregionales. Las “tierras bajas”, por ejemplo, quedan ceñidas en sus límites estatales, sin abordar sus conformaciones geohistóricas surlacustres y llanero-occidentales, y su condición de territorios rururbanos emergentes. Es el conocido problema de las regiones administrativas, pocas veces ajustadas a las dinámicas territoriales de la multiescalaridad.

El bloque geográfico regional, territorialidad extendida

La visión extendida de la región conecta históricamente las tres subregiones desde tiempos indígenas. Es la visión compartida en esta investigación como marco de referencia territorial (Goldstein, *et al*, 2012). La literatura geohistórica rescata las relaciones indígenas entre tierras altas y tierras bajas por caminos de tierra y “caminos de agua”, y los intercambios coloniales a través de la red hidrográfica: el río Uribante, canal de la cordillera con los llanos occidentales, y los ríos Zulia, Catatumbo y Escalante con el lago de Maracaibo, además los caminos reales que comunicaban la cordillera con las tierras bajas. En los primeros tiempos republicanos, ya Codazzi (1941, T3) relataba estas relaciones entre comerciantes barineses y merideños, trujillanos y larenses, tachirenses y cucuteños. Igualmente, Briceño Monzón (2009 a), Arellano Cárdenas (2009) y Martínez Erazo (2009) refieren las comunicaciones

entre la cordillera y el sur del lago a finales del siglo XIX y principios del siglo XX: una red espacial de recuas, locomotoras y barcos, durante la época cafetalera de la cordillera.

Rangel (1975) señala la transición de la comarca tachirense hacia las planicies: “Descolgarse desde San Cristóbal hasta las llanuras de Barinas es como bajar por una escalera de suave declive donde no hay abruptas caídas ni penosos sobresaltos. Y en el Norte, el Táchira cae hacia la cuenca del Lago de Maracaibo a través de unas cadenas de cerros que parecen mansos leones echados” (*Idem*, p.8). De hecho, la superficie del actual estado Táchira comprende un 15,32 por ciento del territorio en el sur del lago y un 7,69 por ciento en los llanos altos (Valero, 2009, p. 139). La ampliación geográfica del tradicional núcleo regional andino hacia las tierras bajas es compartida por Cunill Grau (1990):

*Esta definición geocultural de lo andino en espacios que desbordan las realidades geofísicas cordilleranas se puede comprobar contemporáneamente al observar que la mayor parte de las prolongaciones de su poblamiento en tierras bajas ajenas al ríspido relieve andino quedaron marcadas con su especificidad e incluso, hasta la fecha pertenecen a la jurisdicción administrativa de los estados Mérida, Trujillo y Táchira, comarcas excéntricas que llegan hasta las riberas del Lago de Maracaibo, zonas piedemontanas y bajas lo mismo que en la vertiente llanera continúan en su dependencia administrativa, comarcas que fueron pobladas en el siglo diecinueve como las avanzadas tachirenses en el río Uribante y selva de San Camilo, las penetraciones merideñas en función del río Caparo y las trujillanas piedemontanas, redobladas por la vertebración andina-llanera-barinesa (*Idem*, p. 327).*

En la conexión geohistórica de las tierras altas con las tierras bajas encontramos una fuerte pista para indagar las articulaciones territoriales del bloque andino-surlacustre-llanero occidental. En virtud de ese explícito relacionamiento, interpretamos metafóricamente las llanuras circundantes como “alas de la cordillera” (Figura N° 5). Definida así, la región queda constituida como un bloque territorial heterogéneo, cuya variabilidad geoecológica está fuertemente asociada con la agricultura (2). Una visión simplificada de las fajas de relieve del bloque regional en formato plano se muestra en la figura N° 6. Sierras altas, montañas y vertientes medias, colinas y vertientes bajas que culminan en llanuras aluviales, ofrecen un cuadro aproximado de la geomorfología regional, en el que se implantaron diferentes sistemas territoriales.

Importantes estudios de la cordillera constituyen valiosas fuentes de documentación geohistórica: a) indígenas (Wagner, 1967; Sanoja y Vargas, 1974; Clarac, 1982), b) coloniales (Velázquez, 1993, 1995; Samudio, 1995; Parada Soto, 1998; Sanoja, 2011), c) agroexportadores poscoloniales (Rangel, 1974; Aldao, 1984; Cunill Grau, 2011) y, d) agro-modernizadores (Rojas López, 1985; Velázquez, 2004). Asimismo, investigaciones realizadas en los llanos altos occidentales (figura N° 7) (Zucchi y Denevan, 1979; Spencer y Raymond, 1992; Gasson y Rey, 2006; Vessuri, 1984; Llambí, 1986; Ruiz Tirado, 2000; Mendoza, 2000; Rojas López, 2013) y en el sur del lago de Maracaibo (Figura N° 8) (Sanoja y Vargas, 1974, 2007; Parra, Altez y Urdaneta, 2008; Venturini, 1968; Briceño Monzón, 2005; Gutiérrez, 2009), son fuentes significativas de la presente investigación.

Son también importantes para esta investigación los planes y programas de desarrollo, que han formulado corporaciones y gobernaciones regionales, en tanto aportan diagnósticos y proyectos socioeconómicos y ambientales (3).



Figura N° 7. Llanos altos occidentales, sabana piemontana de Barinas
Fuente: [Google.com/search? q= llanos+alto+de+barinas+imágenes/aqs=Chrome](https://www.google.com/search?q=llanos+alto+de+barinas+imágenes/aqs=Chrome).



Figura N° 8. Sur del lago de Maracaibo. Selva pantanosa
Fuente: venelogia.com/archivos/8922

Los estudios citados contribuyen al análisis y descripción de los sistemas de producción, poblamiento y circulación, ejes conformantes de las territorialidades subregionales. Sin embargo, los patrones territoriales no aparecen articulados en las distintas fases geohistóricas del bloque regional. Posiblemente por la orientación de los estudios hacia determinados períodos históricos, definidos temas disciplinarios o, incluso, por el escaso interés teórico del concepto de territorio. Por ejemplo, durante el período de reestructuración cafetalera de la cordillera y la desestructuración de los llanos altos, se obvian los acoplamientos de procesos migratorios que configuraron desigualmente el bloque regional en la segunda mitad del siglo XIX. El estudio de la sinuosa y compleja dinámica espacio-temporal del territorio es, entonces, una tarea pendiente que procuramos cumplir desde una perspectiva inscrita en el cuadro de renovaciones del concepto regional.

NOTAS

(1). La “imagen del bien limitado”, es un modelo propuesto por Foster (1961), para caracterizar una sociedad tradicional cerrada que percibe sus bienes como limitados y finitos y, por ello, desanimada para intentar cambios estructurales. De ahí la necesidad de introducir innovaciones, mediante un proceso “... por cuyo conducto pasan los individuos de una forma de vida tradicional a otra más compleja, tecnológicamente adelantada y rápidamente cambiante” (Rogers y Svenning, 1973, p. 23). Estos procesos recibieron críticas, particularmente de la geografía radical (Slater, 1975). Primero porque se despejaron supuestos engañosos de las sociedades tradicionales y, segundo, por el carácter etnocentrista, dualista y unilineal de la teoría de la modernización. No obstante, nuevas estructuras institucionales y el surgimiento del “credo verde” hoy llevan a la modernización por horizontes de sostenibilidad, progreso social y mejoramiento económico (el desarrollo sostenible).

(2). El Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales (1985), en su macro-proyecto de *Sistemas Ambientales Venezolanos*, dividió el territorio en treinta y cinco regiones naturales. El bloque regional andino quedó integrado por las siguientes regiones: Cordillera Andina, Llanos Altos Occidentales Húmedos, Llanos Altos Occidentales Subhúmedos, Depresión Aluvial Reciente del Lago de Maracaibo y la región del Alto Apure. Las regiones y subregiones, sin embargo, no se interrelacionaron por flujos ecológicos, pues aparecen como unidades independientes, dado el propio carácter diferenciador de la regionalización natural adoptada. La diferenciación de los llanos altos occidentales por las condiciones de humedad es importante desde el punto de vista geohistórico, al igual que la incorporación de las sabanas altas de Apure en los llanos altos occidentales húmedos.

(3). Creemos importante resaltar el papel de la Corporación de los Andes, por su interés en impulsar programas de preinversión y desarrollo, especialmente agropecuarios. En la cordillera, especial atención le fue dedicada a los valles altos (horticultura irrigada y ganadería de leche) y a las vertientes medias con programas cafetaleros. En los llanos altos occidentales, se diseñaron los programas Llano Alto Occidental (estado Barinas), Guanare-Masparro (estados Barinas-Portuguesa) y Uribante-Arauca (estado Táchira). En el sur del lago de Maracaibo, los programas Motatán-Cenizo (estado Trujillo) y los de ganadería de tierras bajas (estado Mérida). El ordenamiento físico-espacial se concentró en los planes del área metropolitana de Mérida, el eje vial Valera-Trujillo y las áreas funcionales de Boconó,

El Vigía, Agua Santa-Sabana de Mendoza y Socopó (Moreno Pérez, 2014). Sin embargo, la precaria coordinación interinstitucional fue una limitante crucial para la ejecución de los programas, salvo en algunos casos como Valles Altos y PROGAL (ganadería de altura)

(4). La visión de Kant fue decisiva en la tradición regional, de amplio dominio disciplinario entre 1920 y 1960. Richard Hartshorne (1939), uno de sus más fieles exponentes, afirmaba que las divisiones geográficas implicaban juicios subjetivos para calificar semejanzas y diferencias regionales. En consecuencia, las regiones respondían a construcciones mentales para organizar características relevantes del carácter variable de la superficie terrestre. La crítica de Schaefer (1953) se basó en la unicidad de la región, una característica que la hacía individual, pero no única y desvinculada de otros territorios. Los abordajes “espaciales” del neopositivismo replantearon el “dónde” absoluto de la geografía regional, por espacios relativos y localizaciones cada vez más cercanas por la convergencia de flujos del espacio-tiempo. En ese sentido, las regiones nodales o polarizadas fueron el centro de los sistemas de organización del espacio (Haggett, 1967).

El análisis sistémico igualmente alcanzó relevancia en los estudios regionales, particularmente a raíz de la extensión del concepto de ecosistema desde la ecología. Usos de la tierra, cuencas hidrográficas, áreas de influencia urbana, se estudiaron como sistemas encestados de acuerdo con una jerarquía de interrelaciones basada en la teoría general de sistemas (Stoddard, 1971). Las críticas surgieron de las analogías entre sistemas cibernéticos y sociales, puesto que los primeros descontextualizaban histórica y culturalmente los sistemas sociales.

(5). En *Social justice and the city*, una de las primeras críticas al orden espacial existente desde postulados marxistas, Harvey (1973) partió de las prácticas sociales como creadoras de espacios. Los espacios regionales y locales precapitalistas o preindustriales se transformaban en desiguales por la sociedad industrial, que los convertían en espacios de conflictos y protestas políticas. En consecuencia, exigían nuevas reordenaciones mediante una justicia territorial distributiva. En palabras de Racine (1977), la teorización radical trataba de “... construir a partir de los conceptos marxistas y del materialismo histórico aplicado a la economía política y a la historia, una ciencia del espacio, pero en relación con la concepción materialista de la dimensión espacial de la realidad...” (*Idem*, p.28).

Más adelante, el “marxismo geográfico” recibió sonadas críticas desde la globalización, las corrientes neoinstitucionales, la democracia social, la descentralización y los desarrollos

territoriales. Ausencia de relaciones entre escalas espaciales y pobreza social, desigualdades en sistemas comunistas y libertad como requisito del desarrollo, fueron temas puntales de la crítica académica.

(6). La geografía humanista prioriza regiones y lugares, mundos vividos por los hombres. Acude a métodos cualitativos para comprender como actúan individuos y grupos sociales en sus lugares, según sus propias percepciones, valores, intuiciones, sentimientos. El fenomenólogo intenta ver las cosas, tal como las ven otras personas (Taylor y Bogdan, 1992). Al tratarse de entornos espaciales afectivos, difícilmente pueden ser comprendidos con reglas paradigmáticas convencionales (positivistas, neopositivistas, marxistas, estructuralistas). Los lugares se redescubren a través de símbolos, tradiciones, narraciones, entrevistas, documentos, visitas y otras formas de lectura y comunicación social (Albet i Mas, 2001).

www.bdigital.ula.ve

CAPÍTULO SEGUNDO

EL ENFOQUE GEOHISTÓRICO-RELACIONAL

Los conceptos no son eternos, pero ¿se vuelven acaso temporales por ello? ¿Cuál es la forma filosófica de los problemas de la época actual? Si un concepto es «mejor» que uno anterior es porque permite escuchar variaciones nuevas y resonancias desconocidas, porque efectúa reparticiones insólitas, porque aporta un Acontecimiento que nos sobrevuela. ¿Pero no es eso acaso lo que hacía ya el anterior? Y así, si se puede seguir siendo platónico, cartesiano, kantiano hoy en día, es porque estamos legitimados para pensar que sus conceptos pueden ser reactivados en nuestros problemas e inspirar estos conceptos nuevos que hay que crear. ¿Y cuál es la mejor manera de seguir a los grandes filósofos, repetir lo que dijeron, o bien hacer lo que hicieron, es decir crear conceptos para unos problemas que necesariamente cambian?

Gilles Deleuze y Felix Guattari, 1997, p. 33

Las sociedades se ordenan espacial y temporalmente, de manera simultánea de acuerdo con lógicas complejas y dinámicas. Por lo tanto, sin importar cual sea el problema, hay que renunciar a las “geometrías sociales” y reconocer la necesidad de teorías sociales del tiempo y del espacio.

Jacques Lévy, 2006, p. 281

La base misma de la geografía es que el mundo está siempre redistribuyéndose, regeograficándose. En cada momento la unidad del mundo produce la diversidad de los lugares...

Milton Santos, 2000 a, p. 133

Los epígrafes nos advierten que categorías y conceptos, aun cuando fundamentan y orientan los objetivos y procedimientos metodológicos de una investigación, no son inmutables, ni responden a patrones interpretativos únicos; sociedad, ciencia y métodos cambian en tiempo y espacio. Estar atento a nuevos conceptos y paradigmas es casi una obligación, pues en caso contrario pierden vigencia o se convierten en esquemas rígidos para poder profundizar en eventos pasados o presentes (Llanos, 2010). La estructura conceptual de la geografía, al igual que en otras ciencias sociales, confirma esa dirección, particularmente desde mediados del siglo pasado (Ramírez y López, 2015). En esa misma onda, el clásico paradigma racional de investigación se ha sometido a crítica por su debilidad

para comprender representaciones socioculturales y complejidad del mundo social. Teorías sobre incertidumbre, desequilibrio y caos, sembraron dudas acerca de bondades absolutas de los métodos cuantitativos, a la par que revitalizaron los métodos cualitativos de las ciencias sociales (Hernández, Fernández y Batista, 1998). La objetividad dejó de ser una exclusividad cuantitativa y la subjetividad una exclusividad cualitativa y, en consecuencia, se abrieron paso diseños los mixtos o triangulares de investigación (Flick, 2014).

Hoy, junto a los diseños “puros” –positivistas, dialécticos y cualitativos– las estrategias mixtas son apreciadas en ciencias sociales, por cuanto cruzan teorías y métodos con cierta flexibilidad para abordar las investigaciones (Sánchez Gómez, 2015). También son valoradas en ciencias ambientales, ya que facilitan superar modelos duales (hombre-ambiente, ciudad-campo, tradicional-moderno, objetivo-subjetivo) (Folch y Bru, 2017). Probablemente sean las estrategias deseables en muchas investigaciones, pues combinan niveles teóricos que ordenan el proceso y niveles empíricos que lo concretan en términos específicos (Cerdeira Gutiérrez, 2005).

Los abordajes metodológicos de investigación, de este modo, pueden clasificarse en tres amplios grupos: los que cuantifican hechos objetivos con protocolos analíticos-deductivos; las interpretaciones cualitativas, más flexibles y comúnmente de bases inductivas, y los intermedios o mixtos, que combinan estrategias, conceptos, métodos y técnicas (Morles, 2002). Ni los primeros garantizan absoluta objetividad, ni los segundos aprehenden la totalidad social interpretada, mientras los terceros ajustan interpretaciones y trabajos empíricos, de acuerdo con las características del objeto de estudio. La estrategia mixta es la que adoptamos en la presente investigación.

II.1. LA REGIÓN EN ESTUDIO: UN BLOQUE HETEROGÉNEO

Las disciplinas sociales, especialmente la geografía, respaldan que el espacio se convierte en territorio a partir de acciones o pensamientos de apropiación de grupos sociales, que lo hacen suyo para asegurar sus condiciones de existencia material y cultural. La apropiación política --poder, acceso o control del espacio-- proporciona un lugar relativamente seguro y permanente (Sack, 1986). La apropiación material se refiere a los usos, particularmente económicos, «territorios usados» en el lenguaje de Santos (2000 b) y la apropiación cultural valora formas conscientes de identidad y pertenencia, que dan contenido sensible al espacio, «topofilias» en la terminología de Tuan (1977). Si bien alguna de ellas puede prevalecer durante un cierto período, generalmente son mixturas entre sociedad y naturaleza, materialidad y simbolismo, política y economía.

Esa heterogeneidad admite tres tipos de relaciones geográficas: a) entre acciones sociales y transformaciones materiales, b) interrelaciones locales-globales a distintas escalas espaciales y temporales y, c) relaciones entre procesos materiales y representaciones simbólicas. Las dos primeras son incorporadas al estudio de la región andina, visualizada como un bloque heterogéneo de subregiones contiguas, donde subrayamos usos materiales sujetos a continuos y sinuosos cambios diacrónicos (Figura No. 9).

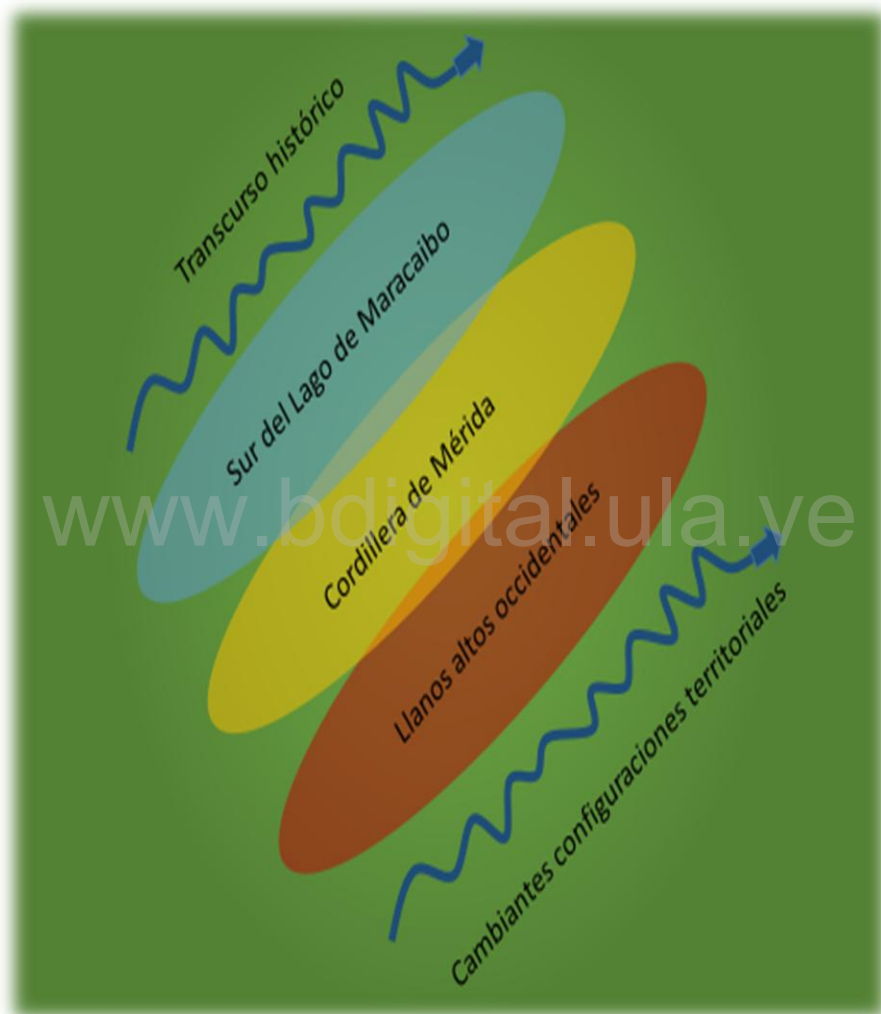


Figura No. 9. Interconexiones subregionales del bloque regional
Fuente: elaboración del autor

Heterogeneidad e historicidad cultural también lo caracterizan como espacio de identidades culturales (andinas, llaneras y surlacustres) que mantienen valores y creencias compartidos a lo largo del tiempo. Reconociendo la importancia cultural de la tríada territorio-identidad-sociedad, la investigación que acometemos en esta ocasión la dirigimos

a conocer las rupturas y recomposiciones de las subregiones del bloque regional a través de los cambios geohistóricos de los usos del territorio.

II.2. LOS OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

La investigación parte de la siguiente interrogante: ¿cómo se han articulado las configuraciones territoriales de las subregiones que integran el bloque regional andino, desde comienzos del siglo XVI hasta finales del siglo XX? Definimos las configuraciones territoriales como estructuras de relaciones entre sistemas productivos, formas de poblamiento y flujos de circulación en cada época histórica (Isnard, 1978). También se denominan patrones o sistemas territoriales, siempre vinculados a movimientos demográficos y económicos, geología y legados históricos (1). La figura N° 10, esquematiza el sistema territorial idealizado de una región funcional.

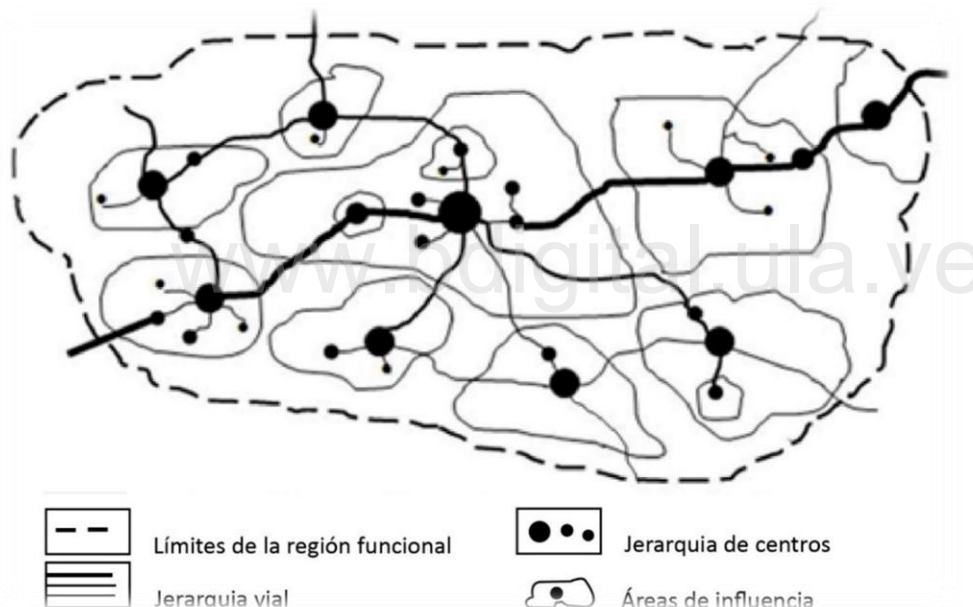


Figura N° 10. Esquema del sistema territorial de una región funcional
Fuente: elaboración del autor

Algunos usos de los territorios perduran, otros desaparecen o se transforman y otros reaparecen como nuevos usos (Silveira, 2008). Por ejemplo, muchas prácticas agrícolas de la cordillera, los llanos altos occidentales y el sur del lago de Maracaibo, evolucionaron hacia sistemas tecnológicos modernos, pero mantienen ciertos rasgos tradicionales, signos de la heterogeneidad pasada del bloque regional. Las configuraciones, por tanto, no se piensan como sistemas cerrados, lineales o inmóviles, sino abiertos y de alcances espaciales desiguales. La búsqueda de respuesta a la interrogante de la investigación encamina los

propósitos del estudio. Así, el objetivo general o central consiste en comprender los modos de articulación territorial en y entre las subregiones, interpretados como procesos des-re-territorializadores de la geohistoria regional. En estos términos, se desagrega en los siguientes objetivos específicos:

- a) Describir la territorialización indígena y la des-re-territorialización hispana, como un proceso de cambio imbricado, conflictivo y simbiótico, base formativa de las configuraciones regionales del dominio colonial.
- b) Relacionar la violencia rural poscolonial y los procesos migratorios-territoriales del bloque regional, a raíz de la Guerra Federal, mediante la articulación del movimiento desterritorializador de los llanos altos occidentales y reterritorializador de la cordillera.
- c) Definir el movimiento reterritorializador cafetalero de la cordillera en el circuito agroexportador liderado por la ciudad-puerto de Maracaibo, y sus relaciones con la desterritorialización de los llanos altos occidentales, durante finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX.
- d) Analizar los desiguales impactos reterritorializadores de la renta petrolera en las configuraciones territoriales del bloque regional hacia la segunda mitad del siglo XX.

El territorio y sus cambiantes dinámicas constituyen, entonces, el eje articulador del estudio. Ello supone una necesaria relectura de la bibliografía, incluyendo la del propio autor, dadas las nuevas miradas sobre la complejidad territorial. La periodización adoptada tampoco se subsume en el modelo cronológico nacional, pues los tiempos espaciales los consideramos “plenitudes coherentes” como los llama Salcedo-Bastardo (1979, p. 14), es decir, montados unos sobre otros, escenarios en los que convergen distintas fuerzas que influyen y son influidas por otros escenarios. Por ese motivo, en la exposición del trabajo, pudieran presentarse repeticiones o superposiciones, producto del carácter dilatado y abierto de las temporalidades.

II.3. EL CONTEXTO GENERAL DEL ENFOQUE

El enfoque geohistórico-relacional es una propuesta diseñada para estudiar los cambios geohistóricos del territorio regional de acuerdo con tres componentes teóricos-

metodológicos relacionados: a) la trama entre actores sociales, procesos territoriales y escalas témporo-espaciales, b) la periodización de “tiempos espaciales” desiguales y no cerrados durante el largo período histórico y, c) una teorización basada en la geofilosofía rizomática. Por ello, se inscribe en una geografía regional renovada, en tanto acepta los hechos como procesos sociales, al igual que argumentos político-económicos, culturales y territoriales para respaldar casos empíricos (García Álvarez, 2006).

Es crucial en este enfoque conocer cómo la trilogía actores-procesos-escalas interviene en las dinámicas regionales de desterritorialización y reterritorialización. La idea es trazar la ruta de las transformaciones en tiempos de duración variable, según fuerzas de cerramiento y apertura, rupturas y superposiciones, permanencias y continuidades. Es, así, relacional porque los movimientos territoriales son producto de un conjunto de relaciones histórico-sociales y entre procesos sociales y espacios materiales (Haesbaert, 2011). Es por ello que la región se concibe como una formación territorial que se construye y desestructura por un conjunto de actores sociales que agencian procesos políticos, económicos y culturales en escalas variables.

La geofilosofía de Deleuze y Guattari (2002) y la teorización de Santos (2000 a), Haesbaert (2013, 2019) y Saquet (2015), señalan vías para desentrañar las dinámicas de las configuraciones territoriales. Así, privilegamos más el cómo y menos el dónde, puesto que los cambios regionales pueden ser interpretados como movimientos encadenados de desterritorialización y reterritorialización. En esos términos la región termina siendo una construcción de límites difusos e inacabada en el tiempo, resultado de múltiples relaciones de actores, escalas y procesos, a su vez, inmersos en el complejo sociedad-espacio-tiempo.

La dimensión geohistórica viene expresada por los cambios espacio-temporales de los patrones territoriales (Cunill, 2007; Pires, 2011); es decir, por el “... componente geográfico de la temporalidad histórica” (Lévy, 2006, p. 278) y, en sentido braudeliano, por las relaciones sociedad-espacio geográfico en tiempos de larga duración. El legado histórico-espacial de cada generación hace de esos patrones “acumulaciones de tiempo” (Santos, 1996 a). Admitimos, en ese sentido, que el conocimiento histórico es una proyección del presente en el pasado; un presente en el que se pueden modificar criterios y perspectivas sobre eventos de otros tiempos y lugares o, por lo contrario, conservarlos. Dado que lo conocido es producto de aportes acumulados y precisados en épocas posteriores, el investigador “... saca a la luz o destaca del pasado aquellos aspectos o parcelas que más le intrigan o le interesan desde su presente, aprovechando los anteriores aportes en la medida de sus preferencias, para conocer e interpretar el pasado desde su propia perspectiva” (Soriano de García-Pelayo, 2003, p.12).

II.4. LA TRAMA METODOLÓGICA: ACTORES-PROCESOS-ESCALAS

Los cambios territoriales son activados por instituciones, grupos sociales e individuos en y con el espacio, según sus propios objetivos, capacidades y alcances. Los territorios si bien son estructuras relativamente perdurables, en especial los tradicionales, no son estáticos u homogéneos. Son temporalidades desiguales, combinaciones de herencias e innovaciones que imposibilitan ignorar su pasado. Es, en ese rumbo, que tratamos de entender cómo actores (públicos y privados), procesos (desterritoriales y reterritoriales) y escalas (temporales y espaciales) constituyen una trama generadora de cambiantes y dinámicas configuraciones regionales a lo largo del tiempo (Figura N° 11). Sobresale la idea témporo-espacial, asunto de gran atención en la teorización de esta investigación, en vista de que todo territorio posee en sí mismo un potencial de procesos, revisable en épocas pasadas y presentes.

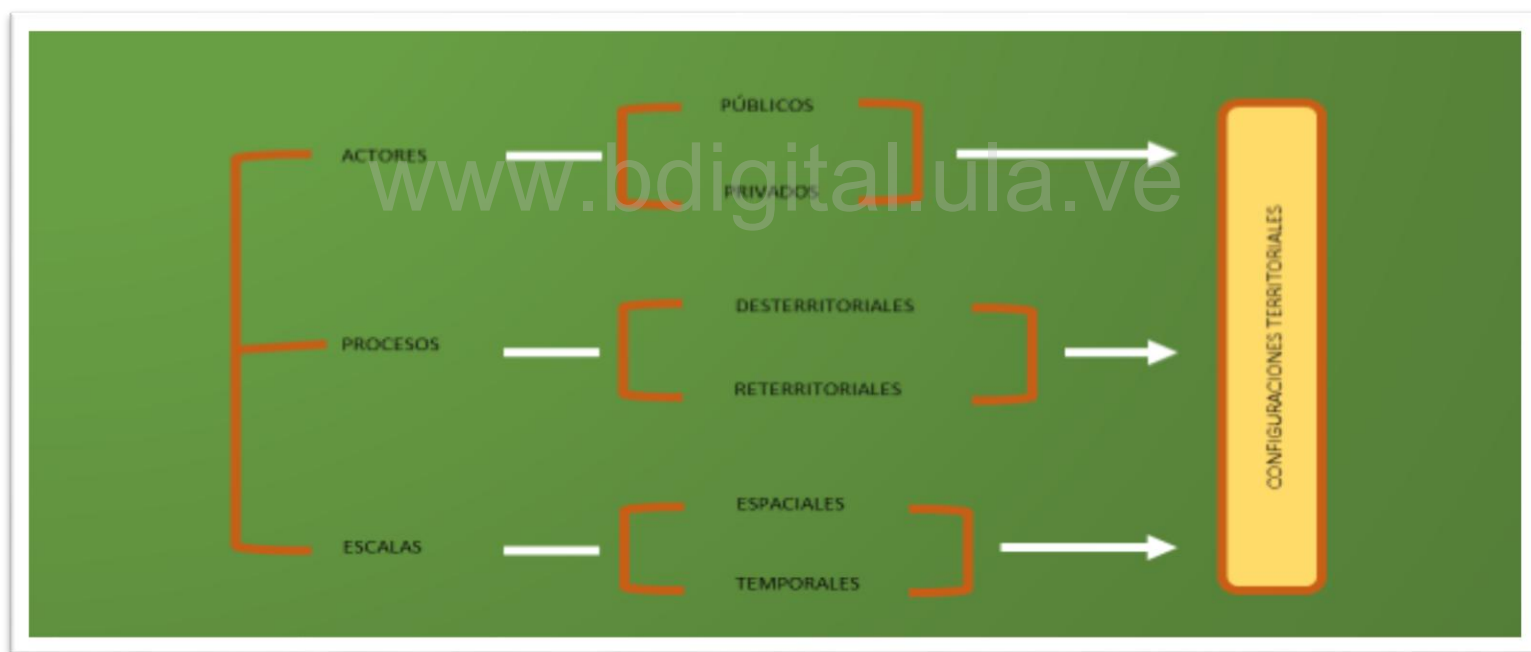


Figura N° 11. Trama del enfoque geohistórico-relacional
Fuente: elaboración del autor

Siguiendo este rumbo, adoptamos la metáfora del rizoma, un recurso interpretativo por su ajustada comparación figurada con la dinámica de los territorios. Las ideas rizomáticas definen líneas de “fugas o escape” (procesos de desterritorialización) y líneas de “regeneración o recomposición” (movimientos de reterritorialización). Territorializaciones (demarcaciones, infraestructuras, usos de la tierra, poblamientos, intercambios,

identidades), desterritorializaciones (migraciones, pérdida cultural, violencia social, desposesión) y reterritorializaciones (inmigraciones, colonización, redes viales, reconstrucciones), no pueden abordarse con prescripciones inflexibles, dadas sus múltiples interrelaciones y las propias condiciones híbridas de los territorios. El diseño mixto aporta cierto grado de libertad metodológica, dado que posibilita vincular lo cualitativo de la revisión teórica y lo cuantitativo de la información empírica de la región, aunque no siempre resulte fácil relacionar ambos contenidos (Figura N° 12).

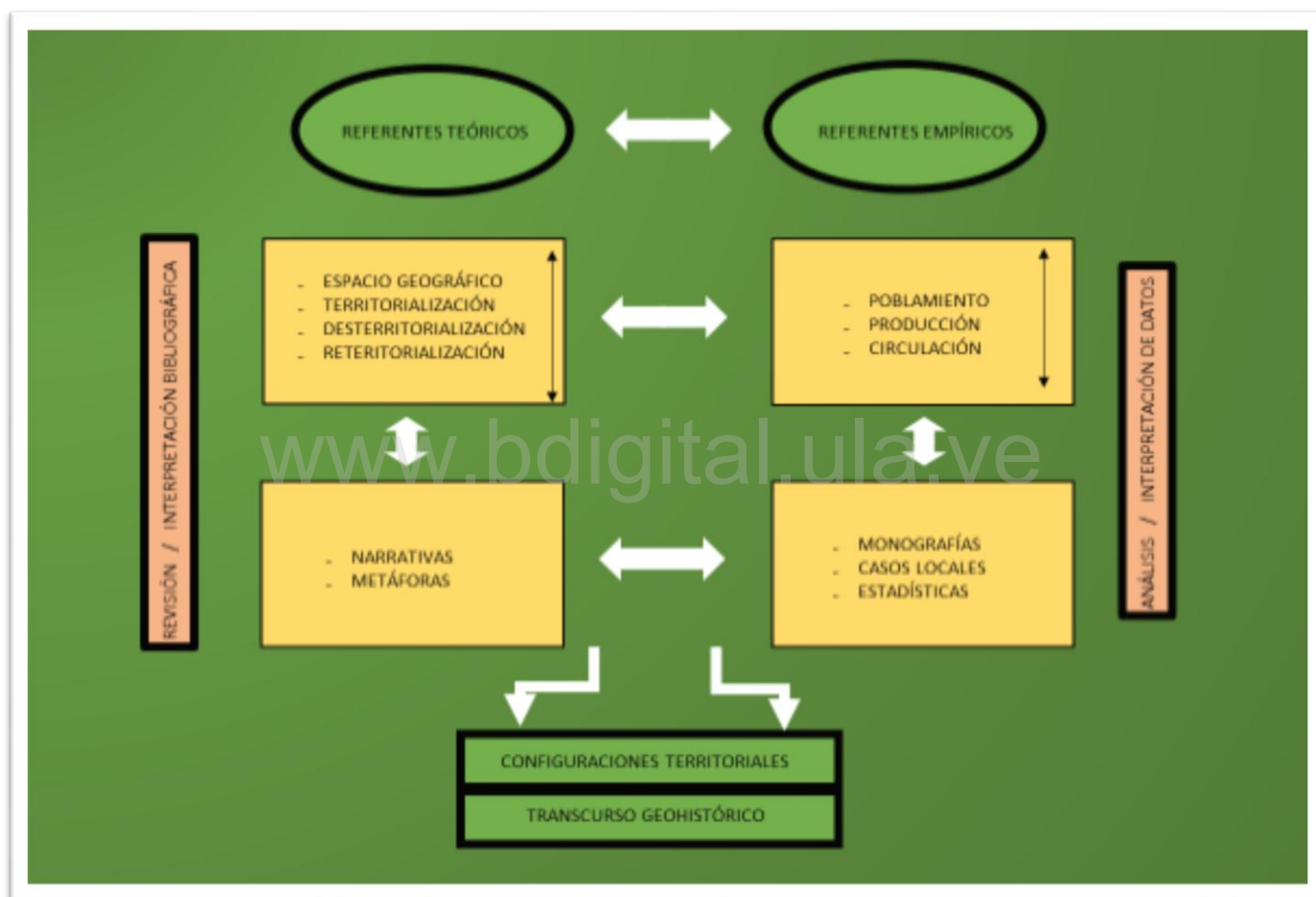


Figura N° 12. El diseño mixto de la investigación

Fuente: elaboración del autor

Acercándonos al presente, la mayor disponibilidad estadística toma centralidad en el análisis de los patrones territoriales de las entidades federales usualmente reconocidas como integrantes del bloque regional: a) los tres estados andinos, b) los municipios zulianos (otrora distritos) del suroeste del lago de Maracaibo y, c) los estados Barinas y Portuguesa y el municipio Páez del estado Apure, de los llanos altos occidentales. Los registros

estadísticos no siempre se ajustan a esas jurisdicciones, debido a los cambios temporales en sus delimitaciones (2) y, aun cuando son apoyos necesarios, la investigación descansa fundamentalmente en la descripción interpretada de las articulaciones territoriales.

Actores y escalas

Los actores sociales son muy diversos: locales, extra-locales, oficiales, privados, individuales, colectivos, que actúan en distintas escalas espaciales. Las arenas de acción de Ostrom (2005) ilustran tres ámbitos de actuación social. En el primero operan actores locales e individuales en su cotidianidad social, económica y política. En el segundo intervienen actores colectivos –asociaciones, organizaciones– que desempeñan funciones, acordantes o no, con prescripciones normativas de actuación. En el tercero, actúan los agentes que fijan y regulan las normas institucionales de relación. La diversidad de actuaciones, muchas veces es fuente de sonados conflictos, como sucede en las reservas forestales de los llanos altos occidentales: los choques entre productores agropecuarios y actores institucionales del ámbito ambiental revelan una fuerte diferencia de percepción y uso de la tierra, comprometedor de la sustentabilidad del bosque (Rojas López, 2007).

Los actores, por tanto, participan en diferentes escalas espaciales (locales, regionales, nacionales, globales) y temporales (corta, mediana, larga duración), sin relación necesaria entre ambas: pueden intervenir al mismo tiempo en diferentes espacios o en el mismo espacio en desiguales tiempos. No basta con conocer quiénes son los actores, sino también cuáles y cómo son sus interrelaciones. Por ejemplo, más adelante describimos como productores y casas comerciales de la región, mantuvieron importantes relaciones a escala mundial a través del comercio agroexportador e importador de mercancías.

Las intervenciones de los actores locales o regionales hacia y desde distintas localizaciones son muy comunes, pues casi siempre forman parte de un sistema mayor. Aquí encontramos una limitante de los estudios tradicionales de la región, ya que acomodan fenómenos de distinta espacialidad en una misma escala: variaciones climáticas, actividades económicas y densidades demográficas, por ejemplo, encerradas en la misma escala regional. El mito del Lecho de Procasto ejemplifica el forzado encajamiento de eventos heterogéneos en un mismo recorte territorial. La multiescala, por lo contrario, permite conectar niveles desde los cuales piensan, deciden y actúan los actores sociales.

La región, por su carácter de espacio subnacional, comparte rasgos administrativos, económicos, sociales y de gestión con el sistema nacional o internacional, lo que implica

multiescalaridad espacio-temporal, esto es, relacionamientos locales y globales al mismo tiempo, simultaneidad de temporalidades y espacialidades (Saquet, 2015). Las escalas y redes se relacionan estrechamente ya que las redes conectan actores a diferentes escalas, es decir, configuran espacios en los que decisiones y acciones globales se hacen presentes en ámbitos locales. También es cierto que esa interconexión excluye lugares y actores no seleccionados o relativamente cerrados o aislados, se trata de un campo de polémicas centrado en la extinción de lo local bajo el impacto de lo global versus la resistencia, articulación, recomposición o potenciación de respuestas locales (Kelly, 1998).

En el estudio del bloque regional acentuamos las conexiones históricas entre actores externos –instituciones estatales, organizaciones, empresas, mercados– y actores regionales o locales –productores, asociaciones, comerciantes instituciones, administradores– y sus incidencias subregionales, vale decir, en los procesos de desterritorialización y reterritorialización de la historia regional.

Procesos territoriales

El pensamiento rizomático ha sido poco explorado en la geografía latinoamericana (Herner, 2002; Haesbaert y Glauco, 2004; Haesbaert, 2011, 2013, 2016; Souza, 2013; Reyes Tovar, 2011; Herrera y Herrera, 2020). Quizás por los enredados conceptos biológicos, etológicos, etnológicos y matemáticos del texto filosófico, apartados de la usual coherencia y organización concedida a los territorios. En *¿Qué es la filosofía?*, Deleuze y Guattari (1997) ya presentan la dimensión geofilosófica de los territorios: “La desterritorialización y la reterritorialización se cruzan en el doble devenir. Apenas se puede ya distinguir lo autóctono de lo foráneo, porque el forastero deviene autóctono junto al otro que no lo es, al mismo tiempo que el autóctono deviene forastero...” (*Idem*, p.112).

Si todo territorio exhibe huellas del pasado y rasgos actuales, interpretamos que son usos genéticamente asincrónicos y funcionalmente sincrónicos, influidos en diferentes épocas por otros territorios. En ese suceder habrá fuerzas opuestas que enfrentan estabilidad y dinamismo. El cambio, por tanto, partiría de una estructura con cierta inercia territorial (infraestructura, asentamientos, redes, condiciones naturales) lo que explicaría por qué sus transformaciones sean más lentas que las socioeconómicas: “En definitiva, las estructuras espaciales suponen tanto un resultado, una herencia, de los procesos del pasado, como una condición, un factor, para los procesos del presente y del futuro. Por eso no juegan un papel meramente pasivo, sino activo” (Gutiérrez Puebla, 1999, p. 35).

Los cambios que involucran desterritorialización ocupan un lugar central en la literatura, a veces polémico, dado que la desterritorialización no solo se entiende como fragilización, precarización, pérdida de control territorial, sino también en sentido positivo, porque “... todo proceso y toda relación social implican siempre simultáneamente una destrucción y una reconstrucción territorial. Por lo tanto, para construir un nuevo territorio hay que salir del territorio en que se está, o construir allí mismo otro distinto” (Haesbaert, 2011, p.13). En el “*mito de la desterritorialización*”, Haesbaert cuestiona el fenómeno porque siempre existe la necesidad de territorializarse; por eso los territorios se reconstruyen a través de procesos multiterritoriales. La noción de desanclaje (Giddens, 2001) la asociamos con desterritorialización, pues aquella es un “... “despegar” las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y reestructurarlas en indefinidos intervalos espacio-temporales” (*Idem*, p. 32). Dicho de otro modo, los desanclajes remueven relaciones sociales de sus entornos y las entrelaza con otras separadas en tiempo y espacio o, si se quiere, desterritorialización y reterritorialización al mismo tiempo.

II.5. EL MARCO TEÓRICO

En los discursos de la modernidad las categorías de espacio y tiempo se pensaron como independientes o intuiciones del intelecto, sin posibilidad de experiencias sensibles. Su independencia fue luego desafiada por la teoría de la relatividad, geometrías no euclidianas y filosofías empíricas, entre otras elaboraciones. La geografía pasó a dotar de contenido sustantivo al espacio, mediante materialidades y acciones sociales, concibiéndolo como espacio geográfico, sin cuestionar su independencia respecto al tiempo. Sin embargo, “*En las últimas décadas, muchos geógrafos han argumentado a favor de volver a dar prioridad a lo espacial. Pero probablemente sea más importante poner fin a esa separación radical entre tiempo y espacio, separación que no hemos cuestionado en las ciencias sociales desde los pronunciamientos de Kant*” (Massey, 2005, p. 121).

La geografía comenzó a considerar estas categorías desde una condición unitaria, influida por el avance teórico, el desarrollo de las técnicas y la espacialidad de la globalización (Silveira, 2014), mientras el territorio seguía siendo empleado como concepto empírico en estudios político-administrativos, técnicos y naturales. Incluso, una reciente y extensa obra reitera su importancia en las políticas públicas (Farinós y Serrano, 2022). Probablemente haya sido con la “geofilosofía rizomática” de Deleuze y Guattari (2002; primera edición de

1988), cuando el territorio se deslizó hacia su dimensión teórica, aunque sin apreciable resonancia inicial en la geografía, según la apreciación de Landaeta Mardones (2012).

Hacia la dimensión social del espacio

Las categorías y conceptos geográficos entraron con mayor amplitud en las ciencias sociales, especialmente como representaciones del espacio (3), a veces envueltos en largas y enmarañadas disquisiciones. El espacio, categoría central de la disciplina, desplegó su connotación epistemológica, a partir de su entendimiento como producto social, un producto diferente de otros objetos producidos, pues intervenía en la producción, el trabajo y la circulación que lo configuraban y, a la vez, lo determinaban (Lefebvre, 1974). La continuidad de esos debates, sin duda, son útiles para esclarecer el contexto teórico de la presente investigación. No obstante, a fin de reducir excesivas teorizaciones, procuramos una síntesis de las argumentaciones, con miras a situarnos lo más cerca posible de los objetivos del estudio.

En los inicios institucionales de la disciplina, el espacio geográfico estuvo atado a la superficie terrestre, bajo la preponderante influencia de las ciencias naturales: una corteza de interacciones físicas, biológicas y atmosféricas, escenario de la vida. Esas condiciones se estudiaron como soporte de civilizaciones, fuente de riquezas materiales o potencialidad expansiva de los Estados. El espacio, entonces, fue conceptualizado como mosaico planetario o continental de regiones naturales, cuyas características determinaban las acciones humanas. Las fajas polares, desérticas y ecuatoriales albergaban sociedades atrasadas; las zonas templadas, por lo contrario, eran escenarios de modelos civilizatorios. El pensamiento determinista no pudo superar escollos en las escalas locales, donde medios naturales semejantes producían respuestas humanas diferentes; por ejemplo, distintas densidades demográficas en los deltas similares de grandes ríos.

Trabajos de campo e interés por la historia del posibilismo geográfico, realzaron las relaciones hombre-ambiente en cuadros regionales y locales. Las ideas posibilistas no cambiaron la idea fija y material del espacio, que seguía siendo natural, pero ahora en una distinta relación social: los grupos humanos podían aprovechar la naturaleza y convertirla en recurso, empleando los sistemas técnicos forjados en sus “géneros de vida.” La superficie terrestre quedaba transformada en medio geográfico, diferenciado en territorios o regiones por las acciones humanas. El problema básico era describir un espacio terrestre en términos corográfica y ecológicamente diferenciado, sin llegar a generalizaciones espaciales (Ortega Valcárcel, 2000).

Las debilidades deterministas y posibilistas motivaron, después de la Segunda Guerra, el estudio de la espacialidad geométrica de los objetos geográficos. La nueva geografía miraba el espacio como categoría abstracta y homogénea en búsqueda de regularidades y leyes para explicar distribución, densidad e interacción espacial de los objetos. Bunge (1966) llegó a señalar que solo en el espacio geométrico se hallaba la base teórica de la geografía. La validez universal del orden geométrico impuso la tendencia a descubrir patrones o leyes espaciales, independientemente del origen y características de los objetos (Gould, 1969). Los modelos dejaban de lado la compleja trama de los agentes sociales, sin percatarse que no actuaban solos, ni en el espacio, ni en el tiempo. Ese reduccionismo fue una de las críticas fundamentales a la corriente teórica-deductiva.

La geografía radical desplazó ideas ecologistas, regionalistas y espacialistas y rescató la tesis sociológica lefebvriana de producción social del espacio. Los modos de producción, según la doctrina marxista, creaban sus propios espacios y, en consecuencia, no podían ser autónomos, sino reflejo de la sociedad. Las desigualdades espaciales se explicaban por el carácter dominante y expansivo del modo de producción capitalista. La dialéctica socio-espacial aclaró, un poco más tarde, que espacio y sociedad marchaban unidos, lo que condujo a establecer una trilogía de espacios: materiales, representados e imaginados (Soja, 1989; Harvey, 1998). Los nuevos pensamientos desdibujaron la original ortodoxia y los geógrafos radicales pasaron a explorar campos del humanismo, la territorialidad, ecológicos, culturalistas y posmodernistas. De este modo, la dimensión social del espacio adquiría diferentes perspectivas, una de ellas la de territorios.

El espacio y los territorios

Usualmente espacio y territorio se confunden en una copiosa literatura. Son pocas las diferencias; la más conocida se refiere al espacio como posibilidad territorial, antecedente o “materia prima” del territorio. Así, el territorio encuentra su apoyo en el espacio, pero no es el espacio en sí mismo, sino el resultado de su apropiación por diferentes formas de poder o dominio (Raffestein, 2011). “Territorio y espacio están ligados, entrelazados, pues el primero es fruto de la dinámica socioespacial” (Saquet, 2015, p. 35). Diferentes lecturas dan cuenta de la polisemia envuelta en el tema, pues: “El carácter casi monosémico que tuvieron durante mucho tiempo las palabras espacio y territorio –ahora en crisis– no ha sido ajeno a la regencia de lo locacional en el sentido más amplio de resolver la pregunta por el dónde” (Lindón y Hiernaux, 2006, p.8).

La gran mayoría de los autores comparte, sí, el argumento central del debate: los actores sociales son los que, con sus acciones, territorializan el espacio. Poder, uso y pertenencia, traducen el reconocimiento colectivo del espacio a través de prácticas sociales (Di Méo, 2003; Moine, 2006). Razonamos, por consiguiente, que los modos de territorialización son estrategias sociales desplegadas en distintas épocas y, dado que también producen fuerzas concurrentes de des-re-territorialización, la geohistoria aparece como disciplina crucial en la comprensión de esos procesos.

Si bien el territorio, es producto de múltiples relaciones políticas, económicas y culturales, la geografía generalmente lo asimila a transformaciones materiales del espacio (Haesbaert, 2011). En ese sentido, Santos (1996 a) hace coincidir espacio y “territorio usado” en línea con su definición de espacio: “... conjunto indisociable, solidario y también contradictorio de sistemas de objetos y sistemas de acciones, no considerados aisladamente, sino como un marco único en el cual la historia se manifiesta” (*Idem*, p. 111), una totalidad híbrida, relacional, que no cesa de componerse y recomponerse en el tiempo.

Espacio y territorio usado se tornan sinónimos, construcciones heterogéneas y mutables, originadas por dinámicas diacrónicas y sincrónicas a ritmos variables y diversas escalas (Silveira, 2008, 2009). Territorio usado, sería entonces, el espacio banal, de individuos, empresas, organizaciones, opuesto pero articulado al espacio global o corporativo (Silveira, 2014). Bozzano (2000) remarca su carácter relacional: “... el territorio no es la naturaleza ni la sociedad, ni su articulación; sino naturaleza, sociedad y articulaciones juntas. En este escenario, cada proceso adoptará una espacialidad particular” (*Idem*, p. 29).

Lecturas de la territorialidad

La territorialidad, en su acepción original, deriva de la posesión de una porción de tierra que una especie animal delimita para defenderse de agresores, asegurar su reproducción y el control de su entorno. De la etología pasó a la geografía como territorialidad humana, “... estrategia de un individuo o un grupo de afectar, influir o controlar personas, fenómenos y sus relaciones a través de la delimitación y ejerciendo el control sobre un área geográfica. Esta puede ser denominada territorio” (Sack, 1986, p.17). Esta visión marca un adentro y un afuera, según el grado de poder de los actores territoriales. Son, por así decirlo, espacios controlados por relaciones de poder. “Lugares del mandar”, de decisiones globales y verticales y “lugares del hacer”, de decisiones horizontales (Silveira, 2014). En la historia agroexportadora de la región, por ejemplo, podremos detectar interconexiones verticales

y horizontales en los mercados locales y regionales, en los que intervienen actores con distintos grados de poder.

El poder, ya sea político o económico, es el modo fundamental de apropiación del espacio. A partir del poder, el territorio "... debe ser concebido como producto combinado de desterritorialización y de reterritorialización, es decir, de relaciones de poder construidas en y con el espacio" (Haesbaert, 2013, p. 269). El factor cultural, sin embargo, no puede ser descuidado, especialmente en territorios de raigambres tradicionales o fuertes historias identitarias, "lugares de memoria", donde cobran significado símbolos territoriales. Tepuyes de la Guayana venezolana y lagunas cordilleranas de Mérida, son ejemplos de toposacralidades indígenas.

Si las estrategias políticas y económicas de la territorialidad son materiales o funcionales y las culturales son simbólicas, concluimos que grupos o instituciones pueden territorializarse por mecanismos de poder, usos económicos o simbolismo culturales. En otras palabras, distintas territorialidades pueden coexistir en un mismo espacio. Por ejemplo, indígenas, campesinas y turísticas en un parque nacional o barrios identitarios y "peligrosos" en una ciudad (multiterritorialidades). En la Guayana venezolana, territorialidades indígenas – medios de subsistencia, refugios, arraigos– coexisten con territorialidades mineras en frecuentes conflictos por la apropiación del territorio. En el sur del lago de Maracaibo territorialidades ganaderas asociadas a mercados nacionales coexisten con las culturas afrodescendientes e indígenas muy ligadas a sus territorios locales.

Los estudios sobre territorio y territorialidades se difundieron con miradas antropológicas, geográficas, históricas, económicas y políticas, como regiones, lugares, ciudades, sistemas. En las ciencias sociales del ámbito latinoamericano se cuentan, por ejemplo, Llanos (2010), Vergara (2010), Reyes y López (2012), Ther Ríos (2012), Segovia y Nates (2011), Nates (2013), Beuf (2019), Herrera y Herrera (2020), Castillo (2020). En la geografía latinoamericana se asiste a un vigoroso "regreso al territorio", en el que subrayamos la influencia teórica de los estudios liminares de Raffestin (1977, 1986), Sack (1986) y Santos (1996 b, 2000 a). Entre otras, las contribuciones de Montañez y Delgado (1998), Silveira (2008), Pulido (2009), Trinca (2009), Porto-Goncalves (2009), Altschuler (2013), Veltz (2014), Saquet (2007, 2015), Haesbaert (2011, 2013, 2016), Gómez y Medina (2022), Salas Bourgoin (2022), confirman esa corriente que, nos arriesgamos a decir, tienden a convertir el concepto en un paradigma geográfico.

En la bibliografía son comunes los siguientes enunciados sobre territorios y territorialidades: a) entidades dotadas de historias pocas veces lineales, sino interrumpidas, sinuosas, intermitentes o múltiples, b) relacionadas con una base material, cada vez más modificada por distintos actores sociales, c) apropiada por diferentes grupos sociales a escalas desiguales, d) en las que resaltan relaciones de dominio, intersecciones locales-globales, identidades culturales y dinámicas socioterritoriales, e) cuyos cambios y relaciones forman estructuras multifuncionales y plurales, no pocas veces conflictuadas, f) interpretadas desde múltiples perspectivas: teóricas, prácticas, normativas y simbólicas, g) muchas veces asociadas con políticas públicas de ordenación, desarrollo territorial y sostenibilidad ambiental y, h) que hacen común equivalencia entre territorios y regiones.

La geofilosofía rizomática

En botánica el rizoma es un tallo subterráneo, heterogéneo y horizontal, cuyas raíces entrelazadas forman un cuerpo distinto a la verticalidad de la raíz-árbol. Deleuze y Guattari (2002) oponen las formas rizomáticas a las arbóreas y manejan el modelo rizoma para defender la organización de un conocimiento no jerarquizado y no sujeto a clasificaciones rígidas. En estricto sentido, sin centros, jerarquías y estructuras fijas; por lo contrario, asumido en términos de procesos, discontinuidades y multiplicidades. En apretado resumen el modelo-rizoma carece de puntos, se opone a la raíz-árbol y está formado por múltiples líneas que pueden romperse y regenerarse.

Conociendo que territorios y regiones resultan de complicadas superposiciones naturales y socioeconómicas, sus interrelaciones son parecidas a las del cuerpo de un rizoma: las raíces del tallo pueden romperse, al igual que los espacios desterritorializarse (“líneas de fugas”) y, al mismo tiempo, regenerarse (“brotes”), tal como los espacios reterritorializarse. Las fugas son salidas de viejas territorialidades y, a la vez, entradas a nuevos territorios en un continuo devenir. En su obra central *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Deleuze y Guattari (2002) expresan la complejidad del devenir:

Una línea de devenir no se define ni por puntos que une ni por puntos que la componen: al contrario, pasa entre los puntos, sólo crece por el medio, y huye en una dirección perpendicular a los puntos que en principio se han distinguido, transversal a la relación localizable entre puntos contiguos o distantes. Un punto siempre es de origen. Pero una línea de devenir no tiene ni principio ni fin, ni salida ni llegada, ni origen ni destino... Una línea de devenir sólo tiene un medio. El medio no es una media, es un acelerado, es la velocidad absoluta del movimiento. Un devenir siempre está en el medio,

sólo se puede coger en el medio. Un devenir no es ni uno ni dos, ni relación de los dos, sino entre dos, frontera o línea de fuga, de caída, perpendicular a las dos (Idem, p. 293).

Complejidad filosófica y alejamiento de la territorialidad tradicional hacen que el modelo rizomático parezca "... más fácil ponerlo en agenda que llevarlo a la práctica" (Verne, 2012, p. 564). Asumiendo este desafío, lo consideramos en la base teórica del trabajo, a fin de enriquecer el análisis territorial de la región, en sintonía con enfoques sobre espacialidades, territorialidades y temporalidades.

--Teoremas territoriales

Los flujos, brotes y fugas rizomáticos hacen comprender la dinámica de los territorios en términos complejos, abiertos e interconectados, de rupturas y recomposiciones, movimientos que permiten averiguar cómo se desterritorializan y reterritorializan los espacios, en nuestro caso subregionales. En ese orden de ideas, ponemos atención en cuatro de los ocho "teoremas territoriales" enunciados por Deleuze y Guattari (2002, p. 180-305):

- Primer teorema: *Uno nunca se desterritorializa solo, como mínimo siempre hay dos términos, mano-objeto de uso, boca-seno, rostro-paisaje. Y cada uno de estos dos términos se reterritorializa en el otro. Por tanto, no hay que confundir la reterritorialización con el retorno a una territorialidad primitiva o más antigua: la reterritorialización implica, forzosamente, un conjunto de artificios por los que un elemento, a su vez desterritorializado, sirve de nueva territorialidad al otro que también ha perdido la suya.*
- Segundo teorema: *De dos elementos o movimientos de desterritorialización, el más rápido no es forzosamente el más intenso o el más desterritorializado. No hay que confundir la intensidad de desterritorialización con la velocidad de movimiento o de desarrollo. Por tanto, el más rápido conecta su intensidad con la intensidad del más lento, la cual, en tanto que intensidad, no le sucede, sino que actúa simultáneamente sobre otro estrato o sobre otro plano.*
- Quinto teorema: *La desterritorialización simple es doble, puesto que nunca la coexistencia de una variable mayor y de una variable menor devienen al mismo tiempo (en un devenir, los dos términos no se intercambian, no se identifican, sino que son arrastrados en un bloque asimétrico, en el que uno cambia tanto como el otro, y que constituye su zona de entorno).*

- Sexto teorema: *La doble desterritorialización no simétrica permite asignar una fuerza desterritorializante y una fuerza desterritorializada, incluso si la misma fuerza pasa de un valor al otro según el "momento" o el aspecto considerado; es más, el menos desterritorializado precipita siempre la desterritorialización del más desterritorializante, que actúa tanto más sobre él.*

En la extensa y compleja teorización territorial algunos consideran que el texto "...es un recorrido por circuitos estructurales, fugas postestructurales y rearticulaciones en postulados interculturales, como una delineación integradora de multiplicidades" (Herrera y Herrera, 2020, p.103). No obstante, de la difícil lectura se extraen ideas que ayudan a comprender,

...la complejidad territorial en tanto instancias donde lo estructurado/estructurante también se desestructura en fugas y mutaciones. La pluralidad, la multiplicidad de lo real, entendida como rizoma, se construye y se reconstruye en un movimiento constante e inagotable de desterritorialización y reterritorialización. De ahí que la dominación también pueda ser rizomática, pero no desde condiciones de perennidad, sino también de incesante desestructuración (Idem, p. 114).

La territorialización del espacio es, en todo caso, el fundamento de los conceptos de desterritorialización y reterritorialización, inspirados en la geofilosofía rizomática. La desterritorialización, un proceso reiterado en ese pensamiento, involucra abandono de los lazos que unen a la gente con su territorio y, al mismo tiempo, la creación de nuevos lazos, o combinación de nuevas y viejas relaciones en otro territorio (reterritorialización); ambos procesos dejan ver los distintos usos de los territorios. En ese sentido el "*mito de la desterritorialización*", acuñado por Haesbaert (2011), postula que nadie puede vivir sin territorializarse, ya sea en un territorio-zona, caracterizado por el control que ejerce un actor sobre un espacio delimitado; un territorio-red, articulado por flujos a diferentes escalas o en multiterritorialidades, sucesivas --de locales a regionales-- o superpuestas en el mismo territorio. En breve, la multiterritorialidad en palabras de Castillo (2020):

... permite abordar múltiples actores en sus diferentes procesos de territorialización. Además, da la posibilidad al abordaje y comprensión de las diferenciadas dinámicas de apropiación de un espacio para construir territorialidades diversas y por variados actores/sujetos. Esta diferenciación puede ser en términos de diversas escalas (micro, meso y macro), pero también en relación con la indagación y visibilización de las agencias (prácticas, actividades, discursos), mediante las cuales los sujetos

involucrados construyen diferentes territorios sobre un espacio determinado (Idem, p. 9).

--Espacios lisos y espacios estriados

Las texturas o rugosidades territoriales las interpretamos metafóricamente como imágenes de “espacios lisos” o “espacios estriados”, según la teorización rizomática. Los primeros, espacios abiertos, recorridos por actores “nómades” sin asiento definitivo (actores desterritorializadores). Los segundos, espacios cerrados, organizados por sedentarios que lo territorializan o reterritorializan. Si los “nómades” ocupan el territorio sin medirlo o cerrarlo, los sedentarios primero lo miden y reparten y luego lo ocupan. La teorización aclara que no son espacios opuestos, sino que pueden mezclarse o reconvertirse: el espacio liso verterse en estriado y el espacio estriado devuelto a liso; por ejemplo, cuando grupos nómadas se tornan sedentarios en el desierto o grupos sedentarios se vuelven nómadas en las grandes ciudades.

El Estado, actuando como agente reterritorializador, se guía por un pensamiento ordenado, legalizado que, por ejemplo, busca la sedentarización de los frentes de colonización campesina con políticas de reformas agrarias. Asimismo, los terrenos baldíos invadidos, carentes de servicios e infraestructura, luego dotados por acciones colectivas o individuales, transitan el camino del nomadismo al sedentarismo. Estos casos demuestran conexiones por superposición o relocalización (4). La distinción de lisos y estriados plantea problemas de transiciones, combinaciones, historias o fuerzas de los cambios. Aquí los empleamos como imágenes temporales de las configuraciones territoriales.

Los conceptos rizomáticos, aunque inmersos en corrientes posmodernas, son aplicables a procesos geohistóricos, pues territorios o regiones experimentan rupturas, conexiones y recomposiciones en diferentes épocas. En tal correspondencia, el enfoque geohistórico-relacional parte de la territorialización indígena, para luego describir sus movimientos de desterritorialización y reterritorialización. Es, en esta perspectiva, que el bloque regional se torna objeto de estudio, sin perder de vista que tales procesos ni lo cierran, ni la fijan, en el espacio-tiempo.

II.6. UNA DISCUSIÓN ABIERTA

En la teorización geográfica generalmente se presentan aprietos para articular movimientos diacrónicos y sincrónicos, objetos materiales e inmateriales, razones y emociones, espacialidades y temporalidades, rasgos actuales y pasados. En este campo, el territorio un concepto híbrido, pero no dual, demanda descifrar el problema de las intersecciones de su

compleja heterogeneidad en cada fase histórica. Esa dificultad es la que quizás impide completar una acabada epistemología del territorio. En el curso de su propia dinámica, el destino de los territorios parece paradójico, una línea sinuosa de ajustes variables: llegar a ser, dejar de ser y volver a ser (Vergara, 2010).

En un discurso parecido, Massey (2005) establece una visión relacional según tres proposiciones: a) el espacio producto de interrelaciones globales y locales, b) que coexisten con distintas trayectorias y multiplicidades y, c) siempre en construcción, un devenir múltiple que nunca lo cierra. Esas interrelaciones y movimientos, de acuerdo con Lévy (2006), pueden ser rastreados en la historia de la humanidad, desde la mundialización acaecida con la difusión de los hombres por la faz de la Tierra, hasta la universalización contemporánea. La dimensión histórica amplía las escalas de los movimientos sociales: desde las primeras y aisladas localidades hasta las globalidades de hoy.

Conscientes de esa complejidad descrita, pero también de las posibilidades de apertura que ofrecen los estudios territoriales, el enfoque geohistórico-relacional toca las facetas de la territorialidad a través de las intervenciones de múltiples actores sociales que generan procesos demográficos, productivos y de movilidad en diferentes épocas a desiguales escalas espaciales. Nos remite a un conjunto de aproximaciones para describir e interpretar las articulaciones territoriales del bloque regional en su devenir histórico. Diríamos que en esa dinámica el territorio evoluciona como un cuerpo material continuamente (re) transformado. Dicho de otro modo: siempre en construcción y deconstrucción, arrastrando pasado y futuro en su geohistoria.

El enfoque propuesto busque explorar las múltiples interrelaciones de la territorialidad en diferentes escalas y tiempos. En esas aproximaciones se acerca a la teoría de la complejidad (Morin, 1994), en tanto pretende conjugar totalidad y contextualidad regional, temporalidad y espacialidad, deducciones e inducciones, cuantificación y cualificación, ruptura y recomposición, globales y locales, sintetizados en los procesos des-re-territorializadores del espacio regional. Esperamos mostrar, así, que los desiguales procesos socioterritoriales, unas veces contradictorios y otros conciliatorios, pueden interpretarse como fuerzas territorializadoras, desterritorializadoras y reterritorializadoras, desde los primeros pobladores hasta los sistemas territoriales contemporáneos. Finalmente se aspira entregar una contribución académica a la tarea de comprender lo que ha sido históricamente y es hoy el bloque regional en el cuadro contemporáneo de la nación.

NOTAS

(1). Las configuraciones territoriales son patrones espaciales creados por grupos sociales en diferentes momentos históricos. En cada configuración coexisten acumulaciones de tiempo largos (tradiciones, lenguas, historias) y cortos (desplazamientos y actuaciones de menor duración). La articulación espacio-temporal remite a la temporalidad del espacio y a la espacialidad del tiempo, es decir, a la proyección de una escala temporal en una escala espacial. Las glocalidades son ejemplo de ello. La condición glocal de la región bajo estudio, puede ser evidenciada tanto en sus históricos flujos agroexportadores-importadores, como en los actuales flujos agroindustriales hacia mercados nacionales.

(2). La reciente estructura político administrativa del sur del lago de Maracaibo cubre aproximadamente 12 mil Km² formada por los siguientes municipios y parroquias (Zambrano, 2011):

Estado Mérida: municipios Alberto Adriani, Obispo Ramos de Lora, Caracciolo Parra Olmedo; las parroquias Capital e Independencia del municipio Tulio Febres Cordero y la parroquia Capital del municipio Julio Cesar Salas.

Estado Táchira: municipios García de Hevia, Panamericano y las parroquias Capital y Boconó del municipio Samuel Darío Maldonado.

Estado Zulia: municipios Catatumbo, Colón, Francisco Javier Pulgar, Jesús María Semprun y Sucre.

Esta demarcación excluye las tierras bajas del estado Trujillo. Allí, sin embargo, la ciudad de Sabana de Mendoza mantiene una importante influencia comercial en el noreste de la subregión y una amplia conectividad con las ciudades de El Vigía (estado Mérida) y Valera (estado Trujillo) (Rojas López, 1980). Por ello, las incluimos en el Sur del Lago, subregión compartida por los estados Zulia, Mérida, Táchira y Trujillo.

Los estados Barinas y Portuguesa y el municipio Páez del estado Apure, se suelen identificar con los llanos occidentales. En el piedemonte y las sabanas altas de la subregión se han desarrollado las más importantes actividades económicas y demográficas, al igual que las históricas relaciones territoriales con la cordillera de Mérida. En este estudio son las entidades político-administrativas que integran los llanos altos occidentales. Corpoandes (1971), diseñó el proyecto de desarrollo alto llano occidental con las siguientes entidades administrativas:

Estado Barinas: sin el distrito Arismendi.

Estado Apure: distrito Páez y municipio La Trinidad.

Estado Táchira: municipio San Antonio de Caparo.

Estado Mérida: municipios Mucuchachí, Mucutuy, Libertad y Aricagua (Los Pueblos del Sur).

(3). Las categorías son construcciones complejas, formas superiores o jerárquicas de pensamiento o de saberes. Tienen carácter histórico y distintos grados de abstracción. Tiempo y espacio, por ejemplo, tienen una extensa historia, desde acepciones cosmológicas de la Antigüedad hasta teorías modernas y contemporáneas. Las categorías, cuando adquieren contenidos concretos, se transforman en conceptos, que expresan objetos o cosas reales o ideales, pero no son las cosas en sí, sino sus “correlatos intencionales”. Designan un objeto o cosa en términos formales para distinguirlo de otros (Ferrater Mora, 1965, T1).

En la filosofía de Deleuze y Guattari (1997; edición francesa de 1991), se discuten ampliamente los conceptos de ciencia, arte y filosofía en términos de funtores, prospectos, perceptos y afectos. Dada su complejidad preferimos mantener la tradicional distinción de categorías y conceptos, aunque su empleo es usualmente indistinto en la literatura. La idea de noción, por lo contrario, está mejor entendida: un conocimiento elemental o poco elaborado de las cosas.

En los discursos de la modernidad la filosofía kantiana, de reconocido impacto geográfico, concibió espacio y tiempo como categorías intuitivas para entender la extensión y sucesión de las cosas, respectivamente. Sin existencia propia, constituían abstracciones del intelecto, independientes de la experiencia, pero posibilitaban la ordenación de las cosas, una al lado de otra en el espacio, y una tras otra en el tiempo. La geografía y la astronomía se ocuparían de la distribución de los fenómenos en el espacio, pero el espacio de la geografía no era el espacio sideral, celeste, sino la superficie terrestre. La clasificación de conocimientos empíricos en el espacio, sería una facultad de la geografía y en el tiempo de la historia; corología y cronología respectivamente. La primera delimitaba porciones del espacio terrestre y la segunda, períodos en el tiempo (La traducción de Hettner, 1987, sintetiza el fundamento kantiano de la geografía regional). Nuevos pensamientos cuestionaron los dualismos geográficos, particularmente de espacio y tiempo. Thrift (1983), tras una potente crítica, abogó por una dialéctica socioespacial. Igualmente, Santos (2000 a) reflexionó sobre esa dualidad, cuyos movimientos enlazados hacían imposible pensar un espacio ahistórico o una sociedad aespacial.

(4). La aproximación metafórica también la emplean Guattari y Rolnik (2006), para ilustrar la paciente inmovilidad de Penélope, la tejedora, y la angustiosa movilidad de Ulises, el viajero: “Los Ulises viajan, no tejen. Andan por todas partes sin estar en ninguna parte.... Penélope se niega a la aventura, porque en la aventura se evidencia para ella la desterritorialización, el objeto de su pánico” (*Idem*, p. 331). Digamos, así, que son procesos con distintas temporalidades y espacialidades en los que un actor nómada desterritorializa (Ulises) y una sedentaria territorializa (Penélope). La desterritorialización, paradójicamente, podría no estar en los recorridos del viajero –una perpetua reterritorialización de lugares, aunque sin verdaderos territorios– sino en la melancólica espera de Penélope, que teje y desteje siempre los mismos hilos. Si el que viaja aparece como el que desune y la que siempre teje como la que une, ambos son necesarios: Penélope controla el tiempo y Ulises el espacio, pero el viajero que retorna ya no es el mismo y la tejedora que lo recibe tampoco es la misma.

En el mundo global de la contemporaneidad algunas producciones cinematográficas recrean las múltiples conexiones entre distintos lugares, culturas y prácticas sociales, sin importar distancias geográficas y temporales. En *Babel*, por ejemplo, es precisamente la cercanía digital del espacio-tiempo, la dimensión que territorializa, y a la vez desterritorializa lugares y sociedades. Se acercan los distantes y se alejan los cercanos. Los vínculos se presentan en un juego de diversas relaciones de correspondencia, simétricas, contradictorias e inversas. Es otra temporalidad y otra espacialidad dictadas por diferentes interconexiones en distintos contextos culturales.

CAPÍTULO TERCERO

TERRITORIALIZACIÓN INDÍGENA Y DES-RE-TERRITORIALIZACIÓN COLONIAL

En regiones geohistóricas como las del noroeste de Venezuela, los primeros conquistadores y colonizadores españoles no tuvieron que desbrozar territorios vírgenes. Por el contrario, se asentaron en espacios geosociales que habían sido producidos, poblados y trabajados desde hacía miles de años por poblaciones indígenas agroalfareras sedentarias.

Mario Sanoja, 2011, p.149

Los ecosistemas naturales experimentan variables transformaciones según tecnologías disponibles y objetivos sociales de cada momento histórico. La naturaleza sería una especie de materia prima que la sociedad utiliza y moldea para convertir “tierra en territorio”. En esa historia cada generación deja huellas en el espacio heredado, aunque otras cambian o desaparecen. Es posible inferir, entonces, que toda territorialidad posee antecedentes y es, en sí misma, antecedente de nuevas territorialidades. En el bloque regional andino ese proceso comenzó con definidas estrategias indígenas para utilizar “tierras altas” y “tierras bajas”, desestructuradas y reestructuradas por otros actores socioeconómicos y políticos. Ello hace necesario una primera mirada a las condiciones geoecológicas de la región, dadas sus estrechas relaciones con las estrategias territoriales indígenas y las actuaciones hispanas de conquista y colonización.

III. 1. LA GEOECOLOGÍA DEL BLOQUE REGIONAL

La cordillera de Mérida, montaña de mayor masividad y altitud del país (4.785 msnm), se extiende por unos 40 mil km², aproximadamente, entre la depresión del Táchira al suroeste y la depresión de Lara al noreste, concretamente entre el macizo de Tamá y la depresión Tocuyo-Quíbor, respectivamente. Largas sierras, separadas por valles longitudinales y atravesadas por valles transversales, dominan la estructura del relieve. Hacia las planicies circundantes fluyen los ríos que drenan esos valles, importantes “camino de agua” en las comunicaciones indígenas con el suroeste del lago de Maracaibo. Los valles intermontanos,

asientos históricos de poblamientos humanos, son actualmente los principales ejes de uso de la tierra, poblamiento y circulación de la cordillera.

El páramo de Mucuchíes, en el centro de la cordillera, es el nudo del cual se desprenden tres grandes cursos fluviales. Chama y Motatán que corren hacia las tierras surlacustres y el río Santo Domingo que fluye entre abruptos callejones hacia los llanos. En los páramos del suroeste nacen los ríos La Grita, Mocotíes y Escalante, cuyas aguas se dirigen al sur del lago de Maracaibo. Desde la vertiente sur de la cordillera los ríos Caparo y Uribante riegan los llanos de Barinas y Apure y en la montaña santandereana de Colombia, nace el caudaloso río Catatumbo que desemboca en el lago de Maracaibo. De esta manera, los depósitos sedimentarios que conforman la geomorfología de los piedemontes y planicies, tienen su origen en la dinámica hidrológica de las tierras altas.

El sur del lago de Maracaibo está caracterizado por un clima cálido, altas precipitaciones y frecuentes desbordamientos de los ríos. El parque nacional y la reserva de fauna, denominados *Ciénagas de Juan Manuel*, tipifican los humedales de la planicie. La extensión de la subregión es muy variable según delimitaciones institucionales, aunque generalmente entre la frontera binacional al oeste, el río Motatán al este, el río Catatumbo al norte y el piedemonte andino al sur. La Universidad de Los Andes (Rojas Salazar, 1984) estableció sus límites entre la frontera colombiana al oeste, el río Santa Ana al norte, el río Pocó al este y la cota piemontana de los 250 msnm al sur (11.925 Km²). La Universidad Sur del Lago (UNISUR, 1984) los fijó entre la frontera colombiana, el río Santa Ana, el río la Grita al suroeste, el río Paují al noreste y el piedemonte al sur (19.189 km²). El programa de desarrollo subregional “Sur del Lago” (Corpoandes, 1991) la delimitó entre el río Catatumbo al norte, la carretera Panamericana al sur, el río Mucujepe al este y los ríos Orope y Zulia al oeste (23.858 km²). En este estudio seguimos la extensión anotada por la Universidad de Los Andes, a objeto de incorporar la evolución geohistórica sistematizada por Zambrano (2011), pero adicionalmente incluimos las tierras bajas del estado Trujillo.

Los llanos altos occidentales son una faja de colinas y planicies, comúnmente definida por los 400-500 msnm en el contrafuerte montañoso y la curva de los 100 msnm, límite con la llanura inundable o llanos bajos. Se extienden por unos 30 mil km², aproximadamente, delimitados al suroeste por los ríos Arauca, algunas veces, o Uribante, en otras, y al noreste por el río Cojedes y otras veces por el río Portuguesa. Colinas y terrazas del Cuaternario antiguo, y acumulaciones detríticas más recientes, describen la geomorfología subregional

(Schubert y Vivas, 1993; Arismendi, 2007). Se distinguen el ambiente húmedo del suroeste (precipitaciones >2.000 mm) y el subhúmedo del noreste (precipitaciones <1.500 mm), formado su mayor parte por el piedemonte y los llanos altos del estado Portuguesa. En resumen, una subregión de relieves pocos o no inundables con definida estacionalidad pluviométrica, a diferencia de la predominantemente plana del sur del lago, de amplios sectores inundables y sin una marcada época seca.

El piedemonte andino-llanero recorre una distancia aproximada de 330 km, desde la frontera colombiana hasta la depresión de Carora y, del otro lado de la cordillera, el piedemonte andino-lacustre se prolonga por unos 430 km, entre la misma frontera y el valle del Sarare en la serranía de Portuguesa. La anchura del primero casi duplica la del segundo, además de poseer mayor densidad hidrográfica, cursos fluviales más largos y clima tropical lluvioso de sabana con marcado período seco, a diferencia del piedemonte lacustre sin período seco, aunque ambos presentan alta pluviosidad, con promedios superiores a los 1.500 mm anuales (Vivas, 2015).

En el bloque regional se reconocen pisos bioclimáticos y ambientes de uso de la tierra, sin coincidencias en altitud, número o topónimos; generalmente la mayor coincidencia se observa en el piso tropical o caliente (inferior a los 1.000 msnm) (Andressen y Ponte, 1973), mientras que los pisos subtropicales y templados algunas veces son calificados de subandinos (1.000-2.000 m. aproximadamente), los ambientes frío y de páramos de pisos andinos (2.000-4.000 m) y las cumbres, por encima de los 4.000 msnm, de piso altoandino (Monasterio, 1980). En líneas generales podemos identificar cuatro pisos bioclimáticos: tropical, subtropical, templado y frío (Cuadro No. 2).

Los estratos altitudinales los hemos caracterizados, adicionalmente, en cuatro tipos de ambientes de acuerdo con la geoecología regional, usos de la tierra y percepciones culturales: a) “tierras bajas” o “llanas” de planicies, inferiores a los 800 msnm, b) valles y vertientes de ambientes “templados”, de 800 a 1.600 msnm, c) “tierras altas”, fundamentalmente de 1.600 a 3.000 msnm y, d) páramos y cumbres rocosas por encima de los 3.000 msnm. En este sentido, mantenemos la similitud terminológica y paisajística entre piso altoandino y tierras altas, entre los 1.600 y 3.000 msnm aproximadamente y tierras bajas por debajo de los 800 msnm, más por los usos culturales de los pobladores que por precisiones altimétricas.

Pisos (estratos)	Altitud (msnm) aproximada	Temperatura media (° C)	Vegetación original
Tropical: piedemontes, fachadas lacustres, llaneras	< 800	27-29	Bosques siempre-verdes; bosques deciduos
Subtropical: valles, vertientes medias	800 a 1.600	18-22	Bosques secos; bosques montanos; matorrales
Templado: valles altos	1.600-3.000	10-14	Bosques nublados
Frío: páramos, cumbres rocosas	>3.000	< 10	Arbustos; frailejones; herbazales

Cuadro N° 2. Pisos bioclimáticos del bloque regional
Fuente: modificado de Monasterio, 1980 y Vivas, 1992

III.2. TERRITORIALIZACIÓN DE LOS PRIMEROS POBLADORES

La territorialización de la actual Venezuela se erigió sobre bases indígenas regionalmente diferenciadas. Las primeras agriculturas lograron mayores desarrollos en valles intermontanos, piedemontes y tierras altas. Núcleos y fajas agrarias de la cordillera andina, montañas y colinas centro-occidentales y los llanos altos occidentales, sustentaron densidades demográficas relativamente altas. La cuenca del lago de Maracaibo, los llanos altos occidentales y la cordillera andina forman parte de las siete regiones geohistóricas -- junto con las del noroeste, centro-costera, noreste y Orinoco-- identificadas por Sanoja y Vargas (2007) a finales del siglo XV. Los españoles, por tanto, no arribaron a un territorio silvestre e inhabitado, sino valorado material y simbólicamente durante siglos.

Las imposiciones hispánicas –encomiendas, mercedes de tierras, pueblos de indios, resguardos, misiones– desarticularon los sistemas ancestrales de poblamiento, producción y circulación. Encomiendas y pueblos de misión predominaron como medidas de control e integración a la emergente sociedad colonial (Castillo Sosa, 2009). Concentraron poblaciones, fundaron asentamientos, crearon divisiones político-administrativas, nuevos sistemas agroproductivos y ampliaron redes terrestres y acuáticas a partir de los existentes. La base indígena contribuyó por coacción o voluntad al proceso de reterritorialización colonial. La demanda euro-americana de productos y materias primas requirió, además, mano de obra esclava africana. El dominio colonial, por una parte, aseguraba el control de sociedades y territorios y, por otra, la vinculación de la producción con el sistema-mundo a través de flujos agroexportadores. A la llegada del siglo XVIII ya se encontraban estructuradas plantaciones, haciendas, hatos ganaderos y pequeñas agriculturas.

Grupos étnicos, formas de poder, sistemas de producción y escalas de comercialización, intervinieron de distinta manera en los procesos coloniales, sin que el medio geográfico haya sido ampliamente reconocido. Por ejemplo, la colonización se desplazó de oriente a occidente, por menores riesgos ambientales y poblaciones indígenas más sedentarizadas. A principios del siglo XVII, las villas de occidente (El Tocuyo, Barquisimeto, Coro, Trujillo, Mérida, La Grita) no pasaban de los 150 vecinos, pero disponían de gran número de encomendados, entre 1.000 y 3.500 indígenas, según los datos recopilados por Arellano Moreno (1947), lo que parece indicar una relación directa entre tierras altas y secas y sedentarización agrícola. Quizás la rechazada tesis del determinismo ambiental o el lento desarrollo de los estudios geohistóricos, hayan influido en la escasa valoración geográfica, aunque hoy se dispone de valiosas geohistorias regionales y locales (Muñoz y Bracho, 2009).

La territorialización del bloque regional comenzó con las estrategias aborígenes para aprovechar recursos naturales, poblar entornos y recorrer tierras y aguas. Estudiar la territorialidad indígena supone entrar en una primera identidad histórica “geografizada” en el territorio. Ecosistemas, tecnologías, organización social y cultural crearon patrones territoriales originarios, ajustados a las condiciones geoecológicas de tierras altas y tierras bajas. El juego de interrelaciones implícitas, nos acerca a las primeras configuraciones de poblamientos, producciones y lugares interconectados por senderos terrestres y fluviales, desde tierras altas hasta pisos basales.

Configuraciones territoriales de tierras altas

Los valles de la cordillera, hendiduras que individualizan profundos surcos en la masa montañosa, están muy relacionados con la territorialización indígena. Sirvieron de vías naturales para intercambios internos y con las tierras bajas aledañas; sus terrazas, conos aluviales y laderas suaves, fueron sitios privilegiados de agricultura y poblamiento. En esos lugares, clima de montaña, abundancia hídrica, suelos fértiles y accesibilidad, favorecieron la sedentarización y concentración de la población. Los valles tuvieron una alta significación en agriculturas, asentamientos, accesibilidad e intercambios aldeanos. La creación de aldeas, algunas hasta de 2.500 habitantes (Clarac, 1982), y la construcción de una red de senderos y trochas que comunicaba al eje central de la cordillera con las tierras bajas, fueron decisivas en la conformación del hábitat altoandino y sus características viviendas (Figura N° 13).



Figura N° 13: Imagen de un modelo de vivienda indígena altoandina

Fuente: iamvenezuela.com/20/7/09 casa-prehispanica-de-gavidia-merida/

En las tierras altas Wagner (1967) describió dos patrones culturales, el andino de tierra fría por encima de los dos mil metros y el sub-andino de tierra templada por debajo de ese límite. El primero, apoyado en agricultura de tubérculos (papa, oca, ulluco) y adecuaciones agroecológicas (construcciones de piedra, canales de riego, estanques, terrazas de laderas, despiedre, silos, caminos) y el segundo, menos desarrollado, pero más diversificado, basado en maíz, frutales, leguminosas, y una alfarería más elaborada. La separación no fue rígida, dadas las superposiciones y coexistencias verticales y horizontales entre ambos patrones. La rigurosa habilitación del medio montañoso exigió alta inversión de trabajo, tiempo y una

organización sedentaria asociada al hábitat aldeano. La sedentarización fue, así, un factor clave de la territorialización (Cuadro N° 3)

Sistemas agrarios: agricultura de raíces, tubérculos, cereales y leguminosas en pequeñas parcelas; domesticación de aves y mamíferos; manejo agroecológico de aguas, suelos, piedra y arcillas: muros, terrazas de laderas, silos para cosechas, muros de piedras para conservación de suelos, estanques y canales de riego; empleo de herramientas no metálicas; uso colectivo de la tierra.

Formas de poblamiento: aldeas concentradas en fondos de valle; núcleos y familias dispersas en vertientes de solana. Interconectados por redes camineras de tierra y senderos empedrados; patrón de asentamiento integrado y estructurado en torno a una agricultura sedentaria.

Modos de intercambio y circulación: permutas agroalimentarias y de materias primas con pueblos del sur-lacustre y del llano alto occidental a través de caminos, tarabitas y vías fluviales; el propio cuerpo como transporte y la escabrosa geografía física, hicieron del indígena un experto en caminerías y manejo de canoas.

Cuadro N° 3: Configuración territorial indígena de tierras altas

Fuente: elaboración propia a partir de Wagner, 1967, 1964-1965; Sanoja y Vargas, 1974; Clarac, 1982; Febres Cordero, 2007; Parra, Altez y Urdaneta, 2008

Los pobladores serranos crearon un sistema agro-cultural único y de notable desarrollo en el mapa indígena venezolano. Hilandería, cerámica, labrado de piedra, riego, terrazas o “poyos”, caminerías, son pruebas de la cultura territorial, sin desconocer la influencia de cacicazgos y rituales religiosos en la territorialidad cultural: sacralidad histórica de los pueblos de Escuque, Mucuchíes, Timotes, Humocaro, Boconó, Cuicas y Esnujaque (Clarac, 1982). La configuración territorial de la cordillera evoca la imagen de un “espacio estriado,” organizado, pero no cerrado, en virtud de los intercambios con las tierras bajas del sur del lago y los llanos altos occidentales. Un relato de 1920, es ilustrativo de la adecuación indígena a las inclinadas vertientes montañosas:

En un viaje que hicimos a Acarigua en 1894, admiramos estos restos monumentales de la civilización indígena, recorriendo a caballo varias gradas de un empinado cerro cortado en planos sucesivos hasta la cúspide, de tres o cuatro varas de ancho cada uno, que formaban en conjunto una vasta escalinata cubierta de pasto natural, que apenas dejaba entrever los cimientos de piedra, llamados catafós por los aborígenes (Febres Cordero, 2007, p. 36).

Contrastes territoriales de tierras bajas

Las poblaciones nómadas y seminómadas de los llanos centrales y meridionales contrastaron con las sociedades más complejas, centralizadas y cacicales de los llanos altos occidentales. En esta última subregión sociedades sedentarizadas configuraron un territorio que también respondió a un activo sistema de poblamiento, producción y circulación. De su legado persisten vestigios en el actual estado Barinas: petroglifos, campos agrícolas elevados o ‘camellones’, calzadas o ‘terraplenes’, canales de drenaje y montículos o ‘cerritos’ (Montiel Acosta, 2002).

Los ‘camellones’, estructuras elevadas del suelo, se dedicaron a la agricultura intensiva, y los canales, entre camellones, drenaban las aguas de los campos. Los materiales de limpieza de los canales se aplicaban como abonos en los suelos. Las calzadas, franjas de tierra compacta prolongadas por varios kilómetros, eran rutas de comercio, recorridos y vigilancia defensiva, mientras los montículos, estructuras cónicas, tenían propósitos funerarios, de vigilancia o refugio. Las evidencias arqueológicas revelan un modo de territorialización integrado por redes aldeanas, campos agrícolas e infraestructuras hidráulicas (Figura N° 14).

Transición llano-montaña, entramado hidrográfico, alta pluviosidad, anegamientos ocasionales y presiones demográficas, condicionaron los movimientos territoriales. “Caminos de tierra” y “caminos de agua” fueron enlaces con las tierras altas y los llanos bajos del sur, respectivamente (Zucchi y Denevan, 1979; Spencer y Redmond, 1992; Gassón y Rey, 2006). El riguroso trabajo exigido debió movilizar una mano de obra relativamente numerosa que respaldara una productividad agrícola estable y el patrón nuclear simple de asentamiento descrito por Sanoja y Vargas (1974).

La configuración territorial fue modelada, de este modo, por aldeas y sementeras relativamente fijas, combinadas con calzadas, caminos, canales y ríos (líneas de flujos). Lo entendemos como un mega paisaje de grano grueso adecuado al ecosistema de llano alto, conformado por agricultura diversificada (maíz, raíces y tubérculos) y un definido patrón de asentamiento y organización sociopolítica.

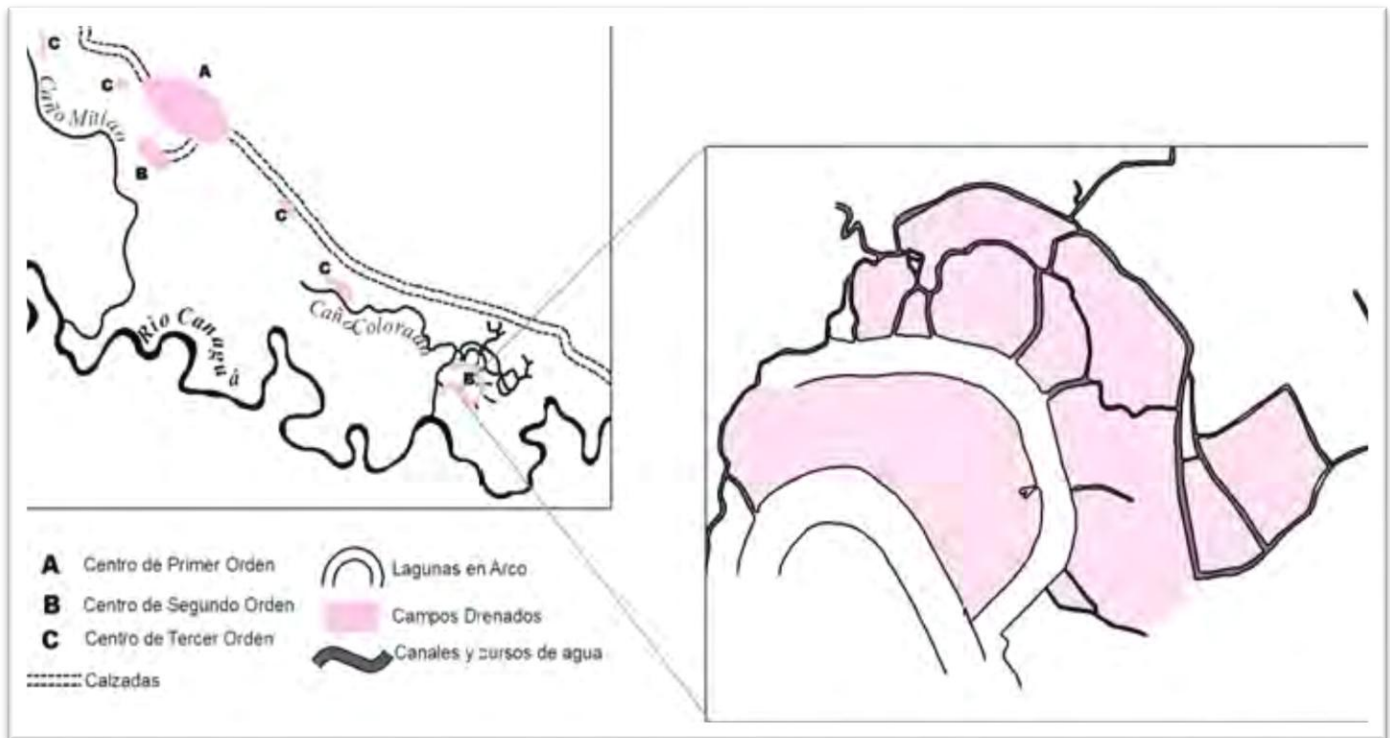


Figura N° 14: Complejo arqueológico Gaván, Barinas. Llanos altos occidentales

Fuente: Rediseñado con base en Spencer y Redmond, 1992

En la otra planicie, la sur-lacustre, la territorialización fue obra de cazadores, pescadores y recolectores y, en menor proporción, de agricultores de raíces. Los pobladores se asentaron en palafitos a orillas del lago de Maracaibo y dispersas aldeas cercanas, un arreglo espacial acorde con un patrón migratorio de bosque húmedo pantanoso y ríos anastomosados. Esa compleja eco-geografía mantuvo relaciones con las tierras cordilleranas a través de valles intermontanos, mientras el lago servía de espacio conector entre “pueblos de agua” y “pueblos de tierra,” y entre el húmedo sur y el seco norte de la cuenca del lago (Parra, Altez y Urdaneta, 2008). El hábitat de palafitos ofrecía ventajas de salubridad, en comparación con las tierras pantanosas, además protección de ataques y facilidades de escape lacustre ante la penetración conquistadora (Figura N° 15).

Según noticias documentales de los primeros europeos que llegaron al Lago de Maracaibo, existían muchos asentamientos indígenas organizados en pueblos de agua y pueblos de tierra con una numerosa población,

probablemente consecuencia de la estrecha vinculación entre las franjas occidental y oriental del Lago con las aldeas ubicadas en las ricas tierras del sureste y aquellas que transcendían la cuenca, como los pueblos ubicados en el Golfo de Venezuela, islas antillanas e inmediaciones de Cartagena. Este amplio circuito se proyectaba hacia los poblados aborígenes de los cacicazgos de los Andes e inmediaciones del Tocuyo, lo que permitía ampliar su dieta y la obtención de materia prima al complementar las actividades productivas y optimizar el aprovechamiento de los recursos naturales (Urdaneta, Parra y Cardozo, 2006, p. 6).



Figura N° 15: Modelos de palafitos prehispánicos. Lago de Maracaibo

Fuente: examplewordpresscom12287.wordpress.com/2015/11/18/vivienda-prehispanica/

Las comunidades de la cuenca establecían relaciones de complementariedad, caracterizadas por el trueque con las aldeas de los cacicazgos del norte colombiano, Andes y región noroccidental venezolanos. Los numerosos pueblos de agua ubicados al norte del Lago tenían un significativo dominio sobre éste, los ríos tributarios y las rutas marítimas caribeñas. Probablemente, este control extendía su influencia sobre aquellos pueblos de tierra próximos, además de otros pueblos de agua y de tierra del resto de la cuenca, relación que garantizaba a la numerosa población, ampliar su dieta básica restringida por la aridez del territorio (Idem, p. 14).

En síntesis, la territorialidad indígena del bloque regional despierta imágenes rizomáticas de espacios estriados y organizados en la cordillera y llanos altos occidentales y de espacios lisos en el sur del lago: “Así como la fluidez y la inestabilidad estructural de la fuerza de

trabajo caracterizaban a las bandas de recolectores, cazadores pescadores, en la formación social productora, por el contrario, el desarrollo y el mantenimiento de la sedentarización comenzó a fundamentarse en la acumulación de fuerza de trabajo” (Sanoja y Vargas, 2007, p. 93). Fueron pobladores que crearon una estructura de usos de la tierra y un tejido fluvial y caminero, proyectados a escalas subregionales y regionales. Se descubre, entonces, una ligazón entre modalidades agrícolas, demográficas, tecnológicas y comunitarias, que demuestran los tejidos territoriales conformados por las sociedades indígenas (Figura N^o 16).

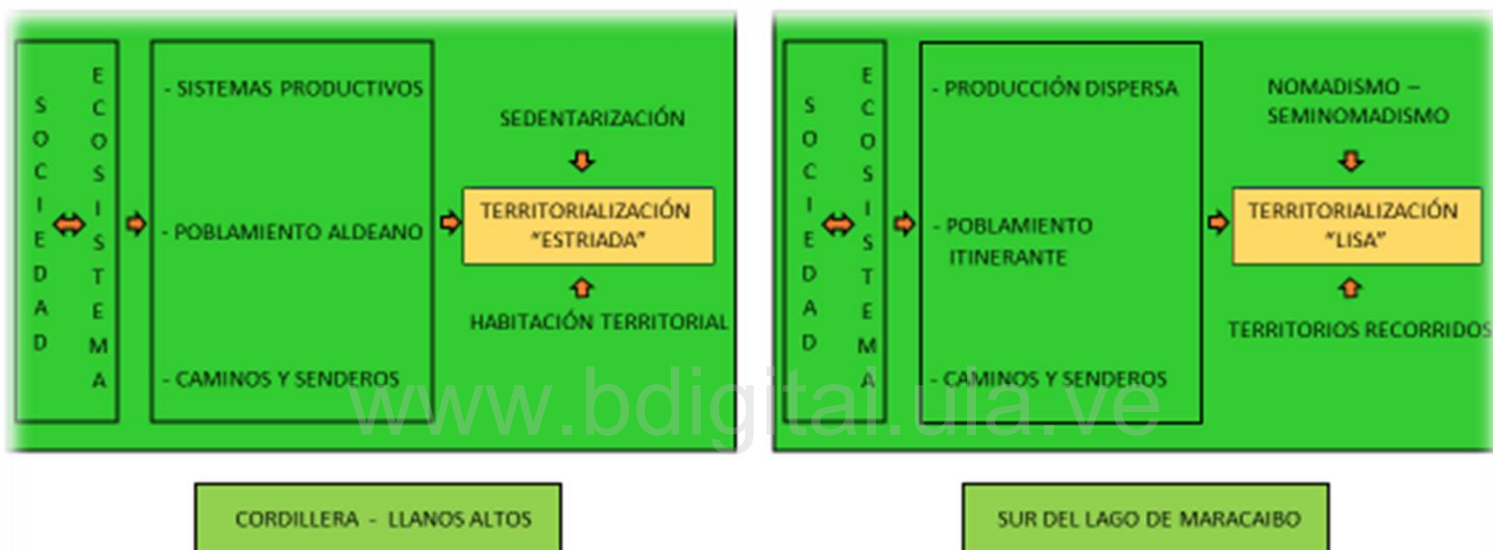


Figura No.16. Espacios indígenas: tejidos estriados y lisos

Manejo de recursos ambientales

Uso de los recursos naturales, modos de apropiación territorial, distribución y manejo de excedentes agrícolas, no corroboran la interpretación de la *'tragedia de los comunes'* (Hardin, 1968) en las sociedades indígenas precolombinas. La idea central de Hardin, que logró resonancia en estudios de ecología humana y manejo de recursos naturales, sostiene que el uso colectivo de los bienes comunes –aguas, suelos, pastos, bosques– tiende a extinguirlos en el largo plazo, dado el carácter finito de los recursos, su libre extracción y la búsqueda de máximos beneficios por una creciente población. ¿Cómo evitar la tragedia? Según Hardin, los recursos debían ser repartidos, privatizados o regulados por

determinadas instancias de control. Ostrom (2011) proporciona otra lectura, cuya base argumental la refiere a las bondades de ciertas formas institucionales de auto-organización social, capaces de instaurar gobiernos y estrategias de acción colectiva no degradantes de bienes comunes. Boserup (1967) plantea, por su lado, una lectura antimalthusiana: el aumento de la densidad demográfica tiende a mejorar las técnicas agrícolas y la intensidad de uso de la tierra, ya que reduce el período de descanso (barbecho) de los suelos. Esta tesis, sin embargo, no deja de ser discutible en los ecosistemas frágiles y densamente poblados.

Las organizaciones indígenas diseñaron complejos socio-territoriales sostenibles y socialmente organizados. Lo evidencian estudios arqueológicos, antropológicos y geohistóricos, especialmente en las tierras altas y los llanos altos. Los conquistadores encontraron mayores facilidades en la cordillera para sus incursiones. Allí, mejores condiciones de salubridad ambiental, menor resistencia indígena y valles relativamente “cerrados,” facilitaron el sometimiento indígena, a diferencia de los espacios abiertos de las llanuras, aptos para “fugas” y correrías. En los primeros, sedentarización, concentración humana y delimitación del territorio, permitieron operaciones menos rudas de colonización mientras que, en las poblaciones nómadas, igualitarias y abiertas, la conquista empleó métodos más violentos.

III.3. DESTERRITORIALIZACIÓN INDÍGENA-RETERRORIZACIÓN COLONIAL

El arribo hispano al nuevo continente, finales del siglo XV, no escapa de controvertidas interpretaciones y lecturas historiográficas –descubrimiento, contacto, encuentro, invasión– aunque las más frecuentes se inclinan hacia expediciones comerciales motivadas por la Corona y los propios intereses de potentados expedicionarios. Tierras y gentes diferentes a las conocidas de Europa, Asia o África, fueron objeto de narraciones y crónicas, algunas veces fantásticas sobre las Indias.

La expansión de la conquista en el actual territorio de Venezuela fue de mayor alcance en el arco costero-montañoso y menos en las tierras húmedas boscosas por su inaccesibilidad y belicosidad indígena, además de la antigua percepción inhóspita y aterradora de los bosques tropicales húmedos. Por eso, las limitantes y potencialidades de la geografía física son factores a tomar en cuenta en las rutas de conquista: esquemáticamente primero las islas y costas, luego valles y montañas, seguido de los llanos y por último la Guayana.

Conquistadores y colonizadores, en vista de la ausencia de minerales de valor económico, optaron por la agricultura y recursos indígenas. Durante el siglo XVI se abastecieron de insumos indígenas y aprovecharon gran parte de su infraestructura territorial: maíz, yuca y frutas pasaron rápidamente a la dieta; algodón y cocuiza para tejidos y cuerdas; tabaco y cacao como estimulantes. Del lado hispano entraron fabricación de tejas, ladrillos y tapias; molinos hidráulicos, nuevos cereales; ganadería mayor y menor y, sobre todo, la lengua castellana. Los hispanos emplearon, adoptaron o modificaron elementos originarios: sistemas constructivos, materias primas de origen biológico y mineral, alimentos, utensilios domésticos, caminos y rutas. Las estructuras aldeanas y redes de circulación, sirvieron de bases para reterritorializaciones encomenderas y misionales (1). Las acciones sociales y territoriales de ese tiempo las ubican en un período denominado indohispano (Sanoja y Vargas, 1974).

Apropiaciones territoriales (mercedes reales, capitulaciones, usurpaciones) y concentración de mano de obra (repartimientos, encomiendas, pueblos de indios, misiones y resguardos) formaron la parte gruesa del modelo sobrepuesto al territorio primigenio. Ese conjunto de relaciones imbricadas es presentado por Carrera Damas (1980) como la primera fase de un proceso abierto e integral de implantación, génesis de la sociedad venezolana, una interpretación todavía pendiente de muchas cosas por aclarar, según el mismo historiador. La primera fase de la implantación se habría concretado con núcleos poblados primeros y primarios en función de una economía de subsistencia y cierta organización social, luego desarrollados durante el fraguado colonial.

... el proceso de implantación es básicamente el resultado del correlacionamiento entre la base europea y la base indígena, en función de la ocupación del territorio. Este correlacionamiento se expresa en un proceso de estructuración social y en su correspondiente estructura económica. El carácter abierto del proceso de implantación implica la inserción en el mismo de nuevos factores, generados tanto en función de la base europea como de la base indígena (Carrera Damas, 1980, p.22).

Rivalidades, conflictos, desencuentros y encuentros, dieron origen a procesos desterritorializadores y reterritorializadores. Los primeros, desestructuradores de la vida cultural y comunitaria, es decir, fuerzas de desanclajes o “líneas de fuga”. Los segundos, movimientos estructuradores de sistemas socio-territoriales híbridos. Así, la

reterritorialización no puede ser interpretada solo como un esfuerzo de “resignificación territorial”, pues está vinculada a la liquidación o desarticulación de muchas comunidades que perdieron sus anclajes con el antiguo y extenso territorio recorrido y culturalmente apropiado. Posesión y control del espacio, usufructo económico de la tierra, sujeción de la fuerza de trabajo y evangelización de las comunidades, generaron nuevas configuraciones (formas latifundistas-minifundistas, directrices de poblamiento, rutas agroexportadoras) en los viejos territorios indígenas. Hacia el último cuarto del siglo XVIII se revelaba la reterritorialización colonial: economía agroexportadora cacaotera, afirmación demográfica y económica de los centros poblados, liberación del monopolio de la compañía Guipuzcoana y creación de instituciones como la Intendencia de la Real Hacienda, el Real Consulado y la Capitanía General de Venezuela.

“Reordenación” territorial de la cordillera

La organización aldeana facilitó una acción relativamente rápida por parte de los españoles, salvo en grupos belicosos que se refugiaron en laderas empinadas y valles muy angostos. La acción misionera tuvo menor alcance, pues los encomenderos lograron concentrar comunidades en pueblos y resguardos, siguiendo directrices del Nuevo Reino de Granada. Mano de obra y tecnología indígena fueron incorporadas en sistemas de ganadería, cereales, caña de azúcar, cacaotales y tabacales. Se estructuraron sistemas híbridos, posteriormente consolidados con transacciones agroexportadoras de ultramar. La agricultura del trigo es un buen ejemplo: conjugó técnicas peninsulares (tracción animal, molinos hidráulicos y eras de piedra) e indígenas (riego canalizado, terrazas de laderas, métodos agrícolas,) en la producción del cereal.

El trigo alcanzó excepcional importancia y la cordillera se convirtió en la mayor productora de harina del territorio colonial, extendiendo sus escalas comerciales hacia Cartagena, La Habana y Santo Domingo. El puerto surlacustre de Gibraltar se transformó en el principal punto de trasbordo de productos cordilleranos (harina, jamones, quesos, conservas) y de los llanos altos occidentales (tabaco, cueros), al igual que de mercancías importadas de aquellos mercados (Cardoso, 1965; Velázquez, 1993, 1995). El cuadro N° 4 sintetiza la reterritorialización de las tierras altas durante la mayor parte del siglo XVIII y el tejido de comunicaciones entre el surco central de la cordillera y las tierras bajas se ejemplifica en la figura N° 17.

Sistemas productivos: labranza y huertas de policultivos, importancia triguera, ganadería lanar, tecnología indo-hispánica, encomiendas y trabajos asociativos, parcelamientos artesanales.

Formas de poblamiento: redes aldeanas, hábitat disperso de pequeñas propiedades y “lugares centrales” o poblados de servicios rurales.

Intercambio y circulación: redes terrestres y fluviales inter cordilleranas, sur-lacustres y llaneras. Intercambios de agroexportación-importación con el exterior vía surlacustre.

Cuadro N° 4: Reterritorialización colonial de tierras altas, siglo XVIII

Fuente: elaboración del autor a partir de Picón, 1832; Velázquez, 1993, 1995; Sanoja y Vargas, 1974

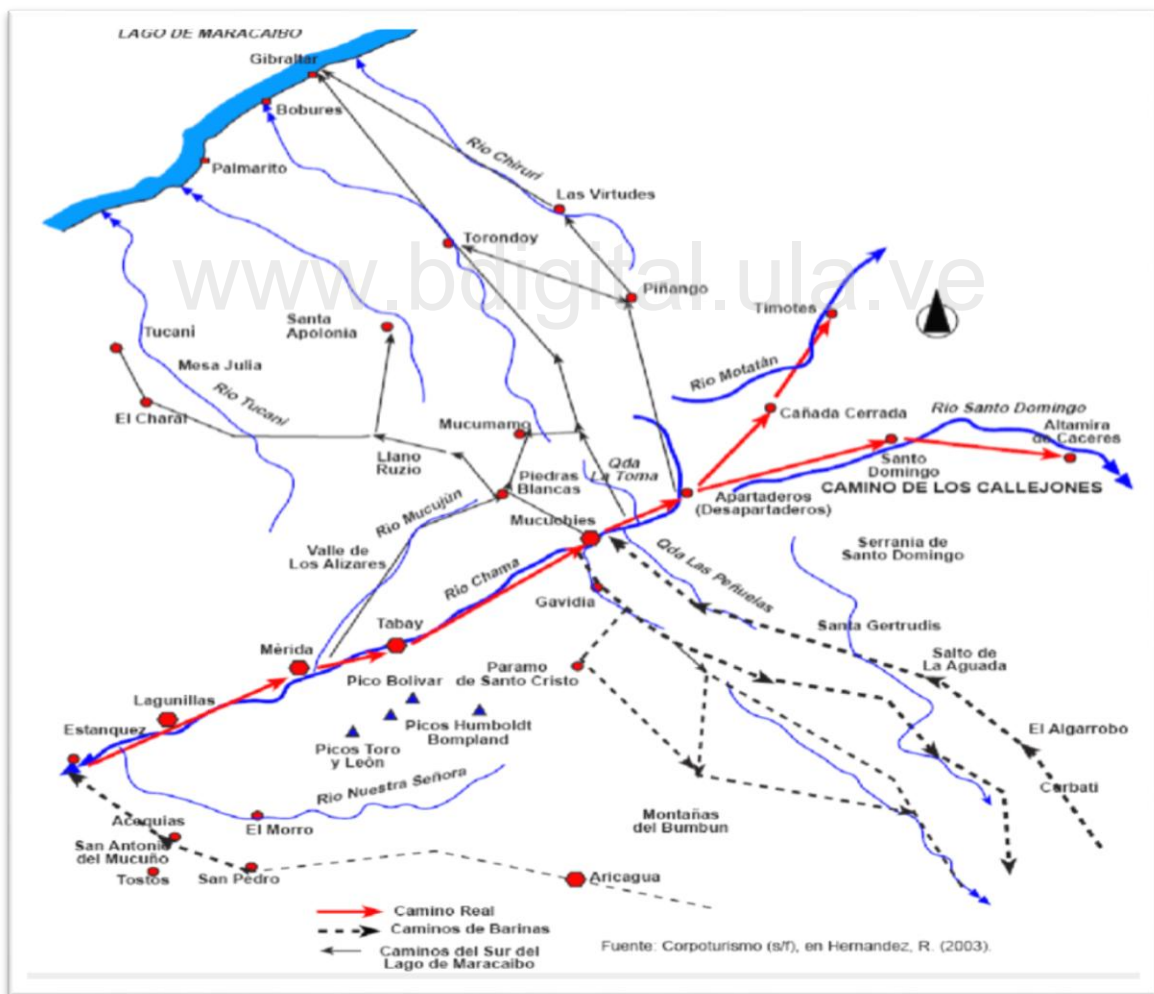


Figura N° 17: Tejido reticular de los Andes merideños, mediados del siglo XVIII

Fuente: Guerrero y Pineda, 2019, p. 436

El lago de Maracaibo fue la gran salida y entrada del comercio exportador-importador, actividad que, además, sentía las acometidas de piratas inglesas y francesas e incursiones de indígenas motilonas. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII, economía y territorio de la cordillera se encontraban más cerrados, pero más diversificados para atender demandas locales, la mayoría de poblados menores a 6.000 habitantes: Mérida, San Cristóbal, La Grita y Trujillo, los más importantes, especie de “lugares centrales” de sus entornos (Picón, 1832; Pérez Guglietta, 1983).

Reterritorialización del llano alto

En los humedales boscosos y palúdicos del suroeste de los llanos altos, la reterritorialización enfrentó un ambiente más difícil, mientras que en el noreste encomenderos y misioneros desarrollaron pequeñas y medianas haciendas de tabaco y hatos ganaderos (Ruiz Tirado, 2000). Las Órdenes Religiosas emplearon entradas, reducciones y pacificaciones – expediciones apoyadas por escoltas armadas– para concentrar indígenas en poblados, como medidas de control y evangelización. Algunas prácticas indígenas fueron validadas, por ejemplo, procesamiento del tabaco y fabricación de canoas, pero la desigual relación de poder consolidó un sistema controlado por criollos y notables. La provincia de Barinas – actuales estados Apure, Barinas y parte de Portuguesa –ofertó el volumen más importante de tabaco durante el siglo XVIII. Altos precios internacionales, bajos costos de producción y trato preferencial del Estanco del Tabaco, se juntaron en la rentabilidad del cultivo, rubro en el que los indígenas habían desarrollado gran experticia. Las poblaciones de Guanare, Araure, Ospino, Pedraza, Obispos y Barinas sobresalieron como principales centros regionales del comercio tabacalero colonial (Arcila Farías, II, 1973).

Cargas de tabaco y cueros recorrían difíciles caminos con destino a puertos de exportación. Una primera ruta empleaba los afluentes del eje fluvial Apure-Orinoco, hasta Angostura, sólo autorizada por las autoridades españolas en 1786: Puerto Nutrias a orillas del Apure, Torunos en las riberas del Santo Domingo, poblados ribereños del río Portuguesa y el puerto de Angostura, la convirtieron en la más dinámica de la época (2). Los ríos actuaron como ejes comerciales, de poblamiento (nodos portuarios y embarcaderos) y de vínculos externos a través del Orinoco. En una segunda ruta, los animales de carga remontaban riesgosos callejones de la cordillera, luego descendían a los puertos del sur del lago, y desde allí por vía lacustre a Maracaibo, principal puerto de occidente. Una tercera, menos penosa, recorría el eje norte-llanero hasta los puertos de La Guaira y Puerto Cabello. Finalmente, una cuarta ruta, fundamentalmente ganadera, el camino de San Camilo al suroeste, menos

transitada por dificultades de accesibilidad boscosa y acuática, conducía los rebaños hasta los pastizales de engorde del Táchira, con destino a Nueva Granada (Figura N° 18).

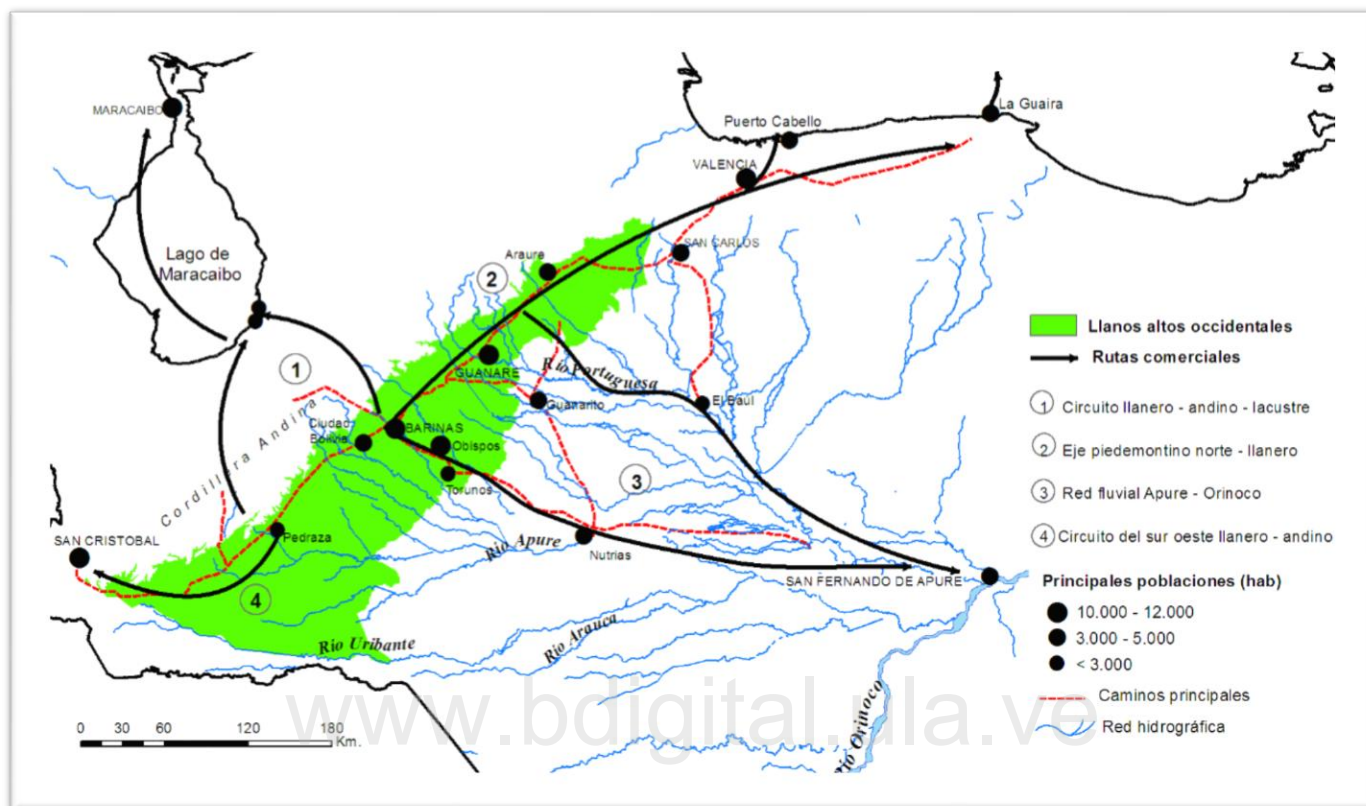


Figura N° 18: Llanos altos occidentales: poblados y rutas comerciales, finales siglo XVIII

Fuente: Rojas López, 2013, p. 138

Superando dificultades geográficas, la exportación jugó el papel central en la organización agraria de la provincia de Barinas. Aparte de tabaco y cueros, haciendas y hatos producían alimentos y mercancías para el mercado interno. En la época de su mayor florecimiento – último tercio del siglo XVIII hasta 1810– los misioneros fundaron 44 pueblos, y las principales ciudades -- Barinas, Ospino y Guanare-- aumentaron sus poblaciones hasta los 12.000 habitantes (Cunill Graü, 1987). El primer censo de la provincia de Barinas en 1787, arrojó una población de 33.050 habitantes (Vila, 1996); quizás mayor, pues difícilmente haya contabilizado los dispersos pobladores de hatos, vegas y bosques.

Poblamiento, producción, comercio y circulación fluvial, forjaron un movimiento reterritorializador de los llanos altos, cristalizado en nodos, puertos, encrucijadas,

haciendas, artesanías y procesamiento de cueros, melazas y quesos (3). La figura N° 19 representa una edificación emblemática de la ciudad de Barinas en esa época.

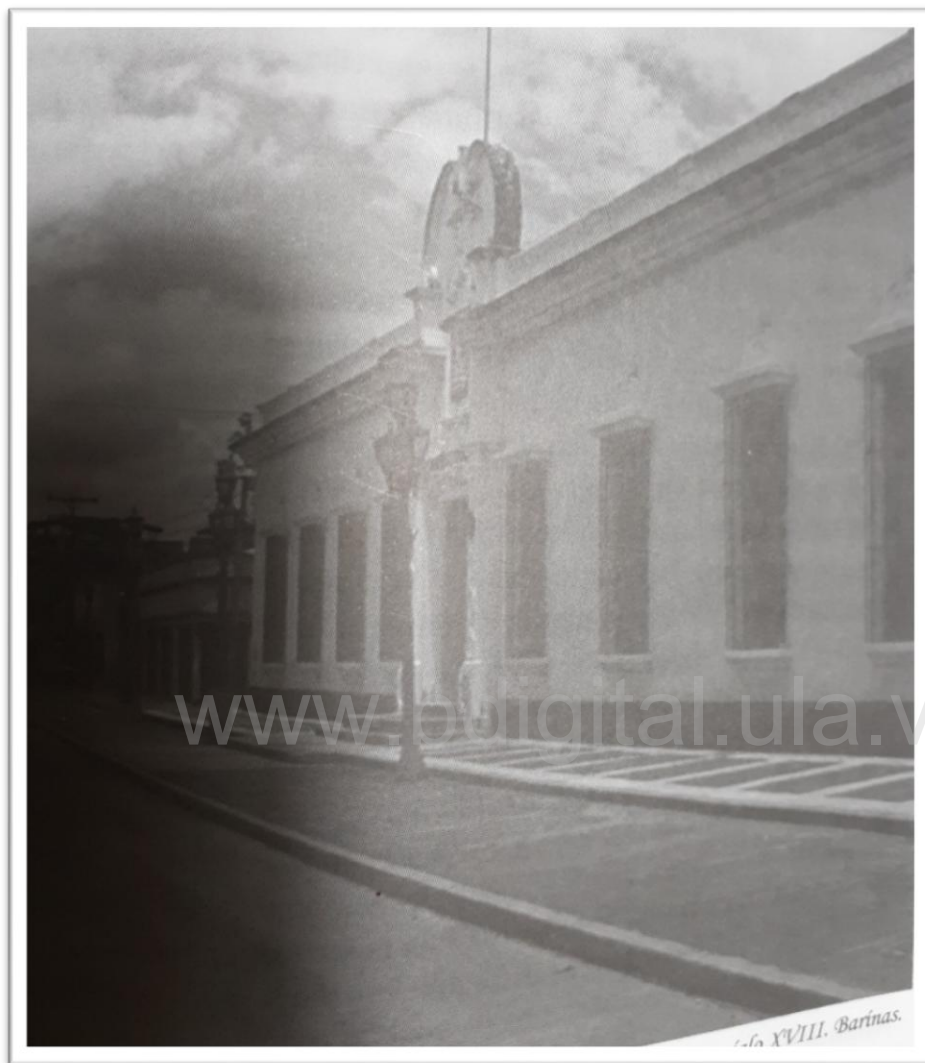


Figura N° 19: Palacio del Marqués Del Pumar. Barinas.
Segunda mitad del siglo XVIII (Restaurado).
Fuente: Abad Sanz, 2011, II, p. 687

El tejido territorial y sociopolítico le confirió una conformación subregional diferenciadora en la Capitanía General de Venezuela. Los grupos dominantes (hacendados, caudillos y políticos) integraban una cerrada oligarquía cohesionada por consanguinidad y afinidad alrededor del poder regional, casi equivalente al llamado “mantuanaje” de la región central del país. Con la llegada del siglo XIX, sucedieron las acciones bélicas de la Independencia y,

después, las confrontaciones internas de la Guerra Federal, que desmembraron la territorialidad: la subregión entró en una fase regresiva hasta mediados del nuevo siglo.

Reterritorialización surlacustre

Belicosidad indígena, anegamiento e insalubridad retardaron la reterritorialización del sur del lago de Maracaibo. El dominio indígena predominó durante casi todo el siglo XVI e incluso mantuvo parte de su estructura socioterritorial hasta el siglo XVIII, lo que limitó su integración al modo de producción hispánico (Sanoja y Vargas, 1974). A raíz de la producción y exportación cacaotera, iniciada en el siglo XVII, los intercambios entre tierras altas (harina, tubérculos, cereales) y lacustres (pescados, sal, conchas) se tornaron más frecuentes, aprovechando los ríos que llegaban al lago. Gibraltar detentaba su rol de principal puerto de trasbordo hacia Maracaibo del cacao sur-lacustre, la harina cordillerana, tabaco y cueros de los llanos altos, cuyos destinos eran las provincias de Venezuela, Santo Domingo, Cartagena de Indias y Santa Marta. Los circuitos económicos en torno al lago de Maracaibo son descritos por Urdaneta, Parra y Cardozo (2006):

Los puertos surlacustres centralizaron las actividades de tres circuitos económicos de la cuenca hidrográfica del lago de Maracaibo a finales del siglo XVI y durante el XVII: a) el circuito de Pamplona y valles de Cúcuta, por los ríos Táchira, Pamplonita y Zulia, vinculado con el comercio de San Cristóbal, La Grita y Tunja, b) el convergente al puerto de Gibraltar, que recibía mercancías por vía terrestre-lacustre de Mérida, Barinas, Pedraza, La Grita y San Cristóbal, c) el desarrollado en torno a los puertos de Moporo y Tomoporo, relacionado con Trujillo, Carora, El Tocuyo y Barquisimeto y vía alterna de comerciantes de Barinas y Pedraza (Idem, p. 40)... Los tres circuitos económicos mantuvieron latente el comercio intrarregional del Lago de Maracaibo, ya que requirió de éste como medio de salida al mar Caribe, para vincularse con otros puertos hispánicos o no hispánicos y con los de la Península Ibérica. Es de notar que el tráfico lacustre-marítimo operó sobre la base del comercio legal e ilegal, siendo esta última práctica muy común en el espacio caribeño (Idem, p. 43).

Es importante anotar que durante el período colonial fue tan importante el comercio ilegal como el legal. El auge del contrabando se explicaba a consecuencia de los complicados y tardíos procedimientos aduaneros, venalidad de los funcionarios, mejores precios ofrecidos por los contrabandistas y complicidad de comerciantes y productores. Incluso el monopolio comercial concedido por la Corona a la Compañía Guipuzcoana en 1728 la obligaba a combatir el contrabando; aunque logró reducirlo, no pudo eliminarlo. Al decir de Arellano Moreno (1947): “Sin el comercio clandestino, la obra española en América, no sólo se hubiera reducido, sino habría experimentado mayores penalidades. Por eso, pese a las prohibiciones y a las severas penalidades que se imponían a los colonos que comerciaran con extranjeros, se seguía efectuando esta clase de transacciones con gran periodicidad” (Idem, p. 212).

IncurSIONES piratas, contiendas indígenas, plagas y enfermedades, repercutieron en la economía exportadora surlacustre y, en su lugar, caña de azúcar y rústicos ingenios se expandieron en la comarca. La segunda mitad del siglo XVIII vio transcurrir una limitada reterritorialización con incipientes industrias azucareras y ganaderías de terratenientes criollos, además de pequeñas agriculturas indígenas y afrodescendientes y algunos intercambios con islas caribeñas. Esas actividades reactivaron la antigua malla terrestre-fluvial-lacustre que comunicaba valles andinos y planicie portuaria. Desde entonces la cultura africana conserva una definitiva impronta en ese territorio, ligada primero al cacao y después a la caña de azúcar (4).

III. 4. SÍNTESES DE LA RETERRITORIALIZACIÓN COLONIAL

En sumario, durante la reterritorialización colonial del bloque regional fue muy característico el papel de las redes de comunicación e intercambio comercial –en buena parte basadas en las antiguas redes indígenas– que se lograron extender por cuatro escalas espaciales: escalas locales, al interior de las propias subregiones; regionales, intercambios entre las propias subregiones del bloque; provinciales, flujos principalmente con Maracaibo y Angostura, e internacionales con los mercados de exportación e importación.

El cuadro Nº 5, recoge esquemáticamente las configuraciones territoriales y sus cambios desde las primeras territorializaciones indígenas hasta las improntas territoriales de las economías agroexportadoras de la segunda mitad del siglo XVIII.

CONFIGURACIONES TERRITORIALES			
	INDÍGENAS	INDO-HISPÁNICAS	COLONIALES
CORDILLERA DE MÉRIDA	ESPACIOS ESTRIADOS. ECOSISTEMAS DE VALLES. HABITACIÓN AGROECOLÓGICA DE PISOS ALTOS Y MEDIOS.	SISTEMAS HÍBRIDOS BASADOS EN CONFIGURACIONES TERRITORIALES ORIGINARIAS: CONSTRUCTIVOS, PRODUCTIVOS, DE CIRCULACIÓN Y POBLAMIENTO.	CONSOLIDACIÓN AGROEXPORTADORA DE LAS NUEVAS AGRICULTURAS. LA CULTURA DEL TRIGO. ECONOMÍAS ARTESANALES EN LOS CENTROS DE SERVICIOS RURALES.
LLANOS ALTOS	ESPACIOS ESTRIADOS DE ECOSISTEMAS DE SABANA. MEGA-PAISAJE DE "GRANO GRUESO": CALZADAS, CANALES, MONTÍCULOS.	ESPACIOS LISOS GANADEROS Y ESTRIADOS TABACALEROS. CONCENTRACIÓN DE GRUPOS NÓMADAS EN PUEBLOS DE DOCTRINA.	TERRITORIO DE HACIENDAS Y HATOS. DINÁMICA AGROEXPORTADORA DE PIEDEMONTE Y SABANA. TABACOS, CUEROS. REDES DE POBLADOS Y EJES FLUVIALES.
SUR DEL LAGO	ESPACIOS LISOS Y OMBRÍFAL. ECOSISTEMA LAGUNAR. PUEBLOS DE AGUA Y PUEBLOS DE TIERRA.	VELOCIDAD INDÍGENA E INSALUBRIDAD AMBIENTAL. TARDÍO RELACIONAMIENTO INDO-HISPÁNICO. ECONOMÍA CACAOTERA. ACTIVIDAD PORTUARIA DISCONTINUA.	PAISAJE DE RECORRIDO-TRANSBORDO. MEDIANAS PLANTACIONES, FLUJOS DEL BLOQUE REGIONAL Y ACTIVIDAD PORTUARIA: EJES TERRITORIALES DE EXPORTACIÓN.
TERRITORIALIZACIÓN		DESTERRITORIALIZACIÓN - RETERRORIZACIÓN	

Cuadro N° 5: Síntesis de las primeras configuraciones territoriales del bloque regional

Fuente: elaboración del autor

Finalmente, la configuración del territorio regional fue afectada desigualmente, al igual que la de gran parte del país, por las recurrentes acciones bélicas del siglo XIX. Si bien desde tiempo atrás venía ocurriendo una lenta migración de los Llanos altos hacia la cordillera, la Guerra Federal (1859-1863) fue un claro detonante de la fuga migratoria llanera hacia los pisos medios cordilleranos, que ya recibían los impulsos dinamizadores de la demanda internacional cafetalera. De modo que, entre la segunda mitad del siglo XIX y principios del

siglo XX, la emigración alto-llanera y la acogida cordillerana se amarraron en desiguales procesos territoriales de la historia regional.

NOTAS

(1). Rutas y caminos ancestrales fueron utilizados por los colonizadores durante mucho tiempo. En esos movimientos los indígenas, empleados como vehículos de carga, tenían prohibido por disposiciones coloniales, valerse del caballo como montura.

(2). El comercio por los ríos Apure y Orinoco fue prohibido en 1686 para evitar el contrabando por esas rutas, lo que obligó a los productores tabacaleros de los llanos altos a realizar las exportaciones por Maracaibo y los puertos del centro norte, Puerto Cabello y La Guaira. Un siglo después se autorizó la ruta de Angostura, convirtiéndose en la más importante de la época. A finales del siglo XVIII operaban las cuatro rutas de exportación: Orinoco, norte-llanera, montañera-surlacustre y suroeste llanera.

(3). En 1786 se estima que la provincia de Barinas (actuales estados Barinas, Apure y parte de Portuguesa) contaba con 33 mil habitantes, 182 haciendas, 105 trapiches de caña de azúcar, 534 hatos y 500 mil reses (Vila, 1996). La expansión geoeconómica del llano alto pudo superar la competencia de los tabacos cubanos y del sur de Estados Unidos y de los colorantes sintéticos que afectaron la exportación de añil, especialmente porque el eje económico se desplazó, entonces, del piedemonte hacia la llanura con la ganadería y la exportación de cueros (García Muller y Rojas, 1996).

(4). Parra, Altez y Urdaneta (2008) examinaron la evolución de las comunicaciones en el espacio andino-lacustre: canoas, recuas, caminos carreteros, trenes y automóviles atestiguaron esa historia. Los colonizadores introdujeron animales de carga y abrieron “picas” para el tránsito de mulas, indios y peones cargueros. A medida que avanzaba la colonización mejoraron las comunicaciones y el lago de Maracaibo sirvió como importante recorrido hacia y desde los puertos del Caribe y del Atlántico. Al iniciarse el siglo XIX, la joven república atrajo comerciantes extranjeros con tradición comercial caribeña y europea y, en alianzas con familias notables del país, dinamizaron el comercio de la cuenca del lago y los puertos surlacustres. “Fue ésta una proyección de larga duración que se desplegó desde los inicios de la dominación española hasta el siglo XIX” (*Idem*, p. 298).

CAPÍTULO CUARTO

TIEMPOS DE VIOLENCIA: IMPACTOS TERRITORIALES DE LA GUERRA FEDERAL (1859-1863)

A la divisa insurgente de “Dios y Federación”, el grito popular añadió entonces la de “Oligarcas Temblad”. Aquellas eran las montoneras de acciones impulsivas ahora transformadas en milicias de consciente rebeldía. Su caudillo, Ezequiel Zamora, ganó prestigio como jefe de la revolución entre las poblaciones de los estados centrales y los llanos. Tuvo “horror a la oligarquía” y perseveró en “organizar tropas, convirtiendo bandas desordenadas en batallones homogéneos y fuertes”. Su programa, que contempló convertir aquella república de contenido y formas desiguales en otra de igualdad social plenaria, no abundó en ideas ni temas, pero expresó las razones indispensables para romper las relaciones económicas y sociales que oprimían al pueblo.

Héctor Malavé Mata, 1975, p. 154

Caudillos de origen terrateniente que reproducen el caudillismo surgido después de la disolución del Ejército Patriota que logró la Independencia. A partir de la Guerra Federal asumirán las características típicas, lucha por la conservación de sus propiedades, incautación de las propiedades territoriales del caudillo vencido. La condición de hacendado o criador capacita para el título militar. Coronel y general serán sinónimos de terratenientes. Castro y, de manera exclusiva, Gómez concentran y centralizan el poder eliminando a los caudillos regionales. Los llanos occidentales, en concreto Apure, fueron objetivo preferido de coroneles, generales y presidentes para la propiedad ganadera.

Abad Sanz, 2011, II, p. 643

Venezuela, después de la Independencia y la separación de la Gran Colombia, padeció de una compleja situación socio-económica y política. Guerras internas, reducción del comercio exterior, violencia e inseguridad, la envolvieron en la mayor parte del siglo XIX. A la carencia de fuentes de crédito, cíclicas crisis de los precios de agroexportación, escasez de fuerza de trabajo y estructuras agrarias lati-minufundistas, se agregaban los escasos y pocos exitosos ensayos de inmigración europea. Diferentes e interrumpidos gobiernos lidiaron con heredados conflictos coloniales y reiteradas contiendas internas (1). Pese a tales restricciones y altibajos, la economía se recobraba lentamente con algunas exportaciones agropecuarias (Veloz, 1945). Ese débil desempeño fue interrumpido por la

Guerra Federal (1859-1863), de más corta duración que la Guerra de Independencia, pero de una fuerte violencia. Entre las consecuencias de las contiendas rurales del siglo XIX, el derrumbe de las haciendas del centro norte y los hatos llaneros ha sido tema de estudios históricos y literarios. En *La Trepadora*, su primera novela, dada a conocer en 1925, Rómulo Gallegos ofrece un cuadro del deterioro de Cantarrana, una de las principales haciendas cafetaleras de los valles del Tuy:

Edificada en los óptimos tiempos de la familia del Casal, cuando Cantarrana –rico latifundio de interminables cafetales en las alturas, grandes plantíos de añil y cañaverales en las vegas, fundada en la época de la Colonia– se extendía por valles y montañas, hasta las márgenes del Tuy; venida a menos después, siguiendo la suerte de la finca, a través de las guerras de la Independencia y de la Federación; convertida en escombros cuando, a causa de las persecuciones políticas que hubo de padecer la familia “mantuana”, ya la hacienda no era sino unos cuantos cafetales abandonados a la invasión del matorral silvestre; reedificada más tarde por Jaime del Casal, aquella mansión denotaba riqueza, señorío y buen gusto. No obstante, su aislamiento en medio de los sombríos y silenciosos cafetales daba ahora una melancólica impresión de cosa a punto de desaparecer (Idem, 1981, p. 28-29).

En la sucesión de las violencias del siglo, la Guerra Federal requiere atención en la presente investigación por su marcada y desigual influencia en los procesos territoriales del bloque regional. En los llanos altos occidentales, a causa de la emigración de una buena parte de la población y de los capitales acumulados por hacendados y grandes comerciantes del tabaco y los cueros y, en la cordillera de Mérida, por su condición receptora de migrantes, en virtud de su recuperación económica con la producción cafetalera, alejamiento de conflictos guerreros y mejores condiciones de salubridad ambiental.

IV.1. CAUDILLOS REGIONALES: ACTORES DE LA GUERRA

La Guerra Federal fue liderada por caudillos que se propusieron tomar el poder para enderezar el rumbo desviado de la sociedad y la economía, atribuido a una dirección oligárquica, centralista y conservadora, ligada a la influencia histórica del primero de los caudillos venezolanos, el general de la Independencia, José Antonio Páez. Reiteradas proclamas de redistribución de tierras, desalojo de oligarquías, igualdad social y justicia económica, se alinearon bajo la Federación, orientadas hacia la consecución de un Estado liberal (Banko, 1996). Acusaban a la dirección política conservadora de seguir controlando

los destinos de la nación, bajo maniobras de dominio socioterritorial, mientras los conservadores, por su lado, alegaban reconocimiento del texto constitucional. El malestar campesino, acuciado por los caudillos liberales, se fue acumulando hasta que estalló en la guerra de 1859. “En esa guerra, tal vez no tan cruenta como la presenta la historiografía, surgió el liderazgo de la federación, al que seguían peones de hacienda y pueblo en general, atraído por una lucha que decían librar contra el poder y los ricos, sin atender o entender mucho, cualquier otra motivación” (González Deluca, 2011, p. 43). En 1863 el Tratado de Coche puso fin a la guerra y, con el triunfo federal, el país pasó a llamarse Estados Unidos de Venezuela, una república federal. La Asamblea Nacional designó a Juan Crisóstomo Falcón, Presidente Provisional de la República y al general Antonio Guzmán Blanco, el gran negociador del acuerdo de paz, en la Vicepresidencia (Figura No. 20).



Figura N° 20. Personajes del Gobierno Federal Provisorio. 1864.

Centro: Juan Crisóstomo Falcón; Izq, Antonio Guzmán Blanco; Der, Guillermo Tell Villegas.

Fondo: Izq, Manuel Bruzual; Der, Guillermo Iribarren

Fuente: pintarest.com/pin/451134087650468248

Las insurgencias regionales, sin embargo, no terminaron, pues los jefes políticos liberales se resistían a perder su poder territorial. El primer período de gobierno careció de sólido piso institucional, hasta que en 1870 el ascenso del general Guzmán Blanco a la primera magistratura, logró apaciguar pugnas regionales e inaugurar un proyecto político con tintes de modernidad. Aun cuando la Guerra Federal no llegó a los estados andinos, territorios tachirenses y trujillanos vivieron alguna conflictividad durante las dos primeras décadas del nuevo siglo protagonizada por caudillos regionales contra la dictadura gomecista.

IV. 2. LECTURAS DE LA GUERRA FEDERAL

La guerra ha sido interpretada desde diferentes posiciones ideológicas e históricas. Esas lecturas son de interés para comprender el variado significado del conflicto y sus consecuencias regionales. En *Ezequiel Zamora y su tiempo. La Federación y la Guerra. Historiografía* (Venezuela, 1976), por ejemplo, las reflexiones de diversos autores avanzan justificaciones sociopolíticas de la violencia con distintos matices. Contrariamente, Mathews (2007) apuntó que la guerra, "... consistió fundamentalmente en una sangrienta y debilitadora guerra de guerrillas... Lo que surgió después de la guerra no fue el control igualitario sobre la autoridad central, sino una vaga asociación de regiones casi autónomas, controladas caprichosamente por jefes militares" (*Idem*, p. 10).

El conflicto también se ha visto como disputa ideológica-revolucionaria: "... lucha social por la democratización del derecho a la posesión de la tierra, por la igualdad, la libertad y la democracia social, contra el centralismo de la oligarquía caraqueña y en pos de la descentralización del poder político" (Sanoja, 2011, p.322). Igualmente, que "La ideología y la acción revolucionaria de Ezequiel Zamora confluían en la exigencia radical de un nuevo orden" (Malavé Mata, 1975, p. 155). Las aspiraciones del triunfo federal no se concretaron, como se esperaba, en mejoras sustanciales de la estructura social, económica e institucional, más bien en deterioro de las fuerzas productivas y contracción de los mercados externos. Permanecía vigente el latifundio: en 1873 se contabilizaban 980 latifundistas que controlaban 21 millones de hectáreas, más de una cuarta parte del territorio del país (Cartay, 1988, p. 174). Otros argumentaban sobre la extensa anarquía en los llanos y los valles centrales.

La causa fundamental de esta anarquía general era la situación en que había quedado Venezuela en 1863 después de terminar la larga Guerra Federal: La paralización de la producción y el comercio, la mano de obra dispersa y enguerrillada, muchas de las haciendas, plantaciones, hatos, pueblos y ciudades quemadas, destruidas y saqueadas. Más

de 50.000 muertos, una agobiadora deuda pública y un tesoro vacío. Además, miles de emigrados a otras regiones o fuera del país; y para completar el cuadro, existía un gran ejército voraz lleno de generales, coroneles, comandantes y otros oficiales y suboficiales que se contaban por millares (Franceschi, 2019, p. 104-105).

González Deluca (2011) relativiza el trágico panorama descrito, pues algunos cambios prefiguraban un moderado crecimiento económico: el peonaje había sustituido al trabajo esclavo –liberado en 1854–, la población había crecido, el café ganaba importancia en las exportaciones y algunas regiones, como la cordillera andina y la región zuliana, permanecieron ajenas a fuertes trances guerreros. Es decir que, pese a la guerra, la economía pudo crecer, aunque con ritmo lento e inseguro: “Las cifras revelan un país de dimensiones y crecimiento moderado, más lento que otros países latinoamericanos, donde la modernización ya avanzaba visiblemente, pero no esencialmente distinto, no más atrasado, no más arruinado, o más inestable que el resto” (*Idem*, p. 45).

Las lecturas confirman encontradas interpretaciones de la Guerra Federal, debido a miradas ideológicas, estimaciones inseguras, ausencia de documentos y débiles registros estadísticos. Un ambiente de frecuentes epidemias, carencias sanitarias y contiendas violentas, es decir, de penurias, alta mortalidad y muy escaso aporte inmigratorio, es poco probable que haya propiciado un apreciable crecimiento demográfico y económico. En todo caso Guzmán Blanco, principal ideólogo de la revolución, recibió un país que, en 1870, solicitaba pacificación, construcción de una sólida infraestructura vial y el fomento del mercado interno, en el contexto de un proyecto económico liberal (Quintero, 2011). Hacia el último cuarto del siglo es cuando se nota en el país una significativa recuperación agro-exportadora incentivada por la demanda europea. El centro norte, la cordillera andina y el nororiente conocieron un repunte comercial, vinculado a las plantaciones y pequeñas explotaciones agrícolas, pero los llanos altos no pudieron salir de su debacle.

IV. 3. LLANOS ALTOS: DERRUMBE Y FUGA MIGRATORIA

Los disturbios de la Guerra Federal fueron acusados en los llanos de Barinas, Portuguesa y Apure, dominio de los hatos. De hecho, los grupos en pugna se abastecieron con violencia y saqueo de los poblados llaneros más prósperos. Las acciones bandoleras fortalecieron la imagen de un llanero “mala vida” para la vida republicana que se había instalado en la oligarquía del centro del país (2). En ese imaginario persistía la idea de unos llanos y unos llaneros con acentuados rasgos de atraso económico y sociocultural.

- La imagen del llanero

En los llanos venezolanos se había conformado un modo de vida pastoril adaptado a extensas sabanas con marcadas épocas de lluvia y sequía. Allí, Codazzi (1941) se preguntaba: "... si estos vastos territorios están destinados por la naturaleza a servir eternamente de pastos, o si la azada y el pico del labrador llegarán a cultivarlos algún día. Esta cuestión es tanto más importante, por cuanto que impide a la cultura agrícola de las costas de Venezuela extenderse hacia Guayana..." (*Idem*, T3, p. 38). Reconocemos, sin embargo, que la descripción codazziana fue menos severa que la visión cultural de Humboldt sobre los llanos y la Guayana (Rojas López, 2007) (3). Las diferencias entre paisajes culturales, la valoración de la economía hacendal en las finanzas republicanas y los legados culturales alojados en la memoria de hacendados, propietarios y funcionarios, abonaron a esa imagen del llanero.

Las viejas prácticas de contrabando y hurto de ganado, vinculadas al comercio de los cueros (4), endurecieron ese imaginario. El contrabando –tolerado por ganaderos, comerciantes y funcionarios– evitaba dificultades, impuestos y tributos en ciudades y puertos del centro norte. El transporte fluvial, a través de la red orinoquense, era el preferido ya que eludía precios monopólicos de la oligarquía central, altos impuestos, fletes terrestres, asaltos y emboscadas en los caminos. Se afirma que la quiebra del comercio exportador de los cueros en 1858 acentuó la sentida y acumulada molestia de los llaneros y muchos de ellos se unieron a los federales en contra de oligarquías, funcionarios y comerciantes de las ciudades centrales y de los propios llanos:

La caída del precio del cuero provocó la ruina de ganaderos y comerciantes. Los ganaderos endeudados y en quiebra se unían a los bandoleros como medio de vengarse de sus acreedores. Comerciantes arruinados como José A. Linares se asociaba en Portuguesa con las fuerzas de Martín Espinosa. Los establecimientos comerciales de crédito en San Fernando, Nutrias y Guanare fueron objetivos de sus ataques. Hacendados marginales, cultivadores de añil y tabaco, después de entregar toda su cosecha a los establecimientos comerciales urbanos, aún seguían endeudados. Su expediente era asociarse con los bandoleros (Abad Sanz, 2011, T1, p. 296).

- El retroceso subregional

Los llanos –“tierras abiertas, sin fronteras”, “espacios lisos” de hatos y haciendas– fueron el principal escenario de la violencia, cuyos impactos afectaron seria y negativamente la geoeconomía subregional. Abatimiento del comercio agroexportador (tabaco, añil y

cueros), disminución demográfica, merma del rebaño vacuno, deterioro de infraestructura y diferencias locales entre caudillos y terratenientes, ocasionaron la desterritorialización de los florecientes llanos altos occidentales. Picón Salas (1980) en *Viaje al Amanecer* describe el derrumbe de la subregión en la narrativa del abuelo que regresa a Venezuela, después de sus estudios médicos en París. En la Ciudad Luz, el abuelo,

... proyecta en la nerviosidad de sus insomnios todas las cosas grandes y magníficas que le esperan cuando regrese a Venezuela. Pero allá por el año 59 le llegan desconsoladoras noticias. En Venezuela se encendía una guerra inexplicable; hoguera levantada en las vastas llanuras del Sur... A comienzos del año 60 -sigue él contando- estaba en Caracas, dispuesto a regresar a mi provincia.

–Sin esperanza de mejor suerte, elegí para volver a Mérida el camino más solitario y difícil que por eso mismo me parecía el más seguro; el que a través de los llanos de Portuguesa y Barinas trepa los Andes por las diabólicas cuestas de los Callejones. Voy con mi mula y mi baqueano por entre campos destruidos donde se pudren las cosechas ya que no hay brazos que las recojan; entro a esos poblachones llaneros que se quedaron con las casas sin hombres, los cochinos que hozan en el abandonado redondel que llaman plaza; el campanario que enmudeció porque cesaron las fiestas y los bautizos. Un viejo cura enfermo que difícilcultaosamente arrastra sus piernas baldadas por el beriberi, sale a decirme que la guerrilla del indio Martín Espinosa se llevó hasta los ornatos de la iglesia. Pregunto dónde puedo dormir y me indica una sacristía abandonada donde hicieron su residencia los murciélagos (Idem, p. 57).

El drama bélico en el imaginario de las élites, no pudo desligarse de unos llaneros incultos y violentos, a quienes se les achacaba la mayor responsabilidad histórica por los desmanes sociales desde las guerras independentistas. No obstante, el franco retroceso de la otrora rica economía colonial de hatos y haciendas, fue un hecho que descubrió el deterioro causado por la guerra en la subregión a finales del siglo: reducciones de cultivo, rebaños vacunos, poblaciones y caminos (Figura N^o 21). La negativa percepción del llanero también ha sido objeto de disímiles interpretaciones. Una reflexión de Izard (2011), por ejemplo, relata el enfrentamiento entre hateros –grupos dominantes– y llaneros, la mayoría peones, cazadores de ganado cimarrón y recolectores sin tierras:

... es de destacar esta obstinada obsesión de determinados intelectuales en atribuir a los llaneros la desestabilización de la vida republicana: los llaneros eran hordas, eran un incendio que llegaba a enrojecer el horizonte, eran devastadores y pretendían una, para mí incomprendible, nivelación. Pienso que, como tantas veces, puede interpretarse la realidad exactamente en sentido contrario; el sinfín de luchas en las que se vieron envueltos los llaneros desde tiempo inmemorial fueron siempre defensivas, no deseaban arrasar nada, no querían imponer nada a nadie; deseaban exclusivamente que se les dejara vivir en su tierra de acuerdo con unas antiguas normas que habían ido forjando desde mucho antes (Idem, p. 57).

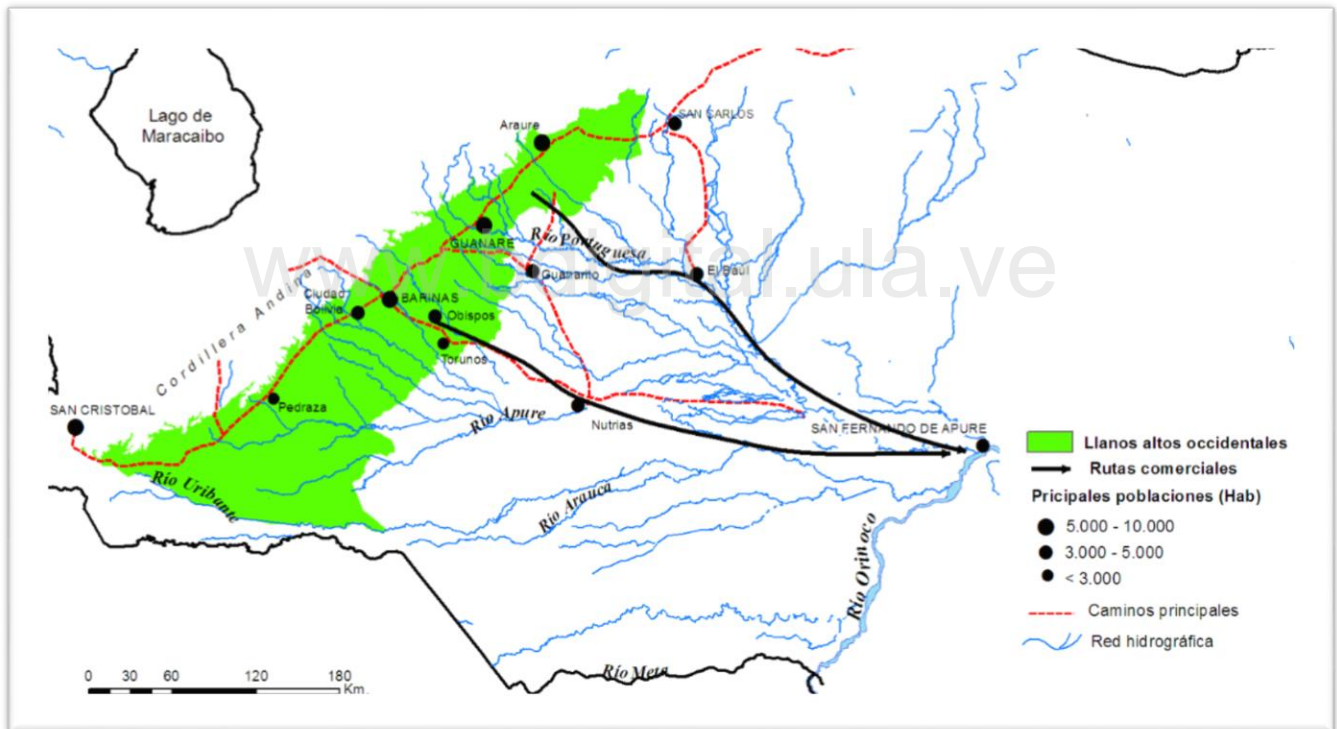


Figura N° 21. Llanos altos occidentales. Caminos y poblaciones. Finales del siglo XIX
Fuente: Rojas López, 2013, p. 143

Páez Celis (1978) calcula que entre 1873 y 1926 la subregión había perdido la mitad de su población. Crist (1932) describe la crítica situación del piedemonte andino-llanero y en su segunda visita a esos lugares, a mediados de los años cincuenta, el geógrafo todavía anota las penurias por transitabilidad, malaria y despoblamiento (Crist, 1956).

El declive desterritorializador produjo un movimiento migratorio que se ensambló con la reterritorialización de la cordillera, puesto que la expansión cafetalera de las tierras altas demandaba tanto capitales, en su mayor parte provisto por las casas agroexportadoras asentadas en Maracaibo y San Cristóbal, como fuerza de trabajo, suplida por los llanos altos y la frontera colombiana.

Los disturbios de la Guerra Federal aumentaban al mismo tiempo que se acrecentaban los movimientos de familias llaneras hacia la cordillera andina: “Millares de braceros del llano subieron a las vertientes a colocarse como peones. Mérida y Trujillo obtuvieron sus brazos por esta vía. El Táchira acudió al Norte de Santander de Colombia desde donde partió una caudalosa emigración hacia las colinas fronterizas” (Rangel, 1974, p. 78-79). Rangel (1975) también señala que café y ceba de ganado, los rubros más dinámicos de la economía tachirense, fueron el fruto de los barineses llegados a raíz de la guerra civil:

“Aquella oligarquía barinesa, arrojada por las lenguas de fuego que consumieron sus palacios y caserones, emprende el camino del Táchira. Con ella trepan los cerros los peones que ya no tuvieron ganados para apacentar y vender en los grandes mercados consumidores. Ni tabaco o añil para plantar en las vegas de los hinchados ríos llaneros” (*Idem*, p. 15).

A medida que la guerra ardía en las llanuras de Barinas o de Apure, la marcha de terratenientes y de peones aterrados que subían a la cordillera, se hizo más espesa y, al mismo tiempo, el mercado mundial solicitaba más café. Tal combinación convierte a Los Andes, zona medio marginal en Venezuela hasta 1860, en eje de la economía venezolana.... De aportar la mano de obra para aquella tarea se encargaron los caudillos de la perpetua guerra civil que chamuscaría a Venezuela entre 1859 y 1900, con la colaboración del mercado mundial, que exigía cada vez más café (Rangel, 2008, p. 29).

Las principales ciudades de los llanos altos decrecieron demográfica y económicamente; el tamaño de sus poblaciones había decrecido a menos de los 10 mil habitantes y sus calles lucían solas o abandonadas. La imagen de la Calle Real de Barinas, antes ocupada por importantes establecimientos comerciales, nos muestra el abandono en los años veinte del nuevo siglo (Figura N^o 22).



Figura N° 22. Calle Real de la ciudad de Barinas. 1926
Fuente: Archivo-Cronista-de-Barinas-don-Cesar-Acosta

Los movimientos migratorios fueron fugas de origen en las tierras bajas y acogidas de destino en las tierras altas: mientras los estados llaneros bajaban el tamaño de su población, los estados andinos lo incrementaban en el mismo lapso (Figura N° 23).

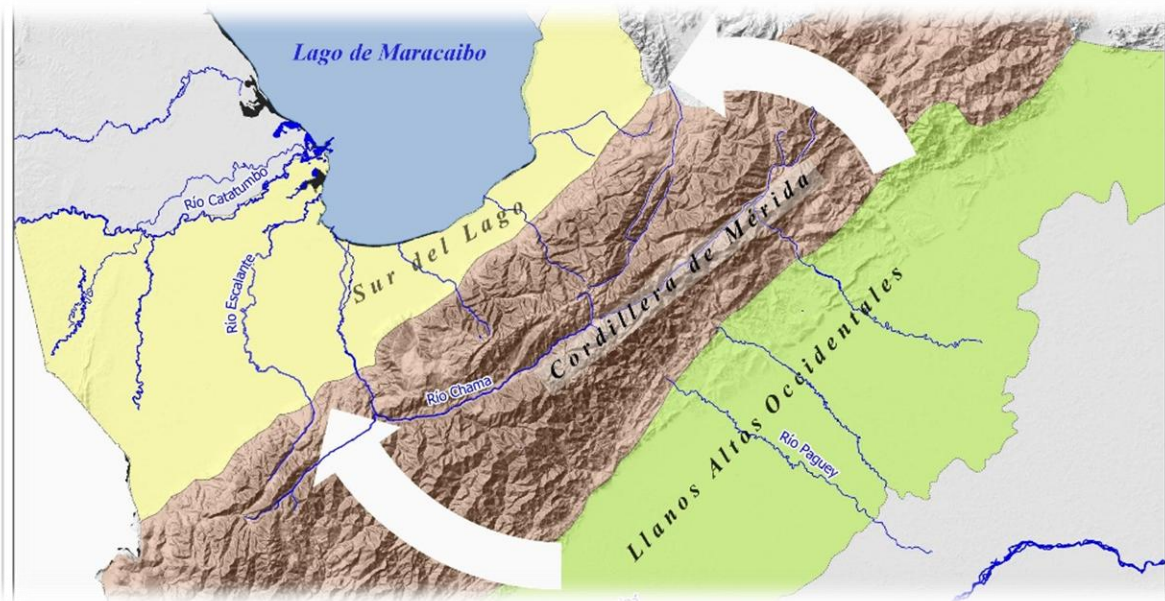


Figura N° 23: Procesos migratorios: desterritorialización-reterritorialización en el bloque regional.
Finales siglo XIX- comienzos siglo XX
Fuente: elaboración del autor

Las migraciones crean una especie de dialéctica socio-espacial de la territorialidad, mediante la cual los migrantes toman mayor conciencia de las características del lugar que abandonan, cuando las comparan con el nuevo destino, un asunto de claro interés etnogeográfico (5). No obstante, y en sintonía con los objetivos de la presente investigación, nos interesa puntualizar que los llaneros no llegaron a un “espacio liso”, sino densamente “estriado”, territorialmente ocupado y agrícolamente repartido desde tiempos muy antiguos. Con el tiempo, otros actores y otras actividades, tornarían en estriados los espacios llaneros y desterritorializados los cordilleranos: nuevas configuraciones territoriales con el fin del modelo agroexportador y la llegada del modelo minero-petrolero, a finales de la tercera década del nuevo siglo.

IV. 4. LA CORDILLERA: TERRITORIO DE ACOGIDA

Aislamiento geográfico, tradición agro cultural, menores desigualdades agrarias y pocos conflictos guerreros, salvaguardaron la territorialidad campesina cordillerana. Una historia territorial anclada en la base indígena original. La agroeconomía diversificada y cuasi cerrada de la segunda mitad del siglo XVIII, logró mantenerse por mucho tiempo en los pisos medios y altos. Pequeñas explotaciones familiares, policultivos alimentarios, ganadería lanar, tracción animal, fuerza de trabajo asociativa, procesamiento artesanal y caminos de recuas, caracterizaron la cordillera durante la mayor parte del siglo XIX.

- El impulso cafetalero

La relativa quietud de la cordillera y tierras surlacustres fue alterada social y económicamente por la dinámica cafetalera ocurrida en Venezuela a partir del último tercio del siglo XIX. Un hecho asociado, por un lado, a las favorables condiciones de demanda y precios internacionales del grano y, por otro, al gobierno liberal de Guzmán Blanco, cuyas políticas administrativas, económicas y de atracción de inversiones extranjeras, fomentaron las agroexportaciones. Aunque las pretensiones del “guzmancismo” y adláteres –1870 a 1890– de formar un Estado liberal, moderno, vinculado al mercado mundial, encontró obstáculos en círculos regionales de poder, contradicciones políticas y la misma autocracia centralizada, el eje agroexportador se mantuvo hasta la tercera década del siglo XX.

La economía del café encontró propicias condiciones de realización en el medio montañoso. El cultivo, iniciado comercialmente en vertientes húmedas del centro-norte, amplió rápidamente su espacio productivo en la cordillera, dadas las ventajas comparativas

de sus pisos medios: clima templado, vertientes casi vírgenes, ausencia de endemias palúdicas, relativa paz social, mano de obra disponible, tradición agrícola de montaña y cercanía al puerto de Maracaibo. Si bien los promedios de exportación nacional entre 1860-70 y 1915-20, ascendieron de 58 a 270 mil toneladas, más de la mitad procedía de los estados andinos (Izard, 1970), un movimiento que modificó la configuración socio-territorial de la cordillera, principal foco cafetalero del país.

- La recepción migratoria

Una primera consecuencia agrosocial del impulso cafetalero se sintió en los campesinos de los pisos altos atraídos por los salarios pagados a jornaleros en las fincas comerciales (Cardozo, 1965; Suárez, 1982). Y, una segunda, transformó la cordillera en polo de atracción demográfica para los llanos altos y el Norte de Santander, Colombia, habida cuenta de la alta exigencia de fuerza de trabajo en la caficultura.

“Así desde 1830, la región andina comenzó a experimentar un crecimiento demográfico que, en el último tercio del siglo alcanzó una tasa de 3,6 en tanto que, en la población total, ese crecimiento solo fue de 1,7” (Diccionario de Historia de Venezuela, 2010, p. 76). La información demográfica ayuda a visualizar la disímil correlación demográfica entre cordillera y llanos altos (Cuadro N° 6).

Estados federales	1881	1926
Cordilleranos		
Mérida	3.77	4.96
Táchira	4.02	5.71
Trujillo	6.33	7.23
Llaneros		
Portuguesa	4.52	1.94
Barinas	2.74	1.89

Cuadro N° 6. Población de estados andinos y llaneros, porcentajes nacionales

Fuente: Bolívar Chollett, 2008, p. 65

Éxodo llanero y recepción cordillerana se comportaron como dos procesos desiguales e interrelacionadas del movimiento territorial: los llanos se reterritorializaron en la cordillera, arrastrados por un movimiento regional asimétrico, en el que una subregión, al mismo tiempo que cambiaba su configuración, también lo hacía la otra.

IV. 5. SUR DEL LAGO: PUERTA ABIERTA A OTRA TERRITORIALIDAD

El sur del lago también permanecía sin mayores cambios debido a la reducción comercial con la cordillera, obstáculos aduaneros después de la ruptura grancolombiana, pantanos e inundaciones fluviales; los puertos surlacustres solo movilizaban algunas exportaciones de tabaco tachireño y azúcar merideño. Las adversas condiciones ambientales limitaban la efectiva incorporación del surlacustre al boom cafetalero de la cordillera. Los topónimos “La Fría” y “Caño Zancudo”, por ejemplo, reflejaban las frecuentes fiebres palúdicas. Selva pantanosa, inundaciones y alta pluviosidad restringían las actividades económicas, salvo operaciones de transbordo en los puertos: un “paisaje de recorrido” (Briceño Monzón, 2009 a), es decir, el camino de paso que utilizaban los comerciantes de la cordillera para sus transacciones portuarias.

Los principales actores económicos de la expansión cafetalera, acicateados por las propias exigencias de acelerar la rotación del capital comercial, acometieron el mejoramiento del sistema de conexiones de la subregión con nuevas líneas fluviales, construcción de tramos ferrocarrileros y adecuación de puertos. La renovación del sistema de circulación (caminos de herradura-embarcaderos fluviales-líneas férreas-puertos lacustres) fue un proceso de primera importancia para la activación de un movimiento de reterritorialización estimulado por los flujos del circuito agroexportador-importador liderado por la ciudad-puerto de Maracaibo. La subregión se abría a nuevos procesos territoriales vinculados a la economía del café.

IV. 6 SÍNTESIS TERRITORIAL DEL BLOQUE REGIONAL

Reterritorialización impulsada por la agroexportación cafetalera de la cordillera, desterritorialización demográfica y agroeconómica de los llanos altos y la reactivación del sistema de circulación aunada a una incipiente agroeconomía del surlacustre, concretaron los tres principales procesos territoriales de las subregiones del bloque regional durante el período de transición siglo XIX-siglo XX. La configuración del bloque regional estuvo, así, determinada por los movimientos reterritorializadores de la cordillera y el sur del lago y los movimientos desterritorializadores de la violencia en los llanos altos occidentales (Figura N° 24).

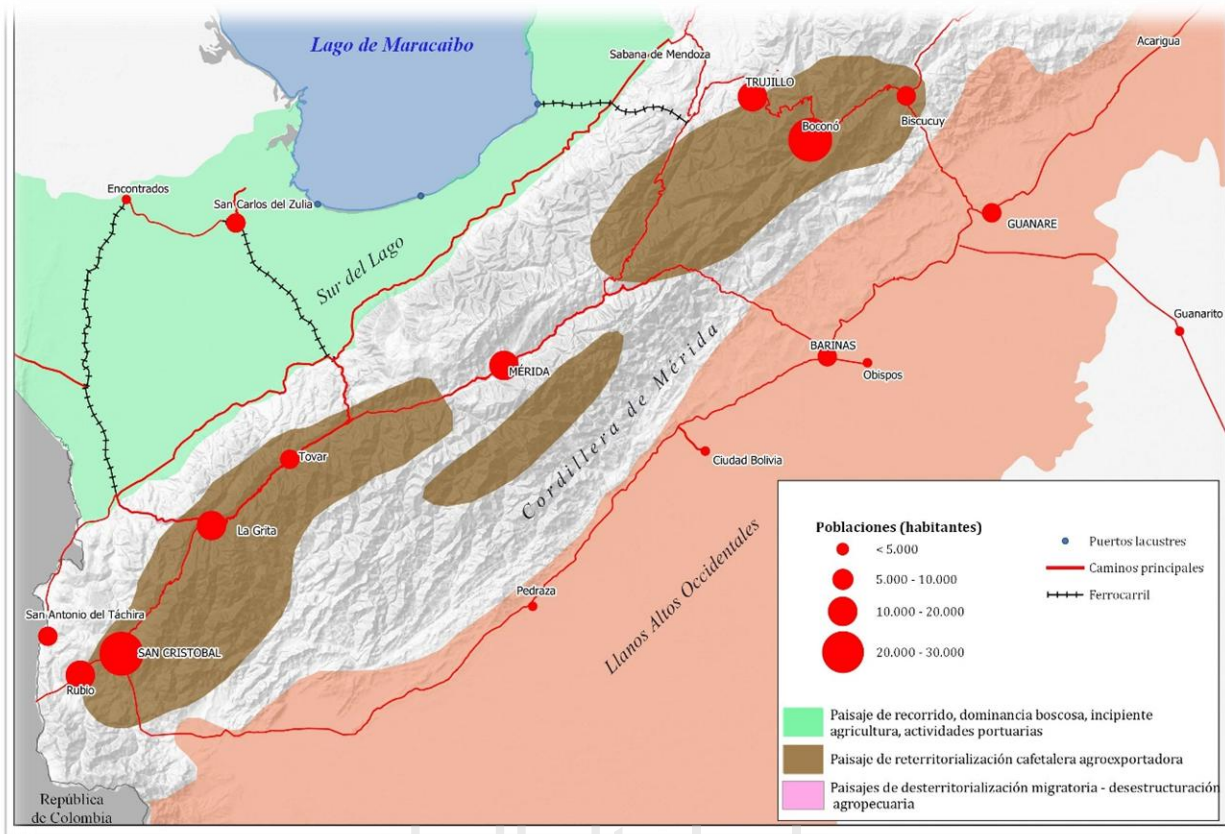


Figura N° 24: Paisajes territoriales del bloque regional. Transición siglo XIX-siglo XX

Fuente: elaboración del autor

En el primer caso, nuevas áreas de producción, reforzamiento del poblamiento y reactivación de la circulación, se integraron en un sistema territorial cordillerano-surlacustre centrado en la agroexportación. En el segundo caso, los llanos altos fueron testigos de un sistema de fugas activado por declinación agrícola, conflictos guerreristas y epidemias palúdicas. El cuadro N° 7 resume esos procesos durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras el XX.

El tiempo cafetalero de la cordillera – últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX– es tratado en un capítulo especial de esta investigación, pues las características del período permiten entender con mayor amplitud la reconfiguración del sistema territorial de la cordillera y del sur del lago y sus posteriores y desiguales procesos territoriales acaecidos durante los años treinta del nuevo siglo con la caída agroexportadora e irrupción petrolera.

PROCESOS TERRITORIALES REGIONALES (1860 – 1930)

DESTERRITORIALIZACIÓN	RETERRITORIALIZACIÓN	
LLANOS ALTOS OCCIDENTALES	CORDILLERA DE MÉRIDA	SUR DEL LAGO DE MARACAIBO
<p>DECLINACIÓN AGROPECUARIA. EPIDEMIAS Y ENFERMEDADES. CONFLICTOS GUERREROS. DECRECIMIENTO DEMOGRÁFICO. ABANDONO DE RUTAS.</p> <p>DESOLACIÓN DE LOS LLANOS</p>	<p>AUGE AGROEXPORTADOR. AMPLIACIÓN DEL ESPACIO AGRÍCOLA. REFORZAMIENTO DEL HÁBITAT RURAL. AUMENTO DEMOGRÁFICO CONEXIONES COMERCIALES INTERNAS Y EXTERNAS.</p> <p>ADECUACIÓN DE PUERTOS. CONSTRUCCIÓN DE TRAMOS FERROCARRILEROS. REACTIVACIÓN DEL MOVIMIENTO DE TRANSBORDO. INICIO DE COLONIZACIÓN AGRÍCOLA.</p> <p>CIRCUITO AGROEXPORTADOR - IMPORTADOR</p>	

Cuadro N° 7: Procesos territoriales del bloque regional 1860-1930

Fuente: elaboración del autor

NOTAS

(1). El período 1830-1935 fue un tiempo violento en muchas regiones de la República con muy pocos lapsos de paz estable. Al menos se han contabilizado alrededor de 300 sucesos sangrientos, y otros de menor importancia. Algunos estiman una pérdida cerca de un millón de vidas humanas:

Junto a las autocracias, las contiendas o guerras internas –el calificativo de “civiles” aquí resulta un sarcasmo– configuran la más palmaria negación de la Revolución Política. Hasta el término “revolución”, en este paréntesis desintegrador que va de 1830 a 1935, ve desvirtuado su sentido de transformación de las estructuras y se torna la voz más gastada e inexpresiva del léxico político venezolano. De ella se usa y se abusa para rotular cada revuelta, cada alzamiento, cada insurrección, golpe, sublevación, invasión, cuartelazo, rebelión, complot, usurpación, intentona, sedición, pronunciamiento, asalto o motín, pues son muchos los sinónimos para la misma realidad desgraciada, y ninguna revolución (Salcedo Bastardo, 1979, p. 376).

(2). Salazar Martínez, en *Tiempos de Compadres* (1977), transcribe el siguiente texto del historiador Gil Fortoul en el que califica el talante díscolo del prototipo llanero:

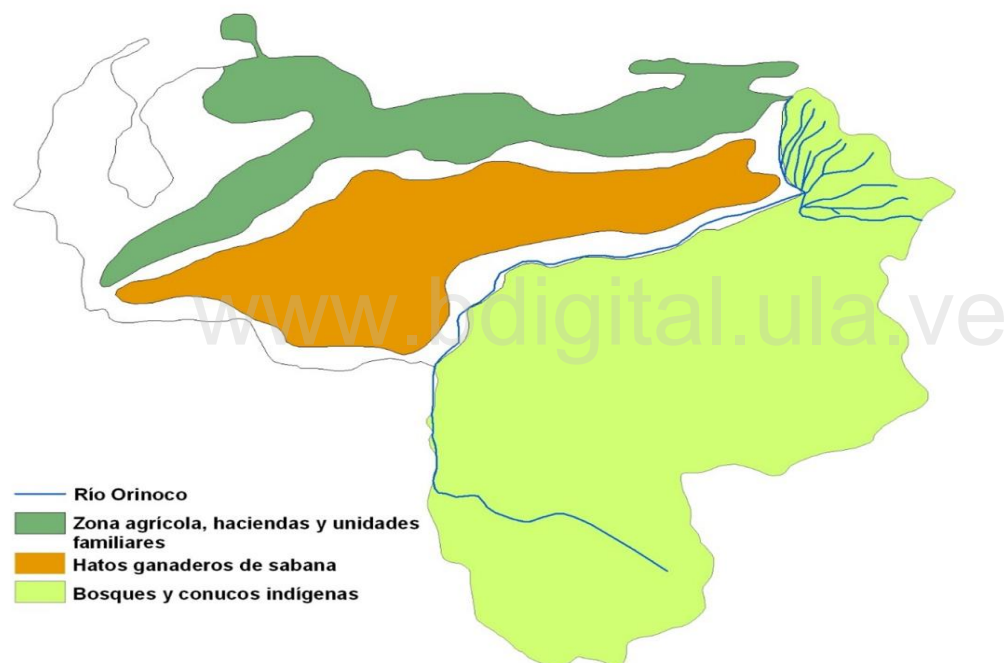
Nuestro cantador por excelencia es el llanero, mestizo apenas civilizado, bravío como sus toros, violento como sus caballos, suspicaz, propenso a la ironía desnuda... Audaz, indisciplinado y heroico, su noción de la Patria era oscura durante las guerras de Independencia, y lo mismo peleaba por el Rey detrás de un forajido como Boves, o peleaba siguiendo a Páez por un ideal de República que le era indiferente, puesto que no lo comprendía. El horizonte de su espíritu es indeciso como el de sus llanos (Idem, p. 244-245).

La imagen de una cultura atrasada en los llanos también estaba coligada con la precaria institucionalidad heredada del sistema colonial de hatos, pues los latifundistas eran los personeros que ejercían la autoridad, una influencia asociada al poder territorial y, por ende, al caudillismo regional:

El dueño de hato dirigía la producción, pero es también la autoridad, la sola autoridad que puede existir en aquellas soledades. Hasta el fondo de la llanura no llegan, y ni pueden llegar, los órganos jurisdiccionales de la colonia establecidos en Caracas para la gobernación

de Venezuela. No hay una coacción exterior al hato como centro poblado. La dirección que ejerce el gobernador es puramente simbólica pues no se manifiesta en la presencia física de sus subalternos (Rangel, 1974, p. 25).

(3). Las obras de Codazzi: *Resumen de la Geografía de Venezuela*, primera geografía de la República; el *Mapa Político de Venezuela*, símbolo republicano, y el *Atlas Físico y Político de la República de Venezuela*, primera cartografía temática –editados en París entre 1840 y 1841– tienen relevancia en la geohistoria del país. La trizonalidad geográfica es una imagen duradera en la memoria del venezolano. Esa “díscola” percepción de llanos y llaneros no fue obstáculo para que se constituyeran en símbolos de identidad nacional, incluso con épicas de la Independencia.



La trizonalidad paisajística de Humboldt-Codazzi

Fuente: elaboración propia, basada en Codazzi, T3, 1841

El modelo trizonal también puede interpretarse más como una expresión del macro relieve del territorio (arco montañoso del norte, llanura intermedia y escudo geológico del sur) y menos como territorialidad agraria, dada la escasa superficie agropecuaria de las zonas geográficas. Por otra parte, el relieve facilitaba la diferenciación geográfica regional, dada su condición permanente en el territorio (Rojas López, 2007).

(4). Las guerras de la Emancipación afectaron la producción y exportación agropecuaria de los llanos occidentales. Hubo posteriores intentos de recuperación socioeconómica, por ejemplo, con la incorporación del barco de vapor en la ruta de Angostura. La Guerra Federal truncó esas iniciativas y la subregión entró en regresión. Después de esta última guerra se reinició una lenta reactivación con la producción de café en el piedemonte, el comercio de plumas de garza y la reactivación de algunos puertos fluviales, pero el movimiento agroexportador había perdido sus anclajes económicos y territoriales. En el gran Estado Zamora, integrado por las secciones de Barinas, Portuguesa y Cojedes (1870-1887) se afianzó un caudillismo federalista que arreció las carencias sociales y económicas del territorio subregional (García Muller, 2002).

El caudillismo en todas sus manifestaciones fue una dificultad para alcanzar una república consolidada. El proyecto de modernidad del guzmancismo, por ejemplo, no pudo tener continuidad. De hecho, a finales del siglo los gobiernos de signo federal fueron desplazados por insurrectos de la cordillera y, en consecuencia, aparecieron otros actores en el gobierno nacional, entronizándose la dictadura de Juan Vicente Gómez.

La organización de un moderno, disciplinado y bien equipado ejército profesional, una red de comunicaciones y los duros métodos de gobierno de Cipriano Castro (1899- 1908) y de Juan Vicente Gómez (1908-1935) cerraron para siempre ese capítulo de caudillos y guerras civiles en Venezuela. Esa Venezuela rural azotada por guerras a lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo XX, quedó en el pasado. El nuevo país que disfrutará de la riqueza petrolera podrá financiar los cambios político-militares, económico-sociales, de vialidad y en otros ámbitos (Franceschi, 2019, p. 167).

(5). Las migraciones están permeadas por una compleja madeja de razones y motivaciones individuales, familiares y comunitarias, que origina transformaciones sociales en los lugares de origen, los trayectos recorridos y los lugares de destino. Generalmente son calificadas de “espontáneas”, etápicas o directas, aun cuando presuponen una riesgosa movilidad y adecuación material y cultural a nuevos lugares. Más bien las podríamos calificar de autogestionadas. A través de prácticas sociales, económicas, simbólicas, culturales y políticas, los migrantes construyen territorialidades que, en mayor o menor grado, reproducen formas culturales propias o combinadas con prácticas ajenas. Así, parece necesario, abrir investigaciones en la historia etnográfica de la región que den cuenta de los encuentros y desencuentros migratorios subregionales.

CAPÍTULO QUINTO

RETERRITORIALIZACIÓN DE LA CORDILLERA (1873-1926)

En las tierras de altitud media y alta de la Cordillera de los Andes se evidenciaron diversos movimientos pioneros con la irrupción masiva de las plantaciones del cafeto a partir de la década de 1870, acentuados en las décadas finales del siglo XIX. A comienzos de la década de 1880 los nuevos agricultores del cafeto habían logrado con sus pequeñas explotaciones ocupar grandes extensiones de los estados Táchira y Trujillo, iniciándose también el poblamiento de los pioneros cafetaleros, en menor grado, a las comarcas merideñas en Zea, Mora y Tovar. Gracias a estos movimientos pioneros la producción regional andina ascendió en 1890 a 28.616 toneladas de café en grano, repartiéndose el 45% de la producción en Táchira, el 41% en Trujillo y el 14% en Mérida.

Pedro Cunill Grau, 2011, p. 73

www.bdigital.ula.ve

Los flujos agroexportadores hacia Europa y Estados Unidos de Norteamérica forman parte de la historia económica y social latinoamericana (Cardoso y Pérez Brignoli, 1981). En Venezuela la exportación cafetalera marcó un período de particular interés geoeconómico, en virtud de la posición privilegiada que logró en el mercado internacional del grano. Un tiempo coincidente con los gobiernos del “guzmanato” (1870-1888) calificado de “El primer intento de modernización como búsqueda de una salida a la crisis de la sociedad implantada” (Carrera Damas, 1980, p.91). En la época se apaciguaron guerrillas internas y se propiciaron inversiones foráneas, patrones culturales europeos, libre circulación nacional y actualización administrativa. En la práctica, sin embargo, la intención de estructurar un Estado moderno y liberal se trocó en autocracia, sin cambios sustantivos en la estructura social (Carvallo y Ríos, 1984; Lombardi, 1985; González Deluca, 2011).

Las agroexportaciones reactivaron la deprimida economía del país después de la Guerra Federal. El centro norte, los estados andinos y el nororiente conocieron una afanosa actividad comercial vinculada a pequeñas y medianas explotaciones agrícolas, mientras cierta ganadería dinamizaba los llanos altos centrales. Estado, productores y casas comerciales extranjeras, principales actores de la recuperación, respaldaron la inserción del

país en la onda expansiva del capitalismo mundial, una articulación calificada de inorgánica, pues los bienes agrícolas no eran precisamente los requeridos por el capitalismo industrial, como hierro y carbón. El volumen agroexportador, principal fuente de ingresos del país, conservó su vigencia hasta la tercera década del nuevo siglo, cuando llegaron otros capitales y otros actores, los petroleros.

V.1. EL CAFÉ, RUBRO ESTELAR DEL PERÍODO

El consumo de bebidas aromáticas exóticas, como café y cacao, si bien una demanda relativamente reducida a grupos sociales de grandes ciudades europeas y norteamericanas, se extendió apreciablemente durante la segunda mitad del siglo XIX. El creciente consumo de café motivó un enérgico flujo exportador desde los países productores y en ese mercado Venezuela pasó a ocupar el segundo lugar, después de Brasil, entre 1881 y 1920 (Henaó, 1950).

El país elevó casi 10 veces su tonelaje de exportación, desde 1830, con un pico muy elevado en 1890-1891. El grano fue la principal fuente de ingresos durante medio siglo, 1870-1920 (Cuadro N° 8).

Años	Café	Cacao
1830-31	5.311	3.320
1850-51	17.469	3.754
1870-71	18.460	1.771
1890-91	50.829	7.334

Cuadro N° 8: Venezuela. Exportaciones de café y cacao (ton). 1830-1890

Fuente: Izard, 1970, p. 192-193

La jerarquía agroexportadora se manifestó también en la extensión territorial de los principales rubros de plantación (café, cacao, caña de azúcar, tabaco). Sumando las áreas de estos cultivos, recopiladas por Veloz (1945), estimamos que ocupaban casi 65 por ciento de la superficie cultivada del país a finales de la segunda década del siglo XX, sobre todo de café y cacao en las tierras altas y costeras respectivamente. En el arco costero-montañoso estos dos rubros encontraron adecuados territorios de producción con el apoyo de capitales financieros internos y externos (Figura N° 25). Allí, los puertos de La Guaira, Puerto Cabello

y Maracaibo concentraron casi todas las exportaciones e importaciones de la época, particularmente del café.

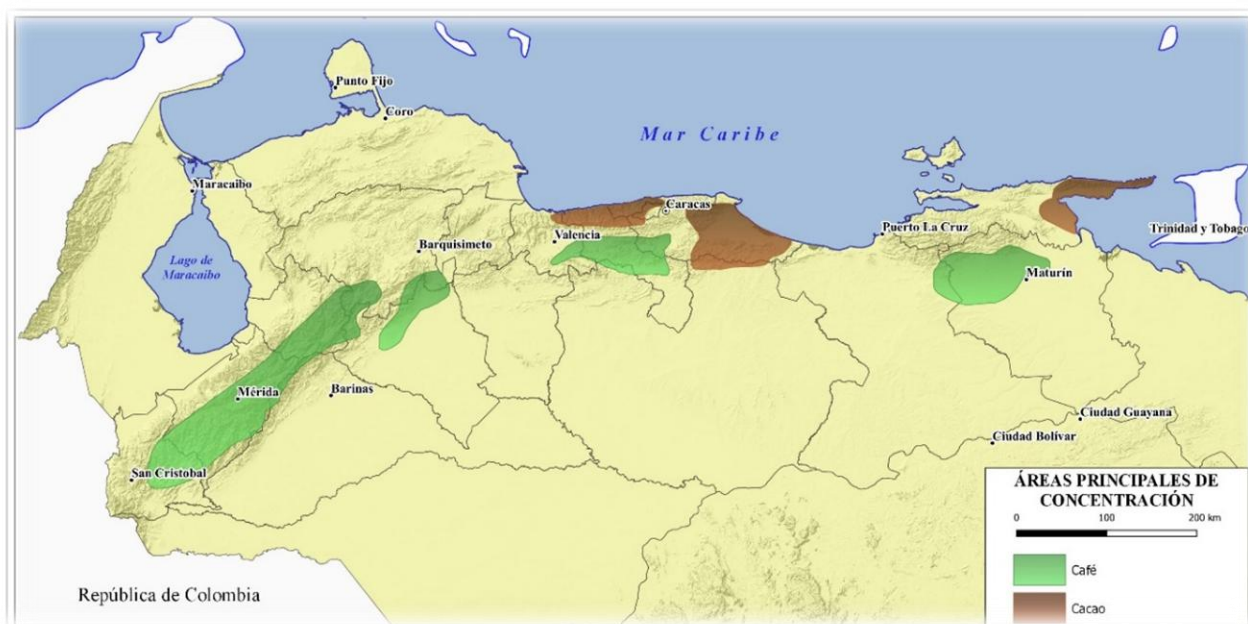


Figura N° 25: Áreas principales de café y cacao del arco costero-montañoso. Finales del siglo XIX

Fuente: adaptado de Ríos y Carvalho, 2000, mapa II.2

La península de Paria, asiento de una próspera economía cacaotera, y en parte cafetalera, asociada a capitales corsos, exportaba la producción por el puerto de Carúpano. Pero las ventajas comparativas de la cordillera andina para la caficultura fueron las mejor valorizadas por capitales y casas europeas acreditadas en Maracaibo y San Cristóbal. Aislamiento geográfico y precarios caminos de la cordillera fueron parcialmente superados, pues hidrografía y relativa cercanía al lago de Maracaibo, salidas al exterior, compensaban las iniciales restricciones de movilidad. Condiciones favorables de demanda externa, precios internacionales y gestiones financieras, animaron el esfuerzo productivo de plantadores cordilleranos.

La República se recobraba de los avatares guerreristas del siglo XIX, pero su articulación orgánica al sistema capitalista enfrentaba dos impedimentos: los rubros tropicales no constituían piezas medulares de la industrialización y las condiciones atrasadas de la nación limitaban la reproducción ampliada del capital (CENDES, 1986). No obstante, el relacionamiento agroexportador afianzó la vinculación del país con el sistema-mundo,

aunque sujeta a fluctuaciones del mercado internacional, sucesos políticos internos y las deudas externas acumuladas del siglo XIX.

V. 2. CAMINOS DE HIERRO, SALIDAS AL MAR

Las riesgosas vías de circulación del país no se adecuaban a la movilidad agroexportadora. El transporte entre la cordillera y el puerto de Maracaibo, por ejemplo, era toda una proeza. El trayecto de Maracaibo a San Cristóbal, dos ciudades clave del sistema cafetalero, ilustra la complicada travesía: navegando por el lago de Maracaibo se accedía al río Catatumbo y a la confluencia con el río Zulia, ubicación del puerto de Encontrados; siguiendo el río Zulia se llegaba hasta puerto Villamizar en territorio colombiano, terminal del ferrocarril Cúcuta-Villamizar; desde allí, por caminos de herradura a San Antonio del Táchira y, finalmente, a San Cristóbal.

El comercio requería medios de transporte más rápidos y seguros, de acuerdo con las exigencias de las rotaciones de los capitales en juego. Gobierno y compañías privadas comenzaron, entonces, la construcción de una red ferroviaria orientada hacia la fachada marítima del país: el primer tren fue inaugurado en 1883, entre Caracas y La Guaira, innovación de la época, y el último en 1942 (Cuadro N° 9).

Tramos	Km
Puerto Cabello-Valencia	52
Caracas-La Guaira	37
Carenero- Río Chico	50
Barquisimeto-Tucacas	177
El Palito-Palmasola	55
Caracas-Valencia	179
Caracas-Santa Lucía	42
Santa Bárbara-El Vigía *	60
Ferrocarril de La Ceiba *	93
Ferrocarril del Táchira *	133

*Tramos del sur del lago de Maracaibo

Cuadro N° 9. Principales líneas férreas de Venezuela. 1912

Fuente: Dalton, 1966, p. 255-265

La experiencia ferrocarrilera, sin embargo, no fue exitosa debido a los cortos tramos recorridos, obstáculos naturales, altos costos de operación, elevados fletes e incluso descontentos de los arrieros, a diferencia de los trenes de Argentina y Brasil, que alcanzaron

distancias superiores a 20 mil km, con mejores facilidades tarifarias. La figura No. 26 muestra las líneas ferrocarrileras en la Venezuela de 1930.



Figura N° 26. Tramos ferrocarrileros de Venezuela. 1930

Fuente: <https://docplayer.es/83005724-Resena-historica-del-ferrocarril-en-venezuela.html>]

El aporte de los estados andinos al volumen de exportación nacional, durante el período del boom cafetalero, fue superior al 60 por ciento. Precisamente la alta producción del grano fue el principal incentivo para que los principales actores económicos se interesaran en acondicionar el sistema de circulación y transporte de mercancías. Entre 1891 y 1926, la construcción de tramos ferroviarios y la readecuación de caminos y puertos fluviales y lacustres, mejoraron la movilidad de personas y mercancías entre la cordillera y el sur del lago.

El comercio cafetalero, la importación de mercancías y la actividad ferrocarrilera contribuyeron a remozar la territorialidad surlacustre, especialmente por las operaciones de transbordo realizadas en los puertos, tanto de los productos exportados procedentes de la cordillera, como de una gran variedad de mercancías importadas (vestidos, calzados, platería, vinos, enseres del hogar, equipos agrícolas). El terminal del ferrocarril del Táchira en la estación de La Fría, cuyas cargas seguían rumbo a la costa del lago, se ilustra en la figura No. 27.



Figura N° 27. Ferrocarril Táchira. Estación La Fría. Sur del lago de Maracaibo

Fuente: [google.com/search?q=campesinos+cafetaleros+de+tachira+sigloxix+imágenes](https://www.google.com/search?q=campesinos+cafetaleros+de+tachira+sigloxix+imágenes)

La economía agroexportadora tuvo expresión económica y demográfica en la reterritorialización de los estados andinos y nororientales (cuadro No. 10). En contraste, la desterritorialización de los estados llaneros era secuela de su pérdida productiva, conflictos bélicos y enfermedades palúdicas.

Regiones	Población. 1873	Población. 1926
Andes (estados andinos)	13,7	17,9
Nororiente	12,5	17,0
Noroeste	10,6	13,3
Centro norte	22,6	21,0
Centro oeste	16,9	15,8
Sur	5,2	4,9
Llanos	18,5	9,8

Cuadro N° 10. Redistribución geográfica de la población venezolana (%).1873-1926

Fuente: modificado de Páez Celis, 1978, p. 56

V. 3. LA RETERRITORIZACIÓN CAFETALERA

El café influyó decididamente en el crecimiento demográfico regional y el movimiento comercial de las llamadas “ciudades del café” (Cuadro N° 11) (figura N° 28). Boconó del estado Trujillo llegó a rivalizar con San Cristóbal (“capital del oro verde”) y La Grita del estado Táchira y Tovar del estado Mérida, rivalizaban con la ciudad de Mérida (“capital eclesiástica” de la cordillera) (Ardao, 1984).

La población del estado Táchira, principal productor del país, creció de 68.619 a 216.387 habitantes entre 1873 y 1936. La totalidad del grano era comercializada en las casas alemanas de San Cristóbal, ciudad-nodo de comunicaciones entre la frontera colombiana, valles merideños, llanos barineses y apureños y, a su vez, centro regional del gran *hinterland* de Maracaibo (Valero, 2009).

“La característica resaltante de ese sistema económico regional –con tasas de desarrollo firmemente superiores a las del resto de Venezuela– es que no depende del país. Los factores dinámicos que en última instancia determinan el volumen de la demanda radican en Estados Unidos o Europa o en Colombia” (Rangel, 1974, p. 188).

Centros poblados	Población 1873	Población 1926	Incremento (%)
San Cristóbal	11.903	28.300	137,8
Boconó	10.982	21.775	98,3
Rubio	6.124	16.003	161,3
Trujillo	7.459	16.163	116,7
La Grita	8.880	15.943	79,5
Tovar	5.193	11.069	113,2
Escuque	4.286	7.192	67,8
San Antonio	4.762	9.175	92,7

Cuadro N° 11. Poblaciones de las principales “ciudades del café”, 1873-1926

Fuente: Ardao, 1984, p. 183

Es sumamente ilustrativa la intensidad de cambios demográficos y paisajísticos de las ciudades del café. El ejemplo de San Cristóbal es indicativo al subir su población de 11.903 hab. en 1873 a 16.797 hab. en 1891 beneficiándose con el aumento de la producción cafetalera en su zona de influencia, en sitios como Rubio, que de 6.124 en 1873 sube a 12.229 en 1891. A comienzos de la década de 1880... San Cristóbal ya concentraba un

considerable número de profesionales... Los intereses de los comerciantes exportadores de café, representantes de consorcios alemanes, instalados a comienzos de la década de 1870, ya estaban consolidados (Cunill Grau, 2011, p. 81).

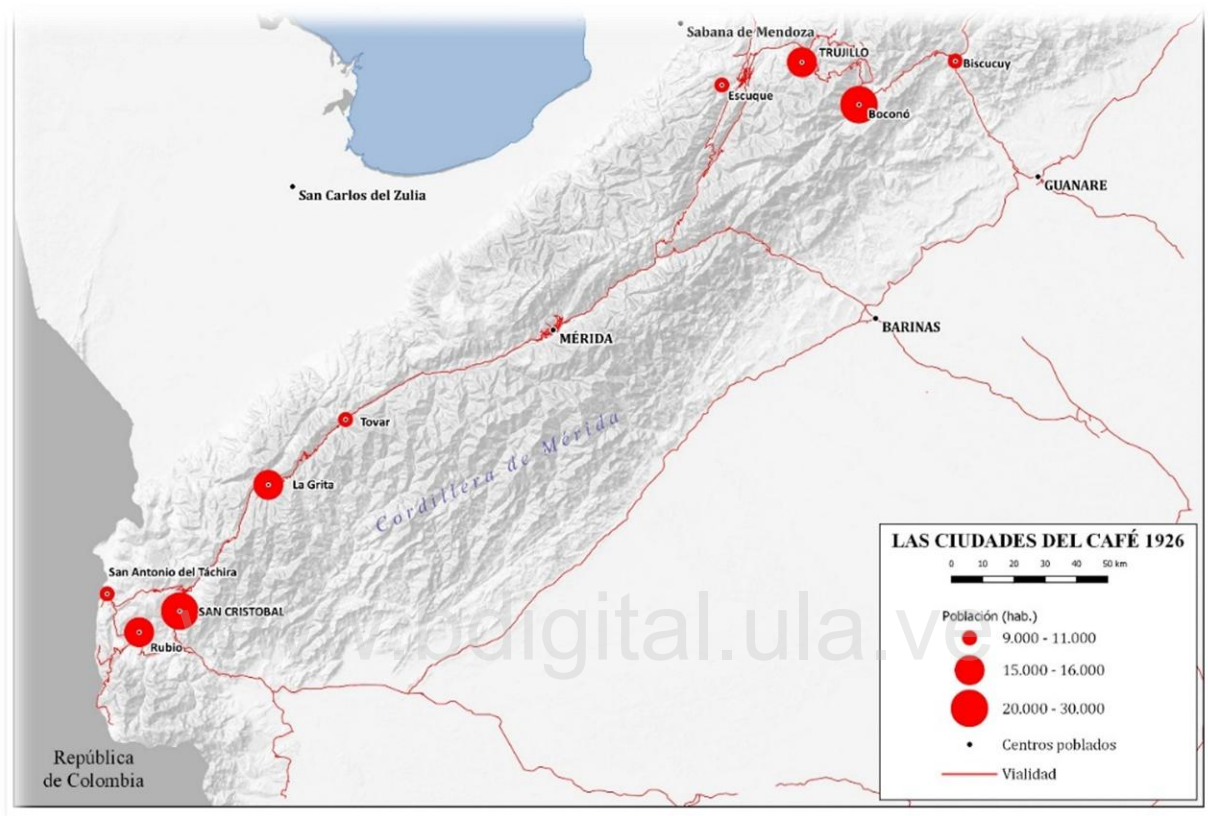


Figura N° 28. Las ciudades del café. 1926

Fuente: elaboración del autor

Es interesante anotar que las ciudades del café fueron mercados muy activos de circuitos comerciales. Las ferias agrícolas tachirenses, a las que acudían comerciantes cordilleranos, colombianos y zulianos, todavía hoy se celebran en La Grita y Táriba, bajo normas legadas y modernas de intercambio comercial. La feria de Táriba de los años veinte es descrita por Casanova (1992) en los siguientes términos:

A la plaza del Samán concurren los lunes los campesinos a vender directamente sus frutos y productos y hacer la adquisición de insumos, por lo que los revendedores apenas intervienen en la negociación de aquellos que requieren una primera transformación para el consumo, como el trigo. Y anualmente se celebra allí una feria, en la cual se mercadean las bestias de

paso fino y de carga, los instrumentos de labranza y la ropa. A ella asiste gente de todo el estado y de la vecina Colombia, los llamados guates, hábiles negociantes, sobre todo en materia de caballos (Idem, p. 61-62).

La cordillera amplió su espacio agrícola hacia los pisos templados y subtropicales y, a diferencia, de las grandes haciendas del centro norte, las pequeñas y medianas explotaciones asumieron la mayor participación en la producción. Las grandes haciendas, muy pocas, se ubicaban en Rubio (estado Táchira), Boconó (estado Trujillo) y Santa Cruz de Mora (estado Mérida) (1). La Figura N° 29 representa un corte cafetalero bajo sombra de árboles frutales y maderables.



Figura N° 29. Cafetal tradicional mejorado, montañas de Boconó, Trujillo

Fuente: unavistabocono.blogspot.com/2010/05/cafetales-en-bocono.html

La red agroexportadora reforzó la centralidad de Maracaibo: las interrelaciones zulianas, cordilleranas y norte-santanderianas del antiguo circuito agroexportador de finales del siglo XVI se intensificaron con el auge cafetalero (Urdaneta Quintero, 2008). En 1920 la población de la ciudad se elevó a 47 mil habitantes y albergaba un gran almacén de café y mercancías y foco cultural de la residente inmigración europea (Vázquez, 2009). Ciudad-puerto, sede de las principales casas comerciales, puerta de entrada a Europa y Estados Unidos, destinos del café y origen de las importaciones, hicieron de Maracaibo la mayor aglomeración del occidente del país. Así, la reterritorialización cordillerana fue activada por dos procesos

centrales. Primero la reorganización de los usos económicos del territorio: ampliación del espacio agrícola, reactivación de centros poblados y apertura al sur del lago. Segundo, mayor intensidad de los flujos de comercialización en el circuito regional liderado por la ciudad-puerto.

V. 4. EL MODELO DENDRÍTICO DE CONFIGURACIÓN TERRITORIAL

A finales del siglo XIX se habían configurado en el país tres patrones de ocupación del territorio (Figura No. 30): el patrón “urbano concentrado”, alrededor de las haciendas y principales ciudades del centro norte. El patrón “urbano disperso” integrado por un conjunto de fincas familiares y pequeños y medianos centros poblados en los macizos montañosos andino y nororiental, y el patrón “rural disperso” formado por los hatos, aldeas y pequeños centros poblados de los llanos (Ríos y Carvallo, 2000).

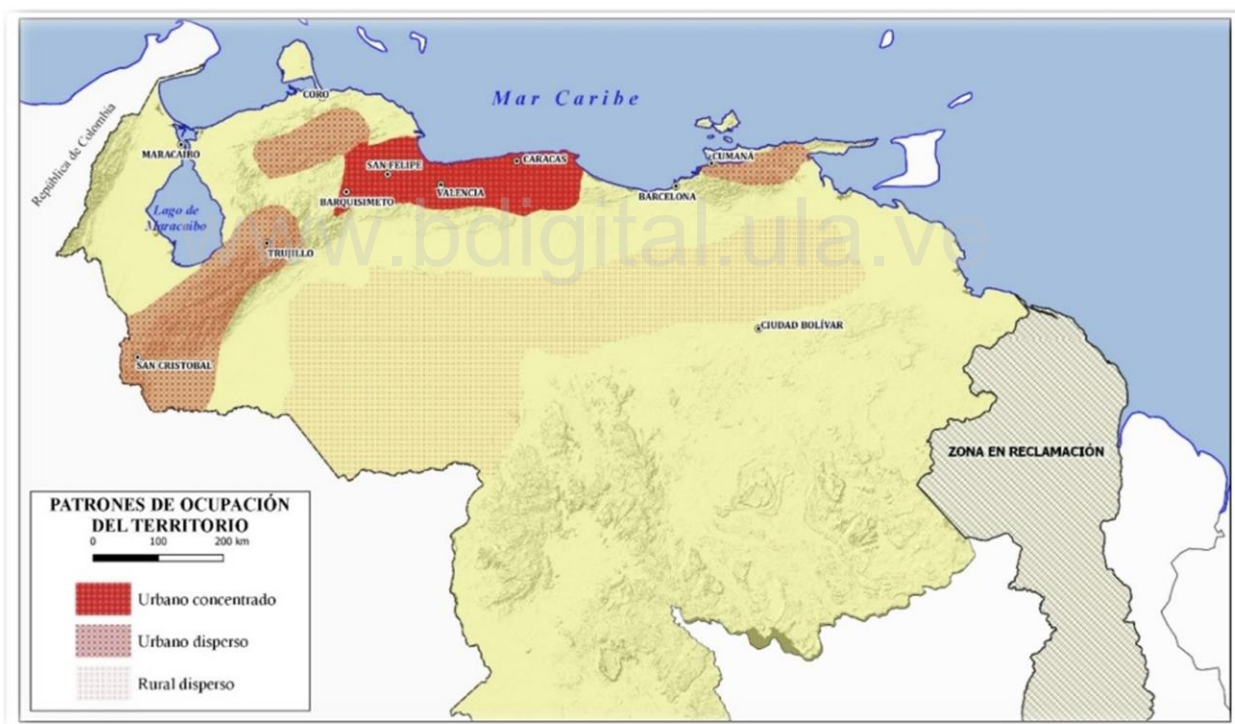


Figura N° 30: Principales patrones territoriales de Venezuela. Finales del siglo XIX

Fuente: adaptado de Ríos y Carvallo, 2000, mapa II.1

El resto del territorio aparecía prácticamente estancado. Sin embargo, se descuidan el patrón cañamero y artesanal centro-occidental, liderado por el triángulo Barquisimeto-El Tocuyo-Carora, abastecedor del mercado centro-norte, y el sistema ganadero de los llanos

altos centrales, alrededor de la ciudad comercial de Calabozo, que exportaba carne por la vía de Puerto Cabello (Rojas López, 2016).

El patrón urbano-rural de la cordillera estuvo ligado al circuito comercial zuliano (Cardozo Galué, 1991), que articuló las “cuencas cafetaleras” con la ciudad-puerto de Maracaibo. Los numerosos y pequeños productores, las “ciudades del café”, las casas comerciales y las redes de circulación, formaron uno de los grandes sistemas dendríticos del país: el andino-zuliano. Junto a los sistemas del centro-norte, convergente en los puertos de La Guaira y Puerto Cabello; el nororiental, centrado en el puerto de Carúpano y el llanero-guayanés orientado al puerto de Angostura en el Orinoco, completan el cuadro de los cuatro grandes sistemas agroexportadores del país (Figura N° 31).

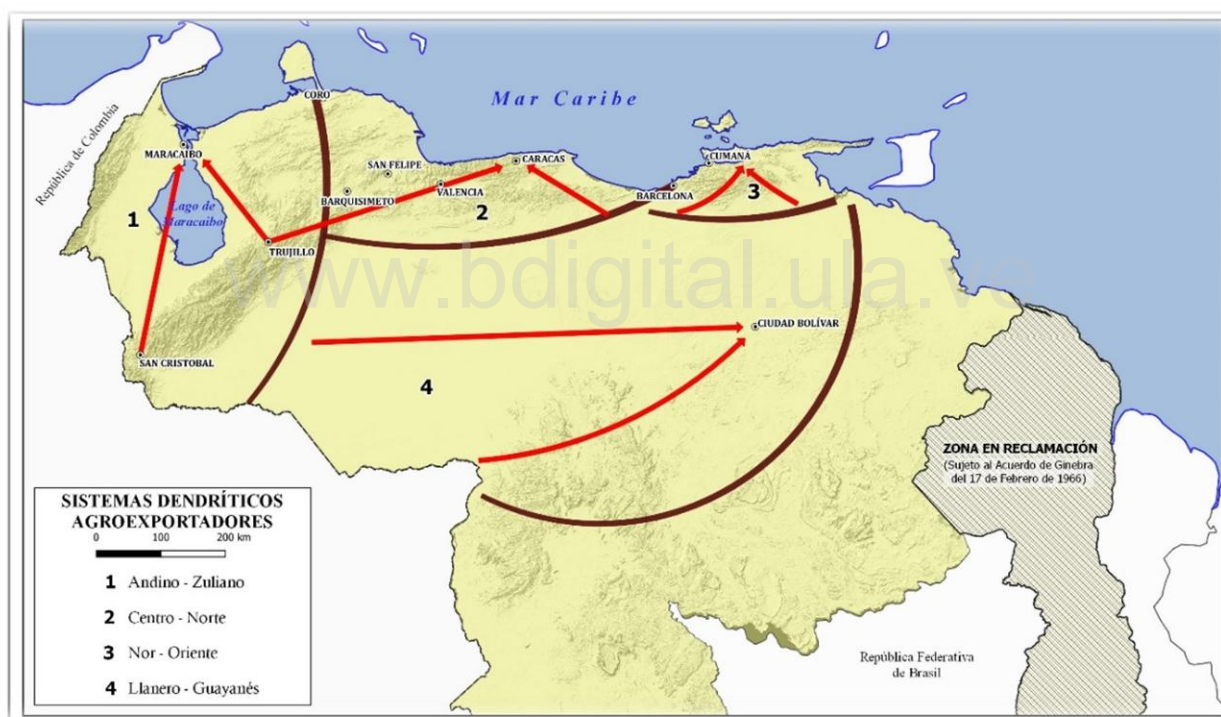


Figura N° 31: Esquema de los sistemas dendríticos. Segunda mitad del siglo XIX

Fuente: elaboración del autor

El circuito andino-zuliano

La circulación espacial del café se iniciaba en las áreas productoras de la cordillera, cuyas cargas salían en arreos de mulas hacia los centros de acopio o casas comerciales locales, donde se sometían a labores de acondicionamiento y embalajes; luego se transportaban a

los puertos de los ríos Catatumbo, Escalante, Motatán, Zulia y La Grita y, desde estos embarcaderos, a las estaciones de trenes que las conducían a los puertos surlacustres; finalmente por la vía del lago llegaban a Maracaibo. El recorrido de salida se acompañaba de otro de entrada, por la misma ruta, con las cargas de bienes importados: herramientas, víveres y mercancías secas.

En ese comercio, el río Catatumbo fue la primera arteria de transporte del Táchira con Maracaibo (Figura N° 32), principal puerto nacional de exportación, pues recogía cosechas andinas y del norte de Colombia. Quizás con alguna exageración, los *Apuntes Estadísticos del Estado Zulia* indicaban que en 1875: “El número de cargas anuales que se embarcan y desembarcan por este muelle no baja de 300.000 al año por término medio” (citado por Vila, 1970, p. 249).



Figura N° 32: Vapor Uribante. Transporte de café. Ruta Encontrados-Maracaibo

Fuente: [google.com/search?q=campesinos+cafetaleros+de+tachira+sigloxix,+imagenes](https://www.google.com/search?q=campesinos+cafetaleros+de+tachira+sigloxix,+imagenes)

El *modus operandi* de los circuitos agroexportadores se ha esclarecido en la literatura del mundo colonial: sistemas de “lugares centrales” de China, “mercados regulados” de la India y “sistemas dendríticos” de Haití (Johnson, 1976). En el Caribe, Johnson recurre a los modelos dendríticos de Haití y Jamaica descritos por Mintz (1960, 1964) para ilustrar como

los sistemas campesinos se vuelven fuertemente dependientes de un mercado que limita sus capacidades para cambiar su precario nivel de vida.

La red de comercialización dendrítica

En la configuración del espacio agroexportador venezolano participaron diversos actores: Estado, Iglesia, funcionarios, hacendados, medianos productores, casas comerciales, comerciantes locales. En la actividad cafetalera fue relevante la red dendrítica de comercialización, un modelo regido por dos tipos de intercambio, uno vertical y otro horizontal (Figura N° 33).

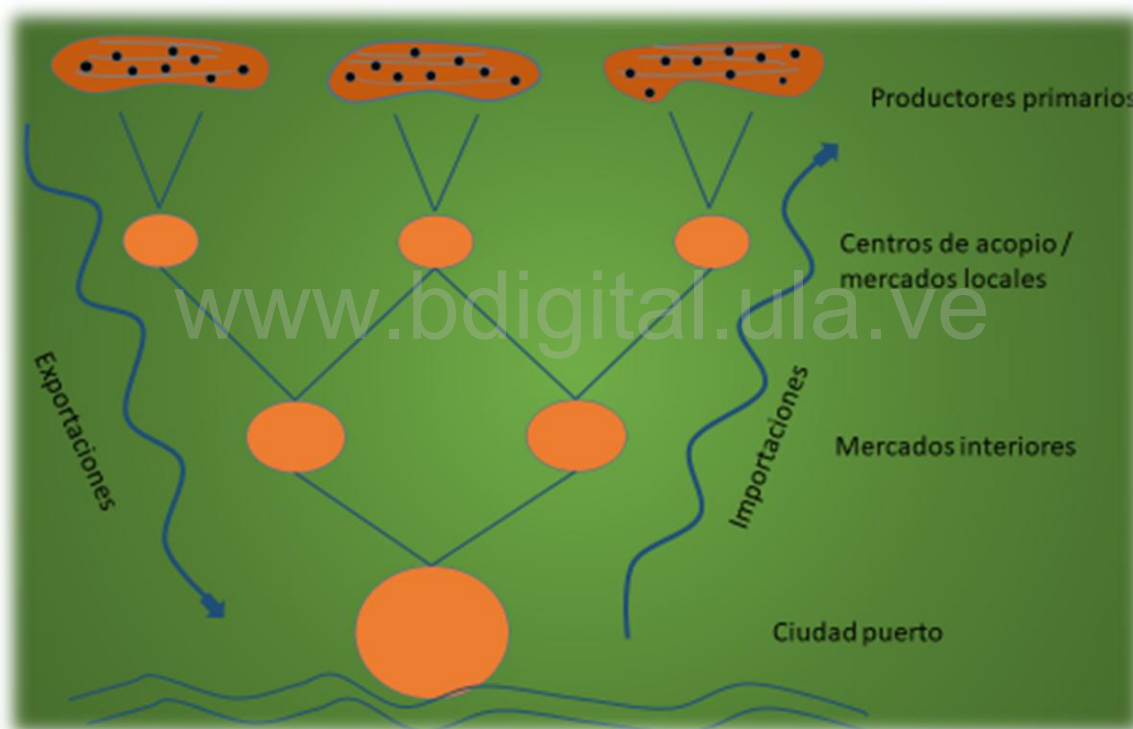


Figura N° 33: Red dendrítica de mercados tradicionales

Fuente: elaboración del autor, basado en Johnson (1976, p. 86)

En el vertical o dominante los bienes agrícolas de numerosos lugares se transportaban a través de una jerarquía de centros de mercado a una ciudad-puerto, donde comerciantes vinculados al mercado mundial gestionaban transacciones de exportación e importación. El modo horizontal lo integraba el comercio cotidiano de bajo alcance espacial, que cumplían los pobladores en centros poblados y áreas cercanas.

El modelo dendrítico fue preponderante en Venezuela y, por consiguiente, en la cordillera. Las cargas del grano tachirenses acopiadas en Rubio y San Cristóbal salían por camino de recua hasta Cúcuta; allí eran transbordadas al tren hasta Puerto Villamizar en el río Zulia y luego al puerto de Encontrados, confluencia del río Zulia en el Catatumbo, para llegar al lago de Maracaibo. En Mérida se repetía el flujo terrestre-fluvial-lacustre, desde el valle de Mocotíes al río Escalante y finalmente a la ciudad-puerto (Moreno, 1986; Chaves, 1992). En Trujillo las cargas recorrían caminos de herradura hasta centros de acopio (mercados locales), luego al tren (estación de Motatán) con destino al puerto de La Ceiba y, por navegación a vapor a Maracaibo (Figuras N° 34, 35).



Figura N° 34: Red cafetalera del estado Trujillo

Mercados locales:

1. Timotes.
2. Boconó.
3. Trujillo.
4. Valera.
5. Motatán.
6. Sabana de Mendoza

Fuente: Rojas López, 1981-1982

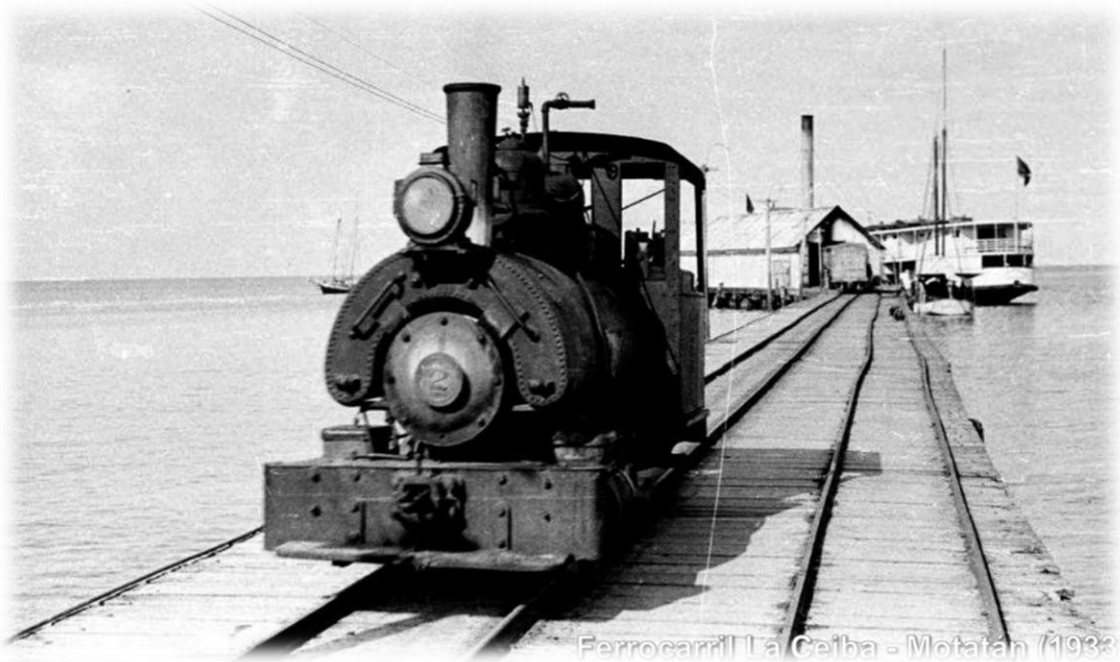


Figura N° 35: Transbordo, ferrocarril Motatán-Puerto de La Ceiba

Fuente: <https://docplayer.es/83005724-Resena-historica-del-ferrocarril-en-venezuela.html>

Si bien la verticalidad dendrítica parece opuesta al modelo rizomático, los flujos de mercancías se comportaban como líneas movilizadas, ramificadas y entrecruzadas, sin finales plenamente conocidos. ¿Dónde terminaban los flujos espaciales del café? ¿En las agroindustrias, cafeterías u hogares de Hamburgo, Nueva York? Por ello, los finales de líneas de conectividad espacial quedan a criterios operativos, generalmente en las ciudades. En ese sentido, el patrón dendrítico puede relacionarse con la etnografía multisituada o multilocal, una estructura espacial "...diseñada alrededor de cadenas, sendas, tramas, conjunciones o yuxtaposiciones de locaciones..., con una lógica explícita de asociación o conexión entre sitios que de hecho definen el argumento de la etnografía..." (Marcus, 2001, p. 18).

La red dendrítica de la cordillera ha sido analizada en sus grandes trazos espaciales, pero no así las funciones de los actores sociales en la estructura espacial del circuito. La relación entre el modelo dendrítico y el modelo multilocal permite aproximarnos a las intervenciones de los actores en la red comercial en un caso local, el valle del Mocotíes, principal área cafetalera del estado Mérida. Productores, movilizadores de cargas, casas

comerciales locales, intermediarios y casas comerciales extranjeras, actuaron en el comercio a diferentes escalas espaciales.

V. 5. EL VALLE DE MOCOTÍES: ACTORES DE LA RED DENDRÍTICA

El valle de Mocotíes – pequeña cuenca de unos 700 Km², surcada por el río Mocotíes, no navegable, que drena sus aguas al lago de Maracaibo – está actualmente conformada, en su mayor parte, por los municipios Rivas Dávila, Tovar y Pinto Salinas del estado Mérida. A finales del siglo XIX, producía aproximadamente 80 por ciento del café de la entidad merideña y su población aumentó de 17 a 42 mil habitantes entre 1873 y 1926. Tovar, su capital económica, pasó de 5 a 11 mil habitantes, situándose entre las “ciudades del café,” y sede de una importante casa comercial. Las cargas del grano eran arrimadas a centros de acopio y casas comerciales de Santa Cruz de Mora, Tovar, Guaraque, Zea y Mesa Bolívar y enviadas por caminos de recuas, al puerto del río Escalante y luego por ferrocarril al puerto surlacustre más cercano (Figura N° 36).

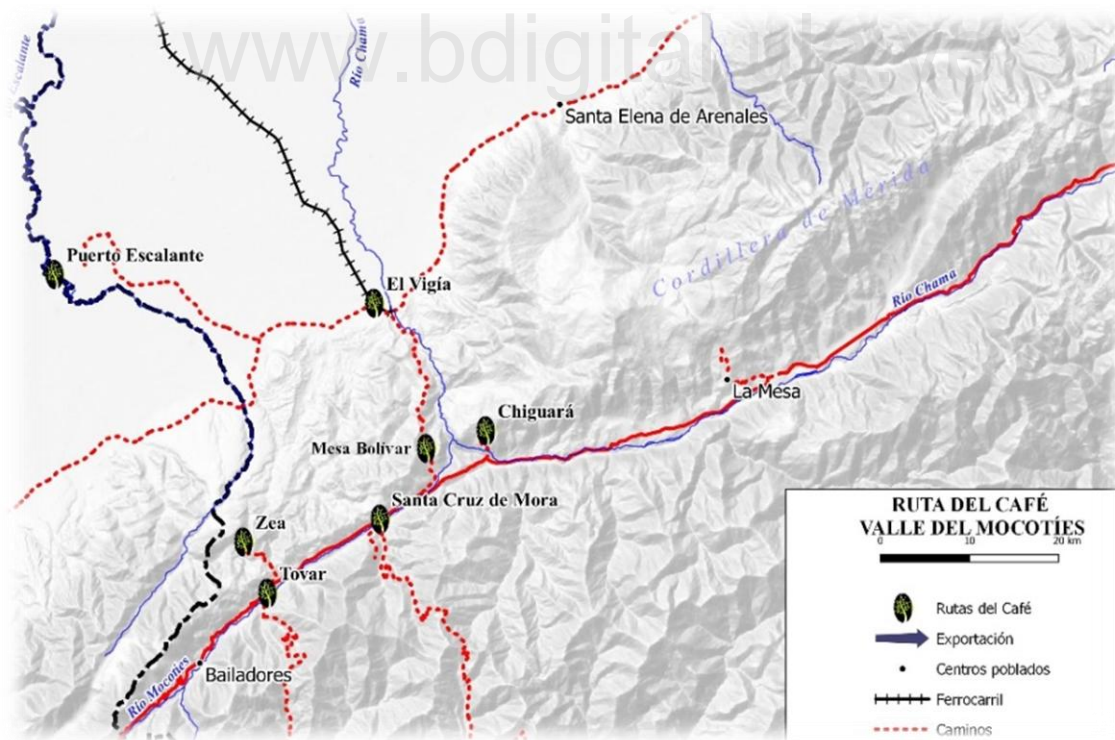


Figura N° 36: Red cafetalera del valle de Mocotíes. 1930

Fuente: elaboración del autor.

Un modesto valle periférico abierto al mundo, lo hemos seleccionado para conocer el papel de los actores sociales y los lugares, interconectados en el flujo exportador de bienes agrícolas e importador de bienes industriales, mediante una descripción cualitativa del modelo dendrítico combinada con la etnografía multilocal.

Pequeños productores (“finqueros”)

¿Quiénes eran los “finqueros”? El auge cafetalero afectó de varias maneras la ruralidad campesina. Unos grupos sembraron cafetos, sin dejar de intercalar cultivos alimentarios para la dieta familiar. Otros percibieron salarios por jornales en los predios cafetaleros, dada la exigencia de mano de obra del cultivo, entregando sus pequeñas fincas en modalidades de aparcería (Chaves, 1961; Suárez, 1982). A medida que aumentaba la demanda, la producción se concentraba en numerosas explotaciones, pequeñas y medianas, herederas del antiguo patrón de labranza (Figura N° 37). Si bien, productores, jornaleros y hacendados, constituyeron los principales actores cafetaleros, los “campesinos alto-andinos tradicionales” formaron parte del sistema, pues proporcionaron mano de obra y alimentos a las unidades cafetaleras y centros poblados del valle.

www.bdigital.ula.ve



Figura N° 37: Finca cafetalera. Al frente, el patio de secado del grano

Fuente: forumdelcafe.com/noticias/café-venezuela

Casas comerciales locales

¿Cuáles eran las funciones de las casas comerciales de Tovar, Santa Cruz de Mora y Zea? Primero, fuentes de abastecimiento de mercancías a herrerías, carpinterías, talabarterías, cesterías e, incluso, de equipos agrícolas a los productores de mayores recursos. Segundo, engranajes o bisagras entre productores y familias del valle y empresas de Maracaibo. De modo que artesanado, comercio detallista, almacenes y casas comerciales, alentaban la vida económica y social de los poblados. La ausencia de bancos era suplida por las casas comerciales que controlaban indirectamente las actividades de exportación e importación y directamente la distribución local de manufacturas.

La Casa Burguera de Tovar (Figura No.38) fue la principal y una de las más importantes del país. Rangel (1974), quien tuvo acceso a libros contables, descendientes y allegados a sus antiguos propietarios, nos da a conocer la exitosa trayectoria de la empresa. Su capital ascendió de Bs 480.000 en 1891 a Bs 6.040.000 en 1929, doce veces, una reproducción con claro sentido capitalista, según la apreciación del autor.



Figura N° 38: Casa Burguera. 1928. Sección de telas importadas

Fuente: casaburguera.blogspot.com/2008/04/la-casa-burguera.html

La importancia de esta casa comercial llama la atención, pues exportaba e importaba casi directamente a Europa y Estados Unidos a través de Maracaibo; por tanto, excedía con creces, las tradicionales funciones de centros de acopio o de transbordo: era centro comercial, banca local, compradora de café y de fincas endeudadas, además cebadora de ganado en los pastizales del valle. Alianzas financieras y de parentesco con representantes alemanes de Maracaibo, favorable demanda-precios del grano, buenos rendimientos del cultivo, laboriosidad de los productores y su carácter cuasi-monopólico, la equipararon con las grandes casas exportadoras del país.

Movilizadores de cargas

¿Por qué los movilizadores de cargas son poco atendidos en la bibliografía regional? No sabemos con exactitud la razón, aun cuando arrieros, lancheros (“piragüeros, canoeros”) y ferrocarrileros, cumplieron un trabajo fundamental y riesgoso por difíciles caminos, especialmente durante épocas de lluvias. Por contraste, arrieros y canoeros del llano venezolano son mejor reconocidos en la literatura, quizás por la simbología del llanero recio en la narrativa nacional y los paisajes de grandes rebaños y caudalosos ríos de las sabanas.

Superando trabas naturales y pasos precarios (crecidas de ríos, puentes frágiles, fuertes pendientes) los arrieros conducían caravanas de mulas a riesgo de sus propias vidas; algunas veces eran los mismos productores, otras veces contratados por hacendados o enviados por las casas comerciales (2). Igualmente, las maniobras de lancheros en épocas de crecidas o también de “aguas bajas” y de ferrocarrileros durante las inundaciones sur-lacustres, eran muy arriesgadas, pero indispensables para el comercio de mercancías que salían y llegaban. El arriero fue un elemento de particular valentía para conducir caravanas de animales de carga por escabrosos caminos. Ese riesgo lo pone de manifiesto una cita de Manuel Felipe Rugeles, incluida en un texto de Vila (1950):

Hay que imaginarse hoy lo que era el continuo acarreo de mercaderías introducidas a esas breñas a lomo de mula, por antiguos caminos de herradura. Se requería de especial coraje para mantenerse en ese ir y venir constante, por estrechos senderos de accidentada formación geológica. Al paso de largas recuas, transportando café y cueros que eran nuestros productos de exportación, y trayendo aquellos cargamentos de géneros ultramarinos que solían importar las casas alemanas o italianas establecidas en la Cordillera (Idem, p. 218).

El testimonio de un productor, oriundo de Zea y conocedor de la historia del café en el valle del Mocotíes, aporta importantes detalles sobre el comercio agrícola y los transportes de mercancías durante la tercera y cuarta décadas del siglo XX:

La comunicación vial llegó a los Andes con la terminación de la carretera Transandina en 1925. Pero solo unió a las ciudades capitales y los pueblos que se hallan sobre la misma ruta. Los demás pueblos fueron anexándose poco a poco por troncales. Por ejemplo, la carretera Tovar a Zea se terminó en 1941. Los tres ferrocarriles andinos se construyeron a finales del siglo XIX, pero fueron vías cortas para unir una ciudad estatal (Táchira, Mérida, Trujillo) con puertos del sur del lago de Maracaibo.

Ferrocarril y carretera no servían completamente al territorio andino. Los pueblos, en su totalidad centros de comercio agrícola, transportaban sus productos por caminos de recua hasta el puerto fluvial más próximo, luego hasta la estación del ferrocarril que le sirviera mejor. Y por la carretera trasandina a la ciudad que ya tuviera transporte de carga.

El puerto de Escalante apto para canoas (próximo a La Tendida) sirvió a buena parte del Táchira y al valle del Mocotíes, por camino real que unía a Zea y La Tendida. Pero a Zea le sirvió hasta la década de los años 30. Además, la estación del Ferrocarril El Vigía-Santa Bárbara, hasta los años 50, se mantuvo como el principal centro de comercio. Sin embargo, los numerosos arreos de mulas de pueblos aislados continuaron su trabajo.

El café y en menor grado cacao fueron los productos que más requirieron el arreo de mulas. Casas comerciales de exportación vía Maracaibo, Tovar (Burguera), Santa Cruz (Santaromita) y Zea (Adriani) eran igualmente las propietarias de los mayores arreos. Pero todo el campesinado andaba a caballo.

Estas circunstancias son las que explican por qué fraguas y herrerías de mulas eran servicios artesanales muy importantes, al igual que los relacionados con la industria del cuero (tenerías, talabarterías, zapaterías). Las herrerías, además, construían utensilios y herramientas para caballerías y trabajo agrícola (frenos, espuelas, picos, palas, etc.) y por supuesto algunos utensilios y obras caseras. La cabilla y el hierro eran importadas por las mismas casas comerciales del café....

Con excepción del puerto Escalante conocí directamente lo narrado. Además, mi padre en los años 30-40 fue el propietario de la herrería más grande de Zea (Jóvito Valbuena Gómez, 28-10-2022).

La importancia de los arrieros y animales de carga fue decisiva en el valle de Mocotíes y los estados andinos. Todavía en 1950 el número de animales en esas entidades alcanzaba 11,6 por ciento del rebaño nacional (CBR, 1954, p. 190). Al igual que los otros movilizadores de cargas, los arrieros merecen ser incorporados en la historia agraria por su papel en la red comercial de pueblos y mercados externos (Figura N° 39).



www.bdigital.ula.ve

Figura N° 39: Caravana de arriero. Camino Rubio-San Cristóbal, siglo XIX

Fuente: [google.com/search?q=campesinos+cafetaleros+de+tachira+sigloxix,+imagenes](https://www.google.com/search?q=campesinos+cafetaleros+de+tachira+sigloxix,+imagenes)

Casas comerciales extranjeras

¿Cómo se articularon las casas comerciales alemanas, francesas, italianas e inglesas en el sistema dendrítico? Las casas asentadas en Maracaibo, filiales de firmas matrices, desempeñaron actividades monopólicas en su *hinterland* por medio de sucursales, agencias, representantes y agentes viajeros (Figura N° 40). San Cristóbal, Rubio, Valera, Boconó y Tovar, fungían de nodos de transbordo y sedes de agencias comerciales en la jerarquía de asentamientos urbanos con primacía en Maracaibo. Esa jerarquización fue la base articuladora del sistema dendrítico regional. La relación comercial más usual consistía en acreditar capital y mercancías a las casas locales, las que a su vez cumplían esa misma función en sus localidades: los “avances,” a cuenta de próximas cosechas, fue una práctica común entre comerciantes y productores. Las casas extranjeras dominaban las transacciones del occidente venezolano y norte colombiano, pero Burguera y Co. desde

Tovar pudo reducir gran parte de esos controles, ya que mantenía relaciones directas y cuasi-directas con Hamburgo y Nueva York.



Figura N° 40: Casa comercial alemana de Maracaibo. Breuer Moller Co
Fuente: saldiviadevenezuela.blogspot/2018/10/la-economia-cafetalera-y-las-casas.html

V. 6. DESARTICULACIÓN DEL MODELO AGROEXPORTADOR

La crisis agroexportadora venezolana obedeció a un conjunto de factores, entre los que se mencionan: sobreproducción mundial del grano, disminución de precios internacionales, colapso mundial de 1929-30, agotamiento de tierras aptas, obsolescencia de sistemas productivos, dificultades políticas internas, valorización internacional de cafés brasileños y colombianos e inicios de la economía petrolera. El descenso de los precios del café repercutió de manera significativa en la cordillera andina. Inicialmente los productores diversificaron sus fincas o intensificaron las relaciones asociativas de producción, pero fueron insuficientes para superar la crisis. Muchos no pudieron cubrir los préstamos y

entregaron sus predios a casas comerciales o prestamistas particulares y otras veces las fincas fueron ocupadas por antiguos peones con parcelas de subsistencia.

El cisma cafetalero fue narrado por Rangel (2008) en un relato novelado del periplo europeo de Doña Flor, heredera de la empresa Burguera. Los frecuentes encuentros sociales en los cafés de París y Barcelona de la joven heredera, en los años veinte y treinta del siglo pasado, finalizaron con el derrumbe de la casa comercial y el regreso a su nativo Tovar. La casa comercial, el valle y la cordillera dejaban su tradicional rumbo agroexportador en los momentos en que el país comenzaba a transitar otro curso económico y político: la explotación petrolera y la llegada de los andinos al gobierno de la nación.

El decrecimiento agroexportador y la irrupción petrolera fue el encuentro de dos temporalidades desiguales y entrelazadas, hasta que la renta del crudo asumió la hegemonía fiscal del país (Trinca, 2000). Durante los años veinte y treinta, un período agro-minero, la dictadura del “jefe andino”, Juan Vicente Gómez, puso en marcha la gran carretera Trasandina en 1925-1926. Por primera vez la cordillera disponía de una vía que reducía los tiempos de movilización internos y externos con el centro del país y el norte de Colombia. La carretera, además, servía para movilizar contingentes de control de guerrillas y alzamientos locales (3). Casanova (1992) narra la llegada de la carretera a una de las aldeas tachirenses y su apertura al mundo urbano de la región:

Aquí en Mesa de Aura ocurrió un hecho importante. En 1925, cuando ya faltaba el fundador Ulárico, finalizó en la cabecera de la meseta la carretera Trasandina. Entre un despliegue de funcionarios y el tronar de la pólvora, dos cuadrillas de obreros se encontraron y unieron los tramos que faltaban para dar por concluida la obra. A pico y pala, sin máquinas, ni dinamita, la extraordinaria vía atravesó los tres estados andinos, trepando en ellos a las cumbres más altas. Los páramos de Mucuchíes, La Negra, y El Zumbador la vieron empinarse sobre sus espaldas luego de arremolinarse en regresivas que disimulaban las pendientes. Con la carretera la aldea abrió puertas a la vida urbana, al acercarse a los pueblos y ciudades de la región (Idem, p. 41).

La disminución cafetalera y la construcción de nuevas carreteras, desarticularon el sistema ferrocarrilero y las actividades portuarias del sur del lago de Maracaibo. El movimiento automotor comenzó a suplantar los viejos tramos de rieles y rutas fluvio-lacustres y el lago perdía su antigua función articuladora del circuito andino-zuliano. Se iniciaba, al mismo tiempo, un proceso de reterritorialización de las tierras bajas del occidente del país, activado por la renta petrolera y la política de “crecimiento hacia adentro”. Tres principales actores –Estado, mercado y agroempresarios– empezaron a transformar las planicies en áreas de colonización agrícola con inversiones, saneamiento ambiental y reforma agraria, mientras las tierras altas entraban en fase emigratoria por estancamiento productivo y escasos beneficios de la renta petrolera. La influencia del “capitalismo rentístico” operaba en un doble frente geográfico: reterritorialización de tierras bajas y desterritorialización de tierras altas del bloque regional.

NOTAS

(1). Las discrepancias en cuanto al tamaño de las explotaciones agrícolas son muy comunes en la literatura agraria, debido al empleo de distintas variables de medición. El censo cafetero de Venezuela de 1940, consideró de “medianas a grandes” las fincas de 20.000 a 100.000 cafetos y “muy grandes” las que pasaban de 100.000 plantas. En la cordillera andina, por tanto, la mayoría podía clasificarse de pequeñas a medianas según la densidad de plantaciones. En términos de superficie, los técnicos del CBR detectaron que las “grandes” haciendas cafetaleras de la cordillera eran las que excedían las 100 hectáreas, la más extensa en Santa Cruz de Mora, estado Mérida, de unas 600 hectáreas (CBR, 1954, p. 110). En la época del boom cafetalero Cunill Grau (2011) reconoce que:

A finales del siglo XIX, particularmente en el Táchira, se evidenció un cierto proceso de concentración de la tenencia de la tierra en grandes y medianas propiedades cafetaleras concentradas por empresas comerciales alemanas. Ellas se apropiaron de propiedades por endeudamiento de muchos productores cafetaleros que no pueden cumplir con sus compromisos comerciales con firmas alemanas, establecidas preferentemente en San Cristóbal y Maracaibo... (Idem, p.74).

En enero de 1902, el testimonio del gobernador del estado Táchira en carta dirigida al presidente de la república, Cipriano Castro, manifestaba su molestia por las actuaciones de las casas alemanas en actividades comerciales. Hacía mención de sus prácticas monopólicas

y apoderamiento de predios agrícolas, agravados por la ausencia de capitales criollos y casas comerciales de otras nacionalidades (Salazar Martínez, 1977).

(2). Los momentos de mayor actividad de los arrieros fueron las épocas de cosechas de café. Los pequeños productores preferían arrendar el transporte por la temporada o pagar directamente por cada viaje a los arrieros. El costo se acordaba con los propietarios de los animales, generalmente los dueños de fincas grandes o de casas comerciales locales. El alto número de animales de carga explicaría la frecuencia de herreros (herraduras de cascos), talabarteros (sillas de montar) y comercios de aperos. Los equipamientos de animales y cargas demandaban una serie de productos elaborados en los talleres de las villas cafetaleras.

(3). Una vez fallecido Guzmán Blanco, en 1899, desaparecen muchos de los caudillos del siglo XIX, pero la prosperidad cafetalera había persuadido a caudillos tachirenses del papel privilegiado de la cordillera en la economía nacional y la posibilidad de ejercer una mayor actuación política en el país. Entraron los tachirenses a comandar los destinos de la nación. Cipriano Castro (1899-1908), el primero, es substituido por la dictadura de Juan Vicente Gómez, régimen que perduró hasta su fallecimiento en 1935, apoyado económicamente con importantes ingresos de la agroexportación y luego de la nueva renta petrolera.

www.bdigital.ula.ve

CAPÍTULO SEXTO

RENTA PETROLERA Y RETERRITORIALIZACIÓN DEL BLOQUE REGIONAL

Existe una establecida y legítima convicción de que el fin del régimen gomecista, en diciembre de 1935, marca para Venezuela el inicio de un nuevo tiempo histórico... El petróleo es el núcleo de este período... En mayor o menor medida, el acontecer general de Venezuela, a partir de 1936 ha de referirse al petróleo.

J. L. Salcedo Bastardo, 1979, p. 473-474

En la tercera década del siglo XX el país comenzó a transitar una nueva ruta económica, la petrolera. Los primeros pozos comerciales se perforaron en el estado Zulia durante los años 1914-1915. En el lapso de 1920 a 1930, los ingresos por exportaciones del crudo ya habían subido de 3 a 634 millones, más de 200 veces, mientras las agropecuarias experimentaban un descenso de 167 a 128 de bolívares (Anuario Estadístico de Venezuela, 1955-1956). El Estado, dueño de los yacimientos y receptor de la renta internacional del crudo, se erigió en autor y actor principal de los procesos económicos-territoriales del país y motor de su articulación orgánica al capitalismo mundial (CENDES, 1986). La nueva renta impulsó modificaciones de las coordenadas territoriales, económicas, demográficas y culturales del histórico modelo agrario, iniciándose un “estilo de desarrollo” urbano-petrolero.

“Desde que la explotación petrolera se introdujo con visos de verdadero asalto sobre aquella Venezuela rural y parsimoniosa de las primeras décadas de este siglo, comencese a producir una de las más violentas distorsiones –sin exageración– de orden económico-social que recuerde la historia del país...” (López, 1968, p. 79). “La ola gigantesca puede imaginarse como la transformación creciente y cada vez más amplia que ha arrastrado consigo a este país y a su gente, durante las últimas cuatro décadas” (Avilán y Eder, 1968, p. 58).

Las interpretaciones extremadamente pesimistas, sin embargo, pudieran hacer ver la explotación petrolera como un “tsunami” que devastó una supuesta arcadia rural, sin percatarse de las desigualdades y calamidades agrarias remolcadas desde tiempos coloniales (1). Al lado de la economía petrolera, persistía la estructura agraria polarizada, un rasgo distintivo de la geo-historia rural venezolana. Es cierto, sí, que se iniciaba un profundo cambio en el estilo de vida de la sociedad venezolana.

... nos olvidamos que hasta 1940, la sociedad venezolana vivía de lo que ella misma, no el Estado, producía. Es decir que eran los ricos y los pobres, los dueños del capital y los dueños de la fuerza de trabajo, los que producían la riqueza nacional; en otras palabras, hasta 1940, no hubo un sector público de la economía; toda la economía era privada. El Estado vivía entonces de la nación y no al revés. Esto significa que para la historia anterior a 1940 no siempre nos sirven las nociones del presente (González Deluca, 2011, p. 49).

El descenso de los ingresos agroexportadores fue relativamente lento durante las primeras décadas del siglo. Por ejemplo, la exportación de café alcanzó el millón de sacos en el año económico 1912-1913, similar a la de 1889. Es a partir de 1926 cuando la industria petrolera comienza a tener peso en la economía nacional. Así, mientras los aportes del café a la hacienda pública caían a 32 millones de bolívares en 1936, los petroleros ascendían a los 677 millones (Segnini, 1982).

VI. 1. PRIMEROS IMPACTOS SOCIOTERRITORIALES

Los ingresos del período agrominero –1920-1930– proveyeron de recursos a la dictadura de Gómez (1908-1935) para realizar algunas obras modernizadoras: infraestructura agrícola, Banco Agrícola y Pecuario, Instituto Técnico de Inmigración y Colonización, carreteras nacionales, entre otras. Pero las agroexportaciones no se reactivaron, debido al interés puesto en la demanda energética, crisis de los precios, la imperante rémora latifundista y el secular atraso del medio rural (Rodríguez, 1983). El control de la renta le aseguró el timón a la dictadura: centralización de ingresos fiscales, infraestructura vial y modernización de las Fuerzas Armadas, duros golpes al caudillismo regional. La construcción de carreteras fue un principal objetivo, no solo para el transporte e integración física del país, sino también para movilizar tropas, ofrecer empleos a grupos desplazados de la agricultura y ocupar a detenidos en las cárceles. Sobresale la carretera Trasandina, obra emblema de la dictadura, que unió a Caracas con San Antonio del Táchira.

Drama migratorio y concentración urbana

La crisis agrícola, al momento del fallecimiento de Gómez, se manifestaba en abandono de latifundios, deterioro de plantaciones y repliegue del comercio agroexportador:

... el Banco Agrícola y Pecuario tenía hipotecadas 800.870 hectáreas y de éstas, 586.276 hectáreas, el 74 por ciento, estaban improductivas y habían sido abandonadas por sus propietarios. En las regiones productoras de café y cacao, de cada seis plantaciones, tres

estaban embargadas por el Banco Agrícola y Pecuario y dos por el comercio local. Solamente se encontraban libres de deudas las haciendas de los funcionarios gomecistas de cierta significación (Abad Sanz, 2011, II, p. 429).

Los estados llaneros permanecían en su inmovilización socioterritorial. En los llanos altos occidentales, poblaciones y producciones deprimidas, caminos abandonados y enfermedades palúdicas, atestiguaban su desterritorialización. La interpretación retrospectiva de Veillón (1976), hace suponer que matorrales y bosques seguían invadiendo hatos y haciendas. La narrativa, como género literario, nos ayuda a entender el drama llanero de la época. En *Casas Muertas*, Miguel Otero Silva (1986) cuenta la tragedia vivida en Ortiz, un pueblo de los llanos centrales. Allí, Carmen Rosa, maestra del lugar, comentaba su miedo:

Si Ortiz está en escombros, si la gente ha huido, si la gente se ha muerto, todo pasó por culpa de las guerras civiles. Dicen que fue el paludismo, que fue el hambre, que fue la ruina de la agricultura y de la ganadería. Pero, ¿quién trajo el hambre?, ¿quién trajo el paludismo? ¿quién arrasó los conucos?, ¿quién acabó con el ganado? Y se respondía ella misma: –La guerra civil (Idem, p. 77).

La calamidad del pueblo –secuelas de paludismo, guerras y tiranía gomecista– quedaba mostrada en la emigración de su gente, pero escondía, a su vez, una deseada reterritorialización, más allá de los horizontes pueblerinos, es decir, un renacer en otro lugar, con la misma gente que abandonaba el terruño. Así lo pensaba Carmen Rosa, al ver que el pueblo de su querencia se iba quedando solo:

–Este pueblo se nos va a caer encima, Olegario

–dijo Carmen Rosa tras el largo silencio.

–Sí, niña –respondió Olegario–. Se nos va a caer encima.

–Aunque ya no queda gente a quien caerle encima, Olegario. Si se murió Sebastián que era el más fuerte, ¿qué nos espera a nosotros, a ti, a mí, a los cuatro fantasmas que andan todavía por la calle?

–Sí, niña. Nos vamos a morir todos.

–Y cuando se acaba un pueblo, Olegario, ¿no nace otro distinto, en otra parte? Así pasa con la gente, con los animales, con las matas.

–Y también con los pueblos, niña. He oído decir a los camioneros que, mientras Ortiz se acaba, mientras Parapara se acaba, en otros sitios están fundando pueblos.

–¿En dónde?

–Yo no sé, niña. Pero he visto pasar gente en camiones. Dicen que hay petróleo en Oriente, que al lado del petróleo nacen caseríos (Idem, p. 114-115).

La desolación reflejaba un pensamiento desterritorializador-reterritorializador: éxodo rural y embrionaria urbanización, acelerados en los años siguientes. En efecto, la población nacional en ciudades de 20 mil y más habitantes aumentó de 15,9 a 33,0 por ciento entre 1936 y 1950 (Fossi, 1995, p. 473), sin que se desmantelara la matriz lati-minifundista.

La arrastrada desigualdad agraria fue patente en el censo agropecuario de 1950: el número de las explotaciones mayores a 2.500 hectáreas sumaban 1 por ciento, pero concentraban 67 por ciento de la superficie, mientras las menores a cinco hectáreas sumaban 54 por ciento y ocupaban 1 por ciento de la superficie censada. Solo algunos políticos e intelectuales preocupados proclamaban la urgente y necesaria reforma agraria y otros animaban la propuesta de “sembrar el petróleo”, metáfora de una economía complementaria a la petrolera.

Distribución territorial de la renta

Los impactos de la nueva economía en los procesos demográficos, económicos y territoriales se hacían visibles en algunas regiones del país a mediados del siglo XX, aunque la vieja estructura agraria se mantenía. El saneamiento ambiental iniciado en 1936, el crecimiento natural de la población y la inmigración incrementaron el volumen demográfico. La “dictadura progresista” de Pérez Jiménez (1948-1958) desestimó la reforma agraria y prefirió aplicar la renta a programas de infraestructura, industrias básicas, agricultura empresarial y colonización de tierras.

Finalizando la década algunos cambios territoriales eran manifiestos: la población en ciudades mayores a 20 mil habitantes había ascendido a 48,3 por ciento, la modernización productiva se observaba en determinadas ramas industriales del centro norte (Castillo, 1985) y la red vial había mejorado, dejando atrás los 2.800 km no pavimentados que existían en los años treinta (Cuadro No. 12).

Superficie de rodamiento	Longitud	
	Km	%
Pavimento y granzón	16.358,4	50,1
Tierra, camino carretero	16.299,4.	49,9
Total de vialidad	32.657,8	100,0

Cuadro N° 12: Venezuela. Caminos carreteros y carreteras.1958

Fuente: Atlas Agrícola de Venezuela, 1960

Entre los años cuarenta y sesenta se definió el perfil urbano de Venezuela. Migraciones rurales e inmigración internacional animaron sustantivamente ese proceso (Bolívar Chollett, 2008). Los estados andinos, sin embargo, seguían rezagados, pues recibían pocos beneficios de la nueva renta. Minifundismo, escasez de tierras agrícolas y alta densidad de población rural alentaban la emigración cordillerana. La presión demográfica no mejoraba la productividad, según la tesis económica de Boserup (1967), más bien incrementaba la erosión en las laderas cultivadas. Otremba (1965) había observado que esas condiciones convertían a la cordillera en reserva demográfica de las tierras bajas. De hecho, el saldo migratorio del país de 1961 ubicaba a los estados andinos en la lista de perdedores, al lado de los llaneros occidentales ganadores (2).

Al término de la dictadura perejimenista, el Estado adoptó la política de sustitución de importaciones y reanudó la inversión en obras públicas, educación, salud, producción, industrialización e infraestructura para atender el mercado interno y necesidades sociales. En lo agroproductivo, se dio prioridad a extender la frontera agrícola, consolidar la reforma agraria -- decretada en 1960-- y promover un estrato de medianos productores empresariales. El espacio agrícola comenzó su expansión con una fuerte mecanización que incrementó la producción de rubros agroindustriales. Las tierras bajas resultaron favorecidas, no así las entidades andinas que vieron reducir sus extensiones agrícolas entre 1950 y 1961, salvo un ligero aumento en el estado Táchira.

Fugas y repoblamientos regionales

El campesinado cordillerano si bien apreciaba las mejores oportunidades económicas en áreas urbanas y petroleras, también las percibía en las tierras surlacustres y llaneras, espacios baldíos, de libre acceso, abundantes recursos naturales y, además, con altas

inversiones del Estado. Unos migrantes se movieron hacia las grandes ciudades y otros prefirieron las cercanas tierras del sur del lago de Maracaibo y los llanos altos occidentales. Es oportuno recordar que según Codazzi (1841), representaban las mejores tierras para el futuro agrícola republicano. Estas tierras fueron beneficiadas con la renta petrolera: saneamiento ambiental, infraestructura hidráulica, reforma agraria y vialidad rural. La construcción de carreteras troncales a lo largo de los piedemontes, en los años cincuenta y sesenta, abrieron las “nuevas tierras” al poblamiento y la producción.

La lenta emigración rural cordillerana de épocas anteriores se intensificó y, de esta manera, se entrelazaron estancamiento y migración de tierras altas y dinámicas colonizadoras de tierras bajas. El escaso crecimiento de los “pueblos del sur” del estado Mérida y el acelerado de las poblaciones municipales de Obispos y Pedraza del estado Barinas revelan ese contraste: entre 1941 y 1971 el volumen demográfico de los primeros solo aumentó de 17 a 22 mil habitantes, durante esas tres décadas, mientras que en los segundos pasó de 16 a 94 mil habitantes, multiplicándose casi seis veces (Corpoandes, 1971, p. 15).

La emigración se desencadenó desde la población dispersa y centros poblados menores (Rojas López, 1978; Venturini, 1983), según un flujo “por etapas”: un primer desplazamiento a centros vecinos o cercanos y luego a ciudades mayores o áreas de desarrollo económico. Los datos migratorios indican el cruce del despoblamiento de los estados andinos y el repoblamiento de los llanos altos (cuadro N° 13). En otras palabras, “fuga” y reinserción territorial: a medida que los migrantes dejaban el “espacio estriado” de la montaña, entraban en calidad de nómadas a ocupar “espacios lisos” de las llanuras, sin medirlos y cercarlos, posteriormente ordenados por el Estado y los actores privados (3).

Censos	Emigrantes			Inmigrantes	
Años	Trujillo Táchira Mérida			Barinas Portuguesa	
1941	15,0	9,5	11,1	20,5	31,3
1950	24,5	14,9	18,7	24,3	35,5
1961	29,2	22,5	23,7	31,6	37,0

Cuadro N° 13: Emigrantes de estados andinos-inmigrantes en estados llaneros (%). 1941-1961

Fuente: Adaptado de Chen, 1968, p. 208-233

El centro norte y las áreas petroleras fueron destinos principales, pero el flujo migratorio mantuvo importancia hacia las áreas rurales de los estados Barinas y Portuguesa. Barinas sirve de ejemplo: el crecimiento porcentual de su población pasó de negativo (-2,3) en el período 1926-1936, perdidos sus anclajes agroexportadores, a 74,2 entre 1950 y 1961. Ese último año, el 15,6 por ciento de los migrantes procedía de los estados andinos (Chen, 1968, p. 216).

El sur del lago de Maracaibo, por otro lado, una vez desarmado el complejo fluvio-ferrolacustre, pasó a depender de viejas y aisladas haciendas cacaoteras y cañeras y dispersos “conucos”, bajo un ambiente de insalubridad, mal drenaje y precaria conectividad (4). La campaña antimalárica, la carretera Panamericana (1953-1958) y las inversiones territoriales reforzaron el flujo migratorio hacia la subregión. Una muestra de 91 familias migrantes lo confirma: 75,5 por ciento eran oriundos de las tierras altas, buena parte del valle de Mocotíes o áreas cercanas (Venturini, 1968). Se abrió, entonces, un frente colonizador protagonizado por migrantes cordilleranos, colombianos, indígenas Wayuu y empresarios zulianos.

VI. 2. RETERRITORIALIZACIÓN DE LAS TIERRAS BAJAS

Inversiones petroleras y medidas proteccionistas del Estado crearon las condiciones para la modernización agrícola del país. La conexión entre colonización agraria, políticas de Estado, empresas agropecuarias e industria láctea, fue compleja y reestructuradora del suroeste de la cuenca del lago de Maracaibo. En los llanos altos occidentales, el proceso modernizador se centró en la industria maderera, la producción agrícola mecanizada y la ganadería. En ambos territorios la ampliación de la frontera agrícola se apoyó en un incontrolado proceso de colonización que generó enfrentamientos sociales por la tierra. Esos conflictos prosiguieron, con diferentes intensidades, durante las siguientes décadas.

Las operaciones del modelo petro-rentista sufrió su primer gran tropiezo en 1983 con la brusca devaluación de la moneda. La respuesta “heterodoxa” del Estado (1983-1988), acentuó las tradicionales medidas proteccionistas (“el milagro agrícola”), pero no pudo sostenerse por desequilibrios económicos y endeudamiento público. El nuevo gobierno (1989-1993), implantó un modelo “ortodoxo” (“el Gran Viraje”) de mercados abiertos, a tono con los vientos globalizadores, cuya súbita aplicación generó turbulencias políticas (Gutiérrez, 1997), aunque continuó de modo atenuado durante la siguiente administración (1994-1998) (“Agenda Venezuela”), esta vez interferido por una fuerte crisis financiera y bajas de los ingresos petroleros.

Las enmarañadas políticas macroeconómicas interrumpieron, pero no discontinuaron, el ritmo territorial que sucedía en las tierras bajas desde mediados del siglo. Aunque políticas “neoliberales” redujeron programas proteccionistas, sobre todo financiamientos, también liberaron controles de precios y abrieron las exportaciones. El financiamiento estatal, por ejemplo, fue substituido por la banca privada, cuya cartera agrícola subió de Bs 63,5 millones en 1990 a 644 millones en el año 2000 (Soto, 2.006, I, p. 112). A la par, asociaciones de productores, en alianzas con el sector privado, adoptaron innovaciones agroindustriales y empresariales. De modo que los llanos altos occidentales y el sur del lago de Maracaibo despegaron durante la segunda mitad del siglo XX: de bosques y pastizales, se convirtieron en territorios alinderados, estriados, por empujes territoriales de los sistemas productivos, demográficos y de circulación.

LLANOS OCCIDENTALES: LOS ACTORES AGROINDUSTRIALES

En los llanos altos occidentales intercedieron múltiples actores: Estado, agro-empresarios, ligas campesinas, obreros agrícolas, empresas de servicios, agro-técnicos, banca privada, organismos internacionales. Programas anti-maláricos, colonia de inmigrantes en Turén, plan mecanizado de arroz, reservas forestales, aserraderos industriales, reforma agraria, carreteras y sistemas de riego, apuntalaron la modernización agraria (Vessuri, 1984; Llambí, 1986; Mendoza, 2000). El grupo “Acarigua”, originalmente integrado por peritos agropecuarios, se transformó en un empresariado agrícola, a partir del plan arrocero del estado Portuguesa, iniciado en 1949, y ampliado en las siguientes décadas:

... cuyos intereses corporativos o regionales pretenden representar, y en la que se incluyen también funcionarios o administradores de empresas de origen nacional y extranjero (principalmente italianos). El grupo tiene intereses directamente en actividades agrícolas (tabaco, arroz, algodón, ajonjolí, maíz, caña de azúcar), pecuarias (leche), agroindustriales (central azucarero, fábrica de aceite, hilandería), servicios (compañía de seguros, investigación agrícola) y en la construcción inmobiliaria... Desde un punto de vista gremial y político algunos de sus miembros han ocupado importantes cargos en las asociaciones de productores regionales y nacionales... así como en la administración pública (Fondo de Crédito Agropecuario, BANDAGRO, Concejos Municipales) (Llambí, 1986, p. 69-70).

Modernización rural del territorio

La superficie agrícola de la subregión se cuadruplicó entre 1950 y 1971, además incorporó una alta proporción de tierras regularizadas por la reforma agraria y casi triplicó su población, liderada por tres polos urbanos (Acarigua-Araure, Guanare y Barinas) (Cuadro N° 14). Labranza mecanizada de Portuguesa y ganadería semintensiva de Barinas dominaron las actividades productivas. El maíz, cultivo líder de los cereales, recibió trato preferencial de los gobiernos, en virtud de su demanda popular y aportes energéticos y proteicos al sistema alimentario, aunque de rendimientos físicos inferiores a los de regiones templadas (Rojas López, Mora y Tovar, 2010) (Figura No. 41).

Años	Población (Habitantes)	Superficie cultivada (has) (Pastizales y cultivos)
1950	214.499	220.000
1971	563.008	902.500

Cuadro No. 14. Llanos altos occidentales. Población y superficie cultivada. 1950-1971

Fuente: Rojas López, 1993, p. 37 – 39



Figura N° 41: Campo de arroz, municipio Páez, Portuguesa

Fuente: correodelorinoco.gob.ve/agricola-ajuro-de-portuguesa

Al cierre del siglo la población subregional se acercaba a los 1,5 millones de habitantes, el poblamiento rural alcanzaba el 35 por ciento y el tamaño de las principales ciudades oscilaba entre 100.000 y 240.000 mil habitantes

Los complejos agroindustriales (Figura N° 42) y los sistemas de ganadería semi-intensiva, afianzaron la configuración territorial. La carretera troncal del piedemonte barinés –1963-64– fue el factor clave de la conectividad subregional: eje vial de la ruta Acarigua-Barinas-San Cristóbal, corredor rururbano y lazo conector con Barquisimeto, principal centro industrial de centro occidente.



Figura N° 42: Complejo agroindustrial de Portuguesa

Fuente: analitica.com/emprendimiento/noti-tips/la-agroindustria-en-venezuela-tiene-nombre-coposa

El estado Portuguesa se ha calificado en los medios de comunicación y grupos empresariales como “granero” del país, pero su agroeconomía excede esa calificación. De hecho, fue el mayor abastecedor de cereales, oleaginosas y caña de azúcar al producto agrícola vegetal de la nación, poseía la cuarta parte de la superficie sembrada del país y mantenía fuertes lazos con la agroindustria nacional, sin descartar una importante ganadería extensiva (5). Allí arrancó el proceso modernizador de mayor envergadura de la agricultura venezolana, que luego se extendió en la subregión. La figura N° 43 representa esquemáticamente los principales usos del territorio de los llanos altos occidentales a finales del siglo.

En extensión territorial son dominantes los sistemas de ganadería extensiva e intensiva y los sistemas de cultivos mecanizados en los ambientes subhúmedos de la subregión. Las ciudades de Barinas, Guanare y Acarigua-Araure dominan, a su vez, el escenario urbano subregional a lo largo del principal eje vial.

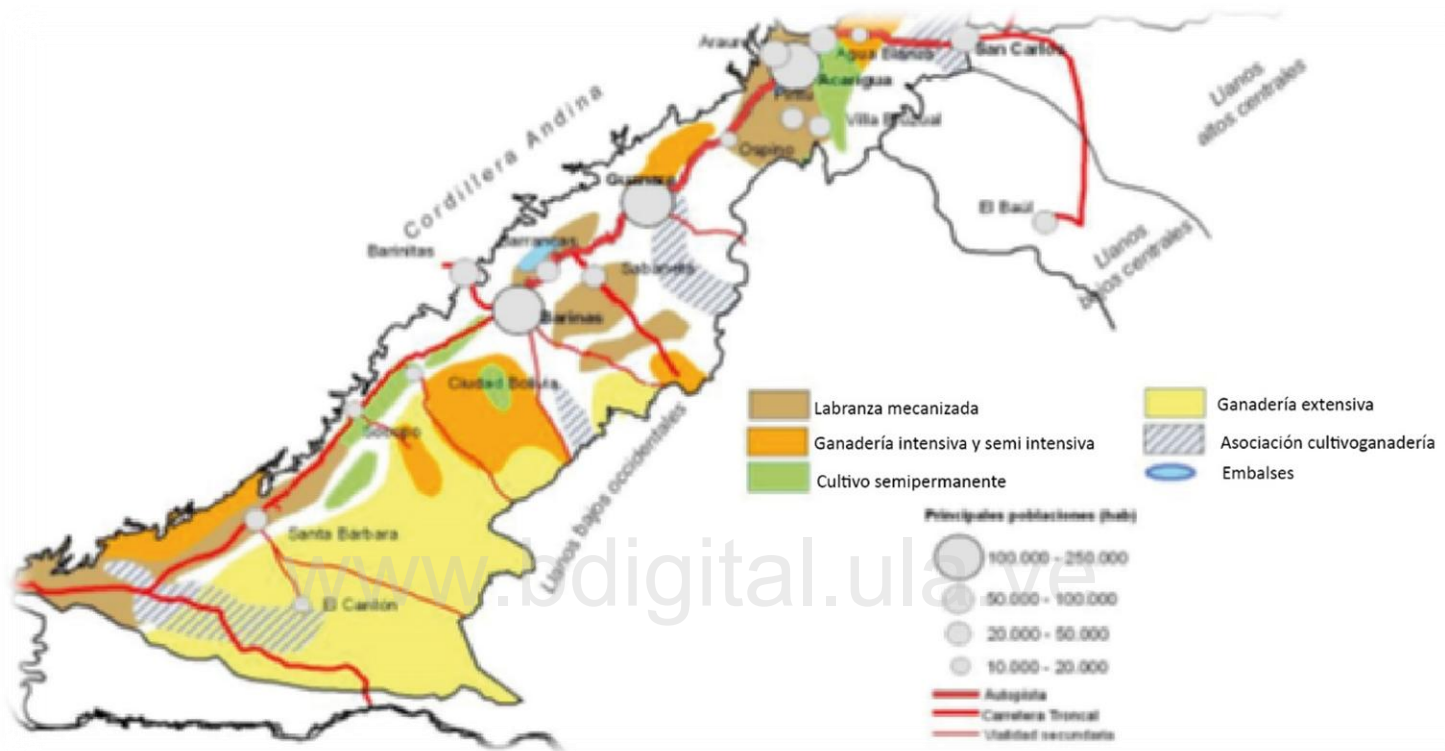


Figura N° 43: Llanos altos occidentales, usos del territorio, finales del siglo XX

Fuente: Rojas López, 2012, p. 150

El recorrido demográfico y económico de los llanos altos, desde un primer frente pionero de colonización hasta su actual conformación territorial, encuentra en la población de Socopó un caso de ejemplificación local: un caserío creado por migrantes cordilleranos que, en poco tiempo, se ubicó como segunda ciudad y centro agroindustrial del estado Barinas.

Socopó: de aldea a polo urbano

La ciudad de Socopó, actualmente capital del municipio Antonio José de Sucre del estado Barinas, es de origen muy reciente: un caserío fundado por migrantes tachirenses y merideños, 1954-1955, entre en los linderos del bosque de Ticoporo – decretado como reserva forestal en 1955– y el camino carretero del piedemonte barinés. La construcción de

las carreteras troncales Barinas-La Pedrera y La Pedrera-Guasdualito (Alto Apure), período 1961-1965, influyeron relativamente poco en el crecimiento del poblado. En 1961 albergaba unos 70 habitantes y una década después contabilizaba unos 5.500 habitantes, en su gran mayoría procedente de los campos del estado Táchira.

En la reserva forestal de Ticoporo, el Estado inició en 1970 la política de concesiones forestales empresariales a largo plazo. Bajo presiones colonizadoras, el Instituto Agrario Nacional (IAN) excluyó algunas áreas de la reserva para fundar asentamientos campesinos. Socopó y su área de influencia se reactivaron con las actividades agropecuarias y forestales y progresivamente se convirtieron en foco de inmigración. Un estudio de mano de obra en las empresas forestales CONTACA, EMALLCA y EMIFOCA (Briceño Monzillo, 1986) corroboró que poco más del 90 por ciento de los 515 obreros tenía origen migratorio en los siguientes lugares: estado Táchira (64.1 %), estado Mérida (11,8 %), Colombia (9.5 %) y el resto en otros estados (*Idem*, p. 9).

Crecimiento agrícola, forestal y localización central en la carretera troncal de los llanos, fueron considerados en la selección de Socopó como modelo para las comunidades recientes del eje alto llanero (Corpoandes-Otepi, 1971). El proyecto fue diseñado, pero no ejecutado. No obstante, Socopó y el municipio continuaron su crecimiento. Los censos de 1990 y 2001 indicaron que la población del municipio había aumentado de 33.965 a 62.002 habitantes y la ciudad de Socopó de 18.220 a 33.809 habitantes, desplazando a Santa Bárbara como segunda ciudad del estado (Pulido, *et al*, 2005). El municipio fue uno de los más importantes productores de madera de bosques naturales del país, hasta la extinción de la reserva y el fin de la política de concesiones forestales. Hoy se destaca como polo agrícola y principal productor de leche del estado Barinas (Amaya, 2008).

SUR DEL LAGO: LA EMERGENCIA DE UN TERRITORIO

La selva húmeda surlacustre se fue haciendo territorio a medida que los actores sociales la deforestaban, poblaban y fundaban agricultura y ganadería, procesos que le conferían un cierto grado de organización socioeconómica. En ese transcurso se crearon simbologías (topónimos, gentilicios, identidades locales, lugares emblemáticos, gastronomías), normas y organizaciones (gremios, asociaciones culturales, textos y crónicas, medios de comunicación, cuerpos legislativos) que institucionalizaron el territorio en la conciencia geográfica de la nación. En breve, los actores sociales forjaron una subregión de selva

pantanosas y “paisaje de recorrido” a uno de los territorios más dinámicos del país (Briceño Monzón, 2009 a). Al igual que en los llanos altos, los programas del Estado incentivaron un potente frente de colonización y, más tarde de modernización rural, soportados por cuantiosas inversiones: troncal Panamericana, carreteras Santa Bárbara-El Vigía, La Fría-El Vigía, puente sobre el río Chama, carretera Encontrados-La Fría, diques de control de inundaciones, programas agrarios (Muñoz, 1984).

Conformación de una subregión agropecuaria

Estado, migraciones campesinas, ganaderos y empresarios, impulsaron un intenso proceso de reterritorialización en la segunda mitad del siglo. Los capitales agro-empresariales instauraron haciendas ganaderas para atender la industria láctea que comenzaba a desarrollarse. Las haciendas se impusieron como formas productivas, aun cuando unas 700 mil hectáreas habían sido transferidas a la reforma agraria. Precariedad de la propiedad hacendal y debilidad de la reforma agraria justificaron invasiones campesinas a las haciendas (Gutiérrez, 2009). Las actividades agropecuarias motorizaron el poblamiento y abrieron la circulación subregional al resto del país. Durante el período 1950-1971 se incrementó el crecimiento demográfico y agrícola, en particular porque subsidios y precios preferenciales contribuyeron a la producción láctea y cárnica (Cuadro N° 15).

Años	Población* (Habitantes)	Cultivos-pastos** (Porcentajes)
1950	101. 924	55
1971	220. 485	79

Cuadro N° 15: Sur del lago. Población y superficie cultivada.1950-1971

Fuente: adaptado de Zambrano, 1984*; Trinca, 1984**

Capitales nacionales e internacionales aceleraron la producción subregional. Grandes empresas bananeras incursionaron en la exportación durante el período de clara política neoliberal (Pulido, 1994), luego discontinuada por las coyunturas macroeconómicas. En la década de los noventa, los dos grandes rubros de la subregión, plátanos y lácteos, aportaron entre 70-80 y 30-32 por ciento, respectivamente, al volumen nacional (Zambrano, 2011). Igualmente, la producción de palma aceitera subió de 22 mil a 163 mil toneladas, respuesta al déficit de aceites y grasas en el país. La subregión logró el primer lugar nacional en la producción de plátanos y palma aceitera (Machado y Rivas, 2006).

La expansión agroeconómica propulsó un intenso eje urbano-rural a lo largo de la carretera Panamericana, estructurado por las principales poblaciones: El Vigía, Tucaní, La Fría, Colón, Caja Seca-Nueva Bolivia y Sabana de Mendoza, ciudades pequeñas y medianas, conectadas por carreteras rurales con asentamientos de reforma agraria y haciendas ganaderas. Las carreteras El Vigía-Santa Bárbara y La Fría-Encontrados completaron la trama vial, base primordial del proceso de formación surlacustre como espacio territorial (Figura N° 44).

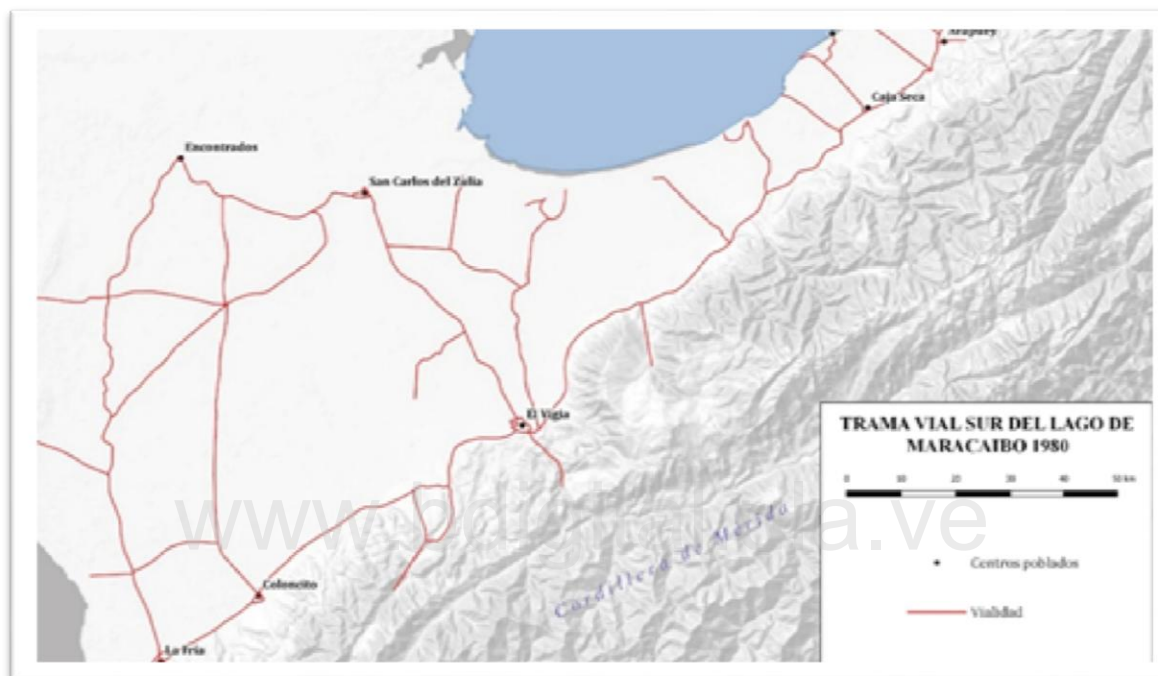


Figura N° 44: Trama vial del sur del lago de Maracaibo. 1980

Fuente: elaboración del autor

Alta posición productiva, corredores viales, infraestructura aeroportuaria, más de medio millón de habitantes al cierre del siglo y nodos agroindustriales en las principales ciudades (El Vigía, 65.000 habitantes; San Carlos-Santa Bárbara, 57.398 habitantes; Caja Seca-Nena Bolivia, 37.968 habitantes) situaron al sur del lago como territorio emergente del occidente venezolano. El Vigía, capital del municipio Alberto Adriani del estado Mérida, es una clara demostración del dinamismo subregional: de precario caserío evolucionó al principal centro funcional del territorio surlacustre.

El Vigía: surgimiento de un centro subregional

El Vigía deriva su nombre, según viejos conocedores del lugar, de un punto de vigilancia en una pequeña colina, adosada al río Chama, que controlaba el tránsito de mercancías entre

los valles de Mérida y la costa sur del lago, aunque no se tienen precisiones sobre origen del nombre y las fechas de fundación. El lugar fue luego estación final del ferrocarril Santa Bárbara-El Vigía, construido entre 1892 y 1896, cuyas operaciones de carga y descarga influyeron en la precaria configuración de la aldea (Figura N° 45).

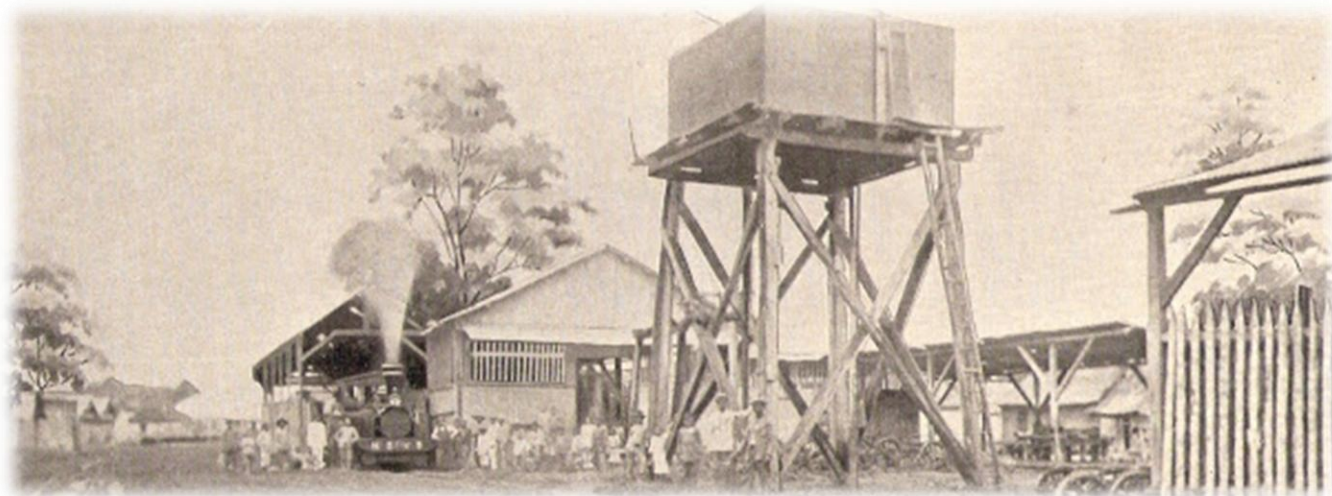


Figura N° 45: El Vigía. Estación terminal del ferrocarril Santa Bárbara-El Vigía

Fuente: es.wikipedia.org/wiki/El_Vigía#/media/Archivo:Ferrocarril_Santa_Bárbara_El_Vigía.jpg

La carretera Trasandina, puesta en funcionamiento en 1925 y, diez años después, la campaña antimalárica, estimularon la emigración de la cordillera, movimiento reforzado por la construcción del tramo San Cristóbal-El Vigía de la carretera Panamericana en 1952 y el puente sobre el río Chama en 1954. Esas acciones elevaron el crecimiento demográfico y económico del centro poblado. Su localización de encrucijada de rutas (Maracaibo, Valera, Mérida, San Cristóbal y Cúcuta) y la economía subregional favorecieron sus conexiones con el resto del país y la frontera colombiana. Las fundaciones en 1969 del frigorífico industrial de Los Andes (Filaca) y la industria láctea (Indulac) con apoyos de la Asociación de Ganaderos del municipio Alberto Adriani, apalancaron el desarrollo urbano (Aportes de Eudes Blanco, cronista de la ciudad). Las figuras Nos. 46 y 47 son imágenes de la evolución agroindustrial de la ciudad.

Hoy El Vigía es sede de núcleos universitarios, aeropuerto internacional e importantes asociaciones agroempresariales, comerciales, industriales y culturales. La Fundación Alberto Adriani (2016), desde hace algún tiempo, ha insistido en la creación del Distrito Metropolitano Panamericano, liderado por El Vigía, como principal centro funcional del sur del lago de Maracaibo. Se trata de una iniciativa que cuenta con respaldos políticos, empresariales y de organizaciones municipales.



Figura N° 46: El Vigía. Instalaciones del frigorífico industrial. 1969

Fuente: matriavigiense.blogspot.com/2019/105/indulac-filaca-y-hosteria-50-anos.html



Figura N° 47: El Vigía. industria láctea en el sur del lago. 1998

Fuente: twitter.com/surdellagolsb/status/91376632275151616

VI. 3. RETERRITORIALIZACIÓN DE LAS TIERRAS ALTAS

Crecimiento urbano, actividades terciarias y desarrollo del mercado interno originaron una lenta recuperación de los estados andinos en la segunda mitad del siglo. La población urbana aumentó, pero el éxodo seguía vaciando los poblados rurales menos accesibles. Reactivar el medio rural fue un objetivo de la Corporación de los Andes (Corpoandes), y junto a otros entes del Estado, diseñaron proyectos de modernización agraria, tomando en

cuenta las experiencias de nuevos rubros agrícolas y formas de organización campesina, que existían en los valles altos desde hacía aproximadamente unos quince años (Aguilar, 1978; Velázquez, 2004).

UNA MODERNIZACIÓN RURAL TARDÍA

Corpoandes (1975) promocionó y asesoró sistemas de horticultura irrigada, agroinsumos modernos y nuevas formas de organización social. Estos programas impulsaron la producción y, desde finales de los setenta, las asociaciones de productores de los valles altos lideraron la producción nacional de papa y hortalizas. En la última década del siglo, las cosechas del tubérculo duplicaban con creces las 100 mil toneladas. Amplias terrazas fluviales se cultivaban con semillas importadas, riego por aspersión, mecanización ligera y aplicaciones de agroquímicos (Figura N° 48).

Una estrategia conjunta de tres actores institucionales –Corpoandes, Universidad de Los Andes y Universidad Central de Venezuela– puso en práctica un sistema de ganadería intensiva de leche en pequeñas fincas con animales de alto rendimiento (“unidades de producción Joque”), , que logró quintuplicar la producción unitaria. Las restricciones de las políticas proteccionistas limitaron la importación de insumos, acarreado una especie de “tropicalización” del sistema por la vía de mestizajes, sustitución de insumos importados y ampliación de pastizales, pero mantuvieron la oferta a la demanda láctea del sur del lago.



Figura N° 48: Siembra intensiva de papa y hortalizas en terrazas

Fuente: <https://cronica.uno/contrabando-de-papa-tiene-en-jaque-a-productores-nacionales/>

La tesis campesina del “bien limitado”, por tanto, no podría mantenerse frente al éxito del programa “Valles Altos” y la “ganadería de altura” pese a los defensores de prácticas agrícolas exclusivamente tradicionales.

El Fondo Nacional del Café, a principios de los ochenta, emprendió un programa de rehabilitación y modernización de plantaciones en alianzas con asociaciones locales (Productores Asociados de Café, Compañía Anónima - Pacca). Crisis de precios, precaria gestión asociativa, competencia colombiana, plagas y enfermedades, afectaron la producción que apenas subió de unas 37 a 39 mil toneladas entre 1992 y 2001. Un grave resultado fue la sustitución de cafetales por fincas lecheras, estimulada por la demanda del sur del lago (Figura N° 49).



Figura N° 49: Cafetales a cielo abierto en montañas de Mérida

Fuente: <http://radiomundial.com.ve/productores-de-cafe-del-estado-merida-apuestan-por-la-produccion-de-este-rubro/>

Limitados alcances espaciales

La geografía física puede contarse, entre otros factores, como una de las limitantes de los reducidos alcances de la modernización agrícola de la cordillera. Estrechos fondos de valles, fuertes pendientes, menor disponibilidad de suelos agrícolas y restricciones de accesibilidad, en comparación con las tierras bajas, probablemente incidieron en la dispersa localización geográfica de los proyectos de desarrollo agrícola (Figura N° 50). No obstante, las reducidas extensiones de las fincas hortícolas y lecheras se han compensado con

sistemas intensivos de uso de la tierra (altos factores de fuerza de trabajo e insumos materiales) responsables de rendimientos relativamente elevados.



Figura N° 50: Esquema de las áreas de modernización agrícola de la cordillera.

Fuente: elaboración del autor

El valle de Mocotíes: un caso local

El programa "Valles Altos" pero, sobre todo, el activo papel de los productores del municipio Rivas Dávila, fueron los actores clave de la modernización agrícola del valle del Mocotíes. La Asociación de Productores Rurales de los Andes (Aspruandes) con sede en Bailadores, capital municipal, fue motor del complejo agrícola de Bailadores (Codesaba), institución que agilizó la comercialización de cosechas e insumos con los mercados hortícolas del país. Otras iniciativas concretaron sistemas de ganadería Joque y floricultura comercial (Figura

Nº 51). La actividad cafetalera del valle, contrariamente, no salió de su recesión y la caña de azúcar, otro rubro de raigambre histórica en la sección media del valle, fue desplazado por la baja competitividad y la expansión del poblamiento.



Figura Nº 51: Paisaje hortícola del valle de Mocotíes

Fuente: facebook.com/photo/?fbid=72410489125859/set

El poblamiento se concentró en las pequeñas ciudades de Tovar, Santa Cruz de Mora y Bailadores, capitales municipales, pero la población rural mantenía un bajo crecimiento. Los intercambios comerciales con poblaciones surlacustres a través de los nuevos túneles de la autopista Mérida-El Vigía y el poblamiento a lo largo de la carretera Trasandina, propiciaron la conformación de un corredor rururbano local liderado por la ciudad de Tovar, principal centro de comercio y servicios del valle del Mocotíes, y principal receptor de la migración rural del valle (Cuadro Nº 16).

Municipios	1990	2001	Crecimiento (%)
Pinto Salinas	6.445	15.702	143,6
Rivas Dávila	9.214	14. 434	56,6
Tovar	23.775	30. 284	27,4
Total municipal	39.434	60. 420	53,2

Cuadro Nº 16: Población urbana del valle de Mocotíes (hab.). 1990-2001

Fuente: Valbuena, 2009, p. 523

La reanimación territorial del Mocotíes estuvo asociada fundamentalmente con la modernización agrícola de la sección alta de la cuenca, acompañada del comercio con el sur del lago de Maracaibo y otros mercados regionales y nacionales.

VI. 4. LUCES Y SOMBRAS DE LA RETERRITORIALIZACIÓN REGIONAL

En síntesis, desde el llamado “milagro agrícola” de los ochenta (Gutiérrez, 1988) hasta el truncado proyecto neoliberal de los noventa (Rojas, Molina, Rivero, Quintero, 2002), numerosos actores potenciaron sistemas territoriales, especialmente en las tierras bajas. En estas subregiones distinguimos tres rumbos interrelacionados: a) complejos agroindustriales y cadenas agroalimentarias, b) modernización tecnológica de las explotaciones, particularmente cerealeras, oleaginosas y ganaderas y, c) parcelamientos de reforma agraria, diferenciados de los viejos “conucos” campesinos. Estos rumbos son responsables de los nuevos patrones de racionalidad económica y aprovechamiento de recursos en la periferia nacional. Sin embargo, no pueden obviarse externalidades negativas. Por un lado, la extinción de los bosques, una especie de “tragedia de los comunes” dada abundancia del recurso, debilidad institucional y carencia de controles ambientales. Por otro lado, una difusión modernizadora social y espacialmente desigual, pues áreas y centros agro-empresariales coexistieron con lugares alejados y precarios, algunas veces en conflictividad violenta: Estado, agro-empresarios y mercado se afianzaron en las áreas “luminosas”, las de mayores ventajas comparativas, mientras bordes anegadizos o menos accesibles permanecían rezagados.

La reterritorialización de la cordillera, más reciente, fue de menor alcance espacial, circunscrita a localidades relativamente pequeñas, fundada en proyectos de modernización agrícola, organización de productores, usos intensivos en pequeñas propiedades y redes nacionales de comercialización. De hecho, los mayores éxitos se concentraron en horticultura y ganadería intensiva de leche, bajo los efectos de una demanda urbana sostenida. La población rural, sin embargo, decreció: salvo pocas excepciones, los centros rurales más activos no sobrepasaron los 15 mil habitantes a finales del siglo. En el estado Trujillo la población rural de 58,8 por ciento en 1961 disminuyó a 24,2 en el 2001 (González, 2009, p. 275). Ese último año el retroceso rural llegó a 11,8 por ciento en Mérida (Valbuena, 2009, p.526) y a 9,7 por ciento en Táchira (Valero, 2009, p. 222).

Los migrantes se desplazaron hacia las ciudades de Valera, Mérida y San Cristóbal, respectivamente, focos de modernización comercial e institucional, y hacia las tierras bajas

aledañas. En los últimos años ruralidades no agroalimentarias –turismo, floricultura, parques temáticos, posadas, artesanías, deportes de aventura– le confieren un nuevo significado a la territorialidad.

La figura N° 52 ilustra las dinámicas territoriales del bloque regional al cierre del siglo XX: territorialidad emergente surlacustre, reterritorialización localizada cordillerana y reterritorialización expansiva llanera-occidental. El sur del lago emergió como territorio a partir de la transformación agropecuaria de una selva pantanosa, la cordillera se reactivó fundamentalmente con los proyectos de modernización agrícola de los valles altos y los llanos altos se expandieron con los procesos de modernización agroindustrial.

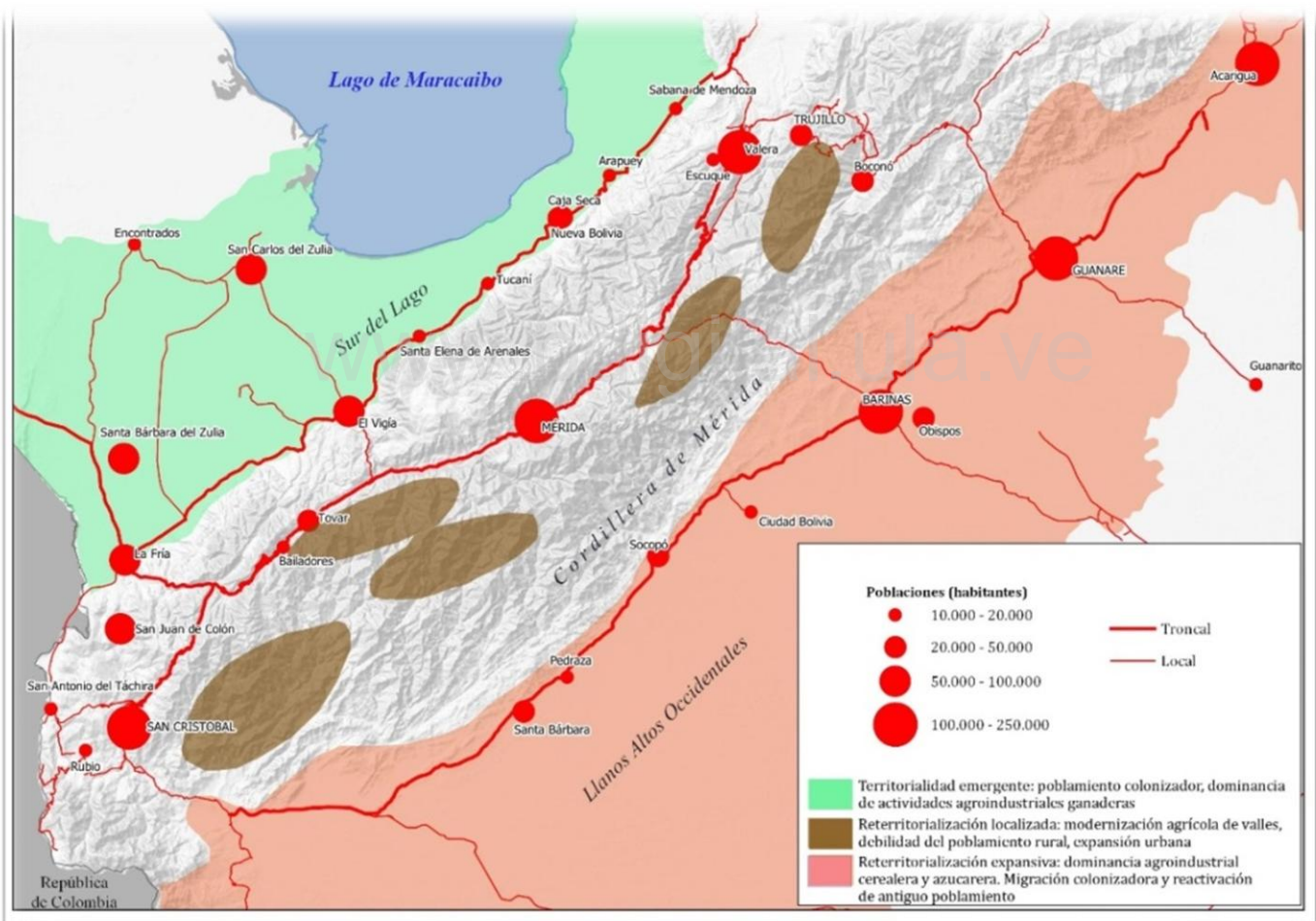


Figura N° 52: Procesos territoriales del bloque regional. Finales del siglo XX

Fuente: elaboración del autor

Finalmente, no podemos dejar de resaltar el papel de las carreteras troncales como ejes reterritorializadores de poblamiento y conexiones inter y extra-regionales. La Trasandina,

eje que atraviesa el surco central de la cordillera, la carretera Panamericana, que sigue el piedemonte andino-lacustre y la troncal del piedemonte andino-llanero, actúan como corredores que ampliaron las relaciones históricas entre la cordillera, la depresión del lago de Maracaibo, los llanos altos occidentales y la frontera colombo-venezolana. Constituyen hoy los principales ejes de circulación de personas, bienes y servicios con el resto del país. Aeropuertos, autopistas y medios telemáticos conducen flujos que extienden las “alas de la cordillera” más allá de sus tradicionales confines regionales.

NOTAS

(1). La desigual estructura agraria data de la Colonia, acentuada por el caudillismo del siglo XIX y prolongada por latifundistas hasta bien entrado el siglo XX. La concentración de la tierra por la dictadura de Gómez y sus allegados es el mejor testimonio. Al fallecer el dictador en 1935 se revelaron sus propiedades: más de un millón de hectáreas ganaderas, más de cien mil hectáreas bajo cultivos, más de cuatro mil fundos, incluidas las mejores haciendas, y numerosos inmuebles en trece estados del país. La terrofagia del dictador y sus generales quedó al descubierto (Salcedo Bastardo, 1979, p. 341). Gómez no solo era un gran latifundista, “*Era el latifundio*” según palabras de Caballero (2010, p.68).

(2). Migraciones internas en Venezuela. 1961

Áreas ganadoras	%	Áreas perdedoras	%
Centro norte	63,8	Estados andinos	35,2
Áreas petroleras	24,7	Centro-occidente	32,6
Llanos occidentales, estado Bolívar	11,5	Nororiente	24,8
		Otros estados	7,4

Fuente: adaptado de Chen, 1968, p. 20

(3). Durante las fases iniciales de la colonización agraria, el modo más frecuente de nomadismo fue la rotación de parcelas y, en otros casos, el traslado de familias a medida que avanzaba la onda desforestadora. El agotamiento de la fertilidad de los suelos indicaba

la necesidad de limpiar nuevas parcelas. Por lo contrario, la sedentarización campesina de la cordillera implicaba la utilización de los campos durante mucho más tiempo, con prácticas intercaladas de descanso de la tierra (períodos de “barbecho”).

En las reservas forestales de Barinas, mediante encuestas y entrevistas, comprobamos las fases de la colonización. Durante la fase primaria, menos de cinco años, los migrantes practicaron agriculturas con escasos excedentes. Una vez agotada la fertilidad del suelo, vendían sus bienhechurías –pasto-animales-enseres– a nuevos migrantes, y emprendían una nueva fase primaria o adquirían, con su menguado capital, bienhechurías de otros colonos. Continuaba la ocupación y, de esta manera, el frente agrícola avanzaba a costa de la cobertura boscosa, a la vez que se estructuraba un precario mercado de tierras, aprovechado por colonos exitosos o terratenientes locales. Al final, tercera fase, desaparecía el bosque y operaba un proceso de concentración de tierras en explotaciones ganaderas con mano de obra de colonos menos favorecidos (Rojas López, 1993).

En el sur del lago, ganaderos y empresarios del campo fueron los principales actores de la colonización para ampliar sus posesiones por deforestación o compra de los “derechos” (“bienhechurías”) a campesinos o indígenas. Los ganaderos procedían de inmediato a cercar los terrenos para asegurar la posesión y evitar conflictos con vecinos, a diferencia de los “conuqueros” que no disponían de fondos para cerramientos. La coexistencia de espacios “estriados” y “lisos” configuró un territorio de frecuentes conflictos, pocas veces solventados por las actuaciones legales o formales de la reforma agraria.

(4). Las condiciones bioclimáticas e hidrológicas del sur del lago de Maracaibo y la pérdida de sus funciones portuarias y comerciales, después de la caída del circuito agroexportador, retardaron su incorporación activa a la vida económica. Los programas posteriores de saneamiento ambiental, desarrollo agropecuario e infraestructura vial posibilitaron su plena incorporación a la economía nacional. Hoy, junto con los llanos altos occidentales, son los principales territorios emergentes de la geografía rural del país.

(5). La producción de cultivos industriales (ton.) del estado Portuguesa es un indicador del grado de modernización y mecanización agrícola de los llanos altos occidentales:

Rubros	1992	2001	Crecimiento (%)
Caña de azúcar	1.888.3607	2.510.039	33,25
Maíz	266. 236	758. 159	235,10
Arroz	343. 983	351. 016	2,0
Sorgo	95.417	138.585	45,2
Total	2.549.243	3.757. 799	47,4

Fuente: Machado y Rivas, 2006, p. 31

www.bdigital.ula.ve

CONCLUSIONES

El enfoque geohistórico-relacional – un abordaje de investigación apoyado en el pensamiento rizomático y procesos de dinámica territorial – permitió arribar a una conclusión general de los Andes venezolanos como un bloque regional configurado por articulaciones desterritorializadoras y reterritorializadoras entre la cordillera de Mérida, los llanos altos occidentales y el sur del lago de Maracaibo. Las dinámicas regionales transcurridas desde los comienzos del siglo XVI hasta finales del siglo XX, se hicieron explícitas en resultados de configuraciones territoriales, descritos e interpretados durante cuatro tiempos geohistóricos.

Primer tiempo: articulaciones de las primeras configuraciones territoriales.

Las sociedades indígenas crearon la única territorialización, concreta y simbólica, cuyos inicios datan de unos 15 mil años, aproximadamente, según los estudios arqueológicos. La trama compleja de aldeas, agriculturas, caminerías e intercambios, construida a lo largo de ese tiempo, fue la base de la configuración de un territorio consolidado e interconectado de tierras altas cordilleranas y tierras bajas de planicies aledañas. Las improntas territoriales estuvieron integradas en estrategias de manejo de bienes colectivos, alejadas de interpretaciones fatalistas (*tragedia de los comunes*). En este sentido, las configuraciones territoriales pudieron ser idealizadas, desde la geofilosofía rizomática, como espacios estriados de los grupos sedentarios altoandinos y altollaneros y espacios lisos o abiertos, recorridos por nómadas y semi-nómadas del surlacustre.

Los conquistadores y colonizadores hispanos encontraron, así, territorios habilitados desde tiempos muy antiguos. Generaron acciones contradictorias en la relación sociedad-espacio, específicamente movimientos de “fugas” desarticuladores de la sociedad indígena y, al mismo tiempo, de hibridación socioterritorial por combinación de elementos peninsulares e indígenas. Sistemas agroproductivos, poblamientos concentrados y ampliación de redes camineras reterritorializaron el espacio indígena y, en ese proceso, desterritorializaron su base social originaria. Los entendemos como un primer proceso de ruptura-recomposición territorial del bloque regional. Encomenderos, misioneros y criollos, al transcurrir del tiempo, ampliaron las escalas comerciales hacia mercados externos, sobre todo con el trigo cordillerano y los tabacos y cueros llaneros. En el sur del lago la reterritorialización fue menos intensa por belicosidad indígena e insalubridad ambiental.

Hacia la segunda mitad del siglo XVIII se habían consolidado las territorialidades coloniales: en la cordillera, un tejido de pequeños centros poblados y predios agrícolas, vinculado a los puertos surlacustres; en los llanos altos una geoeconomía de haciendas y hatos, cuyas producciones salían por la montaña vía lago de Maracaibo, o por la red hidrográfica del Orinoco, y en la planicie surlacustre una configuración costera, principalmente en torno a Gibraltar, puerto de trasbordo al mercado de Maracaibo. Esa extensa y complicada temporalidad indígena-colonial identificó un momento geo-histórico de deconstrucción y reconstrucción territorial por desiguales actores sociales, procesos territoriales y escalas espaciales.

Segundo tiempo: la Guerra Federal, fugas y acogidas territoriales

La Guerra Federal mereció un capítulo especial en la serie de violentas contiendas del siglo XIX, en vista de sus consecuencias regionales, económicas y demográficas. En efecto, produjo reducciones socio-productivas en los espacios ganaderos y hacendales de los llanos altos, pero pocos contratiempos en la cordillera. A medida que conflictos guerreros y epidemias palúdicas –factores internos– desterritorializaban los llanos altos, la cordillera progresaba a partir de factores externos e internos –mercado internacional del café, pequeños y medianos productores, casas comerciales locales e internacionales– que configuraron un vigoroso sistema dendrítico agroexportador, liderado por Maracaibo. La cordillera, gran productora nacional del grano durante el último tercio del siglo XIX, demandó y acogió fuerza de trabajo de los llanos y, en consecuencia, se originó un doble movimiento regional: reterritorialización de las tierras altas y desterritorialización de las tierras bajas.

Estudios geohistóricos sitúan las dinámicas regionales del país en la confluencia de procesos internos y externos de economías agroexportadoras, pero son escasos los abordajes teóricos de las dinámicas territoriales. Durante el tiempo de la violencia, precisamos que aconteció una segunda ruptura-recomposición territorial por fuerzas socioeconómicas disímiles: violencia en los llanos y auge económico en la montaña. Dicho de otro modo, una cordillera territorialmente fortalecida y unos llanos disminuidos se enlazaron desigualmente mediante un flujo migratorio; sin embargo, los migrantes no llegaron a un “espacio liso”, sino “estriado” por una antigua agricultura parcelaria. En ese tiempo vale señalar un tema de interés para la geografía histórica cultural. Se trata del imaginario de un llanero semisalvaje -nómada- y unos llanos atrasados, imagen alojada en la memoria de la oligarquía del centro del país que, entre otros factores, contribuyó al respaldo de ganaderos

latifundistas a los caudillos federales; por lo demás un apoyo contradictorio, pues el reparto de tierras fue una consigna enarbolada por la Federación.

Tercer tiempo: huellas territoriales del encuentro auge cafetalero - inicio petrolero

Geoecología de la cordillera, demanda internacional y cercanía al puerto de Maracaibo, constituyeron las bases de un potente movimiento agroexportador cafetalero de la cordillera entre 1873 y 1926. El sistema de comercialización vinculó las cuencas cafetaleras de las tierras altas con la ciudad-puerto de Maracaibo, nodo principal del circuito andino-zuliano. Crecimiento demográfico, auge económico y circulación regional fortalecieron los estados andinos, al tiempo que el sur del lago se reactivaba con la construcción de tramos ferroviarios y la actividad portuaria de transbordo, que aligeraban los movimientos de mercancías. Actores sociales a diferentes escalas espaciales impulsaron la reanimación socioeconómica de la cordillera: ampliación y producción del espacio agrícola, reactivación de antiguos centros poblados, extensa apertura al sur del lago y flujos de circulación dendrítica, fueron los impactos reterritorializadores. Aunque la verticalidad del modelo dendrítico lucía teóricamente opuesta al pensamiento rizomático, detectamos la relación entre ambos modelos cuando examinamos las acciones y flujos cruzados de los actores sociales en los itinerarios espaciales del circuito regional de exportación-importación.

La convergencia de exportación cafetalera y explotación petrolera, durante la segunda y tercera décadas del siglo XX, proporcionaron importantes ingresos fiscales para emprender algunas obras modernizadoras del país, entre ellas, la construcción de la carretera Trasandina, que redujo los tiempos de movilización interna de la cordillera y facilitó las comunicaciones con el centro del país y el norte colombiano. Al tiempo que la renta petrolera asumía la hegemonía fiscal del país, la economía agroexportadora entraba en una crisis irreversible. Los efectos regionales comenzaron a sentirse de manera desigual: ahora ocurría emigración de la cordillera y la desarticulación del sistema de rieles y conexiones fluvio-lacustres y, al mismo tiempo, las valoraciones productivas-territoriales de las tierras bajas con la nueva renta. Dos procesos daban sus comienzos: desterritorialización de las tierras altas y reterritorialización de las planicies, movimientos que anunciaban la tercera ruptura-recomposición territorial del bloque regional.

Cuarto tiempo: renta petrolera y emergencia de las tierras bajas

La apropiación de la renta internacional del crudo inauguró la articulación orgánica del país al capitalismo mundial. Desde la segunda mitad del siglo, la nueva renta propició la conjugación de Estado, mercado y empresarios en la modernización de las tierras altollaneras y surlacustres, aprovechando sus condiciones favorables, tanto para la producción, como para la integración física del territorio: tierras públicas o de tenencia precaria, dotadas de accesibles y favorables recursos naturales y con muy bajas densidades demográficas. Inversiones en saneamiento ambiental, habilitación de tierras, reforma agraria, infraestructura vial y programas agroindustriales, abrieron procesos de reterritorialización colonizadora, apalancados por migraciones rurales de la cordillera y de los territorios fronterizos colombianos.

Los campesinos cordilleranos migraron hacia las áreas urbanas y petroleras, pero los favorables accesos a las planicies periféricas, los convirtieron en migrantes colonizadores, “nómadas en espacios lisos”, luego sedentarizados en asentamientos de la reforma agraria. De tal manera que despoblamiento de la cordillera y repoblamiento de las tierras bajas articularon disímiles procesos territoriales. La influencia del “capitalismo rentístico” se manifestaba en un doble frente geográfico: desterritorialización de las tierras altas y reterritorialización de las tierras bajas, una dinámica inversa a la ocurrida durante el tiempo de la Guerra Federal. Los llanos altos y el sur del lago se transformaron en los espacios de mayor dinamismo rural del país, asociados a una fuerte deforestación colonizadora que calificamos de “tragedia de comunes”. Más tarde el Estado comenzó programas de modernización agrícola en la cordillera para reactivar la economía y frenar la emigración rural. No obstante, la población rural permaneció estancada o creció poco, en contraste con el crecimiento de las principales ciudades cordilleranas, influido en parte por las migraciones rurales de sus entornos.

En términos generales, la difusión modernizadora del territorio regional, a partir del momento petrolero, fue heterogéneo espacial y temporalmente. Por un lado, las relaciones de las tierras bajas se hicieron más frecuentes e intensas con otros territorios del país y menos con las tierras altas y, por otro lado, nodos agroempresariales y áreas precarias, no pocas veces entraron en conflicto por el desigual acceso a los recursos. En las tierras altas la modernización-reterritorializadora fue de menor alcance espacial e insuficiente para fortalecer el poblamiento rural, aunque ecoturismo, floricultura, parques temáticos y deportes de montaña, le han conferido un nuevo significado a la ruralidad altoandina,

desagrarizada y hasta cierto punto paradójica, pues no supone fortaleza demográfica, lo que replantea la cuestión de estancamientos demográficos atribuidos a viejas ruralidades, pues parece que las ruralidades no agrícolas tampoco potencian la ruralidad demográfica.

La investigación del bloque regional pudo contextualizar cómo a lo largo del tiempo se articularon procesos desterritorializadores desde el período indohispánicos hasta los finales del siglo XX. De este modo, las conclusiones confirman relaciones entre transformaciones territoriales y actores sociales, envueltas por múltiples dinámicas con diferentes aceleraciones y escalas espaciales en tiempos desiguales. Creemos, por tanto, que el enfoque geohistórico-relacional ha dejado claro que los procesos territoriales obedecen cada vez más a flujos de mayor frecuencia y alcance, pues el desarrollo de las conexiones espaciales ha vuelto más conectado el bloque regional con el resto del país y el exterior. Esa dinámica es la que lleva a repensar las estrategias y políticas públicas en el orden territorial.

La creación de la región Suroeste con capitalidad en San Cristóbal y la propuesta del Distrito Metropolitano con capitalidad administrativa en El Vigía, por ejemplo, abren puertas a nuevos planteamientos, pues son decisiones que rebasan los normativos límites de entidades federales establecidos para la ordenación territorial. No huelga insistir en el papel que han jugado las carreteras troncales no solo en el poblamiento del surco central de la cordillera y los ejes piemontanos altollaneros y surlacustres, sino también en los enlaces con otras regiones del país y el norte colombiano. Y, como ya ocurriera en el pasado, se podrían desatar nuevas territorialidades, en las que participen nuevos actores, cuyos efectos operen de forma disímil en distintas escalas geográficas. Las conclusiones del tiempo petrolero fundamentan, por una parte, unas breves reflexiones sobre la ordenación territorial de la región y, por otra, la necesidad de estudios que den cuenta de sus dramáticos rumbos a partir del año 2000, con la nueva *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*.

Respecto a lo segundo, el *Plan Nacional de Desarrollo Regional 2001-2007* se enfocó en una estrategia de “descentralización-desconcentrada” para equilibrar el territorio, apoyada fundamentalmente en ejes territoriales y zonas especiales de desarrollo sustentable (ZEDES). Los diseñados y rediseñados ejes norte-costero, norte-llanero, occidental, oriental y Apure-Orinoco y las nueve ZEDES seleccionadas, acogerían proyectos endógenos y estructuras comunales, desde los cuales se desarrollaría un poder popular, para cambiar la histórica configuración territorial del país. Posteriormente el *Proyecto Nacional Simón Bolívar. Primer Plan Socialista 2007-2013* insistió en la relación territorio-poder comunal

con la propuesta de la *Geometría del Poder*. Un andamiaje institucional y legislativo acompañó esas estrategias con la idea de abatir la concentración demográfica y económica de la franja centro-norte-costera, considerada la causa fundamental de los desequilibrios territoriales y desigualdades regionales del país.

No desconocemos que las tesis de los equilibrios espaciales son estrategias vistas como atractivas y deseables para reducir desigualdades regionales, pero también que los argumentos esgrimidos para sustentarlas son poco consistentes frente a legados históricos, heterogeneidades y experiencias territoriales. Cordero (2001), desde los inicios, no vio factible la tesis de los equilibrios y, en su lugar, planteó la posibilidad de nuevos espacios, a partir de las áreas de influencia de los centros urbanos de primer orden localizados fuera del centro concentrador del país, lo que supondría definir cinco o seis regiones funcionales y otras regiones de planificación para proyectos específicos de desarrollo. En todo caso, las estrategias de desarrollo siguieron con las controversiales ideas de equilibrios y controles territoriales del Estado (Rojas López y Pulido, 2009), sin que pudieran actualizar la *Ley Orgánica para la Ordenación del Territorio* (1983), hoy todavía vigente, aunque desconocida en la práctica por las actuaciones públicas.

Las propuestas equilibradoras y endógenas fueron abandonadas o poco desarrolladas por inviabilidad financiera, precaria organización, confusión de derechos de propiedad y exagerado centralismo (Parker, 2007). Agregamos, también por la desestimación del legado geohistórico en la construcción de la nación y la no evaluación de fracasadas experiencias territoriales previas. El Ministerio para las Zonas Especiales de Desarrollo Económico Sustentable, por ejemplo, fue eliminado a los tres años de su creación (2001-2003). Sin embargo, a través de instrumentos legales como la *Ley de Tierras y Desarrollo Agrario*, y sus modificaciones (2001-2005-2010), y la *Ley Orgánica de Seguridad y Soberanía Agroalimentaria* (2008), entre otras leyes, se llevaron a cabo expropiaciones, invasiones y confiscaciones de inmuebles urbanos, fincas productivas y plantas agroindustrias, incluso sin considerar los propósitos socioeconómicos convenidos para algunas ZEDES, como las de Boconó-Masparro (estados Barinas y Portuguesa) y Sur del Lago (estados Zulia, Táchira y Mérida). Esas medidas redujeron ostensiblemente la producción e incrementaron las importaciones agropecuarias del país (Salas Bourgoin, *et al*, 2014).

En relación a lo primero, la ordenación territorial de la región, el estudio geográfico del bloque regional durante las dos primeras décadas del siglo XXI, podría ser inscrito en el marco rizomático de la territorialidad, esta vez bajo los confusos postulados de equilibrio y

justicia territorial del nuevo y discutido modelo político del país, lo que podría indicar otra posible ruptura (diáspora, sanciones internacionales, restricciones productivas, merma de servicios públicos) que, por consiguiente, demandaría un movimiento de recomposición territorial. En este orden de ideas, suponemos que el vencimiento o abandono de esas políticas, sin reemplazos territoriales organizados regionalmente, y el surgimiento de nuevas dinámicas sociales surgidas a raíz de la crisis nacional, pudieran dar lugar a respuestas que valoricen la relación global-local y la perspectiva territorial del bloque regional.

Sugerimos tres actuaciones. Primero, explorar la viabilidad de los planes regionales y locales de ordenación de los territorios de acuerdo con directrices de las nuevas políticas de gobernanza y subsidiaridad territorial. Segundo, actualizar los lineamientos de integralidad regional de la Corporación de Los Andes, en el marco de la actual conectividad espacial de las subregiones. Tercero, rescatar la histórica ruralidad regional en el cuadro de renovadas políticas públicas, no solo por su capacidad de producir alimentos y materias primas, sino también por otras funciones asociadas a su territorialidad que le agregan valores tangibles e intangibles a la sociedad toda.

En cuanto a la ruralidad territorial observamos que ordenación del territorio, conservación de la naturaleza, ecoturismo, turismo rural, servicios ambientales, segundas residencias, patrimonios y culturas tradicionales, gastronomía territorial y artesanía local, son cada vez más y mejor consideradas en los programas de desarrollo sostenible a escalas regionales y locales. La estrecha relación geohistórica de la trama agricultura-población-conexión y sus improntas territoriales, expuesta en este estudio, debe ser revalorada a partir de las funciones que los espacios rurales están llamados a cumplir en la contemporaneidad.

La comprensión y viabilidad futura del territorio regional, probablemente sean de mayor notoriedad y alcance cuando sus cambios sean aprehendidos y articulados con sentido de redes, multiescalaridad y comunidades territorializadas. Por ejemplo, la estructuración de un espacio interfronterizo tachirense-nortesantandereano se revela de alta potencialidad económica, una estrategia solo posible dentro de una política binacional de largo aliento (Valero, 2009). Ello implica considerar el territorio, por un lado, mirando “hacia adentro”, esto es, como espacio apropiado y valorado por sus actores sociales, dotado de historia sociocultural y, por otro, mirando “hacia afuera”, encastrado en sistemas más amplios a los cuales aporta y de los cuales recibe información, bienes y servicios: un glocal que brinda fortalezas y oportunidades, para superar debilidades y amenazas.

Gobernanza territorial, integralidad, interrelación regional, glocales, nuevas ruralidades alimentarias y no alimentarias, son estrategias que bien pueden ser consideradas en políticas innovadoras de desarrollo regional. En virtud de ello, sistemas regionales homogéneos o búsqueda de equilibrios territoriales forman parte de mitos del pasado o de utopías geográficas. Estas sugerencias, desde luego, no se compaginan con lo postulado teóricamente y lo efectivamente implementado en la búsqueda de territorios equilibrados, que dejan ver contradicciones, incoherencias y ausencias en materia de ordenamiento y gestión territorial. Pese a las circunstancias anotadas, la región ha continuado ensayando con altibajos diversos procesos de acomodados a las nuevas lógicas económicas, políticas y sociales, pues ningún territorio está condenado por siempre a la pobreza, pero los resultados territoriales pudieran estar alejados de un desarrollo sostenible. Es la principal razón por la que apostamos por una nueva mirada al futuro regional.

www.bdigital.ula.ve

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD SANZ, J. (2011). *Tenencia de la tierra en los llanos occidentales de Venezuela*, 2 vol. Barinas: Ediciones de la Universidad Ezequiel Zamora.
- ABLER, R; ADAMS, S, y GOULD, P. (1971). *Spatial organization. The geographers view of the world*. London: Prentice-Hall.
- ACKERMAN, E. (1958). Geography as a fundamental research discipline. Chicago: University of Chicago, Department of Geography, *Research Paper*, N^o 53.
- AGNEW, J. (2018). Evolution of the regional concept. En: PASSI, A, HARRISON, J. and JONES, M. (Edit.). *Geographies of regions and territories*. 1-20. Northampton-Cheltenham: Edward Elgar Publishing.
- AGUILAR LEÓN, I. (1978). El subsidio conservacionista y la difusión y adopción de innovaciones tecnológicas. Mérida: Universidad de Los Andes, Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales.
- ALBERT I MAS, A. (2001). ¿Regiones singulares y regiones sin lugares? Reconsiderando el estudio de lo regional y lo local en el contexto de la geografía posmoderna. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 32: 35-52.
- ALTSCHULER, B. (2013). Territorio y desarrollo. Aportes de la geografía y otras disciplinas para repensarlos. *Theomai*, 27-28: 64-79.
- AMAYA, C. A. (2008). Estado Barinas. En: CUNIIL, P. (Coord.) *GeoVenezuela*, T5. 488-575. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- ANDRESSEN, R. y PONTE, R. (1973). Climatología e hidrología. Estudio integral de las cuencas de los ríos Chama y Capazón. Mérida: Universidad de Los Andes, Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales.
- APITZ, A. (2009). Estado Zulia. En: CUNIIL, P. (Coord.) *GeoVenezuela*, T 7. 490-631. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- ARCILA FARÍAS, E. (1973). *Economía colonial de Venezuela*, 2 vol. Caracas: Editorial Italgráfica.

ARELLANO MORENO, A. (1947). *Orígenes de la economía venezolana*. México, D.F: Imprenta Nuevo Mundo, S. A.

ARELLANO CÁRDENAS, A. (2009). Gran ferrocarril, carretera central y estación Táchira. Paisaje y civilización en tres movimientos. En: BRICEÑO MONZÓN, C. Y OLIVAR J. A. (Comp.) *Vías de comunicación y geohistoria en Sudamérica*. 209-236. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.

ARDAO, Alicia (1984). *El café y las ciudades en los Andes venezolanos 1870-1930*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia 34.

ARISMENDI, A. (2007). Presentación geográfica de las formas de relieve. En: CUNILL, P. (Coord.). *Geo Venezuela*, T2, 128-182. Caracas: Fundación Empresas Polar.

AUGÉ, M. (2001). *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.

AVILÁN, J. y EDER, H. (1986). *Sistemas y regiones agrícolas de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar-Ministerio de Agricultura y Cría.

BANKO, C. (1996). *Las luchas federalistas en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores-CELARG.

BARRIOS, S. (2000). Eje y polos de desarrollo en el pasado y futuro de Venezuela. En: PÉREZ RANCEL, J.J. (Coord). *Agustín Codazzi, arquitecto del territorio*, 35-52. Caracas: Universidad Central de Venezuela, OPSU-CNU.

BERRY, B. (1964). Approaches to regional analyses: a synthesis. *Annals of the Association of American Geographers*, 54, p. 2-11.

BEUF, A. (2019). Los significados del territorio. Ensayo interpretativo de los discursos sobre el territorio de los movimientos sociales en Colombia. *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XXIII (624).

BOLÍVAR CHOLLETT, M. (2008). La población venezolana, su dinámica y su distribución espacial. En: CUNILL, P. (Coord.). *Geo Venezuela*, T6, 30-107. Caracas: Fundación Empresas Polar.

BOSERUP, E. (1967). *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*. Madrid: Editorial Tecnos.

BOURDIEU, P. (1999). El espacio para los puntos de vista. *Revista Proposiciones* 29, p. 2-14.

- BOUDEVILLE, J. (1965). *Los espacios económicos*. Buenos Aires: EUDEBA.
- BOZZANO, H. (2000). *Territorios reales, territorios pensados, territorios posibles*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- BRICEÑO, T. (1981). La ganadería en los llanos centro occidentales venezolanos, 1910-1935. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación.
- BRICEÑO MONZILLO, O. (1986). Mano de obra forestal. Socopó-estado Barinas. Mérida: Universidad de Los Andes. Cuadernos Comodato ULA-MARNR, N° 2.
- BRICEÑO MONZÓN, C. (2005). La región histórica del sur del Lago de Maracaibo y la influencia geohistórica de la ciudad de Mérida. *Tierra Firme* 23 (90), p. 173-201.
- (2009 a). Visión geohistórica de los paisajes de recorrido del sur del lago de Maracaibo en el siglo XIX y XX. En: GUERRERO, A. (Coord.). *Los paisajes de la modernidad en Venezuela (1811-1960)*. 311-341. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.
- (2009 b). La disputa limítrofe entre los estados Mérida y Zulia por la región sur del Lago de Maracaibo. En: MUÑOZ, L. y BRACHO, J. (Coord.) *Nueva lecturas de la historia regional y local*. 233-298. Caracas: Ministerio de Poder Popular para la Cultura, Casa Nacional de la Letras Andrés Bello.
- (2010). Visión geohistórica del desarrollo local en los paisajes regionales del sur del lago de Maracaibo en los siglos XX y XXI. *Huellas*, 14: 208-232.
- BUNGE, W. (1966). *Theoretical geography*. Lund-Sweden: The Royal University of Lund.
- CABALLERO, M. (2010). *Historia de los venezolanos en el siglo XX*. Caracas: Editorial Alfa.
- CAPEL, H. (1981). *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea: una introducción a la geografía*. Barcelona: Barcanova.
- (2016). Las ciencias sociales y el estudio del territorio. *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 21 (1149): 1-38.
- CARDOZO, A. (1965). *Proceso de la historia de Los Andes*. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- CARDOZO GALUÉ, G. (1991). *Maracaibo y su región histórica. El circuito agroexportador 1830-1860*. Maracaibo: Editorial de la Universidad del Zulia.

- CARDOZO, G; VAZQUEZ, A. y URDANETA, A. (1998). La región en el proceso histórico venezolano. Propuesta de periodización para la región de Maracaibo. *Caravelle*, 70, p. 117-134.
- CARDOSO, C.F.S. y PÉREZ BRIGNOLI, H. (1979). *Historia económica de América Latina. Sistemas agrarios e historia colonial*, Vol. I. Barcelona: Editorial Crítica.
- CARTAY, R. (1988). *Historia económica de Venezuela. 1830-1900*. Valencia: Vadell Hermanos Editores.
- (1990). *Memoria de los orígenes, economía y sociedad en Barinas. 1786-1937*. Caracas: Academia Nacional de Ciencias Económicas.
- CARVALLO, G. y RÍOS, J. (1984). *Temas de la Venezuela agroexportadora*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- CARRERA DAMAS, G. (1980). *Una nación llamada Venezuela. Proceso sociohistórico de Venezuela (1810-1974)*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Dirección de Cultura.
- CASANOVA, R. V. (1992). *En las fronteras del viento. Vivencias tachirenses*. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- CASTELLS, M. y BORJA, J. (1997). *Global y local*. Madrid: Taurus.
- CASTILLO, G. (2020). El territorio como apropiación socio-política del espacio. Entre la desterritorialización y la multiterritorialidad. *Investigaciones Geográficas*, 103, p. 1-13.
- CASTILLO, O. (1985). *Agricultura y política en Venezuela. 1948-1958*. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela.
- CASTILLO, R. y BRICEÑO, C. (Coord.). 2004. *El derecho de Mérida a la costa sur del lago*. Mérida: Ediciones de la Procuraduría del Estado Mérida. Serie Límites 1.
- CASTILLO SOSA, I. (2009). Religiones históricas en el espacio geográfico venezolano. En: CUNILL, P. (Coord.). *GeoVenezuela*, T8, 270-348. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- CENDES (1986). *Formación histórico social de Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca.
- CERDA GUTIÉRREZ, H. (2005). *De la teoría a la práctica. El pensar y el hacer en la ciencia y en la educación*. Bogotá: Cooperativa editorial Magisterio.

CHAVES, L. F. (1962). *Sistemas agrarios en la producción de cereales, tubérculos y musáceas en la región de los Andes*. Caracas: Ministerio de Agricultura y Cría, Dirección de Recursos Naturales Renovables.

----- (1986). *Sistemas nacionales de asentamiento*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico-Consejo de Publicaciones.

----- (1979). *Evolución de la investigación en el Instituto de Geografía. XX Aniversario del Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales*. Mérida: Universidad de Los Andes.

----- (1992). *Geografía humana de Venezuela*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico.

CHEN, CH. Y. (1968). *Movimientos migratorios en Venezuela*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, Instituto de Investigaciones Económicas.

CLARAC, J. (1976). *La cultura campesina en los Andes*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.

----- (1982). Algunas consideraciones acerca de la metodología etnohistórica. Su aplicación en la cordillera de Mérida". *Boletín Antropológico* 1, p. 7-14.

CLAVAL, P. (1974). *Evolución de la Geografía Humana*. Barcelona: Oikos-tau.

----- (2002). El enfoque cultural y las concepciones geográficas del espacio. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles* 34, p. 21-39.

CODAZZI, A. (1941). *Resumen de la geografía de Venezuela*, T3. Caracas: Ministerio de Educación Nacional.

CONSEJO DE BIENESTAR RURAL (1954). *Problemas económicos y sociales de los Andes venezolanos*, 2 vol. Caracas: Ministerio de Agricultura y Cría.

CORDERO, E. (2001). Algunas observaciones a la propuesta de equilibrio territorial de la V República. *Revista Geográfica Venezolana*, 42(2), p. 163-181.

CORPOANDES-OTEPI (1971). *Estudios básicos. Centro poblado Socopó*. Mérida: Corporación de los Andes.

CORPORACIÓN DE LOS ANDES (1975). *Programa de desarrollo agrícola para los valles altos del estado Mérida*, Mérida.

----- (1977). Plan de desarrollo de la región de los Andes 1978-1982, 2 vol. Mérida.

CORRÉA, R. L. (2019). Tempo, espaço e geografia-um ensaio. *Revista Brasileira de Geografia*, 64 (1), p. 285-294.

CORREA-VIANA, M. (2009). Estado Portuguesa. En: CUNILL, P. (Coord.). *GeoVenezuela*, T6, 806-907. Caracas: Fundación Empresas Polar.

CRIST, R. (1932). Along the Llanos-Andes border in Zamora, Venezuela. *Geographical Review*. 22, p. 411-422.

----- (1956). Along the Llanos-Andes border in Venezuela. Then and now. *Geographical Review*, 46, p. 107-208.

CRUZ, V. do C. (2020). De la producción del espacio a la gubernamentalidad del espacio: cambios metodológicos para un enfoque territorial de la geograficidad. *Revista Cardinalis*, 8 (15), p. 551-579.

CUERVO, L. M. (2006). Globalización y territorio. Santiago de Chile: *Series Ilpes-Cepal*, Gestión Pública 56.

CUNILL GRAÜ, P. (1987). *Geografía del poblamiento venezolano en el siglo XIX*, 3 vol. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.

----- (1990). *Venezuela: opciones geográficas*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.

----- (Coord.). (2007-2009). *Geo Venezuela*, 9 T. Caracas: Fundación Empresas Polar.

----- (2007). El hallazgo de Venezuela y su incorporación al ámbito euroamericano. En: CUNILL, P. (Coord). *GeoVenezuela*, T1. 130-211. Caracas: Fundación Empresas Polar.

----- (2011). Los cambios geográficos en el guzmanato. Cartografía e ilusiones. En: PINO ITURRIETA, E. y BOULTON, M.T. (Coord.). *Los tiempos envolventes del guzmancismo*. 59-91. Caracas: Fundación John Boulton-Universidad Católica Andrés Bello.

DALTON, L. (1966). *Venezuela*. Caracas: Banco Central de Venezuela.

DELEUZE, G. y GUATTARI, F. (1985). *El anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.

- (1976). *Rhizome*. Paris: Editions de Minuit.
- (1997). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Editorial Anagrama.
- (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia-España: Pre-Textos.
- DELEUZE, F. y ROLNIK, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Cátedra.
- DELGADO, O. (2003). *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Unibiblos.
- DELGADO, O. y CRISTANCHO, H. (Ed.). (2009). *Globalización y territorio: reflexiones geográficas en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- DE MARTONNE, E. (1950). *Traité de géographie physique*. Paris: Armand Colin.
- DICCIONARIO DE HISTORIA DE VENEZUELA. (1989). Caracas: Fundación Polar.
- DI MÉO, G. (2002). *Géographie sociale et territoires*. Paris: Nathan.
- (2003). De l'espace aux territoires. *L'Information Géographique* 3, 99-110.
- DOLLFUS, O. (1976). *El espacio geográfico*. Barcelona: Oikos tau.
- ENTRENA DURAN, F. (1998). *Cambios en la construcción social de lo rural. De la autarquía a la globalización*. Madrid: Tecnos.
- ESTABA, R. (2017). *La construcción de un territorio. Venezuela 1500-2003*. Caracas: Academia Nacional de la Ingeniería y Hábitat.
- FARINÓS, J. (2001). Reformulación y necesidad de una nueva geografía regional flexible. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 32, p. 53-71.
- FARINÓS, J. y SERRANO, A. (2022). *El papel del territorio y de las políticas públicas territoriales en la estrategia de recuperación, transformación y resiliencia*. Valencia: Universitat de València.
- FEBRES CORDERO, T. (2007). *Décadas de la historia de Mérida*. Mérida: Ediciones El Otro El Mismo.
- FERRATER MORA, J. (1965). *Diccionario de filosofía*, T1. Buenos Aires: Editorial Sud-americana.

- FLICK, U. (2014). *La gestión de la calidad en la investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- FOSSI, V. (1995). Desarrollo urbano y vivienda: la desordenada evolución hacia un país de metrópolis. En: NAÍM, M. y PIÑANGO, R. (Direct.). *El caso Venezuela. Una ilusión de armonía*. 472-498. Caracas: Ediciones IESA.
- FOSTER, G. M. (1961). *Traditional cultures: and the impact of technological change*. New York: Harper and Row Publishers.
- FRANCESCHI, N. (2019). *Caudillos y caudillismo en la historia de Venezuela*. Caracas: Universidad Metropolitana.
- FRÉMONT, A. (1976), *La région: espace vécu*. Paris: Presses Universitaires de France.
- FOLCH, R. y BRU, J. (2017). *Ambiente, territorio y paisaje. Valores y valoraciones*. Madrid: Barcino-AQUAE Fundación.
- FUNDACIÓN ALBERTO ADRIANI (2016). Propuesta sobre la creación del Distrito Metropolitano Panamericano. Mérida: Producciones Karol C. A.
- GALLEGOS, R. (1937). *Pobre negro*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Editores.
- (1981). *La trepadora*. México, D.F: Editores Mexicanos Unidos, S. A.
- GARCÍA. M. y ROJAS, V. (1996). *El hato barinés en los llanos occidentales venezolanos*. Barinas: Ediciones de la Universidad Ezequiel Zamora.
- GARCÍA MULLER, L. (2002). *Historia de Barinas*. Barinas: Fundación Cultural Barinas-Consejo Legislativo Regional del estado Barinas.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J. (2006). Geografía regional. En: LINDÓN, A. y HIERNAUX, D. (Direct.). *Tratado de geografía humana*. 25-70. Barcelona: Anthropos Editorial.
- GARNICA CASTRO, R. (2019). Elementos para una escritura y una antropología rizomáticas. *Cuicuico. Revista de Ciencias Antropológicas*, 76, p. 129-151.
- GASSÓN, R. y REY, J. C. (2006). Cacicazgos cíclicos e intensificación agrícola en los llanos occidentales de Venezuela. En: VALDEZ, F. (Ed.). *Agricultura ancestral camellones y albarradas*. 141-158. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- GEORGE, P. (1973). *Los métodos de la geografía*. Barcelona: Oikos-tau S. A.

- (1976). *La acción del hombre y el medio geográfico*. Barcelona: Ediciones Península.
- GIDDENS, A. (2001). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- GIMENEZ, G. (2001). Cultura, territorio y migraciones. Aproximaciones teóricas. *Revista Alteridades*, 11 (22), p. 5-14.
- (2005). Territorio e identidad. Breve introducción a la geografía cultural. *Revista Trayectorias* 7 (17), p. 8-24.
- GILBERT, A. (1988). The new regional geography in English and French-speaking countries. *Progress in Human Geography*, 12, p. 208-28.
- GLACKEN, C. (1996). *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental, desde la antigüedad al siglo XVIII*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- GÓMEZ MENDOZA, J. (2001). Un mundo de regiones: geografía regional de geometría variable. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 32, p. 15-33.
- GOLDSTEIN, I.; ROJAS LÓPEZ, J; PULIDO N. y MOLINA Z. (2012). Sustentabilidad de los paisajes andinos de Venezuela. Emergencias territoriales prioritarias en la conservación del agua. *Revista Geográfica Venezolana* 53(2), p. 213-238.
- GÓMEZ MENDOZA, J. 2001. Un mundo de regiones: geografía regional de geometría variable. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 32, p. 15-33.
- GÓMEZ, S. y MEDINA, M. (2022) Aproximación conceptual del territorio desde un enfoque multidimensional. *Contexto* 16(25), p. 60-76.
- GONZÁLEZ DELUCA, M. E. (2011). La economía de la época. En: PINO ITURRIETA, E. y BOULTON, M.T (Coord.). *Los tiempos envolventes del guzmancismo*. 39-58. Caracas: Fundación John Boulton-Universidad Católica Andrés Bello.
- GONZALEZ BRICEÑO. F. (2018). El café Maracaibo. El negocio del café en la región histórica de Maracaibo. 1835-1895. Tesis Doctoral en Historia. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- GONZÁLEZ CRUZ, F. (2009). Estado Trujillo. En: CUNILL, P. (Coord.). *GeoVenezuela*, T7. 242-301. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- GONZÁLEZ, E. e ISEA, J. (2019). La desterritorialización y el agenciamiento de los conocimientos. Una innovación urgente a la investigación universitaria. *KOINONIA*, 4(8), p. 321-340.

- GONZÁLEZ OROPEZA, H. y DONIS RÍOS, M. (1989). *Historia de las fronteras venezolanas*. Caracas: Cuadernos LAGOVEN.
- GOULD, P. (1969). Spatial diffusion. Association of American Geographers, *Resource Paper* N° 4.
- GUATTARI, F. (2013). *Líneas de fuga: por otro mundo de posibles*. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- GUATTARI, F. y ROLNIK, S. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- GUELKE, L. (1977). Regional geography. *The Professional Geographer* 29 (1), p. 1-7.
- GUERRERO, O. y PINEDA, G. (2019). Rutas ancestrales de los Andes de Mérida: una visión de ecoturismo histórico. *Boletín Antropológico*, 37(98), p. 422-445.
- GUEVARA DÍAZ, J. (1977). *La geografía regional, la región y la regionalización*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación.
- GUTIÉRREZ, A. (1988). La otra cara del milagro agrícola. *Economía*, nueva etapa 3, p. 41-58.
- (1997). Venezuela: crisis, reformas económicas y reestructuración del sector agrícola. *Agroalimentaria*, 4, p. 13-29.
- (2000). Reformas económicas y mejoramiento de la competitividad: el caso de la producción de papa en el estado Mérida. *Agroalimentaria*, 9, p. 43-54.
- GUTIÉRREZ, A. y MOLINA, L. (2013). Sobre el concepto de sistema y circuito agroalimentario. En: GUTIÉRREZ A. (Coord.). *El sistema alimentario venezolano (SAV) a comienzos del siglo XXI. Evolución, balance y desafíos*. 23-42. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.
- GUTIÉRREZ, O. (2009). Ocupación e invasión de tierras en la zona sur del lago de Maracaibo. Mérida: Universidad de Los Andes, Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales.
- GUTIÉRREZ PUEBLA, J. 1999. Escalas espaciales, escalas temporales. *Estudios Geográficos*, 62 (242), p. 92-97.
- HAESBAERT, R. y GLAUICO, B. (2004). A desterritorialização na obra de Deleuze y Guattari. *Revista GEOgraphia* 4(7), p. 7-22.

- HAESBAERT, R (2011). *El mito de la desterritorialización. Del "fin de los territorios" a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI.
- (2013). Del mito de la desterritorialización a la multiterritorialidad. *Revista Cultura y Representaciones sociales* 8 (15), p. 9-42.
- (2016). De la multiterritorialidad a los nuevos muros: paradojas contemporáneas de la desterritorialización. *Revista Local* 1(1), p. 119-134.
- (2019). *Región-Global. Dilemas de la región y la regionalización en la Geografía contemporánea*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- HAGGET, P. (1967). *Locational analysis in human geography*. London: Edward Arnold Pub. LTD.
- HANNERZ, U. (2003). Being there... and there! Reflections on multi-site ethnography. *Ethnography* 4, p. 201-216.
- HARDIN, G. (1968). The tragedy of commons. *Science* 162, p.1243-1248.
- HARTSHORNE, R. (1939). The nature of geography: A critical survey of current thought in the light of the past. *Annals of the Association of American Geographers* 29. p. 173-658.
- (1958). The concept of geography as a science of space, from Kant and Humboldt to Hettner. *Annals of the Association of American Geographers* 48, p.97-108.
- HARVEY, D. (1973). *Social justice and the city*. London: Edward Arnold Pub. LTD.
- (1969). *Teorías, leyes y modelos en geografía*. Madrid: Alianza Editorial.
- (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- (2007). *Espacios del capital, hacia una geografía crítica*. Madrid: Ediciones Akal.
- HENAO, J. (1950). *La caficultura y la economía nacional*. Caracas: Tipografía El Compás.
- HERNER, M. T. (2009). Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari. *Huellas* 13, p. 158-171.
- HERNÁNDEZ, R; FERNÁNDEZ, C. y BATISTA, P. (1998). *Metodología de la investigación*. Bogotá: Mc Graw Hill.

- HEROD, A. (2021). Debates sobre la escala geográfica en el mundo anglófono. *Tabula Rasa* 39, p. 19-38.
- HERRERA, L.A., y HERRERA, L. (2020). Territorio y territorialidad: Teorías en confluencia y refutación. *Universitas* 32: 99-120.
- HETTNER, A. (1987). La naturaleza y los cometidos de la geografía. *Geocrítica, Cuadernos Críticos de Geografía Humana*, 70.
- ISNARD, H. (1978). *L'espace géographique*. Paris: Presses Universitaires de France.
- IZARD, M. (1970). *Series estadísticas para la historia de Venezuela*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.
- (1972). La agricultura venezolana en una época de transición (1760-1930). Caracas: Separata del *Boletín Histórico de la Fundación John Boulton*, 28.
- (2001). *Ni cuatrerros ni montoneros, llaneros*. Caracas: Centro Nacional de Historia-Archivo General de la Nación.
- JOHNSON, E. A. J. (1970). *The organization of space in developing countries*. Cambridge: Harvard University Press.
- JUILLARD, E. (1972). The region: an essay of definition. En: ENGLISH, P.W. and MAYFIELD, R. (Ed.). *Man, space and environment*. 429-450. New York. Oxford University Press.
- KELLY, Ph. (1998). The geographies and politics of globalization. *Progress in Human Geography* 23 (3), p. 379- 400.
- LA BLACHE, V. (1922). *Principes de géographie humaine*. Paris: Armand Colin
- LANDAETA MARDONES, P. (2012). *Implicancias políticas de la idea de geofilosofía de Deleuze y Guattari*. (Tesis doctoral). Madrid: Universidad Complutense.
- LEFÉBVRE, H. 1974. *La production de l'espace*. Paris: Editions Anthropos
- LÉVY, J. (2006). Geografía y mundialización. En: LINDÓN, A. y HIERNAUX, D. (Direct.). *Tratado de geografía humana*. 273-302. Barcelona: Anthropos Editorial.
- LINDÓN, A. y HIERNAUX (2006). La geografía humana: un camino a recorrer. En: LINDÓN, A. y HIERNAUX, D. (Direct.). *Tratado de geografía humana*. 7-22. Barcelona: Anthropos Editorial.

- LIVINGSTON, D. N. (1992). *The geographical tradition. Episodes in the history of a contested enterprise*. Oxford: Blackwell.
- LOMBARDI, J. (1985). *Venezuela. La búsqueda del orden. El sueño del progreso*. Barcelona: Editorial Crítica.
- LÓPEZ, J. E. (1968). *Tendencias recientes de la población venezolana*. Mérida: Universidad de Los Andes, Talleres Gráficos Universitarios.
- LÓPEZ LEVY, L. y RAMÍREZ, B.R, (2012). La región: organización del territorio de la modernidad. *Territorios 27*, p. 21-46.
- LLAMBÍ, L. (1986). El grupo Acarigua: surgimiento y consolidación de una burguesía regional con base agrícola. *Cuadernos del CENDES 6*, p. 69-96.
- (2010). Fundamentos teóricos y normativos del desarrollo rural con enfoque territorial. *Revista Derecho y Reforma Agraria. Ambiente y Sociedad 36*, p. 37-70.
- (2012). Procesos de transformación de los territorios rurales latinoamericanos: los retos de la interdisciplinariedad. *Eutopía. Revista de Desarrollo Económico Territorial 3*, p. 117-134.
- LLANOS, H. L. (2010). El concepto de territorio y la investigación en las ciencias sociales. *Agricultura, Sociedad y Desarrollo 7 (3)*, p. 207-220.
- MACHADO-ALLISON, C. y RIVAS J. C. (2006). *La agricultura en Venezuela*. Caracas: Ediciones IESA.
- MALAVÉ MATA, H. (1975). *Formación histórica del antidesarrollo de Venezuela*. Caracas: Ediciones Rocinante.
- MANDUCA, R. (2008). La regionalización de Venezuela y su división político-administrativa. En: CUNILL, P. (Coord.). *Geo Venezuela*, T5, 32-105. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- MANZANAL, M. (2007). Territorio, poder e instituciones. Una perspectiva crítica. En: MANZANAL, M; ARQUEROS, M. y NUSSBAUMER, B. (Comp.). *Territorios en construcción. Actores, tramas y gobiernos, entre la cooperación y el conflicto*. 15-50. Buenos Aires: Editorial CICCUS.
- MARCUS, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades 11(22)*, p. 111-127.

- MARDONES, R. E. (2016). Discurso del territorio enunciado por las ciencias sociales en las publicaciones científicas de revistas latinoamericanas. *Prisma Social. Revista de Investigación Social* 16, p. 556-596.
- MARTÍNEZ M, M. (2012). *Nuevos fundamentos en la investigación científica*. México: Editorial Trillas.
- MARTÍNEZ ERAZO, O. (2009). El ferrocarril del Táchira: factor de unión entre el piedemonte andino y el sur del lago de Maracaibo. En: BRICEÑO MONZÓN, C. y OLIVAR, J. A. (Comp.). *Vías de comunicación y geohistoria en Sudamérica*. 167-207. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones
- MASSEY, D. (2005). La filosofía y la política de la espacialidad. En: ARFUCH, L. (Comp.). *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*. 101-127. Buenos Aires: Paidós.
- MASSIRIS, A. (2009). *Geografía y territorio. Procesos territoriales y socioespaciales*. Tunja-Colombia: Universidad Pedagógica de Tunja.
- MAY, J. and THRIFT, N. (Ed.). (2001). *Timespace: geographies of temporality*. London: Routledge.
- MATTEWS, R. P. (1977). *Violencia rural en Venezuela. 1840-1858. Antecedentes socioeconómicos de la guerra federal*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- MINTZ, S. (1960). A tentative typology of eight haitian market places. *Revista de Ciencias Sociales* 4 (1), p. 15-58.
- (1964). Peasant market places and economic development in Latin America. *Occasional Papers* 4. Nashville: Vanderbilt University, Graduate Center for Latin American Studies.
- MENDOZA, B. (2000). *El moderno desarrollo agrícola en Venezuela*. Barinas: Ediciones de la Universidad Ezequiel Zamora, Colección Ciencia y Tecnología.
- MONNET, J. (1999). Globalización y territorializaciones “areolar” y “reticular”: Los Angeles y Ciudad de México. Memorias del V Seminario Internacional de la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio. Universidad Autónoma del Estado de México.
- (2013). El territorio reticular. En: NATES CRUZ B. (Coord.) *Enfoques y métodos en estudios territoriales*, RETEC/Doctorado de estudios territoriales. 137-167. Manizales- Colombia: Universidad de Caldas.

- MONTAÑEZ, G. y DELGADO, O. (1998). Espacio, territorio y región: conceptos básicos para un proyecto nacional. *Cuadernos de Geografía VII* (1-2), p. 120-134.
- MONTAÑEZ, G. (2001). Introducción. Razón y pasión del espacio y el territorio. En: AGUIRRE, S. (Coord.). *Espacios y territorios: razón, pasión e imaginarios*. 15-32. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- MONTIEL ACOSTA (2002). Inventario de petroglifos de Barinas: Curbatí y Anime, municipio Pedraza, estado Barinas. <http://rupestreweb.tripod.com/barinas.html>
- MONTOYA, M. (1993). *Evolución político-territorial de Mérida (1558-1914)*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.
- MOINE, A. (2006). Le territoire comme système complexe: un concept opératoire pour l'aménagement et la géographie. *L'Espace Géographique* 2, p. 115-132.
- MONASTERIO, M. (1980). Poblamiento humano y uso de la tierra en los altos Andes de Venezuela. En: MONASTERIO, M (Ed.) *Estudios ecológicos de los páramos andinos*. 170-198. Mérida: Ediciones Universidad de Los Andes.
- MORIN, E. (2004). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- MORENO PÉREZ, A. (1986). *Espacio y sociedad en el estado Mérida*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico.
- (2014). *Organización del espacio en los estados Trujillo y Mérida 1971-2011*. Mérida: Universidad de Los Andes, Vicerrectorado Administrativo.
- MORLES, V. (2002). *Ciencia, tecnología y sus métodos*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones del Vicerrectorado Académico.
- MORRIL, R. (1970). *The spatial organization of society*. Belmont-California: Wadsworth Pub. Company, Inc.
- MOURDOCH, J. (1997). Towards a geography of heterogeneous associations. *Progress in Human Geography* 21, p. 321-337.
- MUÑOZ LAGOS, C. (1984). Aspectos de la planificación en la zona sur del lago de Maracaibo. En: ROJAS, A. (Coord.). *Dimensión espacial de los procesos socioeconómicos. Zona sur del lago de Maracaibo*. 233-302. Mérida: Universidad de Los Andes. Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales.

MUÑOZ, L. y BRACHO, J. (2008). (Coord.). *Nuevas lecturas de la historia regional y local*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

NATES, B. y PÉREZ, B. (1997). Los andenes de la memoria en la construcción andina del espacio. *Política y Sociedad* 25, p. 135-150.

NATES, B. (2011). Soportes teóricos y etnográficos sobre conceptos de territorio. *Coherencia* 8 (14), p. 209-229.

NICOLAS-OBADIA, G. (1999). La lógica todo/partes: fundamento científico para un lenguaje de las geografías. *Terra* 15, p. 11-32.

ORIHUELA, M. (2019). Territorio. Un vocablo, múltiples significados. *AREA* 25 (1), p. 1-16.

ORTEGA VALCÁRCEL, J. (2000). *Los horizontes de la geografía. Teoría de la geografía*. Barcelona: Ediciones Ariel.

OSTROM, E. (2005). *Understanding institutional diversity*. Princeton: Princeton University Press.

----- (2011). *El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva*. México, D.F: Fondo de Cultura Económica.

OTERO SILVA, M. (1986). *Casas muertas*. Bogotá: Editorial La Oveja Negra.

OTREMBA, E. (1965). Los Andes venezolanos en el sistema de la cordillera suramericana y su importancia para Venezuela. Mérida: Universidad de Los Andes, *Cuadernos de la Escuela de Geografía* N° 5.

PATTISON, W. D. (1967). The four traditions of geography. *Journal of Geography* 5 (63), p. 211-216.

PÁEZ CELIS, J. (1978). *Ensayo sobre demografía económica de Venezuela*. Caracas: Eduven.

PAINTER, J. (2010). Rethinking territory. *Antipode* 42 (5), p. 1090-1118.

PARADA SOTO, A. I. (1998). *Pueblos de indios de la provincia de Mérida. Su evolución (1558-1657)*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones

PARKER, D. (2007). El desarrollo endógeno: ¿camino al socialismo del siglo XXI? *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 13 (2), p.59-85.

- PARRA, I; ALTEZ, R. y URDANETA, A. (2008). Senderos, caminos reales y carreteras: el sentido histórico de la comunicación andino-lacustre (Venezuela). *Revista Geográfica Venezolana* 49 (2), p. 291-320.
- PEET, R. (1977). *Radical geography: alternative viewpoints on contemporary social issues*. London: Methuen.
- PEET, R. (1998). *Modern geographical thought*. Oxford: Blackwell.
- PÉREZ GUGLIETTA, R. (1983). Las actividades agrarias y sus características en las provincias occidentales en el siglo XVIII. Primera parte. *Tierra Firme* 3, p. 201- 210.
- PÉREZ GUGLIETTA, R. (1983). Las actividades agrarias y sus características en las provincias occidentales en el siglo XVIII. Segunda parte. *Tierra Firme* 4, p. 318- 329.
- PICÓN SALAS, M. (1980). *Viaje al amanecer y Pedro Claver, el santo de los esclavos*. Barcelona: Editorial Pomare.
- PICÓN, J. (1992). *Estadística y descripción geográfica, política, agrícola e industrial de todos los lugares de que se compone la provincia de Mérida de Venezuela 1832*. Mérida: Edición de la Alcaldía de Mérida.
- PINO ITURRIETA, E. (1988). *Venezuela metida en cintura: 1900 -1945*. Caracas: Cuadernos LAGOVEN.
- (2000). *Fueros, civilización y ciudadanía: estudios sobre el siglo XIX venezolano*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- PIRES, H. P. (2001). Reflexões sobre a contribuição da geografia histórica e da geohistória na renovação dos pensamentos geográfico e histórico no século XX. Río de Janeiro: I Colóquio Brasileiro de História do Pensamento Geográfico.
- POKSHISHEVSKI, V; RIABCHIKOV, A. y VOLSKI, V. (1966). La concepción regional en la geografía soviética. *Revista Geográfica* 7(16-17), p. 43-51.
- PORTO-GONCALVES, C. (2009). De saberes y de territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana. *Polis* 8 (22), p. 121-136.
- PRINCE, M. (1996). The venezuelan Andes and the geographical imagination. *Geographical Review* 86, p. 334-355.
- PULIDO, N. (1994). Los procesos productivos del sur del lago de Maracaibo y sus manifestaciones espaciales. *Revista Geográfica Venezolana* 35 (1), p. 51-77.

- (2009). Globalización y nuevas configuraciones urbanas en América Latina. En: DELGADO, O. y CRISTANCHO, H. (Ed.). *Globalización y territorio: reflexiones geográficas en América Latina*. 121-141. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- PULIDO, N; ROJAS LÓPEZ, J; GOLDSTEIN, I; MEJÍA, J. y MOLIMA, Z. (2005). Áreas emergentes: una herramienta metodológica en el estudio de los paisajes. *Revista Geográfica Venezolana* 46 (2), p. 311-317.
- QUINTERO, I. (2011). El sistema político guzmancista. En: PINO ITURRIETA, E. y BOULTON M. T (Coord.). *Los tiempos envolventes del guzmancismo*. 11-38. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- RACINE, J. B. (1977). Discurso geográfico y discurso ideológico: perspectivas epistemológicas. *Geocrítica* 7, p. 5-42.
- RAFFESTIN, C. (1977). Paysage et territorialité. *Cahiers de Géographie de Québec* 21, p. 123-134.
- (1986). Territorialité: ¿concept ou paradigme de la géographie sociale? *Geographica Helvetica* 2, p. 91-96.
- (2013). *Por una geografía del poder*. México: El Colegio de Michoacán.
- RAMÍREZ, B. R. (2007). La geografía regional: tradiciones y perspectivas contemporáneas. *Investigaciones Geográficas* 64, p. 116-133.
- (2013). De la elegía del espacio a la del territorio. *Economía, Sociedad y Territorio* 43, p. 795-803.
- RANGEL, D. A. (1974). *Capital y desarrollo. La Venezuela agraria*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- (1975). *Los andinos en el poder*. Caracas: Vadell Hermanos
- (2008). *Doña Flor y sus barajas*. Mérida: Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado.
- RAMÍREZ, B. R. y LÓPEZ LEVY, L. (2015). *Espacio, paisaje, región, territorio, lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*. México, D.F. y Xochimilco: Universidad Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana.
- REIG, A. (2009). Vivencias de las identidades regionales, etnicidad y espacio cultural. En: CUNILL, P. (Coord.). *GeoVenezuela*, T 8. 66-147. Caracas: Fundación Empresas Polar.

- REYES TOVAR, M. (2011). La desterritorialización como forma de abordar el concepto de frontera y la identidad en la migración. *Revista Geográfica de América Central*. Número Especial EGAL, p.1-13.
- REYES, M. y LÓPEZ, A. (2012). *Explorando Territorios. Una visión desde las Ciencias Sociales*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- REYNAUD, A. (1976). El mito de la unidad de la geografía. *Geocrítica No. 2*. Cuadernos Críticos de Geografía Humana.
- REYNOSO, C. (2013). *Árboles y redes: crítica del pensamiento rizomático*. Buenos Aires: Desde Abajo.
- RELPH, E. (1976). *Place and placelessness*. London: Pion
- (1981). *Rational and humanist geography*. London: Croom Helm.
- RÍOS, J. y CARVALLO, G. (2000). *Análisis histórico de la organización del espacio en Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.
- ROBERTSON, R. (2000). Glocalización: tiempo-espacio homogeneidad y heterogeneidad. *Zona Abierta* (92-93), p. 213-241.
- RODRÍGUEZ, L. C. (1983). *Gómez. Agricultura, petróleo y dependencia*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- ROGERS, E. y SVENNING, L. (1973). *La modernización entre los campesinos*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- ROJAS SALAZAR, A. (1984) (Coord.). Dimensión espacial de los procesos socioeconómicos. Zona sur del lago de Maracaibo. Mérida: Universidad de Los Andes, Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales.
- ROJAS LÓPEZ, J. (1978). Los cambios del saldo migratorio en los centros poblados rurales andinos. *Revista Interamericana de Planificación* 12, p. 26-48.
- (1980). (Coord.). Los asentamientos de la región andina: la red de Trujillo. Mérida: Universidad de Los Andes, Instituto de Geografía y Conservación de los Recursos Naturales.
- (1981-82). Organización espacial de la economía cafetalera andina. *Revista Geográfica Venezolana* 22-23, p. 109-130.

- (1985). Modernización agraria de los valles altos andinos. Mérida: Universidad de Los Andes, Escuela de Geografía.
- (1987). Diferenciación socio-productiva e impactos agroecológicos en los Andes venezolanos. *Revista Geográfica Venezolana* 28, p. 5-91.
- (1993). La colonización agraria de las reservas forestales ¿un proceso sin solución? Mérida: Universidad de los Andes, Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales, *Cuadernos Geográficos* 10.
- (2007). Apreciación crítica del modelo trizonal de Humboldt-Codazzi en la geografía de Venezuela. *Procesos Históricos* 12, p. 75-90.
- (2007). Regulación ambiental y colonización agraria en reservas de bosque. El drama de Ticoporo, estado Barinas-Venezuela. *Revista Geográfica Venezolana* 48 (1), p. 129-141.
- (2008). Venezuela. Cambios productivos y desafíos territoriales desde la geodiversidad de la agricultura. En: CUNILL, P. (Coord.). *GeoVenezuela*, T3. 302-381. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- (2013). La construcción geohistórica de los llanos altos occidentales de Venezuela. *Revista Geográfica Venezolana* 54 (1), p. 129-156.
- (2016). *Del agrarismo histórico a los desafíos del desarrollo territorial en Venezuela*. Mérida: Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes, Universidad de Los Andes.
- (2018). Geohistoria y organización agraria del territorio andino de Venezuela. *Procesos Históricos. Revista de Historia y Ciencias Sociales* 34, p. 68-87.
- (2018). La apropiación simbólica del territorio. Una tradición actualizada desde la nueva geografía cultural. *Revista Geográfica Venezolana* 59 (2), p. 434-447.
- (2020). Dimensiones territoriales de la ruralidad: sinuosa trayectoria desde un cercano ayer a los rumbos de hoy. *Agroalimentaria* 26 (50), p. 249-262.
- (2020). Revaluando la ruralidad en América Latina: perspectivas territoriales y ambientales desde el desarrollo local. *Revista Geográfica Venezolana* 61 (2), p. 460-477.
- (2021). Paisajes de Codazzi: imágenes duraderas en la memoria geográfica del venezolano. En: PÉREZ, R. (Coord.). *Geografía cultural. Sendas del paisaje*:

espíritu y estética. 29-51. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes.

ROJAS LÓPEZ, J; MOLINA, L; RIVERO, J. y QUINTERO, J. (2002). Venezuela: vía truncada de los ajustes macroeconómicos neoliberales en el medio rural. En: SEGRELLES J. A. (Coord.). *Agricultura y espacio rural en Latinoamérica y España*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

ROJAS LÓPEZ, J. y PULIDO, N. (2009). Estrategias territoriales recientes en Venezuela: ¿reordenación viable de los sistemas territoriales o ensayos de laboratorio? *EURE* 35. p. 77-100.

ROJAS LÓPEZ, J. MORA, E. M. y TOVAR, A. (2010). Análisis exploratorio de las variaciones temporales y espaciales de la especialización productiva del maíz en Venezuela (1984-2004). *Agroalimentaria* 16 (30), p. 61-75.

ROJAS LÓPEZ, J. y GÓMEZ ACOSTA, E. (2010). *Tiempos del pensamiento geográfico*. Mérida: Archivo Arquidiocesano de Mérida-Universidad de Los Andes.

ROJAS LÓPEZ, J. y PULIDO, N. (2013). Hétérogénéité territoriale, inégalité sociale et développement local: un débat en cours. *Sud-Ouest Européen* 35, p. 85-94.

ROJAS LÓPEZ, J; GOLDSTEIN, I. y PULIDO, N. (2014). Sustentabilidad de los paisajes andinos de Venezuela II: actores y factores movilizados de la deforestación. *Revista Geográfica Venezolana* 55 (2), p. 213-217.

RUIZ TIRADO, M. (2000). *Tabaco y sociedad en Barinas. Siglo XVII*. Mérida: Consejo de Publicaciones, Universidad de Los Andes.

SANTOS, M. (1975). *L'espace partagé: les deux circuits de l'économie urbaine de pays sousdéveloppés*. Paris: Libraires Techniques.

----- (1990). *Por una geografía nueva*. Madrid: Espasa Calpe.

----- (1996, a). *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona: Oikos-tau.

----- (1996, b). *De la totalidad al lugar*. Barcelona: Oikos tau.

----- (2000 a). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Editorial Ariel.

----- (2000 b). El territorio: un agregado de espacios banales. *Boletín de Estudios Geográficos* 96, p. 87-96.

- SACK, R. (1986). *Human territoriality: its theory and history*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SALAS-BOURGOIN, M. A. (2013). *Prospectiva territorial: aproximación a una base conceptual y metodológica*. Mérida: Universidad de Los Andes, Vicerrectorado Administrativo- CDCHTA-IGCRN.
- (2019). Gobernanza territorial y desarrollo. *Revista Geográfica Venezolana* 60 (1), p. 134-152.
- (2022). Control territorial: análisis teórico desde la perspectiva del Estado. *Revista Geográfica Venezolana* 63 (1), p. 12-29.
- SALAS-BOURGOIN, M; CADENA, Y; TRINCA, D. y PULIDO, N. (2014). El modelo socioprodutivo impulsado por el Estado venezolano, 2007-2013: algunas implicaciones territoriales. *Perspectiva Geográfica* 19 (2), p. 259-288.
- SALAZAR MARTÍNEZ, F. (1979). *Tiempos de compadres. De Cipriano Castro a Juan Vicente Gómez*. Caracas: Librería Piñango.
- SALAZAR, A. (2008). Estrategia territorial para el desarrollo regional. Caracas: Ministerio de Planificación y Desarrollo.
- SAMUDIO, E. (1995). Proceso de poblamiento y asignación de resguardos en los Andes venezolanos. *Revista Complutense de Historia* 21, p. 167-208.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, M.C. (2015). La dicotomía cualitativo-cuantitativo: posibilidades de integración y diseños mixtos. *Campo Abierto*. Volumen monográfico, 11-30.
- SANOJA, M. y VARGAS, I. (1974). *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- (2007). El legado territorial y ambiental indígena prehistórico e histórico. En: CUNILL, P. (Coord.). *GeoVenezuela*, T1. 76-128. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- (2011). *Historia sociocultural de la economía venezolana*. Caracas: Banco Central de Venezuela.
- SALCEDO-BASTARDO, J.L. (1979). *Historia fundamental de Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca.

SAQUET, M. A. (2007). As diferentes abordagens do território e apreensão do movimento e da (i) materialidades. *Geosul* 22 (13), p. 55-76.

----- (2015). *Por una geografía de las territorialidades y las temporalidades: Una concepción multidimensional orientada a la cooperación y el desarrollo territorial*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

SCHAEFER, F. (1953). Exceptionalism in geography. *Annals of the Association of American Geographers* 43, p. 225-249.

SCHUBERT C. y VIVAS, L. (1993). *El cuaternario de la cordillera de Mérida. Andes venezolanos*. Mérida: Universidad de Los Andes- Fundación Polar.

SEGNINI, Y. (1982). *La consolidación del régimen de Juan Vicente Gómez*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, N° 21.

SEGOVIA, Y. y NATES, B. (2011). (Comp.). *Territorios, identidades y violencias*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.

SILVEIRA, M. L. (2008). Globalización y territorio usado: imperativos y solidaridades. *Cuadernos del CENDES* 69, p. 1-19.

----- (2009). Confines de la racionalidad: el espacio geográfico contemporáneo. En: DELGADO, O. y CRISTANCHO, H. (Ed.). *Globalización y territorio: reflexiones geográficas en América Latina*. 31-51. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

----- (2014). El territorio usado, un caleidoscopio de divisiones del trabajo. *Revista Geográfica del Sur* 5, p. 15-34.

SLATER, D. (1975). Colonialism and the spatial structure of underdevelopment. *Progress in Planning* 4, p. 137-162.

SOJA, E. (1989). *Postmodern Geographies: the reassertion of space in critical social theory*. New York: Verso.

SORIANO de GARCIA PELAYO, G. (2003) *Venezuela 1810-1830. Aspectos desatendidos de dos décadas*. Caracas: Fundación Manuel García Pelayo.

SOTO, O. D. (2006). *La cuestión agraria en Venezuela* TI. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Estudios de Posgrado.

SPENCER, CH. y REDMOND, E. (1992). Prehispanic chiefdoms of the western Venezuelan llanos. *World Archaeology* 24 (1), p. 134-157.

- STODDART, D. R. (1971). Organism and ecosystem as geographical models. En. CHORLEY, R. and HAGGETT, P. (Ed.). *Models in geography*. 511-548. London: Methuen CO. LTD.
- STRAKA, T. (2009). Geohistoria y microhistoria en Venezuela. En. MUÑOZ, L. y BRACHO, J. (Coord.). *Nuevas lecturas de la historia regional y local*. 78-115. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Cultura.
- SUÁREZ, M. M. (1982). *Fincas familiares en los Andes*. Caracas: Cuadernos LAGOVEN.
- TAYLOR, S. y BOGDAN, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- THER RÍOS, F. (2006). Complejidad territorial y sustentabilidad: notas para una epistemología de los estudios territoriales. *Horizontes Antropológicos* 12 (15), p. 105-115.
- (2012). Antropología del territorio. *Polis* 11 (32), p. 1-14.
- THRIFT, N. (1983). On the determination of social action in space and time. *Environmental and Planning: Society and Space* 1, p. 23-57.
- (1989). For a new regional geography. *Progress in Human Geography* 13 (2), p. 272-279.
- (1991). For a new regional geography 2. *Progress in Human Geography* 15 (4), p. 456-465.
- (1993). For a new regional geography 3. *Progress in Human Geography* 17 (1), p. 92-100.
- TOVAR, R. (1986). *El enfoque geohistórico*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Monografías y Ensayos 77.
- TOVAR ZERPA, F. y ROJAS LÓPEZ, J. (2011). Lectura etnogeográfica del territorio Pemón-Taurepan en la frontera sureste de la Guayana venezolana. *Revista Venezolana de Ciencia Política* 39, p. 113-134.
- TRAVIESO, F. (1975). *Ciudad, región y subdesarrollo*. Caracas: Fondo Editorial Comun S. C.
- TRINCA, F. D. (1984). Cambios de los patrones de uso de la tierra. Zona sur del lago de Maracaibo. En: ROJAS, A. (Coord.). *Dimensión espacial de los procesos socioeconómicos. Zona sur del lago de Maracaibo*. 167-230. Mérida: Universidad de Los Andes, Instituto de Geografía y Conservación de los Recursos Naturales.

- (2000). Venezuela y el encuentro de dos temporalidades. *Revista Geográfica Venezolana* 41(1), p. 63-78.
- (2009). El uso del territorio y la globalización. En: DELGADO, O. y CRISTANCHO, H. (Ed.). *Globalización y territorio: reflexiones geográficas en América Latina*. 53-65. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- TUAN, Y. F. (1974). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Madrid: Melusina.
- (1977). *Space and place. The perspective of experience*. London: Edward Arnold.
- UNIVERSIDAD SUR DEL LAGO (1984). El sur del lago de Maracaibo. Una visión integral y proposiciones para su desarrollo. Santa Bárbara del Zulia.
- URDANETA, A; PARRA, I. y CARDOZO, G. (2006). Los orígenes de Maracaibo y el dominio del lago: diversidad social y mestizaje. *Procesos Históricos* 10, p. 1-51.
- URDANETA QUINTERO, A. (2008). El Zulia del siglo XIX en la construcción de la nación en Venezuela. *Revista de Ciencias Sociales* 14 (3), p 509-603.
- VALBUENA, J, (2009). Estado Mérida. En: CUNILL, P. (Coord.). *GeoVenezuela*, T6. 484-561. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- VALERO, M. (2009). Estado Táchira. En: En: CUNILL, P. (Coord.). *GeoVenezuela*, T7. 128-241. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- VÁZQUEZ, B. (2009). Lecturas sobre una historia local y regional fronteriza. En: MUÑOZ, L. y BRACHO, J. (Coord.). *Nuevas lecturas de la historia regional y local*. 202-230. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Cultura.
- VELÁSQUEZ, R. (2009). Los espacios de las relaciones colombo-venezolanos. En: CUNILL, P. (Coord.). *Geo Venezuela*, T9, 236-264. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- VELÁZQUEZ, N. (1993). La implantación del cultivo del trigo en la cordillera de Mérida durante la dominación colonial. *Revista Derecho y Reforma Agraria* 24, p. 115-138.
- (1995). *Población indígena y economía. Mérida siglos XVI y XVII*. Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones-CDCHT.
- (2004). *Modernización agrícola en Venezuela. Los valles altos andinos 1930-1999*. Caracas: Fundación Polar-Universidad de Los Andes-Fundacite.

- VELOZ, R. (1945). *Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1940*. Caracas: Impresores Unidos.
- VELTZ, P. (2014). *Mundialisation, villes et territoires: L'économie d'archipel*. Paris: Presses Universitaires de France.
- VENEZUELA (1957). Anuario estadístico de Venezuela 1955-1956. Caracas: Ministerio de Fomento.
- (1957). VIII Censo general de población 1950. Caracas: Ministerio de Fomento.
- (1960). Atlas Agrícola de Venezuela. Caracas: Ministerio de Agricultura y Cría.
- (1969). IX Censo general de población 1961. Caracas: Ministerio de Fomento.
- (1974). X Censo general de población y vivienda 1971. Caracas: Ministerio de Fomento.
- (1976). *Ezequiel Zamora y su tiempo. La Federación y la Guerra*. Historiografía. Caracas: Oficina Central de Información- Editorial Arte.
- (1977). IV Censo agropecuario 1971. Caracas: Ministerio de Fomento.
- (1979). Atlas de Venezuela. Caracas: Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables.
- (1983). Llanos altos occidentales húmedos. Caracas: Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables.
- (1983). Llanos altos occidentales sub-húmedos. Caracas: Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables.
- (1983). Ley orgánica para la ordenación del territorio. Gaceta Oficial N° 3238.
- (1985). Sistemas ambientales venezolanos. Síntesis. Caracas: Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables.
- - (1986). XI Censo general de población y vivienda 1981. Caracas: Ministerio de Fomento.
- (1989). Mapa de la división político territorial de Venezuela. Caracas: Oficina Central de Estadística e Informática (OCEI).

- (1994). De la Venezuela rentista a la Venezuela productiva. Caracas: CORDIPLAN
- República Bolivariana de (2001). Plan nacional de desarrollo regional 2001-2007. Caracas: Viceministerio de Planificación y Desarrollo.
- (2002). XIII Censo nacional de población y vivienda 2001. Caracas: Instituto Nacional de Estadística.
- (2005). Ley de tierras y desarrollo agrario. Gaceta Oficial N° 5771, extraordinario.
- (2007). Proyecto nacional Simón Bolívar. Primer plan socialista (PPS) 2007-2013. Caracas: Ministerio de Planificación y Desarrollo.
- VENTURINI, O. (1968). Aspectos geográficos de la colonización del piedemonte noroccidental de los Andes venezolanos. *Revista Geográfica* 21, p. 73-95.
- (1983). *Geografía de la región de los Andes venezolanos*. Caracas: Ariel Seix-Barral Venezuela.
- VERGARA, N. (2009). Complejidad, espacio, territorio e interpretación. Notas para una hermenéutica del territorio. *Alpha* 28, p. 233-244.
- (2010). Saberes y entornos. Notas para una epistemología del territorio. *Alpha* 31, p. 163-174.
- VERNE, J. (2012). "Le terrain, c'est moi?". Reflections on the emergence of the field in translocal research. *Annales de Géographie* 687-688, p. 561-582.
- VESSURI, H. (1984). *Colonización agrícola, desarrollo capitalista y tecnología: el caso de los productores de Turén*. Caracas: CENDES, Universidad Central de Venezuela.
- VILA, M. A. (1950). *Aspectos geográficos del Táchira*. Caracas: Corporación Venezolana de Fomento.
- (1966). *Aspectos geográficos del estado Trujillo*. Caracas: Corporación Venezolana de Fomento.
- (1967). *Aspectos geográficos del estado Mérida*. Caracas: Corporación Venezolana de Fomento.
- (1970). *Una geografía humana económica de la Venezuela de 1873*. Caracas: Ministerio de Fomento.

- (1976). *Notas sobre geoeconomía prehispánica de Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación.
- VILA VALENTÍ, J. (1983). *Introducción al estudio teórico de la geografía*, I. Barcelona: Editorial Ariel S. A.
- VILLAFañE, G. (1961). *Apuntes estadísticos del Táchira*. Caracas: Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses.
- VIVAS, L. (1992). *Los Andes venezolanos*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- (2015). La megadiversidad físico-natural del territorio venezolano. Mérida: Gráficas El Portatítulo.
- WAGNER, E. (1964-1965). Arqueología andina venezolana. *Revista Colombiana de Antropología* 13, p. 229-237.
- (1967). Patrones culturales de los Andes venezolanos. *Acta Científica Venezolana* 18, p. 5-8.
- WALLERSTEIN, I. (Coord.). (2006). *Abrir las ciencias sociales*. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales. México, D.F: Siglo XXI editores, s.a. de C.V.
- ZAMBRANO LUPI, J. (1984). Consideraciones preliminares de algunos aspectos demográficos en la zona sur del lago de Maracaibo. En: ROJAS A. (Coord.). *Dimensión espacial de los procesos socioeconómicos. Zona sur del lago de Maracaibo*. 51-111. Mérida: Universidad de Los Andes, Instituto de Geografía y Conservación de los Recursos Naturales
- (2009). Cincuenta y un años de cambios político-territoriales en la Zona Sur del Lago de Maracaibo. *Revista Geográfica Venezolana* 50 (2), p. 309-330.
- ZUCCHI, A. y DENEVAN, W. (1979). Campos elevados e historia cultural prehispánica en los llanos occidentales de Venezuela. *Montalbán* 9, p. 563-736.